

R. Mc. Nair Wilson

La Monarquía contra la fuerza del dinero

DONCEL

1.ª edición, 1976
- de la presente edición *Editorial Doncel*
- *Printed in Spain.* Impreso en España
- Cubierta: Tomás Priego
- Edita Doncel. Pérez Ayuso, 20. Madrid-2
- ISBN 84-325-0291-X
- Depósito Legal: M. 25.247-1976
- Imprime Rivadeneyra, S. A., P.° de Onésimo Redondo, 26. Madrid-8

Prefacio

ENTRE el coro de lamentaciones de un mundo en quiebra, se han oído durante los últimos años, con cierta frecuencia, las voces de no pocos hombres de Estado, que aseguraban a las gentes que su sistema financiero era bueno. Ni siempre se ha comprendido bien el exacto significado de esta afirmación, ni sin ella se hubiera creído nadie en el caso de tener que alterar la tranquilidad de su vida. Acaso porque, en general, se supone que, mientras haya dinero, no puede estar demasiado lejos la prosperidad.

Tiene por objeto este libro examinar tal creencia desde el punto de vista histórico. Debo confesar a mis lectores que las conclusiones a que he llegado en él son muy diferentes de las que nunca pude imaginar. Hasta hace pocos años abrigaba la firme creencia de que, a lo largo del siglo XIX, quedaba

jalonado el continuo progreso de la humanidad desde un estado de servidumbre feudal hasta el de libertad de los modernos Estados democráticos. Veía con gusto la declinación lenta de la influencia política de las Iglesias, la desaparición en muchos países de la institución monárquica, y la tendencia, en todas partes visible, a rechazar el punto de vista nacional para exaltar el internacional. A mi juicio, reyes, nobles y terratenientes eran, en distinto grado, obstáculos al progreso de la humanidad hacia el ideal de un régimen común, cuyas características esenciales habían de ser el bienestar general y la primacía de la Ciencia.

Me doy cuenta ahora de que esta opinión sólo podía ser sustentada a base de una absoluta falta de comprensión de la esencia de la cristiandad y de la función del dinero. Falta de comprensión que llegaba hasta no advertir siquiera cuál era el objeto de la existencia del hombre. Bajo la influencia de Darwin, la generación a que pertenezco ha cerrado con frecuencia los ojos a esos valores morales y espirituales que a las generaciones anteriores solían servir de medida para todas las cosas humanas. Atraída la atención por el hecho de que la codicia y el temor son los motores decisivos en la vida del reino animal, llegó a olvidar que, en las cosas humanas, hay otro impulso —el deber— que ha ejercido continuamente su influencia. La filosofía del siglo XIX servía de fundamento a un sistema de lucro extendido por todo el mundo, según el cual el débil tenía que ceder siempre ante el fuerte, y el incapaz ante el capaz.

Los frutos de esta filosofía están ahora a la vista. El mundo de hoy es notoriamente más rico en productos que durante ningún otro período anterior, y,

sin embargo, la cantidad de sus mendigos es un espectáculo que acongoja a cualquier corazón humano. Al mismo tiempo, continúa el proceso de nuevos descubrimientos, que, al facilitar la producción, aumentará más aún el número de parados, y con ello la suma de miserias. Cuantos más productos materiales va produciendo el mundo, más necesario resulta, a lo que parece, ir destruyendo tales productos. Los cultivadores holandeses de cebollas han quemado recientemente una gran parte de su producción. Los fabricantes portugueses de vinos han quemado diez millones de galones de vino de Oporto. Los ferrocarriles del Brasil han llegado a usar café en vez de carbón para sus calderas; y el único consejo que la Junta agrícola federal pudo dar a los cultivadores de América, fue el de que sólo escardaran «un surco de cada tres», es decir, la tercera parte del terreno sembrado. Ratas y ratones pueden llegar a ser, pues, los principales beneficiarios de la aplicación de la ciencia al cultivo de los cereales.

No puede dejar de parecer sorprendente que, en medio de una tal superabundancia, se hagan precisas en todos los países, como a diario se nos dice, medidas de economía, y que en un mundo pletórico de cosas suculentas presenciemos el espectáculo de familias hambrientas, de rebajas realizadas en los jornales de los obreros, y de radicales economías impuestas en los gastos de instrucción e higiene. Cierto que el hambre era también frecuente durante la Edad Media, pero no se hubiera concebido, bajo el sistema feudal, que los hombres pereciesen de inanición entre la abundancia, o deliberadamente destruyeran el producto de su trabajo.

Dado que, como es notorio, el sistema de lucro es

contemporáneo del sistema de los Gobiernos parlamentarios, se impone un estudio del principio monárquico. La idea de una República —o cosa pública— ha resultado, en la práctica, incompatible con todos esos ideales liberales a los que se suponía que las Repúblicas debían conducir. Mi estudio me ha convencido de que todos esos derechos del hombre, que nunca se me había ocurrido poner en tela de juicio, no pueden establecerse en la vida pública sin grandes calamidades, ya que esos principios abren de par en par la puerta a la idea de lucro, y bien sea este lucro el de un individuo, el de una clase o el de toda la comunidad, el resultado siempre es el mismo. La codicia reemplaza a la idea de servicio como norma de conducta y del pensar, y viene, como consecuencia, la entronización del Dinero. No le faltan al sistema de lucro apologistas humanitarios, hombres y mujeres provistos de más buena fe —hablo por mí mismo— que de bagaje científico. Comulgan en la idea de los derechos del hombre, que enunció Rousseau. El que hasta ahora jamás hayan logrado evitar el uso de la fuerza y del temor, ni escapar de las garras de la codicia, es, sin embargo, una formidable lección de la Historia. Es falso que el humanitarismo, en cualquiera de sus formas, tenga un parecido —a no ser muy superficial— con las enseñanzas de Nuestro Señor Jesucristo. El Cristianismo no reconoce al hombre más derecho natural que el de amar a Dios y a nuestros semejantes; ni reconoce más propiedades naturales al hombre, que a título de administradores de Dios.

La literatura sobre esta materia es, por de contado, la más abundante del mundo, ya que abarca desde la Biblia al último folleto sobre ciencia económica. En algunos capítulos de este libro se hace un

detenido estudio de la Revolución francesa y del reinado de Napoleón; pero deseo mencionar especialmente como muy interesantes para el estudio de estas materias las Lecciones a un rey sobre el arte de gobernar, *de Luis XIV, editadas por Jean Lognon;* La vida y escritos de Turgot, *por Walter Stephens (Longmans);* Los asignados, *por S. E. Harris;* (Estudios económicos de Harvard, *Cambridge University Press), y* Moneda y Crédito, *por R. G. Hawtrey. Estos cuatro libros, aunque discrepo profundamente de muchas de las opiniones en ellos expuestas, me parecen esenciales para una perfecta inteligencia de la naturaleza y sistema financiero de la Monarquía y de la Revolución francesas.*

Para formarse una idea respecto al estado de la Gran Bretaña al término de las guerras napoleónicas, basta releer las páginas de The Times *y los discursos de la época; pero he de rendir un homenaje de gratitud a la* Vida de Robert Owen, *por G. D. H. Cole (Mac Millan). Igualmente a A. Feavearyear, por su excelente libro* La libra esterlina *(Oxford, University Press). Acerca de las características industriales, pueden consultarse las Memorias de los inspectores de fábricas; también debe hacerse un estudio de* El Capital, *de Marx. Los discursos de Peel, Disraeli y Chamberlain han sido profusamente difundidos, así como los escritos de Disraeli, y la* Biografía de Disraeli, por *Buckle y Moneypenny. Las obras de Keynes y Hawtrey sirven de valiosa ayuda para estudiar las últimas evoluciones de la moneda y del crédito.* La estabilidad del marco, *por el Dr. Schacht, aunque no se acepten las opiniones allí expresadas, es un libro de mérito. No es preciso añadir que la Memoria MacMillan —y su apéndi-*

ce— son indispensables para una debida inteligencia de la situación actual.

R. Mc. NAIR WILSON

Londres, 2 de diciembre de 1932.

Libro primero

El origen de las naciones

TODA sociedad o asociación, sea zoológica o humana, está basada en una dejación, en una renuncia voluntaria al ejercicio de todas o de alguna de las facultades individuales. Las abejas obreras, por ejemplo, son estériles. Las células cerebrales del cuerpo humano han perdido por completo la facultad de reproducirse. Hablar, por consiguiente, de la colmena o del cuerpo, es hablar de asociaciones fundadas en la pérdida individual, o, en términos científicos, en una diferenciación de funciones. Es evidente que para la subsistencia de asociaciones de esta naturaleza representaría un grave peligro el hecho de que uno de sus individuos, o un grupo de ellos, intentara reanudar la función, cuyo ejercicio estaba abandonado. El cáncer, por ejemplo, es el resultado de que un grupo de células corporales haya reanudado por su cuenta las fun-

ciones de la libre reproducción. El hecho de que se reanude espontáneamente una función abandonada constituye un acto de rebeldía contra el que habrá que prevenirse, o que habrá, en todo caso, que atajar, si se quiere que el organismo no perezca. Para prevenir los peligros de rebeldía, o para atajarla, la naturaleza cuenta con las ventajas que los individuos obtienen de someterse, y con el temor de los daños que puede acarrearles el rebelarse: la ganancia y el temor. El miembro de un enjambre o de un rebaño aprende pronto que, abandonado a sí mismo, no habría de tardar en perecer, y que la insubordinación tiene pena de muerte.

El organismo, por consiguiente, vive y lucha como una sola criatura. Dondequiera que se nota una debilidad, se la elimina implacablemente. Los viejos son eliminados para abrir paso a los jóvenes; los incapaces tienen que ceder el sitio a los más aptos. La ganancia y el temor, aun en sus más elementales manifestaciones —las pulsaciones, expansiones y contracciones de una criatura unicelular, por ejemplo—, aplican siempre inexorablemente su ley de muerte, llamada con bastante acierto la *ley de la selva*.

Es evidente que esta ley rige también en la sociedad humana. Pero desde un principio el hombre se ha diferenciado de los animales irracionales sometiéndose a otra ley de asociación: la dejación de la función individual ante el imperativo del deber; usando la palabra deber en un sentido ajeno por completo al de esperanza o temor; mejor aún, en un sentido de renuncia de ambos, en aras de una cualidad suprema de la vida que sólo el alma del hombre es capaz de percibir.

La historia de los hombres es la historia del

deber. El mérito de las civilizaciones antiguas está en aquel conocimiento del deber, que llamamos patriotismo, cumplido no sólo por mandato de los dioses, sino a veces —como en la tragedia de Esquilo— contra la voluntad de los dioses. El hombre, como patriota y como patricio, fue más allá de lo que sus dioses le pedían; porque, para los que se sentían próximos a morir, el contribuir a su olímpico goce, era menguada y falsa satisfacción. Y de este modo se preparaba el hombre para una nueva revelación del deber; es decir, para recibir una ley más perfecta de vida en sustitución de la ley natural de muerte.

A los hombres, preparados así para su llegada, dictó Nuestro Señor Jesucristo esta ley: *Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todo tu espíritu, y con toda tu fuerza. Este es el primer mandamiento.* Y el segundo es éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay ningún otro mandamiento más grande que éstos.*

La ley cristiana, por consiguiente, presentaba el deber en dos aspectos complementarios: deber para con Dios, y deber para con los hombres. Hizo al deber sinónimo del amor, y de este modo lo elevó desde el respeto del pagano por su patria, a la devoción del cristiano por su Padre. El patriotismo asumió una nueva cualidad: la fraternidad. El deber del hombre quedaba subordinado al amor divino, en el que encontraba su sanción y su ley. La civilización cristiana hubo de reconocer, pues, necesarios dos organismos para la realización de sus fines: la Iglesia y el Estado. Ambos, como cauce de la ley cristiana, venían de Dios, y lo que había de divino en el uno, era parte de la divinidad de la otra, e inseparable de ella.

La historia de los llamados «tiempos medievales» es la historia del desarrollo del Estado cristiano. Desde un principio, la Iglesia reconoció el carácter que este Estado forzosamente había de tener, y no puso en tela de juicio que la gracia, por la que el rey había de reinar, era don directo de Dios, sin intervención ninguna extraña. En realidad, la situación de Europa después de la caída de la Roma imperial, era extraordinariamente confusa, porque no existían Estados en la acepción moderna de la palabra, sino una multitud de nobles: los señores feudales. En estas circunstancias, era inevitable que el primer paso hacia el Estado cristiano fuese el sometimiento de dichos señores feudales a la Iglesia, dándose el segundo cuando el día de Navidad del año 800, en Roma, el Papa coronó a Carlomagno Emperador de Occidente.

El Imperio de Carlomagno abrazaba toda Europa, que era entonces tanto como decir toda la Cristiandad. Cegados por este reflejo, algunas gentes no acertaron a ver que el Imperio de Carlomagno sólo representaba aproximadamente al Estado cristiano tal como en su esencia debe ser concebido, porque la cualidad esencial de dicho Estado es su soberanía, es decir, su independencia política, y en este sentido el Imperio carolingio, constituido por una asociación de señores feudales, estaba muy lejos de constituir un reino, lo que motivó en difinitiva su caída.

Esta distinción es de la más alta importancia. Según las enseñanzas de la Iglesia, los recursos de la naturaleza pertenecen exclusivamente a Dios, pero existen para que los hombres, usándolos, puedan cumplir con sus deberes. Era, pues, una función esencial del Estado cristiano la de facilitar a los hombres el uso de los recursos naturales, y esto implicaba la necesidad de unos jefes que, tanto en el campo agrícola como en el industrial, garantizasen el mejor empleo del material y de la mano de obra, y de otros que supieran, en caso necesario, organizar la defensa del país. Dada la naturaleza de los servicios que se les pedían, estos jefes, con los obispos, con el clero en general, tenían que convertirse por fuerza en un cuerpo privilegiado, usufructuario de derechos proporcionados a sus deberes y de ellos derivados. Pero la historia de la humanidad ofrece demasiados ejemplos del aprovechamiento en beneficio propio de los derechos que se gozan por razón de conveniencia pública, para que pueda estimarse prudente abandonar a sí mismo un cuerpo privilegiado, sin una dirección y sin una autoridad superiores, sin la cual los jefes autónomos que lo constituyen, eclesiásticos o seglares, bien pronto consiguen —generalmente, con la ayuda de prestamistas— formar partidos, que son los instrumentos con que tienen al Estado a su merced, con grave escándalo de los hombres cristianos, y con daño notorio de la Iglesia y de la autoridad temporal.

Pronto se reconoció que la Monarquía ofrecía el medio de salvar estas dificultades. Pero era un sistema que no pudo utilizarse hasta que en Europa no alboreó la Edad Media. La historia de la Edad Media es la historia de la lucha por la Monarquía, en la que tanta parte tomó la Iglesia como el estado seglar. El objeto de esta lucha fue el instaurar Reyes, cuya función quedara asentada sobre la gracia de Dios y sobre la lealtad del pueblo, en forma tal, que se pudiera contar siempre con un poder suficiente para contrarrestar la

perniciosa influencia de los privilegios y del dinero. Es evidente que el pueblo no puede ejercer tal poder por sí mismo, pues en realidad no hay pueblo cuando no existe también un Rey. Los pueblos sin Reyes están siempre desmenuzados en partidos y facciones, de los que el más rico se hace invariablemente el más fuerte, dando lugar su triunfo a la oportunidad para recompensar a los financieros que le sirvieron de apoyo.

Conviene insistir en la observación de que un Rey que depende del apoyo de un partido no puede ofrecer a su pueblo la protección que éste tiene derecho a esperar de él, porque, al igual que el partido en que se apoya, también él ha de caer pronto en las garras de los usureros. Lo que confiere al Rey su fuerza y lo eleva por encima de todo su pueblo, del que viene a ser padre, es la gracia de Dios; también la democracia, si no quiere perecer, ha de vivir al amparo que le preste, como al Rey, la gracia de Dios.

La dificultad que en mayor o menor grado experimentaron todos los Reyes medievales fue la de conciliarse el amor del pueblo. El Rey necesitaba del pueblo, tanto como el pueblo necesitaba del Rey, pero siempre fue el interés primordial de las facciones en pugna el mantenerlos separados... De ahí vino una interminable lucha entre el Rey y la Iglesia, de un lado, ansiosos ambos de someter a su obediencia a sus respectivos servidores y ministros, y del otro, la indisciplina de los servidores y ministros —señores feudales y prelados— que buscaban el medio de rebelarse, tanto contra la autoridad espiritual como contra la temporal. Lo que explica por qué tantas veces buscaron la alianza de los poderes financieros.

Desde un principio, el Dinero se declaró enemigo de la Monarquía, porque se dio cuenta de que ella iba a ser el baluarte contra sus actividades. Al Dinero le interesaba, lo mismo que a los rebeldes nobles y prelados —que con frecuencia venían a ser su instrumento— mantener separados al Rey y al pueblo, y hacer a uno y otro dependientes de su poder. De este peligro libró a Francia Richelieu, precisamente cuando en Inglaterra una oligarquía triunfante, apoyada en la City de Londres, empujaba al cadalso a su Rey Carlos I.

Por un extraño error de concepto, muchos católicos piensan que el crecimiento del nacionalismo francés ha podido ser perjudicial para la Iglesia. El autor, protestante, no puede compartir esa opinión. Piensa, por el contrario, que la Monarquía francesa, con Richelieu y Luis XIII, acabó por desempeñar el ministerio que desde un principio la misma Iglesia había asignado a los Reyes. Richelieu realizó la unión del Rey y del pueblo, sujetando a todos los elementos indisciplinados de Francia; con lo que, tanto la Iglesia, en lo que tocaba a sus negocios temporales, como los nobles, se convirtieron en servidores del Rey, aceptaron el yugo de su deber, y perdieron todo privilegio que no tuviera su fundamento en el cumplimiento de aquel deber. Aparecía la nación.

Los protestantes nunca han hecho justicia a la Iglesia respecto a la parte que le corresponde en la labor de formación del Estado cristiano en el difícil curso de aquellos siglos. Los protestantes están habituados a considerar la llegada de las naciones a la madurez como una victoria sobre la Iglesia, cuando, en realidad, nunca hubieran llegado a aquella madurez sin los cuidados maternales de la

Iglesia. Y si a la Iglesia se la puede imputar cierta pasividad cuando, pasados ya los tiempos que habían exigido determinadas restricciones, sobrevino el desenfreno, tanto religioso como seglar, que precedió a la Reforma, su falta fue, en sus consecuencias —como hemos de ver— mucho menos desastrosa que lo fueron algunas de las doctrinas sugeridas por los reformadores, singularmente la de que el pueblo es su propio soberano. Richelieu construyó su nueva Francia sobre el fundamento del «servicio de Dios» y del «deber». En Inglaterra, la idea del «servicio del pueblo», esto es, de una sociedad basada en el bien común de sus miembros, estuvo vigente hasta que se restauró el trono. Ni sus propios partidarios sostienen ya que el régimen de Cromwell estuviera fundado en el libre consentimiento. Su verdadera base fue un partido militar, que disfrutó de un fuerte apoyo financiero. Quizá por esta razón el mismo Cromwell deseó en algún momento asumir la dignidad real.

La esencia de la Monarquía

EN el sistema feudal, la nación era, antes que una realidad política, un concepto espiritual, ya que no parecía otro su objeto que el de facilitar a los hombres el cumplimiento de sus deberes hacia Dios y hacia sus semejantes. El Rey reinaba por la gracia de Dios y el amor del pueblo, y por virtud de esta doble investidura mantenía sometidos a todos los que ejercían una influencia social —clérigos y nobles— obligándoles a cumplir su natural función e impidiéndoles esgrimir contra su autoridad ningún derecho que no tuviera su justa contrapartida en un deber. El propio Rey era el lugarteniente de Dios. Su función era una mayordomía, cuyo recto ejercicio determinaba la prohibición, que siempre existió, de enajenar la tierra por venta o hipoteca al extranjero, o de exportar dinero —instrumento de cambio del pueblo— más

allá de los límites del reino. Los nobles recibían títulos y tierras a cambio de servicios; y los obispos y los arzobispos, aunque sujetos al Papa en materia espiritual, en todas las cosas temporales quedaban subordinados al Rey, el cual tenía —y ejercitaba— la facultad de informar al Papa respecto a su comportamiento. De este modo quedaba categóricamente afirmada la ley del deber, y nadie se hubiera atrevido a pensar que pudieran existir y ser defendidos legalmente derechos desligados de un deber.

El reinado de Luis XIV de Francia es —conforme a una opinión muy extendida— el ejemplo más perfecto de una verdadera Monarquía. En sus comienzos hubo de luchar contra aquel revoltijo de facciones conocido con el nombre de *la Fronda,* las cuales desplegaron contra el poder del joven Rey todas las fuerzas rebeldes que, a la muerte de Richelieu, habían vuelto a levantar la cabeza. Pero de pronto se vio elevada la institución a alturas de dignidad y de esplendor, de las que subsiste como testimonio monumental el palacio de Versalles, aunque constantemente tuvo laborando en contra suya a las potencias del Dinero.

Nadie ha tenido una idea tan clara de la naturaleza de la función real como Luis XIV, y los consejos que legó a su hijo conservan, al cabo de los siglos, un enorme interés.

«Ejércitos, Consejos y todas las actividades humanas serían pobres medios —escribía— para mantenernos en el trono, si todo el mundo pensara que tiene a él igual derecho que Nós, y no reconociese rendidamente un poder más alto del que es sólo una parte el que Nós ejercemos. El público respeto que rendimos a ese inevitable Poder podría, con justicia, tomarse como la más importante de nuestras preocupaciones políticas, si no consideráramos al deber como principio inspirador de ellas, más noble y desinteresado... No es la consagración lo que nos confiere nuestra regia investidura, pero sirve para ponerla de manifiesto al pueblo y para hacerla más augusta, más inviolable y más sagrada...»

No se inclinaba demasiado a exagerar la importancia del principio hereditario; antes bien, hacía una distinción fundamental entre legitimidad y herencia:

«Los Imperios, hijo mío, no pueden conservarse si no es por los mismos medios que se emplean para adquirirlos: energía, atención y trabajo... El valor y las victorias son la elección y el sufragio del mismo cielo...; aunque la naturaleza humana de los Reyes se echa de ver, tanto o más que en otras cosas, en lo que toca al pecado, bien puedo decirte que no es tan grande el peligro cuando se trata de verdaderos Reyes, porque una pasión dominante y superior, la de sus intereses, su grandeza y su gloria, ahoga en ellos todas las demás... Y en verdad he de decirte, hijo mío, que demostraríamos una gran falta, no sólo de gratitud y de espíritu de justicia, sino también de prudencia y de buen sentido, si dejáramos de venerar a Aquel de Quien no somos más que lugartenientes. Nuestra sumisión a El es norma y el ejemplo de la que a Nós se nos debe.»

«He tenido siempre en cuenta —añadía— la obligación estricta y rigurosa que a los Reyes toca, de rendir cuenta pública —valga la expresión— de sus acciones al mundo entero y a los venideros siglos... Al empezar mi reinado, dirigí mis miradas a las

distintas partes del Estado...; en todas partes cundía el desorden...; no había gobernador de una ciudad que él mismo no fuese difícil de gobernar, no había petición que no fuera acompañada de alguna queja del pasado o alguna manifestación de recelo respecto al futuro...; la hacienda que había de dar movimientos y acción a la gran organización de la Monarquía, estaba de tal modo esquilmada, que apenas era posible obtener ingresos...; al mismo tiempo, los hombres públicos, atacados de prodigalidad, ocultaban sus malversaciones, que, por otra parte, se dejaban traslucir en un lujo atrevido e insolente... La Iglesia... estaba amenazada de un abierto cisma... por parte de los obispos que, instalados en sus sedes, conseguían arrastrar en pos de sí a la multitud...; el cardenal de Retz, arzobispo de París, a quien, por razones de Estado bien conocidas, no podía yo permitir que permaneciese en el reino, alentaba, por inclinación natural o por interés, esta naciente escisión. El más grave mal de que adolecía el orden de la nobleza era el de haberse incorporado a él un crecido número de usurpadores sin derecho alguno a ella, o que habían adquirido el derecho por compra, sin que lo justificase ningún género de servicios. La tiranía que en algunas provincias ejercían los nobles sobre sus vasallos y vecinos, era ya insufrible, y no podía remediarse si no era con rigurosos y severos escarmientos... La misma administración de justicia me parecía difícil de reformar. A este estado contribuían una porción de causas: los nombramientos para los cargos judiciales no se efectuaban por selección ni ateniendo a los méritos, sino al azar, cuando no por dinero... Todo este cúmulo de males, sus consecuencias y sus efectos, recaían principalmente sobre el pueblo, que, además, se veía agobiado de impuestos.»

El Rey conocía el remedio y lo aplicó. Aplastó a la oposición e hizo de los rebeldes —nobles y clérigos— humildes servidores del pueblo. Y él mismo se dedicó a la diaria tarea.

«Dos cosas —escribió— eran absolutamente necesarias: un trabajo inmenso por mi parte, y una hábil selección de las personas capaces de secundarlo. He de advertirte, hijo mío, que sólo por el trabajo es *por lo que* uno reina y *para lo que* uno reina... La única cosa que yo sabía es que era Rey y que había nacido para serlo. Luego experimenté una deliciosa sensación difícil de expresar, de la que no podrás darte cuenta hasta que, como yo, la experimentes.»

El conjunto de esta regia filosofía se resume en esta frase: *L'État, c'est moi.* No había un francés que no tuviera un deber. El Rey consideró que su primera obligación era expurgar a su reino de los hombres que habían adquirido ventajas sin merecerlas, y abolir las funciones que ya no fueran útiles al Gobierno o al pueblo. Hasta sobre el creciente poderío del dinero se dejó sentir su autoridad.

«Hice una cosa —escribió— que pareció hasta demasiado atrevida; afectaba a un ilegítimo aprovechamiento por parte de la gente de toga, y estaba ésta muy poseída de la importancia que había cobrado durante los últimos disturbios, abusando de su posición. Reduje de tres cuartos a la mitad todas las nuevas hipotecas sobre mis rentas, que habían sido concertadas a un tipo muy bajo durante la guerra, y que consumían lo más saneado de mis recursos. Los miembros de los Tribunales habían adquirido la mayor parte de estas hipotecas, y

para ellos constituía un buen negocio tratar duramente a sus deudores en beneficio de sus intereses. Esta acción mía fue perfectamente justa, pues la mitad constituía ya un considerable beneficio sobre las sumas prestadas... era justo que la utilidad pública se antepusiese a cualquier otra consideración, y era justo también hacer que todas las cosas se restituyesen a su orden legítimo y natural... Los intereses del Estado ocupan el primer lugar... En el bien del Estado está la gloria del Rey.»

Bajo el régimen de Luis XIV el dinero adquirió una fisonomía nacional; sirvió a los fines del Estado.

La doctrina del dinero

TANTO en Inglaterra como en Francia, la Monarquía quebrantó durante el siglo XVIII estos preceptos que Luis XIV supo imponerse a sí mismo, si bien en Inglaterra no fue del Rey la culpa. La Casa de Hannover vivía desde su origen bajo la égida del partido de los Whigs, los cuales tenían su apoyo principal en los Bancos de la City de Londres, cuyas operaciones financieras se desarrollaban por todo el mundo. La Casa de Borbón, debido a la corrupción desatada en tiempos del Regente Felipe de Orleáns, y de nuevo en los de Luis XV, fue enervándose en los placeres, viéndose obligada a recurrir cada vez con más frecuencia a los buenos oficios de los prestamistas. La nobleza francesa y el alto clero, como consecuencia de sus prodigalidades, cayeron en manos de los banqueros suizos y holandeses. Así fue cómo en estos dos países el

internacionalismo del dinero minó el poder del Trono y empezó a ejercer su influencia en la política nacional.

Para los intereses del dinero, tanto importaba Francia como Inglaterra. Entre todas las casas de Banca de Europa existían ya estrechas relaciones. La empresa Thelusson monopolizaba el comercio de granos en Francia y en Inglaterra; y en uno y en otro país estaba interesada en el comercio de las Indias Orientales. Esta empresa ginebrina tenía oficinas en París y en Londres. Hizo numerosos préstamos a Luis XV y también participó en créditos abiertos al Gobierno británico. Esta casa, junto con otras de la misma índole, descubrió en los mercados de América, Indias y Oriente un vasto campo de operaciones. Alegaban estos banqueros, que al dinero, como al agua, «había que dejarlo en libertad para que él buscara su nivel». Lo que quería decir que a los que había que dejar en libertad pa.a obtener los mayores beneficios posibles, era a ellos mismos, que no tenían por qué preocuparse de ninguna necesidad de orden nacional. Pretensión era ésta que Luis XIV hubiera escuchado con verdadera indignación y a la que hubiera contestado preguntando cómo el interés de un sector o partido podía anteponerse al interés de Francia. Luis XV, por el contrario, vendió títulos y confirió privilegios, sin que representasen premio ni compensación de ningún servicio. La consecuencia fue que perdió el apoyo de su pueblo. Francia cayó en una situación en la que los partidos y las pasiones se dividieron el reino en provecho de la Banca internacional. La guerra de los siete años contra Federico el Grande y su aliada Inglaterra, puso de relieve la ruina que se había estado forjando. Las

armas francesas se vieron derrotadas y humilladas en todas partes. Inglaterra aprovechó la ocasión para apoderarse de la India y el Canadá. Entre tanto, los banqueros, al acecho en sus casas de cambio, temblaban de que pudiera aparecer un Rey del tipo de Luis XIV, con el suficiente apoyo popular para barrer sus privilegios y poner un tope a sus operaciones en lo que tenían de perjudiciales para el pueblo.

La historia del banquero Santiago Nécker merece un estudio detenido, ya que pone de relieve las tortuosas sendas que emplea el dinero. Desde su casa de cambio de París, empezó ya este hombre en los últimos años del siglo XVIII a tomar sus medidas para ensanchar todo lo posible la brecha entre el Trono y el pueblo. Convirtióse, con este fin, en protector de los escritores liberales, que iban encontrando su público entre los agobiados agricultores e industriales. Fue cosa fácil persuadir a estas gentes de que las culpas —no escasas, realmente— de Luis XV eran la única causa de sus tribulaciones, y de que la soberanía no pertenecía al Rey, sino al pueblo. Nécker trabó relación con los filósofos Voltaire, Montesquieu y otros, y mantuvo en París su casa abierta para recibir a todos los que podían llegar a ser jefes populares. Era un hombre instruido, alto y atildado, muy poseído de su propio valor moral. Las doctrinas humanistas de Juan Jacobo Rousseau, suizo también y compatriota suyo por lo tanto, merecieron su aprobación, lo que le indujo a gastar en difundirlas no escasa porción de su cuantiosa fortuna.

Mientras Nécker perseguía estos fines en Francia, William Pitt, el mayor, hijo de un mercader de las Indias orientales, procuraba en Inglaterra con-

trarrestar los intentos que estaba haciendo el joven Rey Jorge III para emanciparse del dominio de los Whigs y convertirse en jefe de su Nación. Aquí, lo mismo que en Francia, las baterías se enfilaban contra el Rey. Pitt y los Whigs eran quienes habían arrebatado a Francia las Indias y el Canadá. Pitt *era el hombre* de la City de Londres, y empleó contra su soberano las mismas armas de propaganda periodística y filosófica de que en París hacía Nécker tan eficaz uso. El Rey deseaba hacer la paz con Francia, y se aprovechó esta coyuntura para excitar contra él los ensueños de su pueblo. Cuando consiguió hacer la paz, se logró que ésta fuera poco más que una neutralidad armada.

Lejos de experimentar ningún resentimiento patriótico contra Pitt, Nécker trató de arreglar el matrimonio de su propia hija Germaine con el hijo del ministro inglés. La verdad es que Inglaterra parecía lugar más seguro para el dinero, que Francia. Inglaterra era dueña de los mares, y podía, por lo tanto, proteger el comercio de Ultramar. Aunque tenía una Casa Real, no estaba enteramente consolidada, pese a los buenos propósitos del Rey, y el Poder estaba principalmente en manos de los Whigs, los que, a su vez, lo estaban en las de los banqueros. Inglaterra tenía, sobre todo, el inmenso Imperio de Ultramar que antes había pertenecido a Francia. Un conjunto tan excelente de condiciones —el campo de operaciones de Ultramar, los medios de comunicación, una gran población de agricultores y propietarios y, por consiguiente, fáciles de interesar en trabajos industriales, una gran deuda pública, una Monarquía débil— no se encontraba en ningún otro lugar del mundo. Eran, además, los ingleses, patriotas y luchadores enérgicos, pudiéndose contar con que habrían de defender su país; así como, dada su honradez, de que pagarían sus deudas. Su posición insular hacía prácticamente imposible una invasión, y todo esto hizo que Londres viniese a ser víctima de la calamidad de convertirse en el centro o imán financiero del mundo. El dinero acudió, pero no ciertamente para estacionarse allí, sino para hacer un alto en su vuelo. Los ingleses se sintieron halagados por la oportunidad que se les ofrecía de enriquecerse —oportunidad que muy pocos pudieron aprovechar— y por el espectáculo de un gran Imperio y el espejuelo de la soberanía de los mares. Al mismo tiempo que quedaban uncidos al carro de Mammón, se les hizo saber que existía «una inexorable ley económica», según la cual los salarios de los obreros no especializados no podían rebasar el nivel mínimo de vida, y todos los demás salarios habían de estar relacionados con ese nivel.

En inglaterra, la agricultura compartió con la industria la angustiosa situación causada por el crecimiento del poder de los banqueros. A principios del siglo XVIII, existían por doquier los llamados «campos libres», en los cuales cierto número de campesinos modestos eran propietarios de parcelas aisladas de tierra. Vivían de estas fincas, y disfrutaban un alto grado de independencia. Pero esto no producía beneficio a los banqueros. Con el pretexto de que no podrían emplearse métodos eficaces de cultivo mientras estos campesinos continuasen estorbándolo, el Parlamento aprobó una serie de «leyes de deslinde» que obligaron al cultivador de fincas de esta especie a fusionar sus derechos con los de sus vecinos más ricos. Inmediatamente el campesino rico plantó setos y abrió

zanjas, y el pobre se vio obligado a hacer frente, como copropietario de la tierra, a una serie de gastos y cargas que en modo alguno podía soportar. Tuvo que vender sus derechos para pagar a sus acreedores, y desde su modesta posición independiente descendió a la de jornalero alquilón de sus servicios en la misma tierra que antes le mantenía a él y a su familia. Así desapareció el pequeño labrador, que hasta entonces había constituido el nervio vital de Inglaterra, y vino a ocupar su lugar el agricultor comerciante, dependiente en absoluto de los Bancos. Los salarios del campo descendieron inmediatamente hasta el nivel mínimo de subsistencia.

Tales eran las condiciones en que vivía Inglaterra durante la última mitad del siglo XVIII. Peores eran aún las de Francia, ya que el dinero era todavía más refractario a permanecer en el país. La agricultura françesa declinó visiblemente; languideció la industria; la condición de los campesinos y obreros se hizo tan lamentable, que llegó a escandalizar a los hombres de buena voluntad. El Rey intentó concertar más créditos con objeto de ayudar a su pueblo, ya que, a pesar de su vida desordenada y frívola, era hombre de naturaleza bondadosa y de severos escrúpulos de conciencia; pero la única respuesta que consiguió fue la de que «su crédito estaba agotado». Hasta el imponente espectáculo de Versalles, en un tiempo imán tan poderoso para el dinero, había perdido su atracción.

Con esto, el odio de Francia hacia Inglaterra llegó a un punto inconcebible. ¿No era Inglaterra la que se había apoderado de la India y del Canadá? ¿No era Inglaterra la que había expulsado de todos los mares a los barcos franceses? ¿No era Inglaterra la que absorbía la riqueza de Europa como un vampiro la sangre? El Rey achacó a esta causa su pobreza; el campesino hizo otro tanto. Ni el Rey ni el campesino se daban cuenta de que los ingleses, en conjunto, no habían obtenido ventaja alguna, y estaban, por el contrario, en la misma triste situación que ellos.

El dinero disfrazaba sus operaciones tan cuidadosamente, que el odio engendrado por ellas no venía a recaer sobre él, sino sobre los ingleses y los franceses. Nécker aprovechó la ocasión para condenar semejante explosión de sentimientos nacionalistas. Solía decir de sí mismo que era un buen europeo, y gustaba de sugerir a los demás la idea de que los banqueros tenían la misión de fomentar la unión de las naciones. Este mismo fue el tópico de los filósofos, economistas, periodistas e intelectuales de todas clases que se reunían en el salón de su esposa y disfrutaban de su generosa hospitalidad. Deploraban el lujo insensato de Versalles, que, según decían, se pagaba con las lágrimas y el sudor del pueblo, y torcían el gesto ante la indignación creciente del Rey contra el excelente pueblo inglés. En Londres manifestaba los mismos sentimientos y con el mismo lenguaje se expresaba, el socio de Nécker, el suizo Thelusson, con los banqueros a él asociados. ¡Lástima que el nacionalismo francés fuera tan susceptible y tan ciego!

Turgot

TAN rápido fue el éxodo de riqueza desde Inglaterra a las colonias americanas —donde el trabajo de los esclavos negros permitía obtener grandes beneficios en corto tiempo— que el Rey Jorge III decidió hacer retornar por medio de impuestos, cuando menos, algunas de estas riquezas. Con este objeto se promulgó la ley del Timbre.

El efecto fue terrible. No podía haberse imaginado una amenaza más grave para el sistema bancario internacional. Pitt protestó enérgicamente, y no fueron menos vigorosas las reclamaciones que al punto empezaron a llegar del otro lado del Atlántico. Se discutió abiertamente el derecho del Rey para decretar impuestos de ninguna clase sobre las colonias; y al año siguiente —1766— la ley del Timbre fue derogada.

Pero Jorge III era tenaz. En 1767 logró la apro-

bación de una ley para someter a contribución las importaciones americanas, y de nuevo se vio atacado simultáneamente por la City de Londres y por los colonos. La oposición tomó caracteres violentos. En 1770 esta ley fue también derogada, conservándose únicamente el impuesto sobre el té. Pero los banqueros no estaban, en modo alguno, dispuestos a transigir. Continuaron con toda actividad promoviendo disturbios. El Rey, inconmovible en su resolución, reafirmó su derecho a decretar el impuesto sobre los colonos. En 1770 el pueblo de Boston se sublevó; en 1775 la guerra de la Independencia americana se hizo inevitable por la formal negativa de los colonos a reconocer el derecho del Rey.

Aquel año, Francia presenció la muerte de Luis XV y la subida al trono de su nieto Luis XVI, príncipe mozo, imbuido, como Jorge III, de altos ideales, y resuelto, como él, a salvar al pueblo restaurando la autoridad real. Luis XVI nombró ministro de Negocios Extranjeros a Vergennes, el cual creía firmemente que las dificultades de Francia eran debidas al auge adquirido por Inglaterra. La idea fija de Vergennes era oponerse por todos los medios a la influencia inglesa, y en los disturbios de América vio una magnífica oportunidad.

Los banqueros, especialmente Nécker, vieron complacidos este giro de los acontecimientos, porque la conducta del Rey de Inglaterra les estaba llenando de inquietud. ¿Adónde irían a parar si se sometían al pago de impuestos las colocaciones de dinero en el Imperio británico de Ultramar? Subrepticiamente logró Nécker que el Rey Luis y Vergennes enviasen auxilios a los colonos americanos, al mismo tiempo que se trasladaba a su oficina de Londres llevando consigo a su mujer y a su hija.

Como aún continuaba en Londres la agitación contra la guerra de América, y a favor de los colonos, no necesitó ocultar sus intenciones. Sus colegas ingleses, sin llegar a desear que estallara la guerra entre Francia e Inglaterra, alimentaban la esperanza de que el Rey Jorge III recibiera una severa lección. También eran estos los deseos de Nécker. Era necesario, pensaba, que el Rey de Inglaterra se diera cuenta de cuál era su puesto en el terreno financiero, pero —claro es— no a costa de una conmoción como la que una guerra europea, con sus explosiones de fervor patriótico, tendría que ocasionar, puesto que tal guerra, a lo menos, y aunque sólo fuera temporalmente, habría de cerrar la brecha abierta entre el Rey de Francia y su pueblo, y, con ello, devolver a aquél su poder soberano. Nécker volvió de Londres lleno de inquietudes; y lo que por entonces se decía respecto de las actividades de otro de los ministros del Rey Luis —el intendente general Turgot— no era lo más a propósito para aliviarlas.

Anne Robert Jacques Turgot tenía cincuenta años; su abuelo se había distinguido en el servicio de Luis XIV; su padre, como *prevot des marchands,* había dotado a la ciudad de París de una excelente organización sanitaria. El joven Turgot llevaba en la masa de la sangre la idea de servicio; mostró su aptitud para llevarla a la práctica cuando, en 1771, fue nombrado por Luis XV intendente de Limoges, distrito pobre y atrasado, en cuyo cargo se consagró a la tarea de ganarse la amistad del pueblo que habían puesto bajo su tutela.

«En pleno siglo XVIII —declaró— estas desdichadas provincias son, en todos los aspectos, la imagen perfecta de la ignorancia y de la barbarie.»

Más tarde escribió a sus subordinados:

«No descuidéis de instruiros respecto al estado de la agricultura en cada parroquia, la extensión de las tierras no cultivadas, el empleo que pudiera dárseles, las principales producciones del suelo, la industria a que se dedican los habitantes...»

La información recogida por Turgot le demostró cuán duramente pesaban los impuestos sobre los pobres, y la gran injusticia de que los 130.000 clérigos y los 140.000 nobles entre los que estaba repartida la mayor parte de la tierra de Francia, fuesen «privilegiados», esto es, que estuviesen exentos del pago de impuestos. Escribió carta tras carta a Versalles, solicitando con insistencia que la carga de los impuestos en su provincia se redujese cuando menos en 700.000 libras; pero el Rey tenía sus recursos agotados, y no se atrevió a ofender a los nobles ni a sus acreedores los banqueros.

Una plaga de hambre cayó sobre Limoges. Turgot tomó activas medidas para dar de comer a sus administrados, y no tardó en darse cuenta de que con ellas había perjudicado los intereses y, por tanto, ofendido a los magnates del comercio de granos, presididos por Nécker.

El 14 de mayo de 1770 escribió a Versalles:

«En tiempos de escasez, es humano y justo hacer que la ley venga en ayuda de los agobiados campesinos. El terrateniente a quien la escasez sirve para enriquecerse, no puede, sin demostrar el más odioso egoísmo, pretender sacar de las crueles circunstancias en que se ve su colono un beneficio más exorbitante aún que antes.»

Turgot sostenía la opinión de que la agricultura era la base de la prosperidad nacional: «La Hacienda es necesaria —decía—, pues un Estado tiene

Como aún continuaba en Londres la agitación contra la guerra de América, y a favor de los colonos, no necesitó ocultar sus intenciones. Sus colegas ingleses, sin llegar a desear que estallara la guerra entre Francia e Inglaterra, alimentaban la esperanza de que el Rey Jorge III recibiera una severa lección. También eran estos los deseos de Nécker. Era necesario, pensaba, que el Rey de Inglaterra se diera cuenta de cuál era su puesto en el terreno financiero, pero —claro es— no a costa de una conmoción como la que una guerra europea, con sus explosiones de fervor patriótico, tendría que ocasionar, puesto que tal guerra, a lo menos, y aunque sólo fuera temporalmente, habría de cerrar la brecha abierta entre el Rey de Francia y su pueblo, y, con ello, devolver a aquél su poder soberano. Nécker volvió de Londres lleno de inquietudes; y lo que por entonces se decía respecto de las actividades de otro de los ministros del Rey Luis —el intendente general Turgot— no era lo más a propósito para aliviarlas.

Anne Robert Jacques Turgot tenía cincuenta años; su abuelo se había distinguido en el servicio de Luis XIV; su padre, como *prevot des marchands,* había dotado a la ciudad de París de una excelente organización sanitaria. El joven Turgot llevaba en la masa de la sangre la idea de servicio; mostró su aptitud para llevarla a la práctica cuando, en 1771, fue nombrado por Luis XV intendente de Limoges, distrito pobre y atrasado, en cuyo cargo se consagró a la tarea de ganarse la amistad del pueblo que habían puesto bajo su tutela.

«En pleno siglo XVIII —declaró— estas desdichadas provincias son, en todos los aspectos, la imagen perfecta de la ignorancia y de la barbarie.»

Más tarde escribió a sus subordinados:

«No descuidéis de instruiros respecto al estado de la agricultura en cada parroquia, la extensión de las tierras no cultivadas, el empleo que pudiera dárseles, las principales producciones del suelo, la industria a que se dedican los habitantes...»

La información recogida por Turgot le demostró cuán duramente pesaban los impuestos sobre los pobres, y la gran injusticia de que los 130.000 clérigos y los 140.000 nobles entre los que estaba repartida la mayor parte de la tierra de Francia, fuesen «privilegiados», esto es, que estuviesen exentos del pago de impuestos. Escribió carta tras carta a Versalles, solicitando con insistencia que la carga de los impuestos en su provincia se redujese cuando menos en 700.000 libras; pero el Rey tenía sus recursos agotados, y no se atrevió a ofender a los nobles ni a sus acreedores los banqueros.

Una plaga de hambre cayó sobre Limoges. Turgot tomó activas medidas para dar de comer a sus administrados, y no tardó en darse cuenta de que con ellas había perjudicado los intereses y, por tanto, ofendido a los magnates del comercio de granos, presididos por Nécker.

El 14 de mayo de 1770 escribió a Versalles:

«En tiempos de escasez, es humano y justo hacer que la ley venga en ayuda de los agobiados campesinos. El terrateniente a quien la escasez sirve para enriquecerse, no puede, sin demostrar el más odioso egoísmo, pretender sacar de las crueles circunstancias en que se ve su colono un beneficio más exorbitante aún que antes.»

Turgot sostenía la opinión de que la agricultura era la base de la prosperidad nacional: «La Hacienda es necesaria —decía—, pues un Estado tiene

que tener ingresos; pero la agricultura y el comercio, o mejor dicho, la agricultura, complementada por el comercio, es la verdadera fuente de estos ingresos. Si la Hacienda del Estado perjudica al comercio, se perjudica a sí misma. Estos dos intereses están, por naturaleza, ligados. *El Gobierno debe suprimir los obstáculos que impidan el progreso de la industria...*, por ejemplo, el elevado tipo de interés del dinero. Esto (el tipo elevado de interés) ofrece a todos los poseedores de capital el medio de vivir sin trabajar, estimula el lujo y la ociosidad, y arrebata al comercio (haciéndolos de este modo improductivos para el Estado) la riqueza y el trabajo de gran número de ciudadanos.

»Además, los tipos elevados de interés impiden a la Nación cultivar aquellos ramos del comercio que no ofrezcan la perspectiva de un 1 ó un 2 por 100 por encima de esos tipos, y condena a quedar baldías aquellas tierras del Reino que no rindan más de un 5 por 100, ya que, con el capital necesario para cultivar estas tierras, se podría, sin trabajar, obtener el mismo beneficio.»

En resumen, Turgot, como adversario de la doctrina de que el dinero tiene que buscar su propio nivel, era un enemigo de la Banca internacional. Veía con claridad que si el dinero emigraba a América o a las Indias, se haría ruinosamente caro en Francia, y que las consecuencias serían el empobrecimiento de la agricultura y de las industrias francesas, el paro, la miseria, y un mercado nacional imposibilitado, por falta de capacidad adquisitiva, para absorber la producción interior. Comprendía, además, que los productos que no tuvieran venta en el mercado interior, tendrían que ir a buscar los extranjeros. Y por todo ello, tomó resueltamente partido contra la doctrina de los banqueros respecto a la primacía del comercio de exportación sobre el interior.

El hecho de que al subir al trono Luis XVI eligiera a este hombre como Consejero de Hacienda, despertó, como era natural, una viva inquietud en todos los financieros del mundo. Y aún hubiera sido mayor si hubieran conocido el primer memorándum de Turgot a su Rey:

«Mientras la Hacienda —decía—, para proveer a los servicios del Estado, siga fiel a los viejos expedientes, V. M. estará siempre a merced de los financieros; ellos serán los amos, y con sus habituales maniobras frustrarán los más importantes objetivos. De este modo, el Gobierno ni podrá verse nunca en posición desahogada, ni se sentirá sostenido por su propio esfuerzo, porque el descontento y la impaciencia del pueblo son siempre los medios de que hacen uso los intrigantes y los malvados para promover disturbios.»

La política de Turgot podía expresarse con la fórmula: «Evitar las quiebras, los aumentos de impuestos y los empréstitos.» Ante la difícil situación económica de Francia, recomendó al Rey que practicara una rígida economía. Y añadió:

«Comprendo la magnitud del peligro a que me expongo. Preveo que me quedaré solo para luchar contra los abusos de todas clases, contra el poder de los que se benefician de esos abusos, contra la multitud de gentes aferradas a sus prejuicios, que se oponen a toda reforma y que son tan poderosos instrumentos en manos de los partidos interesados en la propagación del desorden... Y esta gente, por la cual yo he de sacrificarme, se deja engañar tan fácilmente, que llegará a odiarme por las mismas

medidas que he de tomar para impedir que se la explote.»

Luis XVI prometió a su nuevo ministro de Hacienda un incondicional apoyo. Turgot decidió inmediatamente levantar las restricciones sobre la libre venta del trigo en toda Francia, para que, en tiempos de hambre como los ocurridos en Limoges, el trigo pudiera llevarse fácilmente desde los distritos en que abundara a aquellos en que fuera escaso. El efecto de esta medida fue una baja inmediata en el precio del pan, cabalmente en un momento en que estaba muy alto por razón de una mala cosecha. Nécker y los demás banqueros que intervenían en el comercio de granos se alarmaron, y aquél redactó inmediatamente un folleto, que hizo circular profusamente, contra la política de Turgot.

El folleto no logró causar impresión en el ánimo del Rey.

Pronto empezaron a producirse disturbios en muchos lugares. El primero tuvo lugar en Dijón, el 20 de abril de 1775. Después le tocó el turno a Pontoise, más tarde a Versalles, luego a París. Pudo comprobarse que los revoltosos disponían de grandes cantidades de dinero, tanto en oro como en plata, y que su único objeto era el de destruir el trigo. Saquearon las panaderías de París, y arrojaron al Sena grandes cantidades de pan, al mismo tiempo que clamaban por pan más barato. El *Parlamento* de París, sobre el que Nécker ejercía una gran influencia, empezó a preocuparse. Turgot vio cumplidas sus previsiones. Con el apoyo del Rey, dominó los alborotos e indemnizó a los que habían sufrido pérdidas. Pero comprendió al mismo tiempo que las fuerzas desplegadas contra él eran tan poderosas como astutas e ingeniosas. Por más que lo intentó con empeño, no logró identificar a los que fomentaban la revuelta.

La batalla entre el Rey y el Dinero estaba ya empeñada, tanto en Francia como en Inglaterra. Turgot rogó a Luis XVI que anulase los privilegios de que en Francia venían gozando determinadas personas, y que restableciese el sistema de servicio.

«El privilegio —le escribió— fue otorgado en tiempos en que los nobles, por su clase, estaban sometidos a la especial obligación de prestar un servicio militar que desempeñaban en persona y a sus expensas. En la actualidad, este servicio personal, por venir a resultar más inconveniente que útil, ha caído enteramente en desuso, concentrándose el poder militar del Estado en un ejército numeroso mantenido de un modo permanente por él. Los nobles que sirven en este ejército están pagados por el Estado. Y así resulta que, no sólo no pesa sobre ellos ninguna obligación de servir, sino que, por el contrario, desde el establecimiento del servicio militar, es el pueblo el único obligado a prestarlo, ya que los nobles, y hasta sus lacayos, están exentos.»

«Aún hay otra razón por la que el privilegio es injusto y hasta ridículo. Y es que, por la facilidad con que puede adquirirse la nobleza por compra, el cuerpo de los nobles coincide con el cuerpo de los ricos, y la causa de los privilegiados no es ya la causa de las familias distinguidas contra la gente llana, sino la causa de los ricos contra los pobres. Las razones que hubiéramos podido tener para respetar estos privilegios cuando recaían sobre los antiguos defensores del Estado, no las tenemos ya, ciertamente, cuando los privilegios se han extendido hasta la ralea de los financieros y negociantes explotadores del Estado.»

Turgot propuso un impuesto sobre la tierra, que pagasen todos los propietarios sin distinción alguna. Propuso, además, la substitución de los anacrónicos *Parlamentos* por autoridades locales de carácter representativo, y la abolición de los derechos de los antiguos gremios y corporaciones, que tenían oprimidos a la industria y al comercio. Esto significaba el retorno a un feudalismo real, y todo el que gozaba de un privilegio de cualquier clase, se sintió amenazado. Inmediatamente, los financieros se vieron apoyados por una nube de abogados, alto clero, nobles, jueces y artesanos, que deseaban el fracaso de Turgot y de sus proyectos. Francia entró en plena conmoción; hasta el Gobierno se dividió, pero el Rey se mantuvo firme.

«He leído con atención —escribió Luis XVI a Turgot— los memoriales que habéis sometido al Consejo y los seis proyectos de edictos, que ya he aprobado. La falta de unanimidad en mi Consejo respecto a estas propuestas, y la oposición que han encontrado fuera, me han dado mucho que pensar; pero los proyectos me parecen demasiado útiles y favorables al bienestar público, para que no sean publicados, y para que yo no los mantenga con toda mi autoridad... ¡Hay tantos intereses particulares opuestos al interés general! Cuanto más lo pienso, mi querido Turgot, más me repito a mí mismo que solamente vos y yo somos los que verdaderamente amamos al pueblo.»

La inquietud de Nécker iba en aumento, e igual ocurría con la de sus colegas de Londres, pues mientras el Rey de Francia iba conquistando el amor de su pueblo por su política prudente y justa, el Rey de Inglaterra parecía estar a punto de someter a los colonos americanos. Había fracasado un

ataque de los del Canadá, y aunque los ingleses habían tenido que evacuar a Boston, Washington estaba a punto de perder a New-York. Sus tropas estaban en estado muy poco satisfactorio, y, como él mismo escribió, «el dinero hacía mucha falta». Lo que estaba sucediendo era un caso de franca huída del dólar, ya que los que habían buscado beneficios en América, deseaban cualquier cosa menos la pérdida de su dinero.

«El recurso de los empréstitos interiores —escribió Washington más tarde— es insuficiente en absoluto, porque tenemos, en realidad, muy pocos hombres adinerados, y los pocos que hay pueden emplear su dinero más provechosamente en otra forma; esto, aparte de lo muy comprometido que está el crédito público por la inestabilidad de la moneda y la falta de fondos.»

En estas circunstancias, Nécker y sus amigos vencieron su repugnancia a una guerra entre Francia e Inglaterra. Si Francia —y acaso España— apoyaran francamente a los colonos americanos, las probabilidades —pensaron— estarían en favor de un fracaso de la política de Jorge III. Además, el Rey de Francia se vería obligado a contraer tan enormes deudas para pagar sus gastos en buques y tropas, que ya no le sería posible proseguir su política de reformas. Este razonamiento era acertado, pero nada podía hacerse mientras Turgot continuara disfrutando del apoyo del Rey Luis.

En vista de ello, Nécker procuró, como primera providencia, la desgracia del ministro. Para lograrla se emplearon tres medios distintos. En primer lugar, se le hizo ver al Rey, por medio de su ministro de Estado, Vergennes, que había llegado el momento de obligar a Inglaterra a devolver algu-

nas de las posesiones de que había despojado a Francia, especialmente el Canadá. El propio Vergennes estaba sinceramente convencido de la justicia de esta demanda, y ya en el Consejo del Rey había contendido con Turgot, por la oposición a la guerra del intendente. En este punto fue fácil mover el ánimo del Rey, que pensaba, con razón, que las reformas, difíciles de implantar en el estado de cosas del momento, ofrecerían muchas menos dificultades a un Rey aureolado con la gloria de un triunfo guerrero y de la devolución de los territorios perdidos.

La segunda fase del ataque contra Turgot fue conducida por Nécker en persona. Sobre el presupuesto preparado por su adversario para 1776, redactó un memorándum en el cual criticaba los conocimientos financieros de Turgot. Dado que Nécker era multimillonario, y gozaba reputación de genio financiero, podía esperar que sus críticas llegasen a producir impresión en el ánimo del Rey, al que iban dirigidas. De paso, prometió Nécker que, si se le nombraba Intendente obtendría los empréstitos necesarios para el caso de una guerra con Inglaterra (Turgot tenía concertado un préstamo con Holanda, sobre la base de que no hubiera nuevos gastos de ninguna especie).

María Antonieta acabó también por tomar parte en la ofensiva contra Turgot. No sentía la Reina simpatía por el ministro, aunque no había llegado a atacarle abiertamente. Para lograrlo, la convencieron de que la desgracia del joven conde de Guines, por el que sentía gran afecto, había sido debida a la influencia de Turgot sobre su marido. No era esto completamente exacto. Guines, que había sido embajador de Francia en Londres, fue destituido,

a petición de Vergennes, por haber obrado indiscretamente en sus relaciones con el Gobierno inglés. María Antonieta suplicó al Rey la destitución de ambos ministros. Luis prometió conceder un ducado a Guines, pero se negó a toda otra cosa.

«M. Turgot —escribió el embajador de Suecia a su Rey Gustavo III— se ve amenazado por una poderosa Liga formada por todas las personalidades del reino, por todos los *Parlamentos,* por todos los financieros, por todas las damas de la Corte.»

Luis XVI no era, ni mucho menos, el marido dominado por su mujer que algunos historiadores han pretendido hacer creer. Mantuvo con firmeza su opinión de que las reformas de Turgot eran necesarias. Pero, en el precario estado de la Monarquía, se sintió incapaz de llevar a cabo tales reformas contra la oposición reunida del clero, nobles y financieros, por no hablar de su propia Corte. La implantación de las reformas —declaró— es imposible sin gloria y la gloria sólo puede ganarse en una guerra contra Inglaterra. Turgot replicó en una serie de cartas en las que habló claramente. En las últimas de ellas decía:

«No olvidéis, Señor, que sólo la debilidad entregó al hacha del verdugo la cabeza de Carlos I... De Vos, Señor, se ha podido pensar algunas veces que erais débil, pero yo os he visto, en circunstancias difíciles, demostrar verdadera fortaleza. Vos mismo habéis dicho, Señor, que os falta experiencia, que tenéis necedidad de un guía. Pero tal guía es necesario que posea tanta inteligencia como energía..., carácter...»

«Pensad, Señor, en vuestra posición. Un Ministerio débil y desunido; fuera, todos los espíritus en fermentación, los *Parlamentos* unidos con todos

los partidos descontentos, los ingresos inferiores a los gastos; las indispensables economías, hechas punto menos que imposibles por las duras resistencias que se les oponen; sin armonía en el seno de vuestro Consejo, que ni tiene fijeza en sus planes, ni es capaz de guardar secreto sobre sus decisiones...»

Luis XVI acabó por despedir a su ministro y hacer duque a Guinnes, como había prometido.

«...Lo que más me satisface, debo confesarlo —escribía la marquesa de Deffand, una vieja dama de la Corte— es el triunfo de M. Guines. ¡Qué alegría sentirá M. Nécker!»

No se equivocaba. Nécker quedó encargado de la Hacienda del Rey. Gestionó un empréstito, y empezó la guerra contra Inglaterra. Y las reformas de Turgot, entre ellas las relativas al comercio de granos, quedaron enterradas bajo muchos metros de tierra.

El Rey y el banquero

TODO sucedió como tenían previsto los banqueros. Los colonos americanos lograron su independencia, gracias, principalmente, a la ayuda francesa; Francia obtuvo muy poco; Jorge III quedó humillado, perdió la popularidad, y empezó a dar señales de haber perdido también la razón. América, Francia e Inglaterra salieron de la contienda agobiadas bajo el peso de una carga de deudas que prometía mentener a los tres países sometidos a los banqueros durante la vida de algunas generaciones. Esto fue todo lo que lograron para sí América e Inglaterra; pero en Francia el caso era distinto. Luis XVI, a pesar de haberse desprendido de Turgot, no había abandonado sus planes; y cuando menos, logró compensar su triste situación económica con la satisfacción experimentada por su pueblo ante el espectáculo de la humillación de Inglaterra.

Este espectáculo despertó un enorme entusiasmo desde el momento de la entrada de Francia en la guerra de 1778. El Rey pudo felicitarse de no haberse equivocado al suponer que la gloria le era indispensable para el mantenimiento de su autoridad; pero apenas había empezado a adoptar un tono más firme, su nuevo ministro de Hacienda le proporcionó una sorpresa. Sin solicitar el consentimiento de su Rey, publicó un estado de las cuentas reales, tanto privadas como públicas, con el título insolente de *compte rendu*. Su objeto era demostrar que, bajo la hábil administración de Nécker, los ingresos del Rey bastaban ampliamente para hacer frente a los gastos, y que, por consiguiente, no era preciso imponer contribución alguna a las clases privilegiadas. De donde pretendía sugerirse la deducción de que las dificultades financieras de Francia se debían, no a la política de los banqueros que habían enviado dinero fuera del país, ni a las exenciones de contribución otorgadas a la Iglesia y a los nobles, sino exclusivamente a la prodigalidad del propio Rey.

En realidad, Nécker había falsificado las cuentas para aparentar una nivelación, cuando lo que existía era un déficit. Pero esto tardó en descubrirse. La publicación del *compte rendu* causó una tremenda sensación, y colmó de entusiasmo tanto al clero y a los nobles como a los financieros. El pueblo de París —bajo la influencia, ahora, de los escritores y agitadores pagados por Nécker, que tenía a su servicio una prensa propia— recibió este falso presupuesto como una revelación del Cielo, y empezó a concebir una sorda hostilidad contra el Rey, el cual, a pesar de sus equivocaciones, sólo deseaba su bien. Luis XVI empezó a comprender la

verdad dicha por Turgot cuando le escribió respecto a uno de los ministros auxiliares de Nécker:

«No ve que después de haber conseguido con sus maniobras disponer contra mí el ánimo de V. M., obligándome a dejaros, toda la campaña dirigida ahora contra mí recaerá sobre él, que terminará fracasado, arrastrando consigo, en su caída, vuestra autoridad.»

Turgot murió el mismo año en que fue publicado el *compte rendu,* y aunque era ya tarde, el Rey despidió a Nécker, desterrándolo a su propiedad de Saint-Ouen, a veinte millas de París.

La capital empezó a dar muestras de agitación hostil al Monarca; miles de ciudadanos empezaron a usar escarapelas verdes, por ser este el color de la librea del banquero. Nécker, en su retiro, empezó a escribir una Historia de la Religión, pero sus amigos de París continuaron su labor por medio de una vigorosa propaganda, cuyo tema principal fue el de sugerir que la guerra de la Independencia americana significó la rebeldía de unos hombres libres contra la tiranía de un Rey. Todo lo que los testaferros del banquero escribieron y dijeron contra Jorge III de Inglaterra, iba dirigido igualmente contra Luis XVI de Francia. Los hombres libres de la ciudad de París quedaron convenientemente tocados en su corazón, y cuando el joven marqués de Lafayette volvió de América, fue convertido en héroe; Lafayette se presentó en liberal, adoptó aires de protección respecto al Rey y la Reina, y habló sin cesar de «mi amigo Wáshington». Luis XVI empezó a darse cuenta de que se le había escamoteado la gloria de la aventura americana.

En cambio, hubo de cargar con su coste. No tardó en comprobar que el despido de Nécker había

concitado contra él la ira de todos los banqueros del mundo. Advirtió que no podía concertar empréstitos, e intentó volver al plan de Turgot de someter a contribución a las clases privilegiadas. Las oleadas de indignación que levantó este proyecto demostraron la eficacia lograda por la propaganda de Nécker. Ya no fue el ministro del Rey el atacado; lo fue el propio Rey. «¡Pues qué! —clamaron el Clero y la Nobleza, los *Parlamentos* y los financieros—. ¿Ha de verse Francia sacrificada a la loca prodigalidad de Versalles? ¿No demostró el excelente M. Nécker que los ingresos eran suficientes para pagar todos los gastos necesarios?» El Rey se amedrentó con el golpe. Y, con desesperación, vio a todas las clases privilegiadas defender lo que llamaban «sus derechos» con tonos amenazadores. Los grandes magnates se hicieron dueños absolutos del campo; no quedaron en el ejército oficiales que no fueran nobles; la Iglesia afirmó su «derecho a registrar el estado civil de todos los franceses».

El particularismo, en definitiva, escindió de nuevo a la Nación, como durante la Edad Media. La Monarquía, desposeída de su prestigio y con sus arcas exhaustas, tuvo que limitarse a ser un espectador pasivo de la contienda. Cada tentativa del Rey para lograr un nuevo empréstito, tropezó con la rotunda negativa de los banqueros. Le tenían aprisionado entre sus garras, y no estaban dispuestos a dejarle escapar. Versalles se entregó a la desesperación, agravada la triste situación del Rey al sentirse abandonado por todo el mundo. Ni siquiera su mujer le miraba con simpatía: sus hermanos le eran francamente hostiles. Ninguno de ellos era capaz de advertir, como él, que la raíz de todos los males estaba en el olvido del espíritu de

servicio, a consecuencia de la debilitación del poder real.

No era Luis XVI un hombre brillante, ni tenía una inteligencia demasiado viva. Pero era, sin embargo, justo y ecuánime. Se dio cuenta de la fe religiosa que despertaba en su pueblo, de la devoción que éste sentía por la tierra sagrada de la Patria, y del inmenso amor que para él se guardaba en aquellos corazones; conocía su paciencia y su valor en la adversidad. Sabía también cuán rápidamente era capaz de mudar el espíritu francés. Si él lograba dar a su pueblo una Monarquía animada por un alto patriotismo, vieja, y, sin embargo, nueva, no dominada por los privilegios e inspirada solamente en el servicio de Dios, aún podría ganarse de nuevo a su pueblo. También podría entonces depurar a la Iglesia de los escándalos que repelían a los hombres honrados, y hacer que de nuevo germinase en los espíritus ilustrados un sentido hondamente religioso. Como su antepasado Luis XIV, deseaba una Monarquía de espíritu amplio, asociada con una Iglesia de espíritu amplio también, pero no tenía los medios de que dispuso Luis XIV para convertir su ilusión en realidad.

En situación tan crítica, encargó a su desdichado ministro Calonne que se dirigiera al Parlamento de París y a la Asamblea de Notables —organismos compuestos exclusivamente por personas privilegiadas, y, por tanto, implacablemente hostiles— para notificarles que era de urgente necesidad un impuesto sobre la tierra, y que el balance de las cuentas del Rey publicado por Nécker, era falso e insolente. El ministro cumplió su misión, pero sus palabras se estrellaron contra el desdén de la Asamblea.

A Nécker le hirió la acusación clara y justísima de que era un embustero. Redactó inmediatamente, para vindicarse, una memoria justificativa, que envió al Rey. Luis le prohibió que la publicara, pero Nécker desobedeció. El Rey le desterró a distancia de cien millas de París. Los amigos del banquero se las arreglaron para presentarle a la opinión pública como un mártir por la causa de la libertad de Francia. Nuevamente hubo manifestaciones a su favor en París. Su hija Germaine, casada hacía poco con el Barón de Staël-Holstein, Embajador de Suecia en Francia, se dirigió a Versalles para desahogar sus agravios con la Reina, quien —naturalmente— la recibió con frialdad y se negó a intervenir. Desde este momento Madame Staël juró hostilidad a la familia real. La adoración que sentía por su padre la impedía ver la menor falta en nada de lo que él hiciera o dijera. Tenía su casa abierta en la Embajada de Suecia, en la rue du Bac, y en ella daba fiestas a todos los enemigos del Rey: nobles, clérigos, financieros, filósofos, periodistas e intelectuales. El tío del Rey, Narbonne, hijo legítimo de Luis XV, era uno de sus amantes. Lo era asimismo Talleyrand, Obispo de Autún. Todos esperaban el día en que Luis XVI se viera obligado a venir, sombrero en mano, a implorar el favor del banquero, cuya hija les prodigaba sus favores. Y ellos recogerían entonces las riendas del Gobierno.

El Rey, mientras tanto, encontró un nuevo ministro de Hacienda en Lomenie de Brienne, Cardenal Arzobispo de Tours. Brienne recibió también el encargo de dirigirse al Parlamento y a los notables, pero no tuvo más éxito que su predecesor. Los recursos del Rey se agotaban. En tan críticas circunstancias, intentó obrar por su cuenta. Desterró

de París al Parlamento e hizo firme su impuesto sobre la tierra. Nadie lo pagó. Y lo curioso fue que los miembros de la Asamblea, que gozaban del privilegio de no pagar impuestos, mientras los pobres estaban abrumados por las cargas que sobre ellos pesaban, se convirtieron en héroes de la turba parisiense. Fue un prodigio de habilidad la dirección que Nécker supo imprimir a su propaganda para llevar al convencimiento de miles de buenos ciudadanos que los parásitos que estaban devorando sus recursos más vitales eran sus mejores amigos y que el Rey —que intentaba librarles de tales parásitos— era un tirano y un despilfarrador.

Luis XVI fue derrotado; sólo le quedaban ya unos cuantos miles de libras en sus arcas, sin esperanza de obtener más. Con dolorosa humillación, tuvo qu enviar en busca de Nécker. Al momento, en un solo día, los «valores» aumentaron en un 30 por 100. Nécker convocó de nuevo al Parlamento, que fue saludado por los parisienses con una lluvia de rosas. El banquero ordenó al Rey que convocase además a los Estados Generales, el Parlamento de la Nación. A Luis no le repugnaba este paso, porque contaba con que, una vez que lograra hacerles comprender sus ideas, no tendría nada que temer de los franceses. Pero no contaba con Nécker. No formaba, ciertamente, parte del plan del banquero el permitir al Rey restablecer sus relaciones con su pueblo. Por el contrario, propuso que los Estados Generales sólo se comunicasen con él mismo, que sólo de él recibieran órdenes, es decir, que se instaurara una Monarquía constitucional del tipo inglés, con él como primer ministro. Los Estados Generales se componían de tres brazos: el Clero, los Nobles y el Tercer Estado. Estos Estados se reunían

separadamente y votaban corporativamente, de modo que, si dos se ponían de acuerdo, el tercero quedaba privado de todo poder. Con el mando supremo en sus manos, Nécker no trató ya de insistir en el punto de la suficiencia de los ingresos reales. Debido a la gran carga de deuda traída consigo por la guerra americana, el presupuesto estaba irremediablemente en déficit, y una gran parte de la deuda contraída a favor del propio Nécker y de sus amigos. El proyecto de impuesto sobre la tierra encontró entonces repentinamente calor en el hombre que había sido más irreductible. Con gran consternación de sus jaleadores —el Clero y los Nobles— Nécker manifestó a la Asamblea de Notables que era preciso recaudar el impuesto sobre la tierra. No fue mejor recibida su pretensión que lo habían sido las de Calonne y de Lomenie de Brienne. Pero pronto se dieron cuenta de que no era ya con el imponente Rey de Francia con quien tenían que entenderselas, sino con un amo que sabía hacerse obedecer.

De la noche a la mañana, los periódicos, que habían convertido en héroes a estas gentes privilegiadas, cambiaron de tono. Los Notables eran ahora los ladrones de los pobres y los zánganos de la colmena. El populacho guardó sus rosas y crispó sus puños. Cuando Nécker se presentó ante el Parlamento de París, halló en él una servil sumisión. S. M. podía tomar las medidas que tuviera por convenientes. El banquero volvió a Versalles, y propuso al Rey que, ya que la población de Francia se había duplicado desde la última reunión de lo Estados Generales más de ciento sesenta años antes, el número de miembros en el Tercer Estado, el popular, debería también aumentarse. El Rey aceptó.

Nécker se felicitó de lo bien que marchaba todo, pues en esta forma el Tercer Estado no podría ser vencido por los votos del Clero y Nobles reunidos. Además, aquél pediría el voto individual en vez del voto por Estados, con lo que vendría a adquirir la misma posición preponderante que la de los Comunes de Inglaterra. La mayor parte de los amigos de Nécker iban a tener puesto, probablemente, en la Cámara de los Comunes.

El tribuno y el banquero

NÉCKER sólo cometió un error, aunque grave, de cálculo. No había contado con la posibilidad de que surgiera un hombre, y la Providencia envió a Mirabeau, hijo segundo de un padre doctrinario, que había vivido toda su vida en abierta oposición con su familia, con su Rey y con sus ciudadanos. Gabriel Riquetti, Conde de Mirabeau, tuvo una juventud agitada, pero salvó de ella un corazón fácilmente inflamable, un cerebro magnífico y unas excelentes facultades para la acción. Mirabeau era alto; su cara de gran anchura, guardaba proporción con una frente amplia y despejada. Con su melena encrespada y abundante, como la de Sansón, parecía un león cuando se enfurecía. Pero se enfadaba pocas veces. Por el contrario, su nariz larga y ganchuda caía sobre los labios con una singular expresión de altivez. Este hombre, con el sello de la

nobleza en el rostro, tenía todos los vicios que se han imputado a la gente de su clase; pero tenía también un espíritu amplio, profundo, generoso y desinteresado. Tal hombre tenía forzosamente que odiar a Nécker; y, en efecto, los procedimientos tortuosos del banquero produjeron una especie de locura en la mente del tribuno. Eran dos hombres que no cabían juntos en el mundo.

Nécker se dirigió a los Estados Generales después de haberlo hecho el Rey, y su influjo no tardó en dejarse sentir. A los pocos días, los Comunes iniciaron un ataque contra el Clero y los Nobles y pidieron el voto individual. El Rey intentó mantenerse apartado de la querella, y quizás lo hubiera conseguido de no tomar parte en la disputa los ciudadanos de París, empezando a pedir la prensa de Nécker que el Rey obligase al Clero y a los Nobles a reunirse y votar con «los representantes del pueblo».

Empezaron los motines. Prendió la nerviosidad en los Comunes y empezaron a recelar. Se proclamaron «Asamblea Nacional», y negaron al Rey el derecho de disolverlos. Luis XVI convocó a los tres Estados a una reunión presidida por él y les dirigió la palabra. Expuso sus planes referentes a la completa abolición de todos los privilegios, igualdad de todos los franceses ante la justicia, igualdad de derecho a ocupar los cargos para los que se tuviera aptitud, igualdad en la obligación de servir. Encareció a los Estados que continuaran reuniéndose separadamente como antes, y cabe pensar que hubiera podido ser obedecido —a pesar de la dramática explosión de Mirabeau de que los Comunes se reunían por voluntad del pueblo— si Nécker no hubiera aprovechado la ocasión para dimitir.

El banquero había previsto este propósito del

Rey de realizar su política y reanudar sus relaciones con su pueblo, y tenía tomadas sus precauciones. En el momento de hacerse pública su dimisión, Versalles y hasta el propio París llegaron al paroxismo de la irritación. Turbas amotinadas se manifestaron delante de Palacio, y el Rey pudo oírles expresar su creencia de que iba a destituir a los Estados Generales e instaurar de nuevo sus métodos despóticos. La hostilidad se hizo tan grande, y las turbas tan amenazadoras, que Luis XVI temió que estallaría un motín. Envió a buscar a Nécker, accedió a la condición de que los tres Estados se reunieran y votaran juntos, y repuso al banquero en su antiguo cargo. Nécker fue llevado a Palacio a hombros de sus partidarios, que llegaron al delirio, alabando su sabiduría, su valor, su patriotismo y su moderación.

Mirabeau observó la escena con creciente irritació y malestar. Se daba cuenta del juego de Necker y le repugnaba. «El héroe que se valió del hambre para llegar», era uno de los calificativos que dirigía al banquero. Escribió secretamente al Rey, ofreciéndole ayuda y consejo. Pero Luis XVI desconfió de un hombre que tenía una reputación tan peligrosa. El tribuno empleó entonces su elocuencia para atacar y desacreditar al ministro en la Asamblea. La estrella de Nécker empezó a declinar en Versalles.

Brillaba, sin embargo, como siempre —con más fulgor, si acaso— en París, donde empezaba a circular la especie de que el Parlamento de Versalles se dormía; de que estaba cayendo bajo la influencia de la Corte; de que si por un lado iba aprendiendo buenas maneras, por otro iba olvidando al pueblo. Mirabeau vio la mano de Nécker en

esta propaganda, pero no tenía medios para desarmarla. Escribió de nuevo al Rey, sin recibir respuesta, y, poco a poco, fue abandonando la Asamblea, donde el principal tema de discusión era la «Declaración de los Derechos del Hombre».

«Lo que hace falta —clamó Mirabeau— es una declaración de deberes.»

El Rey era de la misma opinión. Y como Nécker había hecho estéril su intento de entablar relaciones con su Parlamento, y estaba ahora excitando contra él a las turbas parisienses, decidió luchar con las armas que le quedaban. Se dio orden a las tropas para concentrarse en París y Versalles. El 12 de julio de 1789, el Rey destituyó a Nécker, y le ordenó que saliera inmediatamente de Francia. El banquero partió de Versalles aquella misma noche, y tras él marcharon Madame de Staël y su marido tan pronto como se enteraron de la noticia. Al siguiente día, París perdió la cabeza. Todo el mundo se vistió de verde, y hasta los árboles de las Tullerías se quedaron sin hojas para confeccionar «escarapelas Nécker». El 14 de julio, las turbas asaltaron la gran prisión del Estado *La Bastilla,* valiéndose de la astucia para penetrar en ella, y la arrasaron. El municipio de París se convirtió en una especie de Gobierno, y la *Comune* reclutó una Guardia Nacional que tuvo por general a Lafayette, el héroe de la guerra americana.

Era la Revolución. Luis XVI envió mensajeros en seguimiento de Nécker para hacerle volver. Entretanto, y cumpliendo la orden de Lafayette, hizo su entrada en París al día siguiente de la revuelta, dio su aprobación a la Comune y a la Guarcia Nacional, y llegó a clavarse sobre el pecho el nuevo emblema acabado de inventar por Lafayette. Nada

menos que al coste de esta amarga humillación aprendió el Rey de Francia cuáles son el poder y los recursos del dinero. Su colega de Inglaterra había sufrido ya un castigo que, si menos severo, no fue menos difícil de soportar. En 1780, Dunning había hecho aprobar a la Cámara de los Comunes por 233 votos contra 215 la siguiente moción: «Que el poder de la Corona ha aumentado y está aumentando, y debe rebajarse.» Después de esto, Jorge III había experimentado la amargura de la derrota a manos de Washington, y, más tarde, a manos de los Whigs y de la City de Londres. Su lista civil fue cercenada radicalmente, y él mismo llegó temporalmente a perder la razón y fue puesto bajo tutela.

Robespierre

NÉCKER había llegado a Basilea camino de Ginebra, cuando le encontraron los mensajeros del Rey Luis. Al día siguiente, con su mujer y su hija, emprendía el regreso a París.

Fue una marcha triunfal. Los campesinos franceses, a quienes este hombre había estado explotando largos años, y a quienes había impedido disfrutar de las reformas que tenían preparadas para ellos el Rey y su ministro Turgot, le demostraban una desbordante gratitud. El banquero les dirigió piadosas palabras de exhortación. Ellos correspondieron llenando de flores su carruaje y colmando su vanidad de alabanzas.

Llegó directamente a Versalles. Al día siguiente hizo su entrada en París, y se presentó al pueblo desde el balcón del Ayuntamiento.

Madame Staël se desvaneció de alegría.

Quince días después, los nobles pertenecientes a la Asamblea renunciaban a sus privilegios en una reunión que se caracterizó por toda clase de manifestaciones de histerismo, al tiempo que se declaraba muerto y sepultado el sistema feudal. Pero, poco después, estos mismos nobles se mostraban reacios a suscribir el empréstito emitido por Nécker, y ostentosamente encabezado por él mismo con 100.000 libras.

El fracaso de este empréstito, y la imposibilidad de recaudar impuestos tras la abolición del sistema tributario, ocasionaron graves preocupaciones al banquero. Dirigió cartas apremiantes a la Asamblea informando a sus miembros que el Gobierno estaba en quiebra, y que era imposible pagar los intereses de los empréstitos. Nadie le hizo caso, y, lo que aún era peor, se convenció de que el Rey sólo estaba esperando una oportunidad favorable para abandonar Versalles y retirarse a alguna ciudad de su reino más alejada de París y de su populacho. Jugó de nuevo la carta con la que nunca había dejado de ganar, e hizo correr la voz en la capital de que la Asamblea estaba, una vez más, olvidando su misión, y que, por tanto, sería pronto víctima de la tiranía real. El Rey, según los rumores, se proponía ir a Rouen, y ordenar al Parlamento que le siguiera. Una vez que se encontrase en lugar seguro, pronto echaría de nuevo las cadenas al cuello de su pueblo.

Lafayette, que seguía en contacto con Madame de Staël, empezó a hablar de ir a Versalles, y de traerse con él a París al Rey y a la Asamblea. La Guardia Nacional repitió el grito de su General, y pronto todas las calles resonaban sordamente con él. Cuando París se enteró de que la Reina había

asistido a un banquete de los oficiales de la Guardia, y les había ordenado despojarse de sus emblemas tricolores y ponerse de nuevo los blancos de la Casa de Borbón, la ola de furor se desbordó, y una turba de mujeres, principalmente prostitutas, y todas razonablemente ebrias, marcharon hacia Versalles —al igual que las turbas que se manifestaron contra Turgot— pidiendo pan, del que, evidentemente, no carecían.

El Rey ordenó preparar sus carruajes; el pueblo de Versalles, el mismo que había llevado en hombros a Nécker, se negó a dejarlos pasar. Después de una noche espantosa, durante la cual las turbas entraron en Palacio y amenazaron con asesinar a la Reina, Luis y María Antonieta se vieron obligados a acompañar a París a las mujerzuelas. Lafayette había sacado a su Guardia Nacional con el propósito, según dijo, de proteger al Rey; pero no ofreció resistencia alguna al furor de las turbas.

La Asamblea siguió al Rey; Versalles quedó desierto. El banquero estaba ahora seguro de que sus demandas de dinero serían atendidas, y no se equivocó. Cuando oyeron a las turbas aullar en las galerías, los representantes del pueblo volvieron rápidamente a la realidad. El amante de Madame Staël, Talleyrand, Obispo de Autún, propuso que la Nación se incautara de las tierras de la Iglesia para servir de garantía a futuros empréstitos, medida que se realizó inmediatamente. Nécker había ganado; tenía a buen recaudo al Rey en el viejo palacio de las Tullerías; tenía a la Asamblea bajo el temor de las turbas parisienses, a las que nadie más que él dirigía, y se le ofrecían las risueñas perspectivas de un rica cosecha bajo la forma de un saqueo de la Santa Madre Iglesia, la cual iba a quedar a su

merced. Se apresuró, en consecuencia, a sacar partido de las circunstancias.

Preparó las cosas en forma que las tierras de la Iglesia se entregaran a la Banca a cambio de un empréstito, hecho al Gobierno por esta misma Banca, amortizable en una fecha determinada y con intereses. Los tenedores de las obligaciones tendrían derecho a cambiar su papel por tierras. Dicho de otro modo, los banqueros no estaban dispuestos a fiarse solamente de la palabra del Gobierno.

Mirabeau censuró el proyecto, preguntando por qué razón el Gobierno habría de «prestarse a sí mismo», y pagar intereses por hacerlo. ¿No era la tierra de Francia propiedad del pueblo francés? ¿Por qué darla en garantía a los banqueros a cambio de su papel? Que pagase el Gobierno a sus acreedores con su propio papel, dándoles el derecho de cambiarlo por tierra, si tal cosa deseaban. De este modo no sería preciso pagar intereses por este papel, y la amortización quedaría a voluntad de sus tenedores, que lo usarían como dinero o lo convertirían en tierra, según prefiriesen. ¿No estaba ahí la tierra?, preguntaba Mirabeau. ¿Es que no se trataba de la excelente tierra de la Patria? ¿Qué mejor garantía podía desearse?

En otras palabras, el plan de Nécker consistía en obtener un nuevo préstamo de los banqueros con la garantía de las tierras de la Iglesia. Con el producto de este nuevo préstamo, el Gobierno pagaría sus deudas a los Bancos. Las ventajas que veía el banquero, eran: una segura inversión que produciría un buen tipo de interés, la devolución de préstamos anteriores peor garantizados y, sobre todo, que no hubiera posibilidad de aumentar la cantidad de dinero en circulación, porque esto produciría el efecto de rebajar el valor de todas las inversiones. Pero a Mirabeau le tenían sin cuidado estas ventajas. El quería servir a Francia, no a la Banca Internacional. Vio en el plan de Nécker cadenas para el Gobierno y para el pueblo. El pago de los intereses del nuevo empréstito de Nécker impediría llevar a cabo las reformas que todos, incluso Luis XVI, sabían que eran necesarias con urgencia; pondría al Gobierno a merced de los banqueros como deudor suyo, y ellos quedarían en libertad de invertir sus intereses en el extranjero, reduciendo de este modo más aún la cantidad de dinero en Francia. La Banca, en resumen, ocuparía el lugar de la Iglesia, como principal terrateniente del Reino, y de este modo obtendría en la práctica la soberanía del poder.

La Asamblea desconfiaba de Mirabeau, y temía a Nécker, a quien apoyaban las turbas de París. Los propagandistas de Nécker vociferaban la palabra «inflación» a grito herido, preguntando por qué razón los salarios de los pobres habían de ser pagados en «papel sin valor». La Asamblea, que no tenía experiencia en cuestiones monetarias, quedó desconcertada. Con el fantasma de la inflación ante sus ojos, y en sus talones la turba ululante de los escribas y oradores al servicio de los banqueros, votó por el plan de Nécker.

El banquero experimentó un gran alivio, ya que los préstamos que él y sus amigos habían hecho al Rey eran bastante elevados, y no los encontraban tan seguros como hubiera sido de su gusto. Con la ayuda de los bienes eclesiásticos, Nécker procedió a poner su casa en orden. Pero no había contado con el pueblo francés. El nuevo empréstito fue un acto de deflación porque permitió al Gobierno pagar sus

deudas sin crear más dinero, y, por consiguiente, fue el medio de transferir una gran cantidad de capacidad adquisitiva a los banqueros. El efecto fue aumentar la escasez de numerario y provocar el acaparamiento de moneda ante la perspectiva de una baja.

Los banqueros empezaron a intentar sacar dinero de Francia; los billetes ya no inspiraban confianza. Se inició una escasez monetaria.

«¡Si Nécker sigue un mes más —exclamó Mirabeau— no quedará un escudo en circulación en el país!»

La situación se hizo desesperada; el comercio se paralizó, las ciudades sintieron la amenaza del hambre, porque nadie quería aceptar los billetes de Nécker y toda la moneda había desaparecido. En estas circunstancias, volvió a formularse la petición de que se permitiera al Gobierno pagar sus deudas directamente en el nuevo papel-tierra. Mirabeau la apoyo, la Asamblea se unió a él. «¡Este papel —exclamó de nuevo— es tierra circulante! ¿Qué mejor garantía para él?» Nécker se estremeció. Vislumbro sus empréstitos, pagados en un papel que tendría poco o ningún valor internacional, con la sola garantía del suelo convulso de la Francia revolucionaria. Iba a perder el último vestigio de su influencia sobre el Gobierno, pues los *asignados,* como se llamaban los billetes garantizados por la tierra, no producirían intereses, y no serían amortizables en dinero. La riqueza de Francia quedaría ligada al suelo, y ya no podría ser transferida a otros países que ofreciesen más altos tipos de interés y mejores garantías. Protestas, discusiones y amenazas fueron en vano. Mirabeau le pulverizó; las turbas, tanto tiempo obedientes, se pasaron al enemigo, y el

banquero se hundió bajo un tornado de execración. Huyó de Francia, y con dificultad llegó a su país natal, Suiza. La política había vencido a la Banca.

Mirabeau fue, en realidad, el único de sus contemporáneos que pudo comprender lo que acababa de suceder. Se dio cuenta de que Nécker había sido víctima de sus propios planes. Había minado con tanto éxito la confianza del pueblo francés en su Rey, que el crédito real había llegado a desaparecer. Esa era la explicación del acaparamiento de moneda, y de la negativa a cambiar mercancías por papel. El restablecimiento dependía, por consiguiente, de una restauración del Rey en el afecto y respeto de su pueblo. Si se lograba, el nuevo papel-tierra circularía libremente, porque se restablecería la fe en él. Luis XVI tendría entonces en la mano los medios de librarse de sus deudas, y de llevar a la práctica todos sus proyectos de reforma.

Mirabeau se propuso hacer por el Rey lo que el Rey no podía de ningún modo realizar por sí mismo. Se constituyó en mentor real, y escribió carta tras carta explicando su política. El Rey debía asumir el papel que le correspondía como jefe de la Revolución; ésta debía adquirir su verdadero carácter de restauración del sistema divino de servicio. El propio tribuno se dirigió —captándola— a la turba parisiense, a la que encendía con su elocuencia. Ensalzó a la Monarquía, base fundamental del Gobierno, y encareció una y otra vez el hecho de que el Rey y la Nación se necesitaban mutuamente, por lo que, si llegaban a separarse, surgiría necesariamente una catástrofe bajo la forma de un régimen de fuerza y terror.

La Asamblea escuchó esta doctrina con paciencia, si no con placer. Nadie pensaba aún en abolir

la Monarquía; pero había muchos que esperaban influir en su dirección. Mirabeau aconsejó al Rey que saliera de París públicamente, y que se traslađase a Rouen o Compiegne, ordenando al Parlamento que le siguiera, fundándose en que el estado de espíritu en París no consentía deliberar con tranquilidad. Hubo un momento en que pareció que el Rey iba a seguir su consejo. Por no haberlo hecho, se le ha censurado con dureza, pero acaso no estuvo desacertado, porque el desafecto del pueblo, provocado por Nécker, había llegado a tal extremo, que el haber obrado de acuerdo con el consejo de Mirabeau hubiera sido quizá el pretexto para una guerra civil. La oportunidad, si en realidad la hubo alguna vez, pasó rápidamente. Murió Mirabeau. Luis XVI, con su mujer y sus hijos, intentó salir de Francia; fue detenido en la frontera, y quedó prisionero de su Gobierno.

Era aquel un Gobierno liberal que, bajo la influencia de Madame Staël, hija de Nécker, tenía por finalidad el restablecimiento de un «sólido sistema financiero», mediante un uso discreto de la autoridad real. El amante de Madame Staël, Luis de Narbona, era ministro de la Guerra. Con su ayuda, tramó una campaña contra Austria, y obligó al Rey a secundar sus planes. El papel-tierra bajó rápidamente de valor; desde Ginebra, Nécker empezó a presentir el momento en que, por haberse depreciado hasta el último extremo el papel, iba a ser necesario apelar una vez más a la alta Blanca. La guerra fue desastrosa; los ejércitos alemanes, dirigidos por el Duque de Brunswick, avanzaron sobre París. Una turba enloquecida por el pánico se precipitó contra el Palacio, arrolló la defensa del Rey y asesinó a su guardia. La familia real fue encerrada

en la prisión del Temple. Antes de un mes, Brunswick estaba a unos días de marcha de la capital. La noticia de una serie de asesinatos en masa llevados a cabo en la capital le hizo comprender que el poder había pasado a nuevas manos. Habían sido arrollados, en efecto, los amigos de Madame Staël; en su lugar apareció el partido republicano con una mezcla de radicales, entre los que figuraba Dantón, el cual reclutó un nuevo ejército e hizo retroceder a los invasores. El asignado (papel-tierra) subió rápidamente de valor, hasta el punto de que el Gobierno se sintió libre de todo agobio financiero. Parecía que la Revolución había llegado a su cúspide y se iba a poder establecer una República estable. Se abandonó la política de terror, y sus autores —por más que se esforzaron en disculpar su conducta— cayeron en desgracia.

Los asignados empezaron inmediatamente a depreciarse de nuevo. Los campesinos volvieron a desconfiar de los billetes que habían aceptado sin inconveniente alguno pocas semanas antes, y el acaparamiento de trigo y de otros artículos alimenticios dio lugar a una rápida subida de precios. ¿Qué había sucedido? Los republicanos más entusiastas —los girondinos— que llevaban las riendas del Gobierno, no acertaban a explicárselo. Ya no amenazaba el enemigo; el Rey estaba a buen recaudo, bajo rejas; los curas, los nobles y los banqueros habían sido expulsados al otro lado de las fronteras. Francia tenía gloria, seguridad y la riqueza de su suelo sin par. ¿Por qué, pues, esta extraña falta de confianza?

Mirabeau podría haber dado la respuesta, diciendo que Francia ya no era una Nación, sino meramente un conglomerado de facciones que no se di-

ferenciaban mucho de las facciones medievales. Estaban en armas departamento contra departamento, provincia contra provincia, ciudad contra ciudad. A tal grado llegaban las cosas, que el Gobierno estaba planeando una especie de federalismo con el pretexto de fortalecer a las autoridades locales. Mucha gente se interesaba más por las demandas de Lyon, Burdeos, Marsella, Tolón, La Vendée, que por las aflicciones de Francia. Cada una de estas regiones tenía sus «derechos»; por eso luego de haberse promulgado de un modo genérico los «Derechos del Hombre», el Gobierno empezaba a ocuparse también de determinados derechos de este y aquel hombre. El deber era una palabra enmohecida por falta de uso. En tales circunstancias era inevitable una falta universal de confianza, porque la confianza sólo puede inspirarla el cumplimiento del deber. Lo que Nécker había destrozado no era meramente la fe en el trono, sino la fe en un principio esencial de la vida, del que era expresión el Trono. Al impedir al Rey abolir los privilegios, le había arrebatado el ejercicio de su función, y con ello le había enajenado, en realidad, a todos sus súbditos. Privado el deber del carácter de imposición divina, los hombres recordaban sus querellas, fomentaban sus agravios y volvían al uso de la fuerza. Ya nadie estaba dispuesto a sacrificarse; y este espíritu de sacrificio es, en último término, el fundamento del crédito, financiero o de cualquiera otra clase.

Los republicanos, a pesar de sus extravíos, tenían atisbos de esta verdad. Intentaron sustituir a la autoridad del Rey lo que llamaron la «soberanía del pueblo». Se dijo que Dios había otorgado su gracia a la Nación para que cada ciudadano pudiese servir

a los demás, con la doble calidad de soberano y de súbdito. Esta doctrina tuvo la mala fortuna de que no tardara en descubrirse que hay tantos *pueblos* como partidos hay en el Estado. Si los republicanos alegaban representar al pueblo y ejercer, por consiguiente, una soberanía natural, los radicales alegaban exactamente lo mismo. En esta competencia para apoderarse del Poder, el éxito sólo dependía ya de la mejor organización y de la más abundante reserva de dinero. En otros términos, había que engañar, o amedrentar, o sobornar al pueblo para obtener su apoyo. Tal estado de cosas no tiene ningún parecido con el de un honrado sentido nacional; es esencialmente logrero y mercenario. Su fundamento no es Dios, sino la fuerza bruta y la codicia.

La baja en el valor del asignado, por consiguiente, era un exacto reflejo de la situación moral y política. El dinero crediticio, según se ha dicho, depende del carácter y de la garantía del pueblo que lo emite. Y aquí, el carácter y la garantía iban envileciéndose a medida que se sustituía al ideal de servicio la idea del interés particular. El campesino, por ejemplo, ya no creía tener la obligación de alimentar a las ciudades. Como no le gustaba el aspecto de los asignados, plantó menos y holgó a sus anchas. Cuando se le exhortó a que desempeñara bien su papel de ciudadano, contestó preguntando si la libertad no rezaba con él. Los precios subieron, y las turbas de París se hicieron amenazadoras. ¿Era este el pueblo soberano? Los jefes del populacho, Dantón y sus amigos, resolvieron de plano la cuestión pidiendo que el «tirano» Luis XVI fuera juzgado.

Los republicanos empezaron a asustarse. Com-

prendían que la acción contra el Rey no podía tener otro efecto que el de una pérdida mayor del crédito y de la confianza: bajaría el valor del asignado, aumentaría el acaparamiento de artículos alimenticios, y sería lo más probable que las ciudades empezasen a sufrir el azote del hambre; nadie podía predecir lo que en tal caso ocurriría. En vista de ello, el Gobierno trató de impedir el proceso del Rey, pero inmediatamente sus miembros se vieron acusados de traición. Los epíteros que, por inspiración de Nécker, habían lanzado al Rey curas y nobles, les fueron lanzados a ellos. Robespierre afirmó más tarde, que Dantón, que había dirigido el ataque contra los republicanos, estaba pagado por entidades extranjeras. Lo cierto es que sirvió a sus fines. El proceso del Rey fue causa de una baja mayor del valor adquisitivo del asignado; su ejecución aún la precipitó más. La ansiedad del Gobierno se trocó en desesperación. Sus divisas iban dejando de inspirar confianza, y se le echaba encima una gran guerra europea. Lo angustioso de la situación parecía estimular en todas partes la rebeldía contra su autoridad. Lyon y Marsella se declararon por el hijo del Rey, Luis XVII. Los habitantes de Tolón entregaron aquella gran base naval a los ingleses. Metz se rindió, y los ejércitos alemanes y españoles cruzaron las fronteras. La capital se vio amenazada por el hambre.

Dantón excitó a las turbas contra los republicanos y los encarceló. Ocupó su sitio, pero ni logró restablecer la autoridad, ni dar de comer a las ciudades. Parecía que Francia iba a sucumbir inevitablemente a sus enemigos, así extranjeros como financieros. Por lo menos, así opinaban éstos. Nécker, por ejemplo, pensó que había llegado la hora de

instituir una Regencia de María Antonieta, y rogó a su hija, que estaba con Narbona en Inglaterra, que se uniera con su marido en la Embajada de Suecia en París. El feroz Dantón empezó a usar un lenguaje suave y a hablar de traer la revolución hacia caminos pacíficos.

De pronto, empezó a decirse que Dantón estaba pagado por los ingleses. ¿Por qué —se preguntaba la gente— había combatido con tanta insistencia la expansión francesa en la India y en otros lugares, sino porque las empresas financieras inglesas, con intereses en la India, le habían sobornado? Sobre el Parlamento cayó una ola de pánico, y a las pocas semanas de su victoria sobre los republicanos, aunque suavemente, fue Dantón separado del Poder. Robespierre y Carnot le reemplazaron.

Formaban una extraña pareja: Robespierre, pequeño, frágil, más bien tímido; Carnot, alto, robusto, lleno de seguridad en sí mismo: nada parecía menos probable que el que estos dos hombres llegaran a ponerse de acuerdo; hasta que pudieran llegar a tolerarse, difícil parecía. No se veían con simpatía, es cierto. Pero los dos amaban a Francia. La idea de que Francia pudiera verse entregada a sus enemigos, o tuviera que pedirles merced, era odiosa a los dos. Carnot se encargó de dirigir la guerra exterior; Robespierre, la interior.

A Robespierre se le consideraba como un hombrecillo bondadoso; en los primeros tiempos de su carrera había renunciado a un puesto para el que había sido nombrado en la ciudad de Arras, porque llevaba consigo la obligación de firmar la pena de muerte de los criminales. Este hecho se avenía bien con la reputación de «niño bueno» que ganó en el colegio de los jesuítas, donde había sido designado

para pronunciar el discurso de bienvenida a Luis XVI, cuando el Rey visitó la escuela. Se dedicó con inteligente tesón a buscar la manera de volver a Francia su ser, y de conjurar el hambre que amenazaba. A las pocas semanas se dio cuenta de que el medio que en otro tiempo hubiera servido para lograrlo, estaba destruido. Ya no había en el país ninguna disciplina religosa, moral, ni política. La lealtad había perecido con el Rey; la gloria ejercía tan poca atracción, que las deserciones habían llegado a reducir en graves proporciones la fuerza del ejército. El patriotismo se había enfriado hasta el punto de que la mayoría de los franceses desesperaban del Estado. ¿Qué fuerza quedaba para imponer de nuevo a los hombres la obediencia y compelerles al cumplimiento del deber? Robespierre pensó entonces en el Trono vacío; tenía que encontrar un sustituto de este poder, por cuya virtud las tribus de las Galias habían llegado a constituir la Nación francesa; y los hombres se habían mantenido fieles a su deber para con Dios. Pero él no era más que un jefe de partido. No le quedaba otro recurso que la fuerza.

Instaló la guillotina, y en lugar del reinado de la gracia de Dios proclamó un nuevo reinado del temor. Los republicanos primero, después la Reina, marcharon camino del cadalso. Les siguieron muchos, víctimas de una acusación o de una sospecha. Lyón, Burdeos y Marsella quedaron sometidos. Gracias al genio de un oficial de Artillería, llamado Napoleón Bonaparte, las flotas británicas y españolas fueron batidas en la bahía de Tolón, y la ciudad reconquistada. Los ejércitos extranjeros fueron rechazados más allá del Rhin, de los Alpes y de los Pirineos. Robespierre envió a los distritos desafectos agentes suyos, que llevaron consigo sus guillotinas rojas, sus pelotones de fusilamiento y sus verdugos. Francia llegó a sentir repugnancia ante todo aquel horror. Pero se aprovisionaron las ciudades y se disciplinó el Ejército. El nombre de Francia se impuso de nuevo en Europa, y el asignado vio aumentar de tal modo su poder adquisitivo, que en todo el país se aceptó de buen grado este papel moneda.

La guillotina, pues, era un eficaz sustitutivo del Trono. El temor podía alcanzar algunos de los resultados que en otro tiempo había logrado la lealtad. Podía someter a los adversarios; podía obligar a servir e imponer silencio. Más se parecía en estos aspectos a la gracia de Dios que la ambición, o la gloria, o la codicia. Pero ahí se acababa el parecido. El propio Robespierre sabía que el temor no podía sostenerse indefinidamente. Ya en la primavera de 1794 empezó a hablar de medidas más suaves, y observó las expresiones de alegría con que se recibieron estas insinuaciones. Envió a la guillotina a los peores de los carniceros, que —según dijo— habían excedido sus mandatos.

Dantón intentó volver con la ola de moderación. Inmediatamente Robespierre recapacitó. ¿No habrá más opción que entre el terror o la concupiscencia y la corrupción? Acusó a Dantón de traición, de estar a sueldo del extranjero, de robar al pueblo. Dantón también subió a la guillotina. El reinado del Terror empezó. Señala la locura de Robespierre, pues derivaba de la idea de que el temor, sostenido con la suficiente tensión, puede sustituir al amor. Lo llamó la «purificación de la virtud», queriendo indicar con ello que era el terror para terminar con el te-

rror. Se hizo más implacable de día en día. Y de día en día, el papel moneda subía de valor, y el poder de las armas francesas aumentaba. Robespierre pasó de la política al éxtasis. Su *gracia del temor* asumía en su mente una cualidad mística. Empezó a verse a sí mismo como el azote de Dios. Organizó un solemne festival en el que Francia, bajo su dirección, rindió culto al «Ser Supremo». El palacio de las Tullerías fue el lúgubre testigo de una pequeña figura con casaca azul cielo y calzón corto, con pelo empolvado y pulida corbata, pidiendo a Dios que otorgase su bendición al oficio de la guillotina.

Era un cuadro que tenía tanto de terrorífico como de grotesco. Robespierre había logrado mucho para Francia. La había salvado de la invasión, de la guerra civil. No podía salvarla de sí mismo. Su invocación a Dios fue un gesto de desesperación. Mediante él, confesó que sobre el temor está el amor, que sobre la fuerza está la lealtad, que sobre el hombre está Dios. Lo que él logró conseguir con procedimientos siniestros, mediante la matanza de miles de víctimas, lo había conseguido durante siglos la Monarquía sin violencia.

Mientras predicaba y rezaba se habían reunido en torno a él hombres, antes hechura de su voluntad, que habían decidido ya su ruina. Como él, ansiaban sangre inocente; pero, en cambio, estaban corrompidos; eran agentes de los lobos y cuervos de la alta Banca. Pero como el temor ha de tener un término, estos individuos, al fin, triunfaron. Robespierre acabó en la guillotina. Este hombre que había poseído todas las riquezas de Francia, que no había conocido mujer, que no había probado el vino, dejó tras él como suma de sus bienes terrestres

un pequeño estante de libros y un asignado por valor de cinco francos.

Al día siguiente de la ejecución de Robespierre, el asignado empezó a depreciarse. Su baja era ahora rápida y catastrófica, pues los nuevos jefes, el Vizconde de Barrás y su tropa, no se atrevían a emplear el temor, y no poseían ningún otro medio para imponer la obediencia. Francia hubiera perecido ciertamente bajo la invasión, a no haber sido por la disciplina introducida en los ejércitos durante el reinado de Robespierre. Estos ejércitos de la Revolución eran, por tanto, los herederos de la guillotina. ¿Podría el sable mantener lo que no había logrado mantener el hacha?

Al Gobierno no le interesaba responder a esta pregunta. Mientras consiguiera mantener en jaque a los ejércitos extranjeros, esperaba continuar en el Poder, aunque sólo fuera porque los parisinos estaban hastiados de toda violencia. Barrás era un hombre irremediablemente corrompido, al igual que sus asociados. Consideraban sus puestos, ante todo, como un medio de enriquecerse y de procurarse placeres.

Esta actitud se extendió a todos los sectores de la comunidad. Se dio de lado a la idea de servicio —excepto en los ejércitos— y la codicia se hizo el principal elemento humano. Los derechos pasaron a primer plano. El crédito, natural e invevitablemente, declinó. Al pueblo no le gustaba el aspecto de los que ejercían la autoridad, y por esto desconfiaba de un dinero cuya garantía eran precisamente las condiciones personales de los gobernantes.

El valor de los asignados bajó desde 30 por ciento en enero de 1795 —seis meses después de la muerte de Robespierre— a 20 por 100 en abril y 1 por 100

en noviembre del mismo año. Estas cifras dan perfecta idea de la diferencia que existe entre una nación y un conglomerado de fraccionadas banderías.

No debe suponerse, sin embargo, que la baja del asignado fuera debida exclusivamente a falta de confianza. Fue demasiado rápida, demasiado catastrófica para eso, pues el papel, después de todo, había conservado la garantía de la tierra, y Francia había triunfado tan decisivamente en el campo, que todas las potencias europeas estaban dispuestas a hacer la paz con ella. ¿Qué era, pues, lo que —aparte del mal aspecto de los nuevos gobernantes— había destrozado en pocos meses un papel moneda sobre el que se habían apoyado catorce ejércitos, y que había preservado a Francia de la ruina?

Bonaparte

ENTRE los años de 1630 y 1640, los joyeros de la City de Londres fundaron una organización especial para recoger y clasificar la moneda. Pagaron a los contables de los comerciantes cuatro peniques por cada cien al día, para que éstos depositaran en ellos su dinero. De todo el que se les entregaba seleccionaban las piezas sin recortar, de peso exacto, las reemplazaban con piezas recortadas y de bajo peso, y así lo devolvían. Las piezas nuevas fueron fundidas —a pesar de las severas penalidades que llevaba anejo este delito— y exportadas. «Este fue —dice A.E. Feavearyear— el principio de la Banca en Inglaterra.»

También en otros sitios empezó la Banca de modo parecido. Siempre desearon los Reyes y sus pueblos impedir las disminuciones de dinero —y con ellas la deflación— que originaba la exportación de

metales preciosos, y siempre buscaron los banqueros su beneficio en la exportación de estos metales. Desde un principio, pues, se encontraron los banqueros en oposición con los intereses nacionales.

En la segunda mitad del siglo XVII, el comercio con Oriente ofreció a los capitalistas un nuevo y excelente campo de explotación. La Compañía de las Indias Orientales pagó un dividendo del 100 por 100 en 1777. Pocos años después, sus acciones se cotizaban a 360. Los naturales de la India no deseaban adquirir artículos de lana inglesa, pero sí, a cambio de sus productos, plata inglesa, por lo que la moneda de este metal empezó a exportarse en grandes cantidades. Se prohibió hacerlo, pero los lingotes fabricados con moneda podían ser pasados a través de las Aduanas con sólo jurar que no tenían tal origen.

La salida de la plata continuó durante el siglo XVIII. Cuando Londres triunfó sobre París como centro financiero del mundo, la plata francesa empezó a cruzar el Canal. La explosión de la Revolución francesa fue seguida inmediatamente de un gran aumento en esta exportación. Ya se ha dicho que el dinero en metálico llegó prácticamente a desaparecer de Francia, debido en parte al acaparamiento, y en parte a la exportación por banqueros y financieros que deseaban tener sus riquezas en lugar seguro. Esta gente vio en la muerte de Robespierre la oportunidad que esperaban ansiosamente. Ahora era el momento de reconquistar su poder en Francia haciendo préstamos al Gobierno francés.

Pero ningún Gobierno que posea un papel moneda estable necesita acudir al empréstito. La destrucción del asignado constituyó, pues, el principal objetivo de la alta Banca. Barrás y sus amigos fueron a este fin los instrumentos de fácil manejo para los amos del dinero. Eran susceptibles de soborno en las formas más indecorosas, y fueron, en efecto, sobornados. Robespierre había promulgado una ley dando al asignado un exclusivo privilegio monetario, es decir, prohibiendo su uso en competencia con el asignado de oro o plata. Barrás se mostró menos irreductible. Como el premio que tenían los metales excedía al del cambio oficial, era beneficioso importar oro y plata en Francia. Los financieros ingleses y franceses procuraron colocar estos metales en competencia con el papel-tierra, que instantáneamente perdió su valor. Todo el mundo desconfiaba del Gobierno; todo el mundo, por consiguiente, deseaba ser pagado en metálico. En abril de 1795 se aprobó una ley permitiendo la libertad de comercio del oro y plata, con lo que se dio otro golpe al valor del asignado. Con nuevas remesas de oro y plata, las potencias del dinero vieron aumentar sus beneficios. El asignado se hizo tan impopular, que su valor desapareció casi totalmente. Francia quedó, pues, entregada a los traficantes y prestamistas, que se enriquecían mientras la masa de población padecía hambre y los pobres se morían de inanición.

Mientras tanto, en Inglaterra, la maniobra de los financieros de enviar plata a la India, y oro y plata a Francia, con objeto de obtener los mayores beneficios posibles, determinó una gran falta de dinero, cosa especialmente peligrosa, teniendo en cuenta que Inglaterra estaba en guerra con Francia.

«En agosto de 1795 —dice Mr. Feavearyear— vino a añadirse a los empréstitos gubernamentales otra causa que agravó la sangría que venía padeciendo Inglaterra. El valor del papel moneda de

Francia, el asignado, que había estado vacilante durante algunos meses, llegó prácticamente a cero a principios de 1795. El Gobierno francés, en vista de ello, determinó restablecer el patrón oro. Inmediatamente empezó a renacer la confianza del pueblo francés. Empezaron a repatriarse los ahorros. El oro, antes expulsado por el asignado, se apresuró a volver. El metal de Francia, tras de haber ayudado al Banco de Inglaterra a reforzar sus reservas, acumuladas después del colapso de 1793, retornó a sus lares. En 1796 las reservas del Banco de Inglaterra habían bajado a dos millones y medio.»

Este espectáculo del Banco de Inglaterra devolviendo en tiempo de guerra el oro al enemigo, es notable. En realidad, las guineas no podían legalmente ser exportadas en ningún caso; pero, como dice Mr. Feavearyear, no era demasiado difícil burlar la prohibición, y estaban saliendo en la práctica, en grandes cantidades. No puede determinarse qué proporción de este oro era francés y qué proporción inglés, pero, en definitiva, era provechoso enviar oro a Francia.

El Banco de Inglaterra aumentó sus tipos de descuento. El dinero empezó a lograr mayores utilidades en Londres, y muy pronto parte del oro francés —a pesar del estado de guerra— cruzó de nuevo el Canal. La mayor parte de este oro fue más tarde retirado del Banco de Inglaterrra por los Bancos provinciales.

El Gobierno francés desplegó mayor actividad ante la salida del oro de Francia que la que había mostrado el Gobierno inglés cuando el oro estaba abandonando Londres. Ahora que el asignado había desaparecido, el dinero andaba muy escaso en Francia (St. Cyr, por ejemplo, hace observar que el

ejército del Rhin y de la Mosela se vio obligado, por falta de dinero metálico, a suspender el servicio de espionaje, y el ejército del Rhin a recurrir a requisas porque los campesinos se negaban a aceptar el papel). En estas circunstancias, las indemnizaciones de guerra impuestas por el general Bonaparte en Italia, como resultado de su campaña victoriosa contra los sardos y los austríacos, adquirían una gran importancia. Bonaparte envió 23 millones de francos en oro y plata durante 1796, y parte de este dinero fue el que emprendió el camino de Londres. El conquistador de Italia no estaba todavía en posición muy fuerte, pero se quejó amargamente, en mayo de 1796, de no poder pagar a sus soldados, y de que el Gobierno no hubiera cumplido su promesa de remitirle 31.000 francos para el sostenimiento de su artillería. Posteriormente, en el mismo año, cuando se sintió más seguro, dirigió recriminaciones más enérgicas. Barrás se inquietó, y decidió emprender una acción contra Inglaterra que convenciese a Bonaparte y a la nación francesa que eran infundados los rumores sobre la exportación del oro a Londres. A fin de 1796 zarpó una flota desde Brest hacia Irlanda. No consiguió nada, y pronto volvió a sus puertos de origen. Esta demostración fue seguida el 25 de febrero de 1797 de un desembarco en la costa de Gales. Más de 1.000 hombres desembarcaron, pero ninguno de ellos mostró el menor deseo de luchar. Los franceses resultaron ser penados a los que en la ocasión se había cambiado de uniforme.

Estos gestos bastaron para conseguir su objeto. La opinión pública francesa quedó satisfecha. En Inglaterra, el efecto fue diferente; se produjo un pánico bancario. El Banco de Inglaterra apeló a

Pitt, quien envió un urgente mensaje al Rey Jorge III, en Windsor. El Rey se apresuró a ir a Londres. El 26 de febrero, un domingo, se celebró un consejo en Palacio, y se resolvió que el Banco suspendise los pagos en oro. Al día siguiente, *The Times* encareció a la Nación que se mantuviera firme y aceptara los billetes de Banco. El efecto fue terminar con la nerviosidad y retener los saldos de oro franceses. Los billetes adquirieron curso legal, y se dictaron disposiciones para impedir un retorno de la plata, la cual, de no haberse adoptado estas medidas, hubiese obtenido grandes beneficios y podía haber determinado una depreciación de la libra papel, análoga a la sufrida por el asignado. Se habían cambiado las tornas. Francia había vuelto al oro; Inglaterra se había quedado con una libra papel. A los especuladores continentales dejó de interesarles Londres, e intentaron repatriar su capital, empresa que se había hecho ahora muy difícil.

El principal obstáculo para seguir la guerra contra Francia —principalmente la necesidad de pagar en oro— había desaparecido ya para el Gobierno inglés. Se emitieron billetes de acuerdo con las necesidades de la población, y empezó un período de prosperidad que tuvo por efecto atraer el oro, aterorarlo en el país, así como el de otros países de Europa que se sentían amenazados por Francia, especialmente Portugal. El Banco pudo aumentar sus reservas de oro, y con estas reservas subvencionar a los enemigos de Francia en el Continente. En otras palabras, el Banco obtenía oro a precios relativamente bajos, y lo prestaba luego a otros más altos.

Mientras tanto, Bonaparte volvía triunfador de Italia, y se embarcaba en una gran flota hacia Egipto con la intención declarada de forzar el paso de Suez, abriéndose de este modo un camino más corto para la India. Esta amenaza a la base de las operaciones financieras internacionales de Londres, fue contestada con préstamos a los austríacos, que estaban deseando reconquistar Italia, y con el envío de tropas a la India. La victoria de Nelson en la batalla del Nilo disipó rápidamente la ansiedad. La flota de Bonaparte fue destruida, y el propio Bonaparte quedó, con su ejército, incomunicado en Egipto. Los austríacos cruzaron los Alpes, expulsaron a los franceses de Lombardía, y sitiaron a Génova, como preliminar para invadir a Francia. El dinero afluyó de nuevo a Londres, desde donde se distribuyó entre los lugares donde podían obtenerse los tipos más elevados de interés.

Estos acontecimientos atrajeron la atención de Bonaparte. Había mantenido una gran amistad con el hermano menor de Robespierre, Agustín, y había observado con asombro la subida del valor del asignado durante el reinado del terror.

Antes de empezar su campaña en Italia, había llegado a la conclusión de que lo que Francia necesitaba con más urgencia era un Rey, e incluso había llegado a sugerir la conveniencia de traer de nuevo a los Borbones. Por desgracia, el hermano y heredero de Luis XVI, que se titulaba Luis XVII, recibía una pensión del Gobierno inglés, y había amenazado con emplear la ayuda de Inglaterra para someter a sus súbditos rebeldes. Un comportamiento tan poco digno de un Rey, hacía imposible la restauración. La campaña de Italia convenció a Bonaparte, no sólo de que era un soldado de excepcional talento, sino también de que era la suya la única cabeza sobre la que podía llegar a descansar

la Corona de Francia. Mucho antes de que nadie, ni su propia familia, tuviera la menor sospecha de lo que estaba fraguando en su mente, había formu-do, según se deduce de sus actos, el decidido proyecto de escalar el trono. En Italia, en un momento en que el Gobierno francés se dedicaba a perseguir a la Iglesia, demostró respeto al Papa y a los Cardenales, y se negó a permitir sacrilegios de ninguna especie. Los emigrados y sacerdotes obtuvieron su protección. En sus proclamas a los soldados y al pueblo francés, adoptaba el lenguaje de un Rey.

«La Nación francesa —declaró más tarde— necesita un jefe hereditario. Veo tan claramente la necesidad de procurar esta dicha a Francia, que mi razón me ha señalado la tarea de lograrlo como uno de mis deberes, sin que tenga importancia que sea en una u otra cabeza o familia donde puedan los franceses colocar la corona. Yo llegaría incluso a recomendar la restauración de los Borbones, si tuvieran hoy en Europa algún otro título de consideración, alguna otra fuerza que no fuera la derivada de los despreciables salarios que reciben de Inglaterra, y si los franceses no tuvieran buenas razones para temer que su retorno hubiera de atraer sobre las cabezas de sus súbditos el desprecio que merece su debilidad, y ocasionaría la destrucción de nuestras actuales instituciones a manos de gentes ignaras que las odian.»

Bonaparte enjuiciaba la Revolución desde el mismo punto de vista que Mirabeau, esto es, considerándola como medio de expurgar de abusos el sistema feudal.

«Al principio —dijo— la revolución inició su camino bajo el Gobierno de Luis XVI. Las grandes equivocaciones de los tres Estados y los malos consejos de algunos extranjeros, pero especialmente las falaces sugestiones de Inglaterra, que conocía mejor que nadie las ventajas que estaba adquiriendo Francia por medio de una verdadera libertad, destrozaron lo que tan bien había comenzado.»

La alusión se dirigía a Nécker, a quien Bonaparte consideraba artífice de la ruina, y quien —en su opinión— obraba en todo al servicio de los intereses y siguiendo los consejos de sus socios de la City de Londres. Bonaparte sabía de coro que las potencias del dinero habían venido en ayuda de los privilegios, y que, aniquilando el Trono, habían cortado la verdadera revolución. Una revolución que él estaba dispuesto a llevar a cabo restaurando el Trono; lo que equivalía en su mente a domeñar el poder del dinero, el cual, como era lógico, habría de combatirle por todos los medios para obligarle a parlamentar. Se daba cuenta de las formas que tomaría la oposición. Sabía muy bien que el dinero nunca lucha abiertamente, sino por medio de agentes que no siempre conocen el objetivo al que están sirviendo. Había ya dinero internacional detrás de cada enemigo extranjero; había dinero internacional detrás de Luis XVIII y de todo el partido monárquico; había dinero internacional detrás de los jacobinos. Barrás y sus amigos habían especulado en Londres con el oro ganado en la campaña de Italia. Por consiguiente, quien pretendiera reinar en Francia tendría que ser capaz de conquistar el amor y la lealtad de los que no pueden ser comprados; los campesinos principalmente. Habría de ser capaz de rechazar los ejércitos extranjeros, de levantar de nuevo los altares, de repatriar a los emigrados, y de restablecer los principios de igualdad en el servicio, igualdad en la justicia, e igualdad en

el honor. Habría de ser capaz, también, de demostrar que la legitimidad y herencia no son la misma cosa, ya que la gracia de Dios, por la que el Rey reina, sólo es conferida al que se muestra capaz de mantener unida a la Nación y de compeler a todos los hombres al servicio. Francia sabía ahora que la elección popular no es fuente de soberanía —el reinado del terror lo había probado. Sabía que, sin la Monarquía, un pueblo está a merced de la fuerza puesta al servicio de la codicia o al servicio del temor.

El que Bonaparte acometiera esta tarea es una prueba de su mérito, pues la idea de servicio había pasado completamente de moda, y nadie pensaba en otra cosa que en sus «derechos». Confiaba, sin embargo, en la masa propular; esos campesinos siempre dispuestos a morir por Francia, y a seguir a cualquier jefe de cuyo patriotismo tuvieran pruebas. Esta era la gente a quien Nécker, con su propaganda, había inflamado contra Luis XVI y María Antonieta, hasta el punto de hacerles creer durante algún tiempo que el banquero era su salvador. Bonaparte empleó todos los medios a su alcance para atraérselos, procurando, sobre todo, despertar en ellos la idea de servicio; así, en lugar de la guillotina levantada por Robespierre, presentó un nuevo símbolo: el hombre de levita verde, el héroe de Arcola y Lodi, y Rívoli: él mismo.

Cuando volvió de Egipto, el pueblo le llamó «el salvador». Pocas semanas después, cuando eliminó a Barrás y se proclamó primer cónsul, le dieron un nuevo título: «el hombre». El año 1799, y con él el siglo XVIII, estaba expirando. El cónsul Bonaparte recorría con su mirada un mundo en el cual el sistema de servicio estaba por doquier en melancólica decadencia. En las viejas Monarquías, una clase privilegiada miraba con recelo a los comerciantes y banqueros, que estaban ya disputándole sus privilegios. En Inglaterra, la gallardía con que había comenzado el reinado de Jorge III se iba desvaneciendo. El Rey, desde su humillación en América, no se atrevía ya a obrar contra los deseos de la City de Londres. Las empresas financieras exportaban e importaban los metales preciosos, sin hacer caso de la ley ni del estado de guerra. Sus operaciones escapaban a todo castigo, porque los que hubieran podido imponérselo estaban asociados a sus empresas y cosechando magníficos beneficios. Nadie combatía los privilegios, porque los banqueros y comerciantes estaban ya seguros de entrar en las clases privilegiadas. El caso de Francia no era muy diferente. Ahí, también las empresas financieras estaban burlando la ley, mientras la clase media se iba estableciendo en los puestos de mando. Pero este proceso no era aparente ni en Inglaterra ni en Europa. El terror inspirado por Robespierre corría parejas con los resentimientos que Luis XVI y Turgot habían engendrado. Las aristocracias odiaban a la Revolución porque había empezado por intentar abolir los privilegios y restaurar el servicio, y había terminado por abolir a la propia aristocracia; las potencias del dinero la odiaban porque, bajo Turgot, Mirabeau y Robespierre, había negado al dinero su derecho a buscar la inversión más provechosa. El viejo régimen, por consiguiente, se había aliado en todas partes al nuevo contra la «Francia revolucionaria», aunque, en realidad, la doctrina del viejo régimen —fundada en la idea de servicio— era la misma que la doctrina de la Revolución, tal como

fue expresada por Luis XVI, y completamente opuesta a la doctrina del nuevo régimen.

Parece claro que en su comienzo Bonaparte esperó encontrar ayuda en el pueblo inglés. Nadie sentía una admiración más viva que él por Inglaterra y sus instituciones. En Inglaterra, como afirmó muchas veces, había existido siempre una clara distinción entre herencia y legitimidad, por lo que Jacobo Estuardo pudo ser reemplazado en el Trono por Guillermo de Orange y la Reina Ana por Jorge I. En Inglaterra, también la Monarquía había sobrevivido, y se había asimilado la Revolución. El primer cónsul de la República francesa sabía que aunque Londres se había enriquecido, los obreros ingleses, tanto agrícolas como industriales, vivían en la más espantosa miseria. ¿Se le uniría, a causa de ella, el pueblo inglés contra los comunes opresores?

Dos años más tarde dijo el Embajador inglés: «Todas las cosas serían posibles para la humanidad si Francia e Inglaterra estuvieran unidas.»

Bonaparte no pensaba, por ahora, disputar a Inglaterra el dominio del mar. La batalla del Nilo le había enseñado, según sus propias palabras, que «con los incesantes esfuerzos de diez años y el empleo de todos mis recursos, no lograría igualar vuestra marina». Lo que él deseaba era la paz y la cooperación, con objeto de poder llevar a cabo su plan de ocupar el Trono de Francia y completar la Revolución.

La fortuna le fue propicia. El año 1799 fue un mal año para la cosecha en Inglaterra. Fue preciso importar grandes cantidades de trigo del Continente, y cuando llegó la hora de pagarlo, el cambio de la libra bajó. Las guineas de oro empezaban a ser fundidas para exportarlas a países donde obtenían

un mejor precio como oro. Fueron reemplazadas por papel; la emisión de billetes aumentó desde doce a cerca de diez y seis millones, y el coste de la vida subió rápidamente. Se hicieron fortunas especulando con el trigo; los pobres llegaron al borde de la inanición. Las circunstancias se hicieron, pues, favorables a las proposiciones de paz que llegaron a Londres desde Francia, pues la paz prometía una reducción de gastos y un abaratamiento del trigo.

Se firmó el tratado de Amiéns, y en Londres y París hubo iluminaciones. Bonaparte, que había derrotado a todos sus enemigos, llamó a los desterrados, y una vez restablecida la Religión, oyó un solemne *Te Deum* en Notre Dame. Los londinenses desengancharon los caballos del carruaje del Embajador francés, y tiraron de él por las calles. El precio del pan en Londres bajó, y el cambio de la libra subió.

Por lo que el oro retornó a sus tiendas.

Napoleón

DESPUES de hacer la paz con el mundo entero, Bonaparte acometió la labor de prepararse a sí mismo y al pueblo francés para el retorno del sistema de servicio. Prohibió que el dinero fuese exportado de Francia, bajo ningún pretexto, sin consentimiento del Gobierno, y ordenó que en ninguna circunstancia se acudiera al empréstito para hacer frente a los gastos ordinarios, civiles o militares.

Estas medidas tenían por objeto quitar a la Banca medios de poner al Gobierno en aprietos, como hizo con el Gobierno de Luis XVI. Cuando un Gobierno —declaró Bonaparte— depende financieramente de los banqueros, ellos, y no los jefes de ese Gobierno, son los dueños de la situación, ya que «la mano que da está por encima de la mano que recibe». Procuró que no cayeran en olvido los embarques de oro a Inglaterra organizados por Barrás a expensas del ejército de Italia, en un momento en que Francia estaba exhausta de metálico.

«El dinero —declaró— no tiene patria; los financieros no tienen patriotismo ni decencia; su único objeto es el lucro.»

Las potencias del dinero reaccionaron con todas sus fuerzas contra Bonaparte. Nécker permaneció en Suiza, pero su hija, Madame de Staël, estaba en París. Abrió de nuevo su salón, y dio fiestas nocturnas al Cuerpo diplomático y a los liberales. Empleó los recursos de un vivo ingenio en burlarse de la «Dinastía de Ajaccio», forma de ofensiva especialmente mortífera para un hombre que estaba a punto de declararse ungido por Dios. Una segunda fase del ataque consistió en hablar de Bonaparte como de un provinciano ignorante. Madame de Staël y su amiga la bellísima Julieta Recamier, mujer del banquero de este nombre, se proclamaron «ciudadanas de Europa», y pregonaron que los métodos de Bonaparte estaban encerrando a Francia en una «jaula de hierro». Los hombres —decían— deben tener libertad para seguir sus propias ideas. (Esto significaba que los ricos deben tener libertad para invertir su dinero.) Los hombres deben tener libertad también para producir, comprar y vender donde y cuando les parezca. (Esto significaba que los banqueros debían tener libertad para estimular el comercio exterior mediante préstamos al extranjero.) Madame Staël expuso la sagaz opinión de que, a no haber sido por el sistema de empréstitos de su padre que Mirabeau pretendió aniquilar, los jefes de la Revolución no hubieran obtenido nunca su papel moneda (asignados), y, por consiguiente, no hubieran logrado atender a las necesidades de las guerras que contuvieron a los invasores extranjeros fuera de Francia.

La gente, que no comprendía el objetivo de los adversarios de Bonaparte, se sorprendió ante el modo como éste reaccionó ante la oposición. No ocultó que la lengua de Madame Staël le inspiraba temor; sabía muy bien que, sólo con que provocase la risa de Francia, haría imposible su subida al Trono. La desterró, y con ella a los liberales que la hacían coro. Estableció una censura de prensa, después de haber suspendido a todos los periódicos que irremediablemente habrían de serle hostiles. El mismo se hizo periodista, y, un día tras otro, predicó al pueblo francés su propio evangelio de servicio.

Estas actividades despertaron inquietudes en la City de Londres, donde, como señala Thiers, había causado desaliento la negativa del Gobierno francés a emitir empréstitos de ninguna clase. La inclinación amistosa hacia Francia y su nuevo caudillo se trocó en hostilidad, y la prensa de Londres inició un vigoroso ataque. Bonaparte protestó, arguyendo que Francia e Inglaterra estaban en paz; se le contestó que en Inglaterra la prensa era libre; protestó entonces de que las condiciones del tratado de Amiéns no se habían cumplido en la cuestión de Malta, que Inglatera se había obligado a evacuar; a lo que le replicaron que Malta sería evacuada cuando él retirase sus tropas de Holanda.

El pueblo inglés, que no experimentaba ninguna animosidad contra Francia, no tomó al principio parte en la campaña, pero estaba claro, sin embargo, que muy pronto se reanudaría la guerra, a menos que Bonaparte firmara el tratado comercial por el que estaba clamando Londres, y abandonase, por consiguiente, su política de aislamiento. Su embajador en Londres, Andréossy, le advirtió que:

«En un país donde el interés principal son los negocios, y donde la clase mercantil es tan próspera, el Gobierno tiene que apelar a los comerciantes para obtener fondos extraordinarios, y ellos tienen el derecho de insistir en que sean tenidos en cuenta sus intereses en la política que se adopte.»

A pesar de todo, Bonaparte se negó a discutir un tratado comercial. Inglaterra declaró la guerra, y poco después, el primer cónsul ascendía al Trono de Francia como Napoleón I. Se sometió a su pueblo para ser elegido, pero insistió en que la Iglesia le consagrase por mano del propio Papa. Y para que no pudiera suponerse que el nombramiento del Cielo venía indirectamente a través de la Iglesia, colocó él mismo la corona sobre su cabeza. Napoleón, por consiguiente, fue soberano por la gracia de Dios, sin que pueda establecerse ninguna diferencia entre su soberanía y la de Enrique IV, Luis XIV o Luis XV. El propio Napoleón nunca dejó de proclamar que reinaba por gracia y no por elección, y consideraba esta distinción fundamental.

El dinero, que estaba frente a la Monarquía, procuró poner a esta misma Monarquía de su parte. Era esto fácil, pues nada deseaban tanto las viejas dinastías como abatir de un modo definitivo al hombre a quien consideraban como hijo de la Revolución. Los aferrados a la idea de que los derechos de nacimiento son siempre sagrados, no podían admitir la hipótesis de que la gracia de Dios dejase de descender en algún caso de padre a hijo. Añádase a esto que las viejas Monarquías estaban apuradas de dinero, y, por tanto, obligadas a vivir a fuerza de préstamos de los dueños del mismo. De este modo, los descendientes de los fundidores y clasificadores de moneda de la City de Londres, despreciados un tiempo como depredadores del Te-

soro real, llegaron a ser reyes de Reyes, y dirigieron a las fuerzas de la nobleza europea contra el hombre que estaba defendiendo los valores espirituales frente a los materiales, la nación frente a los partidos, el patriotismo frente a la codicia, la lealtad frente al temor.

Tenían muchas esperanzas de lograr su caída. Nadie pensaba que pudiera sostener los gastos de una guerra en gran escala, ahora que la destrucción del asignado le había privado de los recursos del papel moneda. ¿Dónde podría obtener el oro y la plata indispensables para alimentar y equipar a un gran ejército? Pitt contaba ya con una coalición de Inglaterra, Austria, Prusia, Rusia, España, Suecia y numerosos pequeños Estados. Podrían movilizarse unos 600.000 hombres. Todos los recursos de la riqueza de Inglaterra, que era tanto como decir de la riqueza del mundo, iban a quedar a disposición de esta fuerza arrolladora. ¿Podría el corso alistar siquiera 200.000? ¿Podría armarlos? ¿Podría alimentarlos? Si las balas de plomo no le destruían, las balas de oro pronto acabarían con él. Se vería obligado, como sus vecinos, a venir, sombrero en mano, a solicitar préstamos y, con ellos, a aceptar las condiciones de los banqueros.

No se sentía tranquilo Napoleón. Acababa de adquirir de España la Louisiana, y estaba a punto de comprar la Florida. Todos sus barcos estaban en alta mar, formando parte de una expedición a Santo Domingo. Comprendió que la bandera tricolor iba a verse barrida de los mares, y Francia aprisionada en tierra. No veía la posibilidad de llegar a reunir dos millones de libras esterlinas; tan exhausto estaba su Tesoro y tan agotadas las reservas en metálico de la Nación. Londres aguardaba con interés la solución del problema, cuando se enteró con sorpresa de que Napoleón había vendido la Louisiana a los Estados Unidos por tres millones de libras.

«Basta observar —dijo Napoleón— a lo que pueden conducir los préstamos, para comprender su peligro; por eso yo los he rehuido y siempre he luchado contra ellos. Hubo un tiempo en que la gente decía que yo no emitía empréstitos porque no tenía crédito y no podía encontrar quien me prestara. Eso es completamente falso. Implica, desde luego, un conocimiento muy escaso de la naturaleza humana, y una ignorancia de los métodos de la Bolsa. Lo que ocurre es que eso no entraba en mi sistema.»

El nuevo feudalismo

NAPOLEON definió su sistema como la aplicación de los recursos del Estado —incluida la Hacienda— a las necesidades de su pueblo, para la mayor gloria de Dios. Colocaba en primer lugar a la agricultura, «que es el alma del pueblo». En segundo término, a la industria, «que es el bienestar del pueblo». El comercio de exportación quedaba muy atrás, en tercer lugar.

«En Francia —dijo a Las Cases en Santa Elena— estamos todavía muy atrasados en estas cuestiones delicadas (de Hacienda), que son mal percibidas o mal comprendidas por la masa de la sociedad. Y, sin embargo, todo nuestro progreso espiritual y material está basado en el reconocimiento de este orden de importancia de las actividades de la Nación: la agricultura, la industria y el comercio exterior. La agricultura es el alma, el fundamento del

Reino; la industria procura la comodidad y la felicidad de la población; el comercio exterior es la superabundancia; permite el libre cambio del exceso de la agricultura y de la industria... El comercio exterior, que en sus resultados es infinitamente inferior a la agricultura, fue siempre un objeto de importancia secundaria en mi mente. El comercio exterior debiera ser el servidor de la agricultura y de la industria nacional; éstas no debieran jamás estar subordinadas al comercio exterior.»

Este sistema es exactamente el contrario del de los dueños del dinero. El sistema de lucro, con sus transferencias de crédito a los extranjeros que dan mayores beneficios, logra, si no son contrarrestados sus planes, desposeer a los mercados nacionales de su capacidad adquisitiva, y obliga de este modo a los productores a exportar los artículos que no tienen la posibilidad de vender en su país. Por consiguiente, el comercio exterior viene primero; si languidece, muere el país. Tanto la industria como la agricultura, quedan subordinadas a las necesidades del mercado de exportación. Una subida de salarios que hiciera imposible competir en los mercados extranjeros, equivaldría a la ruina de la Nación.

Napoleón nunca pudo comprender por qué razón los otros Reyes europeos no llegaron a aprender una idea de importancia tan decisiva para ellos.

«En la gran causa de la que me vi convertido en jefe y árbitro —dijo a Las Cases en otra ocasión— se hacía preciso seguir uno de estos dos sistemas: u obligar a los Reyes a atender las razones del pueblo, o conducir al pueblo a la felicidad por mediación de sus Reyes. Como es bien sabido que una vez que el pueblo da rienda suelta a sus voces, ya no es fácil acallarlas, me pareció más prudente contar

con la sabiduría y la inteligencia de los gobernantes. Había motivos para pensar que estos gobernantes tendrían la suficiente claridad de juicio para ver dónde estaba su verdadero interés. Me equivoqué.»

«Los Reyes no prestaron consideración a la posición que ocupaban. En su ciego furor, desataron contra mí fuerzas (de odio popular) que yo me había abstenido cuidadosamente de despertar contra ellos.»

«Los pueblos y los Reyes no quisieron comprenderme. Sin embargo, yo había restaurado Tronos; había llamado de nuevo a los nobles. Estos Tronos y estos nobles podían verse de nuevo amenazados (que recuerden que yo fijé y consagré los límites razonables de los derechos del pueblo). Sé que se me hará objeto de impugnaciones de toda especie; la labor que yo he hecho no se hace dos veces en un siglo. Yo salvé la Revolución moribunda; la lavé de sus crímenes; se la entregué al pueblo con una limpia reputación. Inspiré a Francia y a Europa nuevas ideas, que no se olvidarán jamás...; la Hacienda de Francia es la mejor del mundo. ¿A quién se le debe? Si no me hubieran derribado, yo hubiera introducido un cambio completo en el comercio y en la industria. Los esfuerzos del pueblo francés fueron extraordinarios. Aumentaba ilimitadamente la prosperidad y el progreso. Avanzaba a pasos gigantescos la instrucción. En todas partes se oían y se publicaban nuevas ideas, pues yo me ocupé muy especialmente de introducir la ciencia entre el pueblo... Si se me hubiera dado tiempo, pronto no hubieran quedado artesanos en Francia; todos se habrían convertido en artífices.»

No le dieron tiempo. Pitt completó su coalición, y Austria, Rusia, Suecia y España atacaron a Francia. Napoleón derrotó a estos enemigos en la campaña que terminó en Austerlitz, pero perdió la batalla de Trafalgar, y con ella su última débil esperanza de poderse mantener en el mar. Mientras tanto, durante su ausencia de París, los hombres a quienes había encargado de cuidar su Hacienda, se habían dejado seducir por los financieros, en especial por el banquero Ouvrard, y se habían embarcado en una gran especulación, cuyo campo era España. Sus cálculos estaban equivocados; en la capital se produjo un pánico financiero.

Napoleón volvió triunfal, y llamó a los culpables. Vio con entera claridad la mano de la Banca internacional; es decir, la del Dinero.

Ouvrard y sus cómplices fueron desposeídos de sus propiedades y enviados a la prisión de Vincennes. Napoleón fundó el Banco de Francia, ocupando él mismo el cargo de Presidente; pero tan grande era su recelo contra las potencias del Dinero, que no quiso confiar a este establecimiento ni siquiera el cuidado de las cuentas del Tesoro, por temor de que pudieran ser sorprendidos secretos de su política, y convertidos en base de especulación.

Napoleón, con esto, se convirtió en su propio banquero, y pudo dirigir la corriente del crédito a su antojo. El Dinero encontró a la mayor parte de Europa cerrada a sus operaciones, y el odio contra el corso entró en una nueva fase.

En 1806, Prusia se vio inducida a declararle la guerra, y una nueva coalición, compuesta de dicho país, Rusia e Inglaterra, tomó las armas.

El ejército que Federico «el Grande» había dirigido tan gloriosamente, fue derrotado en Jena, y Napoleón entró ese año en Berlín en lugar de en Viena. Desde Berlín promulgó un sistema continental,

que tenía por objeto atacar al comercio exterior de Inglaterra con el Continente, y determinar con ello —ya que Inglaterra estaba obligada a importar trigo— una salida de oro de Londres. Napoleón estaba seguro de que la pérdida de oro obligaría a los financieros a hacerse pacifistas, y no ponía en duda la influencia que ellos ejercían sobre el Gobierno inglés. Además, la pérdida de oro impediría la organización de ejércitos para luchar contra Francia. La campaña se extendió desde Alemania a Polonia, y terminó, al ser derrotado el ejército ruso en Friedland, con una reconciliación entre el Emperador de los franceses y el Emperador Alejandro de Rusia.

Esto constituyó un nuevo y rudo golpe para Londres. Se había terminado el período durante el cual Napoleón podía haber sido amigo de Inglaterra. El pueblo inglés, debido a la política de los que eran en realidad sus amos, estaba en verdadero peligro y en la necesidad de defenderse por sí mismo. Se hizo, pues una apelación al patriotismo para que reparase el daño causado por el oro. La apelación no se hizo en vano. Nunca en el curso de su historia han dejado los ingleses de sacrificarse por su país, ni son capaces el día del sacrificio de hacer preguntas sobre los motivos que han hecho necesario el sacrificio. El pueblo se agrupó en torno del Trono, dispuesto a derramar su sangre. Napoleón tenía ahora solamente una idea en su mente: hacer salir oro de Londres. El medio para lograrlo, como se ha dicho, era destruir el comercio de exportación inglés; el éxito dependía de la posesión de la costa europea desde la boca del Báltico al estrecho de Gibraltar. Dinamarca y España se convirtieron, por tanto, en los principales objetivos de los intereses franceses. Napoleón entabló relaciones con los gobernantes de ambos países, sin poner en duda que lograría someterlos a su voluntad. Respecto a Dinamarca, el éxito era seguro; el Príncipe Real era profundamente hostil a Inglaterra. Pero Canning obró con rapidez; Copenhague fue bombardeado sin esperar siquiera el tiempo necesario para hacer una declaración de guerra, y los ingleses se apoderaron de la flota danesa.

Napoleón ocupó entonces Portugal, y colocó a la Casa de Braganza en el duro trance de tener que optar entre él o Inglaterra. La Casa de Braganza, con el espectáculo de Copenhague ante sus ojos, se decidió por Inglaterra, y la familia real embarcó hacia su Imperio de Ultramar en el Brasil. Poco después, Napoleón invadió España. La guerra peninsular empezó, porque era esencial para impedir que el oro tuviera que salir de Inglaterra, que tanto el Mediterráneo como el Báltico se mantuvieran abiertos a los barcos ingleses.

En otras palabras, Inglaterra no podía permitirse el lujo de sufragar al mismo tiempo los gastos de la supresión de su comercio de exportación y los de sus aliados extranjeros, y como éstos le eran necesarios para derrotar a su gran enemigo, el comercio de exportación era cuestión de vida o muerte. Pero ni aun este hecho impidió a los financieros seguir cuidando atentamente de sus intereses privados.

Napoleón había colocado a su hermano Luis en el Trono de Holanda. Este joven cayó pronto bajo la influencia de los banqueros holandeses, llegando, incluso, a permitir la importación de productos ingleses en gran cantidad. Este comercio —lucrativo en alto grado— lo protegía, entre otros, Sir Francis Baring. Todo fue bien hasta que empezó a subir rápidamente el precio del oro en el mercado de

Londres. El precio de las divisas extranjeras en términos de papel moneda inglés, aumentó al mismo tiempo en un 20 por 100, aproximadamente. Sir Francis Baring y sus amigos experimentaron una viva inquietud. ¿Se iba a consentir que sus deudores holandeses y alemanes les pagasen en una libra depreciada? Aún les aguardaba otro sobresalto mayor. Napoleón, según se enteraron en febrero de 1810, se proponía deponer a su hermano Luis, y anexionar Holanda a su Imperio. Si tal sucedía, no lograrían cobrarse de ningún modo. Baring, por medio de su yerno Pedro César Labouchère, director de una gran casa bancaria de Amsterdam, entabló negociaciones con Napoleón. El banquero Ouvrard, que había estado en la cárcel de Vincennes desde 1806, fue libertado por el Emperador francés, y entró a participar en el proyecto, en el que también estaba vivamente interesado Fouché, ministro de Policía de Napoleón. El objetivo de éste era el de herir a los banqueros con su propio hierro. Sabía que Sir Francis Baring ejercía gran influencia en Londres, tanto sobre el Gobierno Canning como sobre la City, y se propuso aprovechar esta influencia para la causa de la paz con Inglaterra, que él tanto deseaba. Al Rey Luis de Holanda le dieron instrucciones para que enviara a sus ministros holandeses una carta explicando los planes del Emperador francés, y rogándoles que enviaran a Labouchère a Inglaterra con proposiciones de paz.

"Labouchère —decía la carta— informará al Gobierno inglés que el destino de Holanda depende de los acuerdos tomados por Inglaterra para llegar a una rápida paz con Francia, o, por lo menos, para determinar un verdadero cambio en las medidas adoptadas por el referido Gobierno en su actitud

respecto al comercio y a la navegación de los neutrales. Labouchère empleará los conductos que encuentre más convenientes para informar al Gobierno inglés de este estado de cosas, y está autorizado para afirmar que tiene poderes del Gobierno holandés en esta materia.

"Intentará entonces demostrar al Gobierno inglés lo mucho que conviene a los intereses de Inglaterra que Holanda no caiga bajo la soberanía del Imperio francés. Si encuentra al Gobierno inglés persuadido de este hecho, o si logra hacérselo comprender, intentará hacerle contribuir al mantenimiento de la existencia política de Holanda, mostrándose dispuesto a colaborar en las negociaciones en pro de una paz general."

Labouchère llegó a Londres el 6 de febrero de 1810, y se presentó inmediatamente a su suegro Sir Francis Baring, Administrador de la Compañía de Indias Orientales, que había ya arreglado el que fuera recibido inmediatamente por el Marqués Wellesley, sucesor de Canning en su función. No había sido difícil, pues Wellesley debía a Baring «su posición, su fortuna y su crédito". Wellesley recibió a Labouchère en la tarde del 7 de febrero, día siguiente al de su llegada. Le recibió de nuevo el 12, y le dijo, tras muchos circunloquios, que al Gobierno británico le tenía completamente sin cuidado la suerte de Holanda.

Baring se desesperó. Empezó a preocuparse de la inflación de los billetes de Banco ingleses, que estaba aumentando a ojos vistas —como convenía a la seguridad del país durante una guerra— y uno de sus amigos, Francis Horner, en este mismo febrero de 1810, pidió el reembolso de la cantidad de billetes de Banco puestos en circulación en dife-

rentes fechas y que se fijase su valor en relación con el oro. De acuerdo con una moción de Horner, se nombró un Comité de la Cámara de los Comunes, con el asentimiento unánime de la Cámara, para averiguar la razón del alto precio de los lingotes de oro.

El Comité Bullion, como se llamó, empezó inmediatamente sus reuniones.

"Con la excepción de Sir Francis Baring —dice Feavearyear— el Comité Bullion no llamó a consulta a nadie que hubiera hecho estudio alguno particular sobre teorías monetarias. Los peritos fueron casi todos elegidos por sus conocimientos prácticos de la industria y de la situación monetaria. Eran traficantes en divisas, corredores de cambio, banqueros rurales, empleados de la Casa de la Moneda, de las Aduanas y de la Cámara de Compensación, y los principales administradores del Banco. Sólo a dos o tres de ellos se les preguntó su opinión respecto al efecto de las emisiones de papel sobre los cambios, y del precio de los lingotes. No es aventurado suponer que los principales miembros del Comité Bullion tenían formada de antemano su opinión respecto a la cuestión debatida."

El Comité Bullion produjo el efecto de asustar al Gobierno hasta tal punto, que en marzo Baring se sintió capaz de reanudar sus negociaciones con Francia. Napoleón se había apoderado de una parte de Holanda, y estaba a punto de contraer matrimonio con la Archiduquesa María Luisa de Austria. Fouché y Ouvrard se dieron cuenta de las infinitas oportunidades que se presentaban para enriquecerse. Se ordenó a Labouchère que se quedara en Amsterdam, y que transmitiera desde esta ciudad a Baring, en Londres, las noticias que recibiera de

París. Nada se dijo a Napoleón de lo que estaba sucediendo, ni se dijo a Labouchère que Napoleón no estaba enterado. Baring, por consiguiente, cayó en la trampa que dos de los pícaros más hábiles de Europa, Fouché y Ouvrard, le habían preparado, con la esperanza de lucrarse considerablemente. Ouvrard actuó de mensajero, y a mediados de marzo llevó esta nota a Labouchère en Amsterdam:

"Parece ser que (Napoleón) está ahora, con motivo de su matrimonio, dispuesto a ceder en las siguientes cuestiones: Malta, Sicilia, Nápoles, las provincias jónicas, las ciudades hanseáticas, Holanda, Portugal y la mayor parte de las colonias españolas."

Labouchère escribió a Baring el 21 de marzo, y le incluyó una nota para Wellesley, dictada por Ouvrard, que decía:

"De conquistador que era (Napoleón), se está convirtiendo en un conservador; el primer resultado de su boda con María Luisa será el ofrecimiento de la paz a Inglaterra. A los intereses de esta nación (los de Inglaterra) conviene hacer la paz, puesto que tiene el dominio del mar; por el contrario, a los intereses de Francia conviene la continuación de la guerra, que le permite progresar indefinidamente y construir una nueva flota, lo que no podrá hacer una vez la paz asegurada. ¿Por qué no hace el Gobierno inglés una proposición a Francia para destruir a los Estados Unidos de América, y haciéndolos depender de nuevo de Inglaterra, persuade a Napoleón que preste su ayuda para deshacer la obra de toda la vida de Luis XVI?... La paz permitirá a Inglaterra introducir todos sus productos industriales en el Continente. Aunque sólo fuera por este motivo, habría de tener interés Inglaterra en

concluir la paz y halagar la vanidad de Napoleón, reconociendo su obra y su título imperial."

Ouvrard llevó la carta y la nota a Londres. Vio a Baring, y éste fue recibido por Wellesley a medianoche del 5 de abril de 1810. Wellesley celebró un consejo con Canning, y el 14 de abril los dos hombres de Estado convinieron en que el "Acuerdo americano" propuesto y la salida de los productos ingleses ofrecían una base muy favorable para Inglaterra y debería ser sometida a la aprobación del Gobierno.

El Gobierno discutió las proposiciones y las aprobó. Wellesley se apresuró a ir a casa de Baring, para darle la buena nueva. Baring no estaba en casa. El ministro tuvo que ir tres veces antes de poderle ver. Baring podía jactarse ahora de que el Comité Bullion no se había reunido en vano. Se había expresado libremente ante el Comité respecto al Banco de Inglaterra, acusándole de haber permitido a meros oficinistas sin experiencia de negocios abrir créditos por valor de 10.000 libras cada uno; acusación que alarmó al país. Tenía fundadas esperanzas de que los billetes de aquella emisión llegarían a ser convertibles en oro. Si tal sucedía, y se concluía la paz con Napoleón, los holandeses podrían pagar, y se les obligaría a pagar en oro.

Desgraciadamente, Napoleón descubrió lo que se estaba tramando, y no le faltaron razones que objetar al plan de un ataque conjunto a los Estados Unidos. Encarceló a Ouvrard, destituyó y desterró a Fouché, y publicó toda la historia, con gran alarma de Wellesley y Baring. El Comité Bullion, mientras tanto, redactó su Memoria a principios de junio de 1810. La Memoria fue archivada. El Banco continuó emitiendo billetes, y el precio del oro continuó subiendo.

Pero, un año después, en mayo de 1811, la Memoria fue discutida en la Cámara de los Comunes, planteándose la siguiente cuestión:

"¿Debe restablecerse la convertibilidad de los billetes en oro antes de un plazo de dos años?"

Esto era lo que recomendaba el Comité. Si se hubiera aceptado, hubiera determinado ciertamente la pérdida de la guerra por Inglaterra, pues su poder para proveer a las necesidades de sus aliados y dar de comer a su pueblo se hubiera visto seriamente debilitado. Pero fue rechazada por 180 votos contra 45.

La crisis financiera que tuvo lugar en 1811, justo antes del debate sobre la Memoria Bullion, dio la medida de la sinceridad de Baring a sus amigos. Esta crisis hubiera arruinado a muchas empresas financieras si no se hubiera adoptado una medida en su auxilio en forma de una emisión de seis millones de libras en bonos del Tesoro.

"Es posible —dijo Feavearyear— que la emisión de bonos del Tesoro haya impedido un colapso total del crédito y una rápida deflación de la emisión de billetes. Los adversarios del Comité Bullion acusaron a los últimos de versatilidad por hacer al Banco responsable de la inflación, al mismo tiempo que no formulaban la menor protesta contra esta emisión de papel gubernamental. Después de todo, los bonos del Tesoro fueron emitidos en marzo de 1811 para contrarrestar una contracción del crédito; y una contracción del crédito era exactamente lo que la Memoria Bullion había recomendado en 1810..."

¡Con qué frecuencia han acudido los Gobiernos en socorro del sistema financiero sólo para oír después que han estado haciendo el pródigo y viviendo por encima de sus medios!

Napoleón tuvo la satisfacción de poner de manifiesto ante el mundo la falta de patriotismo del Dinero, y de revelar hasta qué punto el Gobierno inglés era susceptible de dejarse influenciar por la City de Londres. Había de pagar muy cara, y muy pronto, esta satisfacción. No hubo más protestas contra la emisión de billetes mientras duró la guerra. Por el contrario, toda onza de oro disponible fue invertida en los ejércitos de Rusia, Prusia y Austria, aceptándose en Londres con tipos de descuento muy elevados las vagas promesas de pago de estos países. Los banqueros ganaron. Luis XVIII fue restaurado por las armas y la diplomacia británica en el Trono de sus antepasados. Fue preciso emitir empréstitos, aunque Napoleón había dejado una Francia con sus presupuestos nivelados.

Un año después, el hombre a quien todos los países y todos los banqueros de Europa llamaban "el usurpador" volvió a ganar su Trono con 800 hombres, y sin disparar un solo tiro. En esta situación no tenía otra alternativa que emitir un empréstito para la defensa de Francia. La City de Londres le proveyó de cinco millones de libras.

Con esta suma equipó el ejército que Wéllington derrotó en Waterloo.

La gran ficción

LA caída de Napoleón señala el triunfo en toda Europa del Sistema del Dinero. Toda empresa financiera poseía en 1815 grandes cantidades de papel adquiridas a bajos tipos, y estaba, por tanto, interesada en volver tan rápidamente como fuera posible al oro, para lograr que lo que había comprado por poco llegase a valer mucho. Estaba interesada, además, en asentar el Sistema del Dinero sobre sus sólidas bases de libertad de inversión y convertibilidad.

En otras palabras, el Dinero invocaba el derecho de ejercer facultades hasta esa fecha exclusivas del Soberano. Pidió la abolición de las leyes contra la exportación de oro y plata, y que los billetes fuesen convertibles en oro. Con ello pedía la facultad para alterar a su libre arbitrio el valor del dinero del Rey en relación con los productos y servicios. Ni el pro-

pio Rey hubiera ejercitado tal facultad sin largas y graves consideraciones. Las pretensiones del Dinero, que no han cambiado, pueden resumirse de este modo: 1.° *Es preciso dejar en libertad al dinero para buscar su propio nivel, o sea aquellas inversiones, bien sean en el interior o en el extranjero, donde pueda obtener los mayores beneficios dentro de un margen razonable de seguridad.* (El mecanismo mercantil mediante el cual se logra esta pretensión se explica más adelante.) 2.° *La exportación de oro, cuando tenga lugar, no debe ser compensada por aumento ninguno de moneda en el mercado nacional, sino que, por el contrario, es preciso dejar que produzca su efecto en él, o sea, que provoque una insuficiencia de dinero.*

Tal insuficiencia de dinero ocasiona, como se demostrará, una baja de precios y, por consiguiente, obliga a los patronos a reducir los salarios para poder seguir obteniendo beneficios. La convertibilidad del papel en oro tiene por objeto impedir que el oro exportado pueda ser reemplazado por papel, ya que no puede imprimirse oro.

Este sistema tiene, por fuerza, que engendrar la miseria. El productor nacional se ve encerrado en un círculo vicioso. No puede obtener beneficios, a menos de producir tan barato como sus competidores en los mercados extranjeros. Tiene, por consiguiente, que rebajar salarios o cerrar su industria. Pero, al rebajarlos, no puede ya aspirar a colocar todos sus productos en un mercado cuyo poder adquisitivo ha decrecido a causa de esa misma baja de salarios. Tiene, por consiguiente, que producir, hasta donde sea posible, para la exportación. Y de este modo, un sistema que tuvo por objeto en sus comienzos servir las necesidades de los ingleses —o

de los franceses, o de los alemanes— se encamina ahora a un objetivo diferente: a la producción de artículos suficientemente baratos para poder competir con éxito en los mercados extranjeros. No se permite a ningún país vivir para sí. Por el contrario, cada país queda colocado frente a todos los demás, para que los beneficios que obtenga el dinero sean en todas partes los mayores posibles, sin otro límite que el de no lanzar a la violencia a las desgraciadas víctimas del sistema.

Este sistema está servido por el patrón oro, cuya naturaleza, a su vez, conviene desentrañar examinando los argumentos invocados en su defensa y el propósito a que, en definitiva, sirve.

Se alega en favor del patrón oro, que mantiene uniformes y estables los precios de los productos en todo el mundo. Esto, si fuera verdad, sería un gran servicio, porque, como es sabido, hay un gran número de contratos que se hacen sobre la base de que el precio de los productos va a mantenerse uniforme en todo el mundo y con una relativa estabilidad de un día a otro. Un ganadero de ovejas, por ejemplo, al ver que el precio de la lana es de un chelín dos peniques por libra, puede formarse una idea de la cantidad que podrá pagar por sus alquileres, de la escala de salarios que puede ofrecer a sus pastores, y del nivel de vida en que puede mantenerse. Pero si, como ha sucedido el año de 1932, el precio de la lana baja a dos peniques por libra, estos cálculos se vienen a tierra. Necesitará ahora mucha más cantidad de lana para obtener el dinero necesario para pagar arrendamiento y salarios de la que necesitaba cuando el precio era de un chelín dos peniques por libra. En resumen, el ganadero se verá obligado a perder su capital, y abandonar, en

consecuencia, el negocio, o a empezar por abandobar el negocio, o a convencer a su terrateniente y a sus pastores de que cobren menos. Esta tarea de persuasión será más fácil cerca de sus pastores que de su terrateniente, pues los asalariados no cuentan con contratos a largo plazo, ni tampoco, en general, con ahorros para el caso de perder sus colocaciones. Por consiguiente, una baja de precios viene a significar, de ordinario, o baja de salarios, o paro. Produce, además, el efecto de que el ganadero, al dejar de obtener una renta, deja también de pagar el impuesto correspondiente; de aquí que el presupuesto del Estado sufra con la baja de precios del mismo modo que sufrió el presupuesto del ganadero.

Pero un ganadero no es exclusivamente un productor. Como otra persona cualquiera, consume productos y materiales, por ejemplo: alimentos, ropa, carriles, automóviles, aparatos de radio, etc. Al perder sus ingresos, deja de poder comprar, y, por tanto, la gente a quien él acostumbraba a comprar, se ve en la misma situación en que él estaba; a su vez, esta gente tendrá que reducir sus precios con objeto de poder vender sus productos, y tendrá, por consiguiente, que reducir también sus salarios. Si sus empleados se niegan a aceptar salarios más bajos, su única opción será la de cerrar, de lo que resultará un aumento de paro y una disminución del rendimiento de los impuestos, precisamente cuando exige al Gobierno que suministre fondos para los parados.

Ahora bien, se alega en favor del patrón oro que impide una baja de precios como la ocurrida en el precio de la lana. Esta suposición parece bastante gratuita, ya que todo el mundo se regía por el patrón oro cuando el precio de la lana empezó a bajar. Pero se objeta que no debe, en realidad, echarse la culpa al patrón oro, porque, si bien estaba funcionando, no lo hacía de acuerdo con lo que se llaman "las reglas del juego del patrón oro".

Es preciso, pues, explicar en qué consiste el "juego del patrón oro". Este juego está basado en el intercambio de productos entre dos países. Cada país, como cada individuo, es a la vez productor y consumidor en sus relaciones con los demás países. Exporta sus propios artículos e importa los de otro país, y, hablando en términos generales, paga sus importaciones con exportaciones.

Así, Inglaterra puede enviar una cantidad de carbón a Francia, y puede, al mismo tiempo, recibir de Francia una cantidad de vino. El carbón se compensará con el vino para nivelar la cuenta. Es evidente, sin embargo, que este equilibrio de la balanza comercial no se logrará siempre de un modo tan exacto. Por ejemplo, Inglaterra podrá enviar un *valor carbón* superior al *valor vino* que recibió en cambio, en cuyo caso Francia se encontrará a fin de año con un balance desfavorable. ¿Cómo podrá enderezarlo? Podría hacerlo, naturalmente, enviando a Inglaterra más vino o algún otro producto de sus granjas o de sus fábricas; pero los ingleses podrán no estar dispuestos a comprar sus productos si, por ejemplo, pueden obtenerlos en otro sitio a precio más bajo. En tal caso, parece que los franceses tendrán que optar entre reducir sus precios o comprar menos carbón a Inglaterra en lo sucesivo, hasta que la doble cuenta esté equilibrada.

Sin embargo, el patrón oro ofrece un tercer camino para salir de la dificultad. Francia puede enviar oro a Inglaterra para saldar su cuenta, porque el

oro se acepta en el acto en todo el mundo como instrumento de pago. (Toda moneda es convertible en oro a cierto tipo, y el poseedor de oro puede comprar cualquier moneda a un tipo determinado.)

Este pago en oro no pasaría de ser un simple saldo de cuentas si no estuvieran basadas las monedas de todas las naciones en el oro. Lo que sucedería, si el dinero no estuviera basado en el oro, sería que, después de saldar la cuenta, Inglaterra tendría más oro y Francia menos. No se produciría efecto alguno sobre los precios franceses ni sobre los ingleses.

Pero el efecto que, en realidad, se va a producir como consecuencia del saldo de la cuenta mediante el pago en oro, tanto sobre los productos franceses como sobre los ingleses, depende de la regla de que, *cuando sale oro de un país, debe ser retirada de la circulación una cantidad de dinero de este país igual al importe del oro que ha salido.*

Esta regla fue impuesta a Inglaterra por una ley bancaria del año 1844. Según ella, cuando sale oro del país, el Banco de Inglaterra debe retirar inmediatamente de la circulación libras, chelines y peniques por un valor igual al oro exportado. En nada afecta a esta obligación la facultad que tiene el Banco de emitir una cierta cantidad de libras, chelines y peniques que no están respaldados por oro, pues esta circulación, llamada fiduciaria en sentido estricto, es demasiado pequeña para hacer frente a las necesidades del país. Si la cantidad de dinero en uso en Inglaterra estuviera limitada al importe de esta circulación, todo el comercio e industria del país se paralizaría. En otros términos: el límite de la circulación fiduciaria se fijó, deliberadamente, en forma que forzosamente resultara insuficiente en

la práctica. Por cada libra que se emita por encima de la circulación fiduciaria, *ha de guardarse en los sótanos del Banco de Inglaterra una pieza de oro de un valor proporcional al dinero emitido.*

La misma regla rige en Francia, en América y en todos los países donde existe el patrón oro. De manera que, cuando cualquier país usa del oro para saldar su balanza mercantil —es decir, para pagar el exceso de sus importaciones sobre sus exportaciones— tiene lugar inmediatamente una contracción de la cantidad de dinero en este país, igual a la cantidad de oro perdido. Podríamos expresar este efecto repitiendo el comentario del hombre de la calle: "Escasea el dinero."

No podrá, sin embargo, comprender qué cantidad de dinero es la que falta, hasta que le expliquen los métodos que sigue el Banco de Inglaterra para distribuir el dinero al público. El dinero llega al público de tres maneras: como sueldos, como jornales y como beneficios o dividendos; sueldos, jornales y beneficios constituyen juntos, por tanto, la capacidad adquisitiva total del país. *Son la demanda.* Fuera de ellos no existe ninguna otra demanda efectiva de productos; por consiguiente, mediante la ley de la oferta y de la demanda, el conjunto de sueldos, jornales y dividendos o beneficios determina los precios de los productos. Cuando más grande sea la demanda —como puede observarse en cualquier subasta pública— más alto es el precio, mientras no aparezcan más productos en el mercado. A la inversa, cuanto más pequeña sea la demanda, más bajo será el precio.

Ahora bien, la inmensa mayoría de sueldos, jornales y dividendos o beneficios son pagados por productores de artículos o servicios de cualquier

clase con créditos facilitados por los Bancos. La razón de ello es que la producción sigue, por regla general, un proceso lento. Un campesino tiene que arar antes de poder sembrar, y sembrar antes de cosechar. Mientras tanto, tiene que pagar arrendamientos y jornales. Por consiguiente, el importe de la suma de dinero distribuída como sueldos, jornales y dividendos o beneficios depende del número y medida de los créditos abiertos por los Bancos a la agricultura y la industria. En otras palabras, la demanda o poder adquisitivo depende del número y medida de los créditos abiertos por los Bancos a la agricultura y a la industria. Pero los créditos abiertos por los Bancos son créditos en dinero, y la cantidad de dinero en un país, como se ha dicho, depende de la cantidad de oro de ese país. *He aquí cómo se logra que la demanda o poder adquisitivo tenga que depender de la cantidad de oro existente en los sótanos del Banco central, por ejemplo, del Banco de Inglaterra.* Si sale oro de un país para pagar un exceso de importaciones sobre las exportaciones, se reducirá en él el volumen del dinero; se reducirá el volumen de los créditos abiertos por los Bancos; se reducirá el volumen de la producción; se reducirá el volumen de los sueldos, jornales y dividendos o beneficios; se reducirá la capacidad adquisitiva o "demanda", y bajarán los precios de los productos. A su vez, una baja en los precios de los productos determina pronto bajas correlativas en los salarios y, como resultado, una baja en la capacidad adquisitiva.

En otros términos, se ha urdido un sistema mediante el cual, cuando el oro sale de un país, se reducen los precios de los productos y bajan los salarios. Pero esta reducción de precios hace más

atractivos los productos de ese país, a causa de su baratura; por consiguiente, las gentes de otros países los compran en mayores cantidades, y aumenta el volumen de exportaciones. El país exportador obtiene ahora lo que no podía obtener antes, cuando los precios de sus productos estaban más altos, o sea, un equilibrio de su cuenta sin perder oro; o mejor aún, se encuentra con un saldo favorable, y en condiciones, por lo tanto, de poder a su vez recibir oro.

El proceso, libre de influencias exteriores, se corrige a sí mismo. Cuando entra oro en un país, aumenta la cuantía del dinero en circulación; aumentan los créditos bancarios a la industria; aumenta la producción; aumenta la capacidad adquisitiva o demanda, y suben los precios. Esta subida determina, antes o después, una correlativa subida de salarios, hasta que se llega a un punto en que los productos resultan demasiado caros para competir en los mercados extranjeros.

Y de este modo —se pretende— se conservan los precios uniformes y estables en todo el mundo. Esta pretensión, como puede fácilmente demostrarse, no está justificada ni siquiera cuando el juego del patrón oro está dirigido con la habilidad sin par que demostró la City de Londres durante la última parte del siglo XIX, cuando la mayor parte del oro mundial estaba bajo la intervención directa del Banco de Inglaterra. Inglaterra tuvo en aquella época, todos los años, un saldo favorable en su balanza comercial; continuó, año tras año, prestando sus saldos para mantener el oro distribuido en todo el mundo con la mayor amplitud posible, y, sin embargo, el valor del oro, durante esos años, llegó a variar en un 30 por 100, en términos de productos.

En otras palabras, hubo veces en que los dueños del oro decidieron retirarlo de la circulación, creando con ello una escasez mundial; y hubo otras en que el descubrimiento de nuevos yacimientos de oro dio lugar a una abundancia mayor. El juego del patrón oro no tiene nada previsto contra estas contingencias. Aparte de ellas, puede también demostrarse que ninguna falta hace el oro para el proceso de mantener los precios uniformes y estables. El Banco de Inglaterra tiene el medio, en cualquier momento si así lo desea, de aumentar o disminuir la cantidad de libras, chelines y peniques en el país, independientemente de la cantidad de oro que exista en sus sótanos. Esto ha quedado demostrado contundentemente cuando Inglaterra se vio obligada a abandonar el patrón oro. Los precios ingleses se conservaron notablemente estables; en otros términos, la moneda inglesa ha sido «dirigida» con un éxito completo. Lo mismo puede decirse respecto de la moneda sueca y, en general, de la mayor parte de las monedas que en la actualidad están fuera del patrón oro. Mientras tanto, las monedas de patrón oro, la americana y la francesa, han demostrado menor estabilidad. Segun palabras de la repuesta británica a América sobre las deudas de guerra, *la libra esterlina ha permanecido más en términos de productos que las divisas oro.*

Es evidente, pues, que la aspiración actual de los banqueros de todo el mundo de restablecer el patrón oro tiene que obedecer a alguna otra razón que el deseo de hacer uniformes y estables los precios de los productos, por lo que conviene examinar un poco más detenidamente el fundamento del patrón oro para tratar de hallarla. Al hacerlo, no tarda en advertirse que aunque el patrón oro parece a primera vista que regula de un modo automático los precios, no constituye, en realidad, un mecanismo perfecto, ni muchísimo menos, ya que cualquier gran agrupación de propietarios de oro puede alterar —y así lo hace cada vez que lo tiene por oportuno— su funcionamiento. En otras palabras, lo que para los productores de mercancías —los prestatarios— son "leyes económicas", depende del libre arbitrio de los propietarios de oro —los prestamistas— los cuales, como ya se ha dicho, quieren hacernos creer que el patrón oro actúa a modo de balanza niveladora entre ellos y sus deudores, haciendo que el prestatario no tenga que devolver más de lo que ha tomado a préstamo. Si los huevos, por ejemplo, valen un chelín por docena cuando se toma el chelín prestado, no valdrán menos, según los defensores del patrón oro, cuando se pague la deuda, cosa de capital importancia para el campesino.

Los que así discurren no tienen en cuenta los medios con que, independientemente del oro, cuentan los Bancos Centrales para dirigir los precios, *mientras, en apariencia, el patrón oro está funcionando normalmente.* Supóngase, por ejemplo, que el Banco Central vende en Bolsa una gran cantidad de bonos del Tesoro que estuvieran en su poder. Estos bonos serán comprados por el público y pagados con cheques girados por los compradores sobre sus Bancos ordinarios. Con ello, estos Bancos vendrán a transferir dinero al Banco Central y, en su consecuencia, se verán obligados a retirar préstamos de la circulación, con el consiguiente efecto de reducir la capacidad adquisitiva y de bajar los precios. El campesino obtendrá, en su consecuencia, menos de un chelín por su docena de huevos.

Y en todo este tiempo la cantidad de oro en los

sótanos del Banco Central habrá permanecido invariable. En otras palabras, el Banco Central habrá «dirigido» el nivel de los precios, es decir, habrá inclinado a su voluntad una balanza que, según se pregona constantemente, sólo obedece a la influencia de las exportaciones o importaciones de oro. Esto prueba nuestro aserto de que los precios pueden ser regulados perfectamente sin oro. Pero los dueños del oro no tienen el menor interés en que tal idea se difunda.

Infiérese de lo expuesto, que el hecho de no amoldarse al patrón oro carecerá de toda importancia mientras el Banco Central conserve su facultad de «dirigir» la moneda y, con ello, de fijar el nivel de los precios. En tanto que pueda —y es evidente que puede— mantener los precios a un nivel determinado por sus propias artes, quedan los productores sometidos a su poder, tanto si se usa oro, como si no se usa. No es la imposibilidad de subir los precios, sino la resistencia —mezcla de codicia y temor— a abandonar decididamente el patrón oro, lo que ha prolongado la crisis mundial. Debido al acaparamiento realizado por Nueva York y París, las garantías de oro de las divisas se redujeron a una cuarta parte de su antigua cifra y, por tanto, desde el punto de vista del Dinero, los precios estaban demasiado altos. Para mantener su dependencia del oro, los salarios debieron bajar, y los Estados reducir sus gastos, aunque con ello todos los productores se hayan arruinado. Con tal de que esta ruina alcance el tiempo y la intensidad suficientes, la relación adecuada entre las divisas y el oro podrá ser restablecida.

Dedúcese, pues, que el oro es completamente innecesario para la estabilización de los precios, pero

es *muy necesario para sus dueños* que el mundo lo use, ya que sufrirían un grave perjuicio si en adelante nadie deseara tomarlo a préstamo. En otros términos, la principal razón de existencia del patrón oro es tener la seguridad de que habrá gente que deseará tomar oro prestado, y que, luego de haberlo tomado, pagará por este préstamo los más altos tipos posibles de interés. El patrón oro es el cebo de un prestamista, pues es evidente que nadie pediría oro prestado si no estuviera persuadido de la ventaja de hacerlo. En consecuencia, los interesados procurarán hacer la vida lo más incómoda posible al país que abandone el oro o denote en cualquier forma un propósito de estorbar las operaciones del patrón oro. Así, por ejemplo, mientras el papel moneda de la Revolución francesa —el asignado— mantuvo su valor, constituyó una amenaza mortal para los dueños del oro. ¿Qué nación iba a pedir dinero prestado a altos tipos de interés, cuando el tenerlo no le costaba más esfuerzo que el de imprimirlo? Los franceses habían sostenido catorce ejércitos con su papel moneda; ¿por qué no habrían de hacer lo mismo otras naciones? Era inevitable que las potencias del dinero de todos los países de Europa dedicasen sus mayores esfuerzos a desacreditar el papel moneda francés. Se logró el éxito infundiendo miedo a los productores de artículos de primera necesidad para que se negaran a entregar su pan y su carne a cambio de asignados, los cuales perdieron, en consecuencia, todo su valor. Este es el método empleado invariablemente para «aplastar» un papel moneda.

Hay varios medios de amedrentar a los productores de artículos de primera necesidad; el más fácil, con mucho, en los tiempos actuales, es el de conce-

der préstamos sin tasa a los industriales para construir fábricas o instalar nuevos talleres, con lo que la capacidad adquisitiva en forma de salarios aumenta más rápidamente que la producción de aquellos artículos. Con tal de que los préstamos alcancen la cifra suficiente, llega el día en que la oferta no puede bastar a una demanda sin cesar creciente originada por un volumen de salarios cada vez mayor. Cuando tal ocurre, los precios empiezan a subir, es decir, el valor del dinero empieza a bajar. Ya es sólo cuestión de *seguir prestando.* El papel moneda llegará a perder la totalidad de su valor con sólo llegar a la cifra necesaria de préstamos.

Pero ¿quién hace estos préstamos? Las potencias del dinero. Los Bancos. Como ahora demostraremos, el prestar no cuesta nada. Se reduce meramente a una serie de asientos en un libro. En cambio, es altamente provechoso, ya que cada prestatario tiene que depositar valores positivos —casas, tierras, etc.— en el Banco que le otorga el préstamo. A medida que disminuye el valor del dinero, aumenta el de esos depósitos. En otros términos, las potencias del dinero dominan la situación. Mientras se les permita ejercer de prestamistas, pueden lograr la ruina de todo papel moneda que deseen. Hizo falta un Robespierre para impedir la ruina del asignado. En cuanto cayó Robespierre, el asignado pereció.

Cualquier nación, por tanto, que «delinca», es decir, que deje de pagar a través de la Caja de su Banco Central una determinada cantidad de oro a todo el que le presente uno de sus billetes, se expone al peligro de que las potencias del dinero anulen todo el valor de su moneda mediante el sencillo

proceso de ir prestando del modo descrito hasta que la capacidad adquisitiva exceda de la oferta, y hasta que, por consiguiente, al negarse los propietarios de artículos a entregarlos a cambio de «papel moneda sin valor», el hambre asole al país.

Es, por supuesto, el exceso en los préstamos para la producción de bienes no consumibles, y no el papel moneda, la causa de la «inflación». Un Gobierno que lograse controlar de modo efectivo los préstamos, no tendría nada que temer del uso del papel moneda. Y no se vería, por consiguiente, en la necesidad de pedir a las potencias del dinero, oro prestado. Este hecho sencillo es la causa de los incesantes esfuerzos que el Dinero realiza para mantener su posición dominante sobre los Gobiernos de todos los países del mundo. La *democracia* es el medio elegido para lograr este fin. Como vio Napoleón, no existe el pueblo, sólo hay partidos, y el partido que tiene más dinero es el que gana. Cuando un partido gana, tiene que recompensar a los que le han apoyado, a la gente que suministró los fondos del partido. Las potencias del dinero son dueñas de la mayor parte de los recursos mundiales. Con la libertad de prensa y con sus propios recursos para crear una falsa riqueza sacándola de la nada, pueden pulverizar a sus enemigos.

Sin más armas, por tanto, que esta amenaza —apoyada por toda la propaganda imaginable— obliga el Dinero a todas las naciones del mundo a pedir prestada su mercancía —el oro— y castiga con el azote del hambre a los que se atreven a resistir sus mandatos. Mantiene también en reserva otros castigos de menor importancia para toda nación que intente obtener demasiado baratos sus préstamos en oro, o sea, que intente devolver a

cambio de sus préstamos una cantidad más pequeña de mercancías que sus vecinos. Como se ha visto el oro «afluye» al país que produce barato, y «huye» del país donde suben los costes (los salarios). Merced a ciertas leyes impuestas, se logra que la pérdida de oro signifique la pérdida de capacidad adquisitiva, y con ella la quiebra y el paro. En resumen, el oro es el látigo del negrero que castiga al desgraciado que no gana bastante para su amo; es el pan de la tribulación que los hombres pueden comer sólo con el sudor de su frente, y cuya falta les hace morir de hambre. Es —en el feliz lenguaje de las propias potencias del dinero— «alimento en pequeñas cantidades, pero veneno a la larga».

Constituye la base y la esencia de este negocio de usura el que no exista en el mundo suficiente cantidad de oro. Su escasez es lo que permite a sus dueños pedir por este metal precios tal altos, y lo que sume en tan grandes aflicciones a los pueblos que lo pierden, aunque sólo sea en pequeña cantidad. Merced a la escasez del oro se establece y mantiene la usura, y se esclaviza la producción en todo el mundo.

Como se ha dicho, el dueño de oro —es decir, el poseedor de dinero en un país de patrón oro— puede invertir su dinero, donde, cuando y como le plazca. Puede colocarlo en la agricultura británica, o en la industria británica, o en la industria francesa, alemana o americana. Puede prestar su dinero al Estado que desee. Por último, puede guardarlo en un Banco o en valores, sin usarlo y sin permitir a otro que lo use. Para ninguna de estas actividades tiene trabas, y, sin embargo, todas ellas producen efectos muy graves sobre las vidas y las empresas de sus congéneres, tanto en su país como en el extranjero.

Supóngase, por ejemplo, que el dueño de 1.000 libras decide invertirlas en la República Argentina, y con ese objeto suscribe un empréstito de este país. Ha rebajado con ello en mil libras la capacidad adquisitiva inglesa; pero ha abierto en un Banco de Inglaterra un crédito de 1.000 libras a favor de la Argentina. Con este crédito, la Argentina comprará probablemente mercancías en Inglaterra, lo que determinará que las exportaciones inglesas puedan subir en 1.000 libras. Aparentemente, la capacidad adquisitiva ha sido devuelta al mercado nacional.

Pero esta subida de las exportaciones no servirá para pagar importaciones de ninguna clase. Con el préstamo que ha recibido, la Argentina ha comprado y pagado ya las mercancías. No va, ciertamente, a pagarlas de nuevo mediante el envío a Inglaterra, de otras mercancías —por lo menos, hasta que llegue el día en que tenga que ser devuelto el préstamo. ¿Para qué haberlo hecho, en otro caso? Por tanto, estas mercancías inglesas que salieron para la Argentina no alivian de ningún modo la carga de las importaciones compensándolas con exportaciones; sino que, por el contrario, lo que hacen es aumentar esa carga en un valor de 1.000 libras en mercancías. En otras palabras, los productores ingleses en su conjunto, tendrán que aumentar sus exportaciones en un valor de 1.000 libras, si no quieren desequilibrar la balanza comercial, y si no quieren que se produzca una pérdida de oro para pagar el exceso de importaciones sobre exportaciones.

En definitiva, sólo pueden aumentarse las exportaciones de mercancías disminuyendo los precios de éstas, es decir, rebajando los salarios. De manera que el efecto del préstamo hecho a la Argentina —y esto a pesar de que se haya gastado el dinero en

Inglaterra— es una baja en los precios de los productos —acompañada por una baja de los salarios— o, si no bajan los precios ingleses, una pérdida de oro para Inglaterra. Como se ve, la pérdida de oro tiene necesariamente que determinar, en el régimen del patrón oro, una baja de los precios de los productos en el país que ha sufrido la pérdida.

Se advierte ya claramente por qué se realizó la inversión en la Argentina. *Los precios en Inglaterra eran más altos que los precios en la Argentina, y, por consiguiente, el dinero valía más —conseguía un tipo más alto de interés— en la Argentina que en Inglaterra. La inversión era, por consiguiente, una aplicación práctica de la primera de las reglas* de los dueños del oro, de que el dinero tiene que encontrar su nivel.

Pero podría muy bien suceder que el comprador del papel argentino deseara desarrollar sus actividades en Inglaterra, y con este propósito entregase el papel argentino a su Banco a cambio de un préstamo, por ejemplo, de 800 libras. De este modo ha hecho que vengan a parar salarios a bolsillos ingleses, aumentando la capacidad adquisitiva inglesa y determinando, por consiguiente, un alza de precios de los productos ingleses que contrarresta, en cierta medida, cualquier baja de precios a que hubiera dado lugar su inversión en la Argentina. ¿Ha conseguido con ello alterar la ley de que el dinero tiene que encontrar su nivel donde estén más bajos los precios? En modo alguno. Todo lo que ha hecho es *ocultar la baja de precios de los productos ingleses. Que, de haber ocurrido, hubiera impedido en el conjunto de la operación una pérdida de oro.* Pero la pérdida de oro se produce; se reduce la cantidad de dinero en circulación, y los banqueros retiran

préstamos —entre ellos, quizás el suyo. Los precios de los productos ingleses bajan. Con ello se cumple la segunda ley de las potencias del Dinero, o sea que el dinero que se ha invertido en el extranjero no debe ser reemplazado. Y es que el hombre que prestó 1.000 libras a la República Argentina era, por este hecho, un prestamista de oro, mientras que al depositar su póliza en su propio Banco, se convirtió en un prestatario de él; y como prestamista de oro, estaba protegido contra toda pérdida producida por cualquier acto de los prestatarios entre los que, por otra parte, él mismo estaba incluido.

Y aquí se descubre un secreto de la virtud del patrón oro a los ojos de las potencias del dinero. El patrón oro, aunque artificial e innecesario como medio de asegurar la uniformidad y estabilidad de los precios de los productos en todo el mundo, es absolutamente eficaz como medio de impedir que los prestatarios de oro escapen de manos de los prestamistas. El patrón oro fue inventado por los usureros. Es la Carta Magna de la Usura.

Para darse exacta cuenta de ello conviene recordar como hacen los préstamos los Bancos y las empresas financieras —incluyendo las Compañías de seguros y las Sociedades de construcción— en todo el mundo. El caso del préstamo privado ordinario hecho por un Banco cualquiera ilustrará muy bien el proceso y servirá, además, para demostrar cómo el patrón oro ha logrado privar de toda defensa al prestatario contra las exigencias del prestamista.

La masa principal del dinero circulante en los países civilizados, no está formada por divisas —libras, chelines y peniques— sino por créditos —préstamos hechos por los Bancos. Hablando en térmi-

nos generales, cada libra divisa puede llegar a dar de sí 10 libras de préstamos; y aun esto da una idea muy pobre del modo como las varias clases de préstamos construyen la circulación fiduciaria. La llamada «pirámide del crédito» llega hasta las nubes.

Cierto que un banquero, al conceder un préstamo, asume la obligación de suministrar al cliente, a su demanda, libras, chelines y peniques hasta el importe total del préstamo, y se los entregará si se los pide. Es decir, que un hombre que haya obtenido un préstamo de 1.000 libras de su Banco, puede, si quiere, llevárselos en forma de 1.000 billetes de una libra —antes de la guerra podía llevarse 1.000 soberanos de oro— y esto a pesar de que *la cantidad de los préstamos bancarios en circulación es a menudo diez veces mayor que la cantidad de libras en existencia.*

¿Cómo puede un banquero prometer la entrega de libras, chelines y peniques que no existen en ninguna parte? El problema tiene solución, porque la gente que recibe préstamos de los Bancos no suele pedir en forma de libras, chelines y peniques más de una décima parte de estos préstamos; *firman cheques —o giran efectos— por las nueve décimas partes de sus préstamos.* Un cheque significaba únicamente un asiento en un libro de la contabilidad bancaria. Una experiencia de siglos ha demostrado a los Bancos que la proporción —una décima parte en efectivo contra nueve décimas partes en cheques— es absolutamente segura en su conjunto. En otras palabras, los préstamos bancarios *sólo en apariencia son préstamos de libras, chelines y peniques.* Si, por casualidad, todos los prestatarios pidiesen la totalidad de sus préstamos en forma de libras, chelines y peniques, la ficción se

pondría instantáneamente de manifiesto. (Esto sucedió al estallar la Gran Guerra; el Gobierno tuvo que declarar inmediatamente una moratoria.) Puede, por consiguiente, afirmarse que lo que presta en realidad un Banco es dinero *sacado de la nada.* Por este supuesto dinero cobra un interés, y en garantía de este supuesto dinero exige y retiene *valores reales.* Casas, por ejemplo.

El único peligro que amenaza a este sistema tan ingenioso es que la concesión de préstamos sea llevada tan lejos que llegue a quedarse el Banco sin las suficientes libras, chelines y peniques para atender las demandas de sus clientes. Como se ha dicho, estas demandas no excederán normalmente de una décima parte de los préstamos totales hechos por el Banco. Pero se han dado casos en que los Bancos ha llegado a prestar hasta 20 libras por cada una que tenían, y se han encontrado en situación difícil para atender a las peticiones de numerario, ya que un Banco está obligado por la ley a pagar a sus clientes libras, chelines y peniques, si los clientes le exigen esta forma de pago. Y el no poder pagar libras, chelines y peniques, es la quiebra.

Habrá quien piense que, ni aun prestando sólo 10 libras por cada una que posean, pueden los banqueros sentirse seguros. Pues aunque en el pasado sólo se les haya pedido en efectivo una décima parte de sus préstamos, esto *no significa, ni puede significar, una absoluta garantía de que en alguna ocasión no pedirá libras, chelines y peniques una proporción mayor de clientes.* La verdad es que los banqueros no debieran nunca sentirse seguros. Es evidente que ningún Banco del mundo está nunca en condiciones de pagar a sus clientes todas las

libras, chelines y peniques que estos clientes tienen el derecho legal de pedir. La gente que trata con los Bancos, no siempre se da cuenta de esto. Creen que su banquero tiene fondos para satisfacer la cantidad total de sus obligaciones, y se sentirían quizá llenos de alarma y temor si advirtieran que, por el contrario, su reserva total en efectivo sólo alcanza a una décima parte del total de sus obligaciones.

En otros términos, la Banca practica una especie de ilusionismo con el público. Está obligada legalmente a dar libras, chelines y peniques a cualquier cliente que se los pida; se declara dispuesta a cumplir voluntariamente sus obligaciones legales, y sin embargo, sabe muy bien que no podría hacerlo en modo alguno en cuanto una cuarta parte de sus clientes exigiera su derecho legal. Bastaría, por poco que durase, una pequeña alarma, por razón de la cual un número superior al corriente de clientes exigiera en pago libras, chelines y peniques, para hacer quebrar al Banco, a menos que el Estado o el Banco Central viniesen en su ayuda con dinero o con valores que los clientes del Banco aceptaran en lugar de efectivo.

Este proceso de sacar dinero de la nada se realiza, por consiguiente, a *expensas de la seguridad de los clientes del Banco,* y esto es cierto por pequeño que pueda ser el riesgo en la práctica. Pero la operación es legal, y tan sumamente beneficiosa, que los banqueros no sienten escrúpulos de ninguna especie al realizarla. Ella les permite producir dinero a su libre arbitrio; y el que puede producir dinero de este modo —simplemente escribiendo números en un libro—, es, evidentemente, un rey de la creación.

Lejos de sentir escrúpulos, los banqueros se esfuerzan en demostrar a sus clientes que sus métodos son insuperablemente seguros y sólidos. *He aquí el objetivo del patrón oro,* pues la opinión pública se figura que detrás del papel moneda que se lleva en los bolsillos, hay una sólida reserva de oro, un resguardo, una garantía. El dinero, dice el hombre de la calle, tiene que estar garantizado por algo. ¿Qué mejor para ello que el oro?

Ahora bien, como ya se ha dicho, las libras en billetes que llevamos en los bolsillos, están —en parte, al menos— garantizadas por oro —por el oro de los sótanos del Banco de Inglaterra. Pero aquí acaba el cuento del oro. Del dinero que creemos *que tenemos en el Banco,* sólo una décima parte tiene una garantía de oro. Como podemos pedir y obtener de nuestro Banco libras, chelines y peniques, que tienen una garantía parcial de oro, conservamos la placentera ilusión de que cada cheque que firmamos, y cada cheque que recibimos, está respaldado por la cantidad en oro que en él está inscrita, concepto que podrá extenderse a todas las obligaciones del banquero. No hay, desde luego, suficiente oro en todo el mundo para respaldar ni siquiera una pequeña fracción del pasivo de los Bancos. La idea de la «garantía del oro» es, por consiguiente, una pura ilusión. Sólo 10 libras por cada 100 de las emitidas por el banquero están garantizadas por oro; si tenemos en cuenta la circulación fiduciaria, la garantía del oro cubre solamente unos seis chelines, ocho peniques, de cada 10 libras.

En resumen, la garantía del oro es algo así como un pastel de liebre sin liebre, o como una bombonera que, hábilmente preparada, da la impresión de que está llena de bombones, cuando, en reali-

dad, sólo está llena de papeles. Es una humareda, un cobertizo, una pantalla, y la garantía que pretende dar no lo es en modo alguno. Pero no puede consentirse que el público se entere, porque, en tal caso, descubriría, más pronto o más tarde, que detrás de esta pantalla de oro, el oficio de los banqueros es el de sacar dinero de la nada con objeto de cobrar fuertes tipos de interés sobre él. *Sólo mientras el público crea que un banquero le está prestando oro contante y sonante, consentirá en pagarle un 5 ó 6 por 100 sobre sus préstamos.* En el momento que se entere de lo contrario, comprenderá que podría hacer por sí mismo —y mucho más barato— todo lo que, en realidad, están haciendo los banqueros.

Contra esto podría alegarse que el que obtiene un préstamo, obtiene lo que desea, es decir, los medios de comprar mercancías o pagar sus deudas, y que esto, al fin y al cabo, ha de tener algún valor. Pero no es esta la cuestión. Un hombre que preste una libra que ha *ganado* —o que ha gandado otro— tiene un indiscutible derecho a recibir un interés sobre su préstamo. Está prestando verdadero dinero. Por el contrario, el banquero está prestando dinero ficticio, dinero supuesto, dinero fantasía, dinero que nunca ha sido ganado, y que, en realidad, no existe. En otras palabras, cuando un hombre entrega su casa a un Banco en garantía de un préstamo, no recibe nada del Banco y, sin embargo, se obliga a pagarle una renta por su propia casa, disfrazando esta renta bajo el nombre de «intereses del préstamo». Si no los paga, el Banco le arrojará de su casa. Con lo cual el banquero se habrá apoderado de ella sin pagar nada a cambio.

Pero, después de todo, podrá decirse, ¿qué importa todo esto, si el préstamo que le ha hecho el banquero ha podido emplearlo en comprar mercancías? En definitiva, no hay diferencia, en la práctica, entre dinero real —o ganado— y dinero supuesto. Este argumento se emplea frecuentemente, pero no resiste el más somero análisis. Pues el hecho de que una cosa se cambie por una mercancía no afecta para nada a la cualidad de aquella cosa, que seguirá siendo real o ficticia. Debiera estar prohibido crear dinero ficticio —cualquier clase de dinero, mejor dicho— pues el derecho de crear dinero corresponde al Rey. Cuando se crea dinero ficticio —crédito— se somete a una exacción al Rey, y con el Rey *a todos sus súbditos,* incluyendo al propio prestatario del dinero supuesto, por la sencilla razón de que si el préstamo hubiera sido hecho por el Rey, el dinero pagado en calidad de intereses hubiese ido a sufragar los gastos nacionales, y, por consiguiente, a reducir los impuestos.

Un préstamo de dinero real —ganado— hecho por un simple particular a otro, no hace daño al Rey. Pues este dinero *no es una creación nueva, sino simplemente* una transferencia de una mano a otra del dinero ya creado; análoga, a este respecto, a cualquier otra operación ordinaria de compraventa. Donde radica el mal es en el acto de creación del dinero. Si los banqueros se limitaran a prestar dinero que realmente poseyeran, sus operaciones no serían censurables en este aspecto. El mal estriba en el hecho de que no *tienen* el dinero que prestan.

En resumen, el Rey tiene derecho a percibir intereses por los préstamos del dinero «creado», ya que él es el único que tiene facultad para crearlo, y que la creación del dinero, al aumentar la cantidad del ya existente, impone una pérdida, aunque sea pe-

queña, a todos los dueños del dinero, según la regla de que cuanto más dinero hay en un país, menos cosas se compran con él. Al percibir el Rey intereses por sus préstamos, se compensa, pues, en parte, la pérdida ocasionada cuando fue creado el dinero para hacer el préstamo. Pero esto no ocurre con el prestamista privado, porque éste no crea dinero, y no impone, por consiguiente, pérdida ninguna a sus conciudadanos. Sus intereses son meramente la renta o alquiler de un verdadero préstamo de dinero real. Si los Bancos no empleasen el crédito, los prestamistas privados —y todos los súbditos del Rey— disfrutarían, en forma de reducción de impuestos, del beneficio del pago de intereses al Rey por los receptores de sus préstamos —el equivalente de cuyo interés va ahora a las cajas de los banqueros— y, de este modo, como los intereses pagados a los Bancos representan relativamente una suma de enorme consideración cada año, podrían prestar más barato. Así el prestatario obtendría un doble beneficio: en primer lugar, como súbdito del Rey, disfrutaría de una rebaja de contribución, y, en segundo lugar, como prestatario de un súbdito del Rey, también estaría disfrutando de una rebaja análoga. El dinero ficticio de los Bancos tomado a préstamo, cuesta, por tanto, más de lo que costaría el verdadero dinero, bien fuera creado ese dinero por el Rey, o, sencillamente, prestado por un particular. En otros términos, los banqueros resultan autorizados, en razón a su facultades de crear créditos, a adjudicarse en su exclusivo beneficio lo que en realidad pertenece al Rey y a su pueblo.

Nadie se da cuenta de esta expoliación legal, porque la gente cree que está obteniendo oro contante y sonante de los banqueros. Los banqueros tienen, por tanto, un enorme interés en mantener la ilusión de la «garantía del oro», es decir, en evitar que se les descubra, como ocurriría si les llegara a faltar la indispensable «décima parte» de las libras, chelines y peniques que les son pedidas normalmente. Esta es la razón de las frecuentes fusiones de Bancos, y de la tendencia a concentrar el negocio bancario en menos manos cada vez.

De esta tendencia ha surgido la concepción de un Banco central o Banco de Bancos. La función esencial de un Banco central es la de impedir que los demás Bancos inventen tanto dinero —o hagan tantos préstamos— que sus obligaciones lleguen a representar una cifra superior a sus libras, chelines y peniques disponibles y, por consecuencia de este desnivel, pongan al descubierto la oquedad de la ficción del patrón oro. Por eso se obliga a los Bancos ordinarios a guardar algunas reservas en el Banco central. La facultad de impedir préstamos excesivos cumple, además, la finalidad ya analizada de cortar la capacidad adquisitiva del país, obligando con ello a los productores a rebajar los salarios.

Un Banco central, como se ha dicho, puede realizar todas sus funciones sin patrón oro. Puede también sacar dinero de la nada por el simple proceso de extender cheques contra sí mismo. Pero también está interesado en ocultar sus manejos tras una pantalla de oro para que las naciones no sientan la tentación de adoptar estos métodos por su propia cuenta. Mientras las naciones crean que los préstamos que les hacen los Bancos centrales están garantizadas por oro contante y sonante, estarán dispuestas a pagar intereses sobre estos préstamos.

Con este objeto se consiguió hace mucho tiempo, mediante la aprobación de varias leyes por el Par-

lamento, que las reservas de oro del país se depositaran en el Banco central, el Banco de Inglaterra, y que sólo éste emitiera libras, chelines y peniques —sobre el límite de la emisión fiduciaria— en proporción al oro de que dispusiera. Ningún Gobierno puede crear oro. Por consiguiente, y según estas leyes, ningún Gobierno puede emitir dinero y ningún Gobierno puede inventar dinero, como hace un banquero al otorgar un préstamo. Los dueños del dinero quedan, de este modo, en situación de poder obligar a todos los prestatarios del mundo —es decir, a todos los labradores, a todos los productores y a todos los asalariados— a producir lo más barato posible para poder pagar los tipos más altos de interés sobre los préstamos, sin olvidar, naturalmente, el procurarse la debida garantía. Como se ve, están en situación de amedrentar a los Gobiernos que muestren alguna tendencia a convertirse en deudores poco provechosos, bien sea por no nivelar sus presupuestos o por otros motivos. En tales casos, los dueños del oro lo piden al Banco central en forma de lingotes, obligando al Banco central a amortizar sus préstamos y, de rechazo, a los Bancos ordinarios a hacer lo mismo. Los precios bajan, y la ruina y las quiebras asolan al país.

Repitamos que es precisamente el hecho de que las libras, chelines y peniques estén garantizados por oro, y que los préstamos bancarios lo estén —en la proporción de 10 a 1— por libras, chelines y peniques, lo que coloca estos poderes en las manos de los dueños del oro. Pueden actuar con un efecto tanto más devastador, cuanto que la retirada de oro de un país significa la retirada de una cantidad diez veces mayor de préstamos de los banqueros a la agricultura y la industria —con objeto de

que pueda mantenerse la proporción de diez libras de préstamos a una libra divisa. Como se ha dicho, los Bancos centrales son el mecanismo que hace funcionar esta cadena de oro. Los hombres que dirigen estos Bancos son, naturalmente, personas honorables y distinguidas, y, en general, muy capacitadas para llevar a cabo su labor. Pero el sistema es más fuerte que ellos. Indudablemente, los banqueros, como clase, son unos creyentes sinceros en su sistema, que parece haberles hipnotizado en igual forma que a todos los Estados.

No es una mayoría, sino una minoría la que sabe lo que está ocurriendo en realidad. Tampoco son numerosos los que tiran de los hilos de las potencias del dinero, ni son sus individuos hombres de una misma raza.

Dentro de este sistema, tanto los Estados como los Bancos centrales están obligados, sin darse cuenta de ello generalmente, a servir las finalidades de los dueños del oro. Sus testaferros se presentan siempre como un ángel de luz. Algunas veces es la amistad internacional, otras el desarme, otras la cancelación de reparaciones y deudas de guerra, otras la estabilidad de los precios. De este modo, los Bancos centrales, cargados con sus cadenas de oro, se convierten en agentes de lo que en realidad es una potencia extranjera que ocupa un territorio conquistado. La negativa de los dueños de oro a prestárselo a los países que no hayan adoptado el patrón oro y establecido un Banco central, ofrece una clara explicación del verdadero estado de cosas.

Es evidente que si llegara a establecerse un «Banco central de Bancos centrales», las necesidades de las naciones, incluso de Continentes enteros, se subordinarían inevitablemente del mismo modo al

movimiento del oro. No habría medio de apelar contra la ley promulgada por esta institución.

Pero no debe nunca olvidarse que cualquier Banco central puede, comprando o vendiendo en Bolsa, impedir que los movimientos del oro produzcan sus efectos normales sobre el nivel de los precios. Los Bancos centrales tienen el medio de impedir que el dinero encuentre su nivel, y de reemplazarle cuando haya salido del país. Tienen también —hasta cuando el patrón oro está en normal funcionamiento— el de impedir a los prestamistas de oro que inflijan castigos en los países donde operan.

¿Por qué ejercen tan rara vez esta facultad los Bancos centrales? Acaso porque los Parlamentos están de tal modo bajo la influencia de la doctrina monetaria en boga, que no sueñan siquiera en oponer la menor resistencia a la voluntad de las potencias del Dinero. Los Parlamentos tienen la facultad de obligar a los Bancos centrales a mantener el nivel de los precios en el punto que estimen conveniente, y los Bancos centrales pueden obedecer tal orden sin la menor dificultad, sin importarles lo que a los dueños del oro se les ocurra hacer con su mercancía. Toda crítica que se haga de la actuación de los Bancos centrales, recae, pues, igualmente sobre la de los Parlamentos.

Observando a la luz de lo expuesto la última crisis mundial, se explican muchas cosas. En el año de 1932 pudo verse en todas partes a los dueños del oro, dedicados a atesorarlo. La retirada de gran cantidad de libras, chelines y peniques afectó profundamente a la cantidad de préstamos bancarios basados —en la proporción de 10 a 1— sobre aquellas libras, chelines y peniques. (Si se acapararon, por ejemplo, 1.500 millones de libras de oro —tres

cuartas partes de la cantidad total de oro que hay en el mundo— se tuvieron que retirar préstamos por valor de 15.000 millones de libras.) Una disminución de capacidad adquisitiva —en forma de salarios, jornales y dividendos— de estas colosales proporciones, determinó necesariamente una baja catastrófica en los precios. Y aunque todo el mundo está de acuerdo en que si la capacidad adquisitiva pudiera ser restaurada, los precios subirían, la agricultura y la industria recibirían un estímulo, disminuiría el paro y los sufrimientos, y se remediaría la desesperación de millones de hombres y mujeres, ningún Parlamento de la tierra ha movido un dedo para obligar a un Banco central a elevar los precios.

Podría objetarse, por supuesto, que si, por ejemplo, Inglaterra subiera sus precios, su cambio exterior bajaría, y se elevaría el coste de sus importaciones; pero la endeblez de esta objeción se advierte con sólo considerar que el Parlamento no ha vacilado en imponer impuestos sobre las importaciones. Lo que ocurre es que los miembros del Parlamento no saben distinguir la diferencia que media entre el oro y la verdadera riqueza. Están firmemente convencidos de que el oro es riqueza, y se echan a temblar cuando oyen que está huyendo del país. Las apocalípticas visiones de ruina que se presentan ante su imaginación, les hace incapaces de adoptar enérgicas medidas.

Este estado de ignorancia y temor se revela claramente en la nota británica a América sobre las deudas de guerra.

«El mecanismo monetario internacional —decía la nota— sin el cual el mundo moderno no podría solucionar su vida diaria, está saltando en pedazos con todas las múltiples formas de privación y miseria que esto significa».

La nota seguía describiendo arrobadamente cómo «los préstamos realizados durante los cien últimos años, han convertido territorios enteros, de estepas deshabitadas y pantanos desolados, en provincias florecientes, rebosantes de vida humana, que han provocado un considerable aumento en la verdadera riqueza del mundo».

Un error tan completo respecto a la acción de las potencias del Dinero, las cuales sacaron de la nada la mayor parte de todos esos préstamos, con objeto de resarcirse, en cambio, con «la verdadera riqueza» que para nada contribuyeron a crear, indica suficientemente lo que puede esperar la humanidad de la institución de los Gobiernos parlamentarios.

El sistema del oro empezó a funcionar en Inglaterra inmediatamente después de Waterlóo, aunque Inglaterra estaba aún nominalmente fuera del patrón de dicho metal.

Roberto Owen, un esclarecido industrial, hizo por esta época una visita a los distritos fabriles, llevando con él a su hijo Roberto Dale Owen.

Este muchacho escribió después:

«Como medida preliminar, visitamos todas las principales fábricas de la Gran Bretaña. Los hechos que observamos me parecieron, por lo terribles, superiores a toda ponderación. No en casos excepcionales, sino como regla general, encontramos niños de diez años que trabajaban normalmente catorce horas al día, con sólo media hora de descanso para el almuerzo del mediodía, tomado en la fábrica. En las de hilados realizaban esta tarea a una temperatura que excedía generalmente de los 75 grados (Fahrenheit), y en todos los talleres respiraban una atmósfera más o menos dañina para los pulmones, a causa del polvo y de las pequeñas fibras de algodón de que estaba inundado el aire. En algunos casos, encontramos que el afán de lucro había impelido a los dueños de las fábricas a extremos de inhumanidad aún más graves, verdaderamente vergonzosos para una nación civilizada. Sus fábricas funcionaban durante quince —y en algunos casos, dieciséis— horas al día, con un solo turno de trabajo; y no sentían escrúpulos para emplear niños de ambos sexos desde la edad de ocho años. Encontramos un número considerable de ellos de menor edad aún. Excusado es decir que tal sistema no hubiera podido sostenerse sin apelar a castigos corporales. La mayor parte de los vigilantes llevaban fuertes látigos de cuero, y vimos con frecuencia golpear duramente hasta a los niños más pequeños. Interrogamos a los médicos que atendían a estos niños, apuntando sus nombres y los hechos que nos referían. Sus relatos eran espeluznantes. En algunas fábricas, una cuarta o quinta parte de los niños, o eran inválidos, o tenían alguna deformidad o lesión permanente ocasionada por el trabajo excesivo, algunas veces por el abuso brutal. Los niños más pequeños resistían pocas veces más de tres o cuatro años sin adquirir alguna enfermedad grave, que, a menudo, les llevaba al sepulcro.

»Cuando manifestamos nuestra sorpresa de que los padres condenasen voluntariamente a sus hijos e hijas a una esclavitud tan intolerable, nos explicaron que muchos de los padres estaban, unos, sin trabajo, y se veían, por consiguiente, obligados al sacrificio por falta de pan; mientras que otros, embrutecidos por el alcohol, veían con indiferencia un abuso de las facultades infantiles, comparados con el cual, los infanticidios de China podrían casi calificarse de humanos.»

Debe recordarse, rindiendo la debida justicia a los dueños de las fábricas, que, hace un siglo, los espectáculos de crueldad salvaje eran muy abundantes y que, por tanto, la mayor parte de la gente estaba endurecida. Además, los dueños de fábricas que no disponían de capitales, se veían en la necesidad de obtener grandes beneficios para que los Bancos les abrieran créditos.

Owen había demostrado en su propia fábrica de New Lanark, cerca de Glasgow, que las buenas condiciones de trabajo no eran incompatibles con la obtención de beneficios. Se dirigió, en vista de ello, directamente, al Gobierno, solicitando medidas legislativas que impidiesen los horrores que había presenciado. Fue, al principio, bien recibido, porque a la aristocracia le inquietaba lo que estaba sucediendo en las nuevas ciudades industriales, pero Sir Robert Peel, el mayor, a quien se había encargado la redacción de la «ley de fábricas», recogiendo las ideas de Owen, empezó pronto a vacilar. Peel era también industrial. En 1816, la Cámara de los Comunes nombró un Comité que estudiase la ley. Ese mismo año, el Parlamento decretó que la moneda de oro fuera en adelante el único patrón del valor y tuviese curso legal para el pago de cualquier cantidad. Entonces apareció el soberano.

Pero, a su lado, los billetes de Banco siguieron circulando en cantidades que llegaron a despertar la inquietud de los financieros, los cuales no cesaban de moverse pidiendo la vuelta a los pagos en metálico, es decir, que se produjese una fuerte deflación de la moneda. El Gobierno, comprendiendo el efecto que había de producir sobre las condiciones del trabajo una restricción del crédito, vaciló antes de acceder a esta demanda. ¿Iban a ser tratados aún más duramente los niños esclavos? Owen se hizo eco del modo de sentir de éstos en sus *Observaciones sobre el efecto del sistema industrial.*

«Los pobres —escribió— están en la actualidad en una situación infinitamente más degradada y miserable que antes de la fundación de esas fábricas, de cuyo éxito está ahora pendiente su propia subsistencia... El principio esencial de la industria es la inmediata ganancia pecuniaria, ante el que, a la larga, todos los demás ceden. Todo el mundo tiende a comprar barato y vender caro; y para vencer esta lucha, todas las indignidades son buenas; de este modo se va creando en todas las clases industriales un espíritu corrosivo de esa sinceridad abierta y honrada, sin la cual ningún hombre puede hacer a otro feliz ni disfrutar él mismo de la felicidad.

»Los efectos de este afán de lucro sin medida son aún más lamentables sobre aquella parte de la clase trabajadora constituida por los obreros manuales, pues la mayoría de los talleres están en condiciones poco favorables a la salud y la moral de los adolescentes. Sin embargo, los padres no vacilan en sacrificar el bienestar de sus hijos, colocándolos en puestos en los cuales el desarrollo de sus inteligencias y de sus cuerpos es, por fuerza, muy inferior al que debiera ser dentro de un sistema previsor y humano...

»Hace treinta años, los campesinos más pobres creían que la edad de catorce años era la más temprana a que sus hijos podían dedicarse a un trabajo regular, y tenían razón... Era un tiempo en que las clases más pobres, no sólo vivían con un grado considerable de comodidad, sino que se les ofrecían también frecuentes oportunidades para diversiones

y deportes racionales y saludables... Realizaban su trabajo con gusto... Ahora, el patrono considera al obrero como un mero instrumento de lucro... ¿Habrá que creer que el Gobierno británico va a seguir simpre anteponiendo la posibilidad del lucro pecuniario de unos pocos al bienestar de tantos seres humanos?»

Owen no advirtió que el orden cristiano, intentado en vano restablecer por Jorge III, había sido ahora completamente eliminado en toda Europa con la caída de Napoleón y reemplazado por el orden del lucro, cuyo dios es el dinero, y cuyas armas son la codicia y el temor. No sabía que los Reyes habían sido arrojados en todas partes de sus Tronos, con objeto de que el usurpador Mammón pudiese reinar como rey de Reyes. El pueblo no tenía ya un padre sometido a Dios; en toda Europa era ahora un siervo de los partidos, que luchaban desesperadamente entre sí por obtener el favor del dinero. Pero este hombre esclarecido vio muy claramente que la política de baratura que los financieros estaban imponiendo a la producción, era ruinosa, tanto para los productores como para la Nación.

«Ningún mal —clamó— debiera ser más temido por un patrono industrial que el de los salarios bajos... Los obreros, en razón de su número, son los mayores consumidores de todos los artículos, por lo que siempre ocurre que cuando los salarios son altos, el país prospera; en tanto que cuando son bajos, todas las clases sufren, desde la más alta a la más baja, pero los que más especialmente paceden son los intereses industriales... El grado de prosperidad real de la nación podrá calcularse acertadamente, en cualquier época, por el importe de los salarios, o la cantidad de comodidades que las cla-

ses productoras pueden obtener a cambio de su trabajo.»

Era una reafirmación del sistema de Napoleón. Como éste, Owen comprendió el peligro de anteponer el comercio extranjero a la producción nacional.

«Los industriales —escribió el primer ministro Lord Liverpool— consideran que la esencia de la sabiduría consiste en gastar dinero y años de extraordinarios estudios científicos, así como sacrificar la salud, la moral y la comodidad de la gran masa de ciudadanos de un poderoso Imperio, en beneficio de un trivial perfeccionamiento de la industria, que consienta un aumento de la producción de alfileres, agujas e hilos, para así —después de inmensos esfuerzos y sinsabores por su parte— tener la singular satisfacción de haber destrozado la verdadera riqueza y la fuerza de su propio país minando gradualmente la moral y el vigor físico de sus habitantes, con el exclusivo objeto de privar a otras naciones de su justa participación en este envidiable proceso de fabricación de hilos, alfileres y agujas...»

«Nos quejamos —escribió a los propios industriales— de que todos los mercados están abarrotados de nuestros productos, y sin embargo, obligamos a nuestros hijos pequeños y a millones de adultos a trabajar día y noche, para lograr, mediante un continuo aumento de su rendimiento, que estos mercados se abarroten aún más.»

La explicación de este contrasentido no llegó a descubrirla Owen, y aun es hoy desconocida para muchos de sus compatriotas.

Lo que ocurría era que los dueños del dinero estaban procurando hacer que creciese su valor en términos de mercancías, negándose a prestarlo. Los Bancos restringían los créditos con objeto de que

fuera preciso entregar mayor cantidad de mercancías a cambio del dinero disponible. Y este proceso se estaba llevando a cabo en toda Europa, en los países «rescatados» de manos de Napoleón. Con objeto de pagar los intereses de sus préstamos y obtener un beneficio, los industriales tenían que obligar a sus obreros a redoblar sus esfuerzos, de modo que la baja de precios pudiera ser compensada con un aumento en cantidad. Este remedio sólo fue eficaz por corto tiempo, pues la restricción del crédito redujo la capacidad adquisitiva en toda Europa y contrajo, por tanto, el volumen de las ventas. Para estimularlas, se hizo preciso reducir aún más los precios y los salarios; y se redujeron implacablemente, hasta el «nivel de subsistencia». Pero esta baja redujo aún más la capacidad de los obreros para poder comprar los productos de sus patronos, y por tanto, lanzó nuevas masas de mercancías sobre los mercados extranjeros, que, por estar también deflacionados, no podían absorberlas.

Este proceso de «deflación saludable» consiguió su propósito. En julio de 1816, el valor del oro había bajado en relación a la esterlina —es decir, a libras, chelines y peniques— desde 4 libras por onza a 3 libras, 19 chelines. En octubre, el precio del oro era de 3 libras, 18 chelines, 6 peniques. La libra estaba aumentando de valor; los cambios se inclinaron a favor de Inglaterra y el oro afluyó al país. En noviembre de 1816, los directores del Banco de Inglaterra anunciaron que estaban dispuestos a dar oro a cambio de todos los billetes de menos de 5 libras emitidos antes del comienzo de 1812. Cinco meses después se pagaba oro a cambio de billetes pequeños emitidos antes del comienzo de 1816, y, de nuevo, seis meses después, a cambio de billetes pequeños emitidos antes del comienzo de 1817.

Pero la gran miseria y aflicción engendradas por estas operaciones sembraron la consternación en todo el país. Se celebró una gran reunión pública, bajo la presidencia del Duque de York. Este y el Duque de Kent se dedicaron a la labor de aliviar las calamidades, y lo mismo hicieron las primeras figuras de la Iglesia. Nadie parecía comprender lo sucedido, y como los financieros no daban esclarecimiento alguno sobre el caso, corrieron toda clase de explicaciones falsas, como, por ejemplo, que la guerra había destruido una gran cantidad de riqueza, quitando el pan a los pobres —esto, a pesar de la aterradora «sobreproducción» y de los montones de mercancías invendibles— y que el exceso de población estaba agotando los recursos naturales.

Los financieros, mejor enterados, se dedicaron a estudiar la relación entre la libra y el oro, e insistieron en su petición de «convertibilidad en metálico», según decían, para «estabilizar» la emisión de billetes respecto al oro. Por fortuna, sus clamores sonaron en los oídos de las autoridades con menos fuerza que los de los niños hambrientos, y se hicieron algunos aumentos en la cantidad disponible de papel moneda. El valor oro de la libra-papel bajó en proporción a este aumento de su cantidad, y, por tanto, el oro se encareció respecto a la libra. El precio del oro ascendió a 4 libras por onza, y, más tarde, a 4 libras, 6 peniques, y a 4 libras y 1 chelín. En otras palabras, el soberano oro había llegado a valer más que la libra-papel fuera de la Gran Bretaña. Dentro de ella la ley no reconocía diferencia entre el oro y los billetes. Ambos adquirían exactamente la misma cantidad de mercancías. Pero en

Francia el soberano oro valía más que en Inglaterra, pues allí no estaba colocado en el mismo pie que los «depreciados» billetes. Los poseedores de soberanos empezaron, por tanto, inmediatamente a fundirlos, infringiendo la ley, para enviarlos al otro del Canal.

«El oro —dice Feavearyear— empezó a abandonar el banco —lentamente primero, y con mucha mayor rapidez después— en febrero de 1818, cuando su precio llegó a 4 libras, 2 chelines, 6 peniques. Las reservas —esto es, las de oro del Banco— bajaron desde más de 11 millones y medio en agosto de 1817, a menos de 6 millones y medio en agosto de 1818, y a poco más de 4 millones en febrero de 1819... En enero de 1819 el oro subió a 4 libras, 3 chelines... Se reunió de nuevo el Parlamento para resolver inmediatamente las peticiones y las quejas de los comerciantes e industriales de todo el país, contra la continuación de la convertibilidad en metálico —con objeto de lograr que las depreciadas libras-papel llegasen de nuevo a valer un soberano oro. Sin embargo, la Cámara no estaba dispuesta aún a entrar en el fondo del asunto y decidir la cuestión de si debía restablecerse el antiguo patrón, fueran cuales fueran sus consecuencias, o si debía, por el contrario, introducirse alguna nueva unidad-oro de un valor inferior. El Gobierno estaba dispuesto a seguir marchando a la deriva..., pero en los Consejos de los Bancos surgieron disensiones. Algunos, por lo menos, de los Directores, habían empezado a comprender que, más pronto o más tarde, el Banco tendría que justificarse de su fracaso al no haber podido llevar a cabo la política intentada por el Gobierno, reanudando los pagos en metálico.

»De acuerdo con la moción de Vansittart, la Cámara nombró, por fin, un Comité, en el que figuraban Castlereagh, Canning, Tierney, Huskisson, el propio Vansittart y Peel (el joven), presidido por el último, para investigar respecto de la conveniencia de la convertibilidad en metálico.»

El Comité Peel publicó un avance de su Memoria el 5 de abril de 1819, y la definitiva en 6 de mayo de 1819. Recomendaba un retorno gradual al antiguo patrón oro —3 libras, 17 chelines, 10 peniques y medio por onza de oro— que habría de ser alcanzado el 1.º de mayo de 1823. Recomendaba además que se autorizase la exportación de monedas de oro y plata desde el Reino a Ultramar, así como su fundición, y la manufactura, exportación o libre disposición en cualquier otra forma de los lingotes así obtenidos, derogándose toda disposición en contrario contenida en cualquier otra ley.

Los Directores del Banco de Inglaterra, que parecieron presentir el curso probable de los acontecimientos, tuvieron el gesto de protestar ante el Parlamento de estas recomendaciones, que, como fácilmente se podía advertir, entregaban a la Nación a merced del sistema internacional del dinero. A ellos competía, dijeron, procurar el bienestar de la comunidad comercial, así como los asuntos nacionales correspondían al Rey y a su Parlamento. Su enmienda fue desechada. Peel presentó la ley de acuerdo con la Memoria, y se aprobó por unanimidad.

De este modo fueron inhumanamente barridas las bases económicas del orden cristiano, y pasaron a considerarse como virtudes, actos que antiguamente hubieran sido calificados de felonías. Quedó ahora el Dinero en libertad de alterar a su libre

arbitrio el valor de la moneda del Rey, fundirla, hacerla salir de Inglaterra, y hundir al pueblo inglés en la atroz calamidad de una falta de poder adquisitivo. El Dinero, con el unánime asentimiento del Parlamento, había usurpado una de las principales prerrogativas del Trono. El Dinero se había sentado en el Trono, pues el que puede, a su libre arbitrio, derramar la abundancia o castigar con el hambre, tiene un poder parecido al de Dios. Hasta ese momento los hombres no habían consentido que este poder fuera manejado por otras manos que las manos Reales.

Así se hizo, en resumen, una revolución mucho más honda por sus consecuencias que la Revolución francesa; la ruptura final del Orden Divino, sobre el cual estaba basada la civilización de Europa; la entronización permanente de Mammón; el sistema del lucro, en lugar de los Reyes. Así se negaron las doctrinas cristianas de la paternidad de Dios —y bajo Dios, del Rey— y la de fraternidad de los hombres. Y se implantó otra, en su lugar, desconocedora de la nación y del patriotismo que liga a los hombres a su Patria. Desconocedora del deber, si el deber llega a chocar con el interés particular; de la caridad, si la caridad hace aumentar los «costes»; incluso de la misericordia, si la misericordia ha de significar la liberación de la esclavitud de los hijos de los campesinos. Se negó la fe, ligada al servicio de Dios y de los hombres, y de ese sentido de justicia que exalta a la nación. «El sistema económico americano —dijo en una nota *The Times* el 8 de agosto de 1932— está basado en el hambre»; ese es el sistema que estableció el Parlamento británico el 24 de mayo de 1819.

Queda por preguntar cómo el calificado *tory* Robert Peel, y un Parlamento compuesto principalmente por las clases terratenientes, se dejaron convencer tan fácilmente por un poder que, en realidad, amenazaba destruirlos a todos, y a todo lo que ellos representaban.

La respuesta se halla fácilmente en el ejemplo de la Revolución francesa y la depreciación del asignado. Ningún argumento podría ser hoy más eficaz como aviso contra la «inflación» que la depreciación del marco alemán consecutiva a la Gran Guerra. Lo mismo ocurrió en 1819. Le bastó al Dinero recordar cómo había sido llevada a la ruina en pocos meses una moneda nacional, para aterrar a los Comunes. El asignado había sido el dinero de Robespierre; ¿querían ver a la libra caer en manos parecidas, y ser usada para análogos fines? ¿Deseaban verla desplomarse? La inflación estaba motivando que estallaran motines en muchas partes del país, y los Comunes estaban muy inquietos. Un pánico financiero, como el que amenazaba, parecía llevar consigo el temible riesgo —hasta la probabilidad— de una revolución.

En definitiva, las potencias del Dinero, que habían desencadenado la Revolución en Francia y más tarde habían destruido el asignado, emplearon ahora el espectro de estas dos calamidades para amedrentar al Gobierno inglés, el cual estaba persuadido de que sólo aquellas potencias podían salvarle de la ruina: una interesante lección de economía.

La causa de estas preocupaciones era la creencia de los Gobiernos y de los pueblos, de que el oro es el que da valor al dinero. Que, por el contrario, es *su uso como dinero lo que da al oro su valor,* lo advertirá con toda evidencia quienquiera que se

pregunte qué le ocurriría al valor del oro si se suspendiera su uso como dinero. Sólo porque son muy pocas las personas que se han formulado alguna vez esta pregunta, es por lo que pueden prosperar las potencias del Dinero, y por lo que se les permite crear dinero ficticio: créditos. El Dinero tiene, por tanto, el mayor interés en mantener la ilusión de que con sus reservas de oro garantiza sus obligaciones, y castiga severamente a cualquier banquero que, aumentando indebidamente sus préstamos, pone en peligro la continuidad de esta ilusión.

Libro segundo

Usurpación

«Haced lo que nosotros hacemos en Holanda, convertir el dinero en una mercancía... En sus Bancos, los holandeses son mucho más ingeniosos que vosotros: hacen entrar y salir dinero con sólo anotarlo en sus libros. Cuando tengáis tanto dinero como ellos, haced lo que ellos hacen.»

(*Consejo de un banquero holandés a un banquero inglés en 1652.*)

Mammón

UNO de los más ardientes defensores de Roberto Owen fue el Duque de Kent, padre de la Reina Victoria. El Duque llegó a presidir una reunión en la que hizo uso de la palabra Owen, y hasta el fin de su vida, en 1820, fue amigo de aquel industrial.

El Parlamento había entronizado el Dinero, pero aún le quedaba a Inglaterra su Familia Real para luchar contra ese acto de usurpación. Se ha dicho ya todo cuanto pueda decirse contra el Rey Jorge IV como Regente y como Soberano. Pero debe añadirse que, al igual que sus hermanos, tomó una parte directa en los sufrimientos que aquejaban al pueblo inglés, y que, como ellos, deseaba ardientemente librar a sus súbditos de semejantes aflicciones.

En ello se parecía a los otros Reyes europeos, Francisco I de Austria, Federico Guillermo de Prusia, Alejandro I de Rusia, y aun a Luis XVIII y

Carlos X de Francia. Todos estos monarcas se habían visto obligados a efectuar la «estabilización» de su papel moneda, ante la amenaza de no poder conseguir más créditos. En todas partes el labrador tuvo que dar más cantidad de sus productos para conseguir los medios de pagar sus deudas; en todas partes, por lo tanto, le quedó menos para gastar en artículos manufacturados. Y, en consecuencia, los industriales se vieron obligados a abaratar la producción, a rebajar los salarios y, por último, a despedir a sus empleados. No había medio de pagar los impuestos; todos los presupuestos de Europa estaban desequilibrados.

El clamor de los sin trabajo y de los desposeídos llegaba al Cielo. Los Reyes, misericordiosamente, intentaron pedir dinero prestado para poner en práctica planes de socorro, pero se encontraron con que no tenían crédito. Los financieros, que se habían apresurado a descontar su papel, cuando con ello perseguían el objeto de anular a Napoleón, contestaron ahora con insolentes negativas, o exigieron tipos de interés prohibitivos. Cuando los Reyes y los nobles, a la desesperada, intentaron recurrir a los antiguos métodos y resolver las cosas autoritariamente, encontraron una oposición que les hizo instantáneamente desistir. Los métodos de Nécker volvieron a ponerse en práctica. Nécker, como se ha visto, había deshecho a Luis XVI aliándose con los nobles, y había destrozado después a los nobles con la ayuda de los liberales. Merced a la Revolución, los liberales eran entonces numerosos y activos en toda Europa. La Banca había hecho causa común con ellos. Cuando los Reyes protestaron de que se destrozara a su pueblo, y los nobles se opusieron al éxodo de hombres y mujeres del campo hacia las

fábricas, sólo escucharon clamores de execración contra los «privilegios», el «latifundismo» y «los abusos feudales»... Era el destino que Napoleón les profetizó a todos ellos, y que ahora eran impotentes para torcer. El dinero mediatizaba la Prensa, el dinero pedía ya Parlamentos liberados de los «intereses de los terratenientes»; los oradores, agitadores y demagogos invadían todos los países declarando que los males actuales eran debidos a la codicia de los «parásitos» que en sus palacios devoraban la subsistencia del pueblo, ganada a duras penas.

Estos liberales eran, por supuesto, hombres de buena fe. Se habían asimilado las doctrinas financieras explicadas por cierto número de brillantes escritores, especialmente Adam Smith y Ricardo. Experimentaban un sentimiento de indignación no menos vivo que el que aquejaba el espíritu de los Reyes y de los nobles. Comprendían que alguien tenía necesariamente la culpa de estas desdichas. ¿Y a quién podía achacarse mejor la responsabilidad que a los grandes de la tierra? Declamaron, por consiguiente, contra el «papel-moneda», contra los «burgos podridos» y contra las leyes que prohibían la libre importación del trigo, las cuales existían —de ello llegaron a estar convencidos— exclusivamente en interés de los terratenientes.

Sólo examinando estos cargos a la luz de los principios del «orden financiero» puede determinarse su verdadera procedencia. Constituye la esencia del «orden financiero», como hemos dicho y tenemos que repetir constantemente, el arte de colocar los préstamos en las regiones más provechosas, manteniendo así a los países europeos en condiciones de deflación permanente, por medio de las exportaciones forzadas. Ningún país europeo posee suficiente

capacidad adquisitiva para absorber todas las mercancías que son capaces de producir sus habitantes. Y como, por consiguiente, el comercio de exportación es siempre cuestión de vida o muerte para los productores e industriales, y hay que estimularlo constantemente del modo antes descrito, mediante nuevas inversiones en el extranjero, se hace preciso vender las mercancías a precios que permitan la competencia con las mercancías de otros países. Y hay que mantener, por tanto, los salarios en el nivel más bajo posible.

El precio del pan es el que en toda Europa determina este nivel. Pan más barato significa salarios más bajos. Cuando las potencias del Dinero exigieron la derogación de las leyes del trigo y la implantación de un sistema de libertad para las importaciones, estaban, en realidad, pidiendo una reducción general de precios, o, mejor dicho, ya que en muchos casos los salarios estaban por bajo de un nivel razonable de subsistencia, un nivel superior de alimentación —y, por tanto, de capacidad de trabajo— por los mismos salarios. El principal obstáculo para derogar la ley era la Cámara de los Comunes entonces en funciones, en la que predominaban los intereses de la agricultura. Las potencias del Dinero iniciaron, en vista de ello, una vigorosa campaña de agitación en favor de una reforma parlamentaria, y empezaron a subvencionar a los «radicales».

Los primeros años después de Waterloo, el país estaba dividido en partidos, cada uno de los cuales veía en los demás un enemigo mortal. El proceso de aumento del valor oro de los billetes, que estaba desarrollándose con una velocidad doble de la prevista, sumió en el paro a un 10 por 100 de la población, o sea a unos dos millones de hombres, mujeres y niños, como consecuencia de la baja de los precios, que privó de beneficio a la producción. Esos desgraciados, ante el dilema que se les colocaba de vivir de la limosna de las parroquias o perecer, promovieron revueltas y disturbios. Cundió el pánico ante ellos, y se les reprimió con gran violencia. Muchos de los antiguos patronos, los industriales, se arruinaron por la baja de precios, y muchas fábricas tuvieron que cerrarse. Así quedaron colocados frente a frente patronos y obreros, porque los obreros creían que sus patronos querían esclavizarlos o matarlos de hambre, y los patronos veían en las peticiones de los obreros una mortal amenaza a sus posibilidades de competir con los mercados extranjeros y, por consiguiente, a su existencia.

Al mismo tiempo, patronos como obreros, estaban persuadidos de que los campesinos —que deseaban conservar las leyes del trigo, en las que veían su última protección contra la ruina— eran sus enemigos. Patronos y obreros veían con no menor hostilidad a los nobles y a los terratenientes, y esta hostilidad era compartida por los campesinos, que por sus productos obtenían sólo bajísimos precios, y, sin embargo, se veían obligados a pagar los mismos arrendamientos que habían pagado cuando los precios eran altos, es decir, cuando —en términos de mercancías— la libra valía mucho menos.

A esta gente empobrecida y abrumada predicaron los economistas y radicales las doctrinas del Dinero sobre los derechos del hombre. El hambre y la miseria confirieron a estas doctrinas un poder irresistible. Empezó a engendrarse un espíritu republicano, y la hostilidad hacia la Casa Real se manifestó abiertamente. Los nobles se vieron execrados,

y hasta el propio Duque de Wéllington fue blanco de los odios. En vano los nobles alegaron que la agricultura era el alma de Inglaterra. En vano abogaron en favor de las aldeas contra la ciudad industrial, con sus viciadas madrigueras y su inmundicia. La gente creía que con esto pretendían defender sus privilegios. Había que abatirlos.

La Cámara de los Comunes, alarmada, nombró un Comité para que hiciera investigaciones sobre la situación agrícola. Este Comité presentó en julio de 1821 una Memoria en la que expresaba la opinión de que la baja de precios era debida, en parte, a la reducción de la capacidad adquisitiva, ocasionada por el esfuerzo que se realizaba para que las libras, chelines y peniques valiesen más oro, precisamente cuando tantos otros países estaban haciendo lo mismo, y cuando, por consiguiente, el oro era escaso y caro. Se hizo observar que en toda Europa cundían depresiones análogas. Aunque Carlos Western, diputado por Essex, libró una dura batalla en favor de los campesinos, el Parlamento, que obedecía ahora a su nuevo soberano —la City de Londres— se negó a adoptar ninguna medida. Y surgio Ricardo para defender los intereses del Dinero.

Un año después, la situación llegó a ser tan desesperada, que provocó una nueva insurrección. El Gobierno, con la oposición de la City de Londres, se decidió a permitir que unos 500 Bancos agrícolas emitisen cantidades limitadas de billetes de una libra, pagaderos al portador en oro, a la vista. Al mismo tiempo se requirió al Banco de Inglaterra para que prestase toda la ayuda de que fuera capaz.

El Banco de Inglaterra no había olvidado su protesta contra la defección de Sir Robert Peel ante las potencias del dinero. Los directores del Banco, que la habían visto con malos ojos, se negaron a que el establecimiento desempeñara el papel de Banco central, y continuaron considerándose como los servidores del Rey y del pueblo, es decir, los administradores del dinero del Rey para el servicio de Su Majestad. ¡Y qué mayor servicio de S.M. que lograr que la capacidad de producción de su pueblo se aprovechase, íntegra, en beneficio del bien común! La disminución de capacidad adquisitiva consecutiva al permiso de fundir y exportar el dinero del Rey, había paralizado la vida nacional. Los directores se propusieron restaurar inmediatamente la capacidad adquisitiva haciendo que el dinero fuese más abundante.

El efecto superó a todas las esperanzas. Los precios subieron. Los campesinos pudieron ganarse la vida y comprar sus productos a los industriales, los cuales, a su vez, pudieron dar trabajo a los obreros. Como el número de éstos no excedía de las necesidades de una industria floreciente, los precios empezaron a subir. Tan brillantes parecieron las perspectivas, que se inició una gran expansión industrial, y se formaron en unos dos años más de seiscientas sociedades nuevas. Pudo llegar a creerse que los años siniestros habían desaparecido milagrosamente para siempre. Pero esta ilusión duró sólo un momento, porque esto de hacer el dinero abundante para satisfacer las necesidades del Rey y de su pueblo, era un acto de rebeldía de la peor especie contra el Dinero. Los precios subían porque el dinero abundaba y, por tanto, estaba perdiendo parte de su valor; compraba menos mercancías; había llegado el momento de invertirlo en forma en que pudiese obtener mayores beneficios. Se empe-

zaron a forzar las exportaciones de metal, y los precios empezaron a bajar, pero la baja no fue bastante catastrófica para contentar a los dueños del oro.

Empezó la propaganda habitual contra los «especuladores» y las «prosperidades ficticias», con objeto de preparar a la opinión pública para lo que iba a suceder. Lord Liverpool, en marzo de 1825, advirtió a los «especuladores» que el oro «huía del país». Los Bancos agrícolas recordaron que —gracias a Peel— se les había impuesto la obligación de dar oro a cambio de sus billetes de una libra. Repentinamente atemorizados, empezaron a negar préstamos a sus clientes, e inmediatamente se produjo una acentuada reducción de la capacidad adquisitiva, y los precios empezaron a bajar con un ritmo acelerado. Fracasaron todos los cálculos basados en la idea de que iban a poderse sostener los precios en cierto nivel. Todo el mundo productor sintió venir la catástrofe. Los tenedores de billetes-papel y los cuentacorrentistas clamaron por «oro». No había bastante para entregarlo, porque —como se ha dicho— la Banca prestaba 10 libras por cada una que poseía en hipótesis, con la esperanza de que la gente no va a pedir oro en mayor proporción.

El Gobierno se sometió incondicionalmente al soberano de la City, contra el que se había atrevido a rebelarse al hacer abundante el dinero. Tuvo que prometer no prestar ayuda de ninguna clase a los especuladores, y *The Times* escribió lo siguiente: «En cuanto a auxilios del Gobierno de S.M., podemos decir a los especuladores y a su gran protector en Threatneedle Strett —el Banco de Inglaterra— que no encontrarán ni la sombra más tenue del socorro que esperaban. Los ministros del Rey conocen muy bien las causas del mal, su extensión y su remedio natural y adecuado, y nos permitimos advertir a los tenedores de billetes, que la ayuda que están buscando no la encontrarán, ciertamente, en el Estado.»

El «remedio natural y adecuado» era hacer que de nuevo escaseara el dinero, para lograr así que aumentara su valor. Esto significaba, naturalmente, una baja en los precios de los productos, y, por consiguiente, la ruina de los terratenientes, campesinos, industriales, comerciantes y de los pequeños Bancos agrícolas que habían acudido a remediar sus necesidades; en definitiva, para toda la clase obrera. Tan violenta fue la baja producida, que el pánico se apoderó de todo el país, y hubo necesidad de emplear las tropas para proteger a los Bancos agrícolas. El lunes 12 de diciembre de 1825 —el «Lunes negro»— el pánico llegó a su apogeo.

«Para hacer aún más intensa la tristeza de ese lunes —dice Feavearyear—, la ciudad estaba envuelta en una de esas oscuridades que sólo Londres conoce. Cada día de la semana había traído la noticia de una nueva cosecha perdida. En tres semanas, 61 Bancos agrícolas y seis Casas importantes de Londres habían suspendido pagos. La terrible desesperación del público en la primera semana de la crisis, ante la rotunda negativa, tanto de los Bancos como del Gobierno, a intervenir, dejó una imborrable y amarga memoria.»

La negativa de los Bancos a prestar ayuda había sido, en realidad, impuesta por el Gobierno. Durante toda la semana los directores habían insistido tenazmente en que era preciso acudir al remedio del mal aumentando la cantidad de dinero en circulación, pues debe decirse en su honor que no

habían aceptado la opinión, divulgada entre el público, de que la baja y la crisis eran consecuencia de la aplicación de la «inexorable ley económica», cuya violación producía este efecto. Quiere decirse con ello, que el Banco de Inglaterra no se había sometido totalmente a las potencias financieras. Los directores encontraron en sus sótanos una caja de billetes pequeños, fechados en 1818, que no se habían llegado a poner en circulación, y pidieron al Gobierno autorización para lanzarlos. Tales eran las proporciones de la catástrofe, que se accedió a la petición. En vista de ello, los directores realizaron los mayores esfuerzos para salvar a la Nación descontando papel dudoso, y utilizando todos los procedimientos a su alcance para aumentar la capacidad adquisitiva y elevar los precios. Lo lograron; al final del año la crisis estaba vencida.

Pero el Dinero, de nuevo encaramado en su trono, hizo ver que este desastre era la demostración del peligro que encierra el hacer abundante el dinero y caros los productos —cuando en realidad, lo que había producido era exclusivamente la escasez del dinero y el abaratamiento de los productos— y exigió en tonos amenazadores que se le sometiera sin pérdida de tiempo el Banco de Inglaterra, y que se cerrara toda posibilidad de volver a multiplicar y abaratar de tal modo el dinero. El Parlamento se reunió en febrero de 1826, e inmediatamente aprobó una ley —22 de marzo de 1826— prohibiendo en Inglaterra y País de Gales la emisión de billetes de Banco inferiores a cinco libras y ordenando la amortización en el plazo de tres años de todos los billetes en circulación.

La miseria y los sufrimientos producidos por la baja de precios de 1825 excedieron a todo lo que

hasta entonces había conocido Inglaterra, aun en los tiempos álgidos del hambre. Las calamidades, sin embargo, han ofrecido siempre a las potencias del Dinero nuevos argumentos contra sus adversarios. A medida que aumentaba la miseria de las clases trabajadoras, crecieron en violencia las demandas de los radicales en pro de una reforma parlamentaria, como preliminar necesario para la derogación de las leyes sobre el trigo. La Nación, desorientada por tanta desdicha, empezó a pensar que la «reforma» era el remedio de todos sus sufrimientos, y no le faltaron para fomentar esta creencia los estímulos incesantes de los periódicos que defendían las doctrinas de los dueños del oro.

La prensa, en Inglaterra y en toda Europa, estaba incondicionalmente al servicio del Dinero. Debía su origen —por lo menos, en su forma moderna— a la Banca. Excepto los años durante los cuales Napoleón la sometió al orden de servicio, había estado siempre regida por los intereses del sistema de lucro. Su completa libertad fue recabada como primer artículo de fe del liberalismo financiero, hasta el punto de que cuando Carlos X de Francia, el último hermano superviviente de Luis XVI, que debía su Trono a los vencedores de Napoleón, se apiadó de sus oprimidos y esquilmados súbditos, y, a la manera napoleónica, intentó someter a los periódicos de París como preliminar para entendérselas con las potencias del Dinero, El Trono de los Borbones fue derribado. Los campesinos franceses, que se dieron cuenta entonces de quién era su amo, miraron, esperanzados, al hijo de Napoleón —el Rey de Roma— prisionero de Metternich en Viena; pero el Dinero puso en el Trono a Luis Felipe, el Rey de los banqueros.

Es evidente que la prensa inglesa hubiera realizado un cambio análogo si se hubiera intentado cohibirla. Flotaba en el ambiente un fuerte espíritu republicano. El soberano de la City no veía con buenos ojos a su rival del Palacio, y le hubiera atacado sin vacilar, pues en la mente de Mammón está siempre alerta el temor de la gracia del Rey. Ocurrió entonces —1830— el fallecimiento de Jorge IV, sucedido por su hermano Guillermo IV, que disfrutaba de una gran popularidad. Wéllington, que era primer ministro, fue derrotado y dimitió: le sucedió Lord Grey. Cuatro meses después, Lord John Russell presentó su proyecto de reformas, convertido en ley al año siguiente: 1832. El Rey Guillermo se negó durante algún tiempo a crear el suficiente número de Pares Whigs para determinar su aprobación en la Cámara de los Lores, pero una alarma repentina y amenazadora que asaltó a los clientes del Banco de Inglaterra, alarma deliberadamente organizada por los defensores de la ley, consiguió su propósito de originar una crisis, que impresionó de tal modo al Rey, que le indujo a ceder.

Nadie durante este período había puesto en tela de juicio el derecho de los banqueros a crear dinero ficticio (créditos). La única preocupación era la de impedir cualquier gesto en detrimento de la creencia de que los banqueros tienen siempre suficiente oro para hacer frente a todas sus obligaciones. Evidentemente, si los banqueros hubieran poseído esa capacidad, la crisis de 1825 no se hubiera producido. Una serie de crisis financieras, sucediéndose durante más de un siglo, no ha enseñado todavía a las gentes que, mientras se permita a los Bancos crear dinero de la nada —sea cual fuere la proporción de verdadero dinero en sus cajas— nunca estarán en condiciones de hacer frente a sus compromisos.

El decenio del hambre

LA aprobación de la ley de reforma aseguró el «libre cambio» al desposeer de su influencia política a la única fuerza que tenía interés en proteger la agricultura inglesa. Por días aseguraban su predominio los puntos de vista de los capitanes de la Banca y de la Industria.

Los primeros tenían dos razones principales para pedir el «libre cambio»: una, el deseo de que sus deudores extranjeros pudiesen pagar en mercancías los intereses sobre los préstamos que se les hacían, y otra, que deseaban conservar los salarios tan bajos como fuera posible en el mercado interior. A riesgo de incurrir en repeticiones, debe insistirse en que el «orden financiero» es un sistema mediante el cual se consigue que la capacidad de producción humana venga en provecho, no de la humanidad en su conjunto, sino de los dueños del oro. Los dueños

del oro obtienen su beneficio con sólo prestarlo a los productores, si logran que éstos paguen un interés por él.

Ahora bien: los productos no lo son de oro, sino de mercancías de varias clases. Se comprende que a menos que estas mercancías puedan ser vendidas en dinero, no se podrían pagar en dinero los intereses de los préstamos. Un labrador australiano que haya tomado prestadas 1.000 libras al 5 por 100, por ejemplo, tiene que vender productos, por lo menos, por valor de 50 libras para poder pagar los intereses de aquel préstamo. Los labradores no venden generalmente a labradores, venden a gente que se ocupa de negocios o de industrias. Por consiguiente, cuando un hombre presta dinero a un labrador, quiere tener la seguridad de que el labrador tiene un mercado en alguna región industrial. La mayor región industrial del mundo durante la primera mitad del siglo XIX, fue la Gran Bretaña. Por tanto, el interés de todo prestamista a los países agrícolas era que el mercado británico estuviese abierto a los productos agrícolas de todas clases.

Pero ya se ha dicho que el que presta a países agrícolas, en general, no tiene que enviar dinero al que toma el préstamo; lo que hace es abrir un crédito a disposición del prestatario. Los prestatarios, si son labradores, usan este crédito para comprar arados, máquinas segadoras, etc., en el mercado nacional del prestamista, y con ello aumenta la cantidad total de exportaciones de ese mercado. Es evidente que cuantos más arados y máquinas segadoras puedan obtener por su dinero, estarán en mejores condiciones de rendimiento, *y tanto más deseables serán como prestatarios.* El que presta a estos labradores, está interesado, por tanto, en que la

producción industrial se realice tan barata como sea posible.

Ahora bien: la producción industrial no puede ser barata si los salarios son altos. Y los salarios no pueden rebajarse si los artículos de primera necesidad cuestan caros. Por consiguiente, un mercado libre en que cada labrador tiene necesariamente que competir con todos los demás labradores, logra la doble ventaja de permitir que se paguen los intereses de los préstamos y de colocar a los beneficiarios de estos préstamos en buenas condiciones para pagarlos. Sirve, además, como un medio de intervención cerca de los prestatarios, pues un labrador que produzca a precios demasiado altos por razón, verbigracia, de los salarios que paga, no logrará vender sus productos. De este modo, lo mismo los labradores que los industriales se verán obligados a mantener los salarios en su nivel mínimo.

Y esto que ocurre con los préstamos a los labradores, ocurre del mismo modo con los préstamos a industriales. Los industriales gastan los préstamos que se les hacen en comprar maquinaria y materias primas, y en pagar salarios. Cuanto más bajos sean los salarios que paguen, más barato podrán vender en los mercados extranjeros, y, por consiguiente, más podrán exportar con destino a los labradores que han obtenido a su vez préstamos.

Obsérvese que, en ambos casos, se impone al prestatario —labrador o industrial— la necesidad no solamente de vender con beneficio, sino de *vender barato con beneficio.* Pues si los industriales no mantienen el equilibrio de las exportaciones y de las importaciones, el oro emigrará del país, como ya se ha explicado, y si el labrador no mantiene sus exportaciones —incluyendo en ellas el interés de los préstamos recibidos— el oro huirá también del país. Como se ve, el mercado libre enfrenta entre sí a los campesinos del mismo modo que a los industriales, ya que si los productos nacionales no son suficientemente baratos, pueden importarse, manufacturados, extranjeros. El prestatario se ve obligado, de esta suerte, en todos los casos a conservar los salarios en su nivel mínimo, y a emplear todos los medios para conseguir que no sobrepasen nunca este nivel. Y así el prestamista —en general, un prestamista de dinero supuesto— deriva su beneficio de la pobreza y miseria de la población obrera, a la que no se permite participar de la vasta riqueza que ayuda a crear, si no es en la proporción indispensable para que el alma no se le separe del cuerpo.

Por regla general, los agricultores no consiguieron retener para sí la parte de riqueza que les correspondía, porque cayeron en manos de intermediarios y usureros que los explotaron.

Pero, en cambio, los grandes industriales obtuvieron inmensos beneficios como resultado de su estrecha asociación con las potencias del dinero. Sobre ellos, aunque en menor medida que sobre los dueños del oro, pesa la vergüenza de la explotación de hombres y mujeres indefensos de su misma sangre y de su misma raza.

Sin embargo, los intereses de productores y de prestamistas, por unidos que trabajen a veces, no pueden identificarse de un modo permanente. Aunque muchos de los capitanes de la industria han sido, y son aún, directores de Bancos, el prestatario y el prestamista se tornan enemigos en el momento en que parezca resquebrajarse la solvencia del primero. A los ojos del Dinero, un prestatario deja de

ser solvente tan pronto como sus costes (salarios) empiezan a subir. Por esta razón hay un constante flujo y reflujo de los préstamos (el llamado «ciclo crediticio»). No sólo cambian los dueños del oro de campo para sus inversiones; a veces dejan de prestar porque les parece que su dinero no va a estar seguro, o que no va a obtener suficientes intereses. Entonces es cuando sobreviene una baja mundial de valores. Las condiciones que prevalecen después que esta baja ha durado algún tiempo, son muy favorables, como se demostrará más adelante, para reanudar los préstamos en gran escala.

A la luz de estos hechos, son fáciles de desentrañar las causas de los períodos de prosperidad y depresión que jalonaron la primera mitad del siglo XIX, durante los cuales los dueños del oro pusieron siempre el mayor interés en lograr que no se desligara nunca de dicho metal el dinero. Una subida en los precios de las mercancías les alarmaba, por consiguiente, lo mismo en su calidad de prestamistas que de dueños del oro, por el temor de que si no se contenía dicha subida, pudiera llegar a determinar —por haber hecho un número excesivo de préstamos a los prósperos productores— tal baja en el valor del dinero, que colocase al país al margen del patrón oro. Su aspiración constante era la de una legislación que obligase al Banco de Inglaterra a disminuir la cantidad de dinero en circulación en el momento en que los precios y los salarios denunciaran el menor síntoma de subida. Cómo lograron este objetivo, es una historia de gran interés en los momentos actuales.

Como es natural, los productores de mercancías siempre ofrecieron resistencia a los intentos de rebajar sus precios. Deseaban que hubiera siempre

disponibilidades abundantes de dinero. En los períodos de precios ascendentes, antes de que los «costes» hubieran empezado a subir, mostraban, en general, un favorable estado de espíritu hacia la Banca, pero al llegar la baja de los precios tendían a manifestarle una hostilidad que no se dominaba sino por el vivo temor a la ruina.

Durante los años inmediatamente posteriores a la aprobación de la ley de reforma, los capitanes de industria se encontraron en mala postura y, por consiguiente, adoptaron una actitud humilde. La mayor parte de ellos habían padecido tanto y se habían quedado tan atemorizados con la crisis de 1825, que aceptaron sin reserva los puntos de vista de las potencias del dinero. Dejaron de reclamar altos precios para sus productos y dinero abundante; pero, en cambio, concentraron sus esfuerzos, como los economistas les aconsejaban, en conseguir la baratura y reducción de «costes»; esto es, de los salarios. La libertad de importación, como queda dicho, permitía salarios más bajo y primeras materias más baratas. Inglaterra podía llegar a convertirse en «taller del mundo», pues, en ningún otro lugar de Europa tenía el dinero mayor capacidad adquisitiva.

Los capitanes de industria encontraron su defensor natural en Peel. Como él, tenían en su mayor parte un espíritu conservador profundamente receloso de los «radicales» —los cuales tenían estrechas afinidades con los Whigs de la City de Londres— y, excepto en materias financieras, estaban fuertemente imbuídos de un sentido nacional. Fue fácil, por consiguiente, para Peel, después de la aprobación de la Ley de reforma, cambiar el viejo partido Tory de los terratenientes en el moderno partido

conservador de los industriales, sin tener que emplear para ello ninguna violencia. El mismo proceso se estaba realizando dentro de los Whigs, entre los cuales, al interés propio de los comerciantes, iban imponiéndose las doctrinas del liberalismo financiero. De este modo, diferencias meramente políticas fueron reemplazadas por diferencias que tenían un matiz económico.

Roberto Owen vio muy pronto la naturaleza de estas diferencias. Hizo observar que el interés de los industriales consistía en que su mercado interior tuviese capacidad para comprar sus productos. Para ellos, una agricultura floreciente y salarios altos no ofrecían más que ventajas. Por el contrario, el interés del Dinero era mantener bajos los precios de los productos para, de tal modo, aumentar su propio valor. No era el industrial, sino el financiero, el que necesitaba esencialmente el comercio de exportación, y sólo cuando el dinero se hace a tal punto escaso en el mercado nacional, que se manifiesta una insuficiencia de poder adquisitivo, surge el interés vital del industrial en bajar los salarios, en «racionalizar», en formar asociaciones, en combinar y en encontrar y desarrollar nuevos mercados extranjeros. Si pudiese obtener un beneficio en su país, no necesitaría nada de esto.

Pero en 1832 los industriales estaban convencidos de que su interés les obligaba a acatar humildemente las decisiones de la City de Londres. Empezaron, por consiguiente, a pedir la derogación de las leyes del trigo, y a reclamar el librecambio. El propio Peel declaró que Ricardo Cobden le había «convertido» al libre cambio. El ala derecha del viejo partido Tory se opuso, naturalmente, a una política que amenazaba lo que ellos habían creído que

representaba los más altos intereses de la Nación, pero no tenían probabilidades de triunfar ahora que había sido «reformada» la representación de los Comunes. La Banca, en realidad, podía convertir cada protesta que ellos elevaban en un nuevo clavo para su ataúd. ¿Es que defendían un Gobierno no representativo? ¿De privilegios? Aquellas gentes, que no tenían escrúpulos en dejar morir de hambre a millones de sus conciudadanos, se presentaron ante el mundo como campeones de los derechos y de la felicidad de la humanidad, y se llamaban con unción «los defensores del pan del pueblo».

En el año de la reforma se preocuparon de «reformar» a su enemigo, el Banco de Inglaterra, caído ahora en sus garras. Se constituyó un Comité parlamentario del Estatuto del Banco —Estatuto que debía ahora renovarse— y Jeremías Harma, gobernador durante la crisis de 1825, fue llamado para que explicara su conducta. Dijo:

«En primer lugar deberá prestarse atención a la seguridad del Banco, a la que consideramos, naturalmente, ligada la seguridad del público. Prestar todo el servicio que podamos a la comunidad comercial, siempre teniendo en cuenta los medios que poseemos para cumplir nuestros compromisos.»

Su sucesor en el puesto de gobernador, John Horsley Palmer, expresó una opinión diferente. Palmer encontró mal que el Banco hubiera suministrado directamente créditos al comercio:

«Lo que me parece más censurable —dijo— es que haga competencia a los banqueros privados y a los particulares de Londres.»

En otras palabras: el comerciante, según él, debería ir en el futuro a solicitar préstamos al mercado y no al Banco de Inglaterra. El Banco de In-

glaterra debería convertirse en Banco central. Cuando el oro emigrase del país, el Banco debería aumentar su tipo de descuento, reduciendo así instantáneamente la capacidad adquisitiva, y haciendo bajar los precios y los salarios; por el contrario, cuando el oro afluyera, había de emplearse el procedimiento contrario.

Pronto fueron recogidas las opiniones de Palmer en un ley, que exceptuó al interés bancario de la aplicación de la ley de usura, prohibitiva de tipos de interés superiores al 5 por 100, convirtiendo así al Banco en el instrumento principal al servicio del Dinero.

En 1835 se embarcaron grandes cantidades de oro para América, donde podía obtener aquel metal un alto precio, y otras cantidades más pequeñas para Irlanda. Dócilmente, el Banco de Inglaterra subió su tipo del 4 al 4,50 por 100; en septiembre de 1836 se subió de nuevo el tipo al 5 por 100. Esta nueva subida del interés tuvo lugar en un momento en que se estaba construyendo un gran número de ferrocarriles en Inglaterra y en toda Europa, y en que, por consiguiente, los créditos eran numerosos. Los industriales ofrecieron una obstinada resistencia a la subida, y consiguieron obligar a los Bancos locales a plegarse a sus deseos. A consecuencia de esto, el Banco de Inglaterra se vio obligado a prestar 1.300.000 libras al Northern and Central Bank. Pareció por un momento que la Industria había ganado la partida a la Banca. Sin embargo, el éxito era más aparente que real. Fue posible, por la casualidad de que afluyera entonces al Continente una cantidad de oro que compensó la salida del emigrado a América. En el momento en que se

detuvo este flujo, en 1838, el tipo bancario se elevó de nuevo al 5 por 100; después, en agosto de 1838, al 6 por 100; por último, como continuase la evasión hacia América, el Banco de Inglaterra se vio obligado a solicitar un crédito de dos millones de libras del Banco de Francia para evitar el peligro de tener que abandonar el patrón oro. La prosperidad que favoreció de nuevo a las regiones industriales terminó cuando el exceso de dinero determinó la baja en los precios de los productos, y patronos y obreros volvieron a verse de nuevo en la desesperación y en la miseria. Las potencias financieras pidieron que se restringieran los préstamos. Estas restricciones fueron ordenadas por la Bank Charter Act de 1844, cuya cláusula mas importante prevenía *que si el oro emigraba del país, era preciso retirar de la circulación libras, chelines y peniques por un valor igual al oro que hubiera emigrado.* De este modo, se suprimió el peligro de que los Bancos locales que trataban con los industriales pudieran sentir la tentación de sentirse generosos con sus clientes desafiando la voluntad de las potencias financieras con detrimento del valor del dinero.

Pero, a pesar de estas medidas, continuó la demanda de préstamos para la construcción de ferrocarriles, y fue preciso facilitar los medios de llevarla a cabo. Debido al hecho de que la demanda de productos ingleses era muy grande fuera de Inglaterra, los patronos estaban obteniendo beneficios con sus exportaciones. Empezaron a invertir estos beneficios en el interior, en virtud de lo cual, en el año 1844 se produjo un renacimiento de la «prosperidad ferroviaria». Coincidió también en esa fecha una mala cosecha, que determinó una subida en el precio del trigo. Fue otro mal año para la agricultura

el de 1845, en el que se perdió la cosecha irlandesa de patatas.

Hacía falta mano de obra para construir ferrocarriles, y estaba, por tanto, relativamente cara. Los patronos empezaron a temer que se pudiera encarecer aún más si el precio del pan subía. Clamaron por la derogación de la leyes del trigo, juntando sus voces con las de los financieros. Peel, ahora primer Ministro, implantó el libre cambio deseado.

La consecuencia fue un aumento en la actividad de todas las ramas de la industria, sin que se detuviera este proceso hasta que todo el capital disponible llegó a verse invertido en la producción. Entonces subieron los precios y los salarios, y el oro empezó a emigrar. Vivo en su espíritu el recuerdo del pánico de 1838, el Banco de Inglaterra vaciló. Y procedió tan suavemente, que transcurrieron casi dos años antes de que ei tipo de descuento llegase al 5 por 100. Cuando, a pesar de todo, lo alcanzó, se restringió en todas partes el crédito, los precios bajaron, y empezaron las quiebras. En agosto de 1847 subió de nuevo el tipo al 5,50 por 100. El 18 de octubre de 1847, el Banco Real de Liverpool cerró sus puertas. El Gobierno ordenó al Banco de Inglaterra que prestara libremente, sin someterse a la Bank Charter Act, y sugirió un 8 por 100 como tipo de interés. La crisis pasó, y volvió a brillar el sol.

Es probable que estos años de hambre —los «cuarenta hambrientos»— como las víctimas de la clase trabajadora los llamaron, hubieran sido seguidos por los «cincuenta hambrientos» si el descubrimiento en California y Australia de ricos yacimientos de oro no hubiera dado lugar a un cambio repentino y espectacular. El oro californiano empezó a llegar en 1849; el australiano, en 1851. Los propietarios de oro empezaron a ser mucho más numerosos. Había más prestamistas que prestatarios de un tipo conveniente. El dinero se hizo abundante. Inmediatamente los precios en todo el mundo subieron rápidamente, y el peso muerto de las deudas se aligeró universalmente.

Disraeli

A mediados del siglo XIX se hizo evidente para un corto número de personas, que la plutocracia era el peor de los males que hubiese oprimido jamás al género humano. Entre este pequeño número estaba Benjamín Disraeli. Disraeli adquirió fama atacando a Sir Robert Peel, y, con ello, difundiendo la vieja doctrina Tory del orden cristiano, contra la doctrina del lucro del nuevo conservatismo. Justa y certeramente dirigió sus primeras críticas contra las condiciones de vida de los obreros, sus mujeres y sus hijos en todo el país.

«Cuando oigo —dijo— en un discurso en Sharewsburig a un economista político, o a un adversario de las leyes del trigo, o a un fatuo escritor liberal, venir y decirnos, como gran descubrimiento de la ciencia moderna, que «la propiedad tiene sus deberes igual que tiene sus derechos», contesto que esto es sólo un mal plagio del verdadero principio

de aquel sistema feudal que siempre están envileciendo. Dejadme decir a esos caballeros que tan aficionados son a recordarnos que la propiedad tiene sus deberes, como tiene sus derechos, que el proletario «tiene también sus derechos igual que tiene sus deberes»; y cuando veo grandes masas de propietarios que no conocen este principio..., cuando contemplo toda esta miseria y todos estos sufrimientos; cuando me entero que existen en nuestro Parlamento pruebas de un estado de abandono entre la población de esta tierra —feliz en otro tiempo— que no tiene su igual en los países más salvajes, no puedo menos de sospechar que la causa de todo esto reside en el hecho de que se haya permitido crear y mantener una propiedad desconocedora de sus deberes.»

Pocos años después repitió el mismo argumento (agosto de 1844).

«Ningún tema —dijo Disraeli a sus oyentes— ha despertado en mí un interés más vivo que el de la condición de las clases trabajadoras...; hace tiempo que comprendí que en la base de nuestro sistema social hay algo podrido. Me daba cuenta de que mientras se acumulaban inmensas fortunas, mientras la riqueza aumentaba hasta la superabundancia, y mientras la Gran Bretaña era citada en toda Europa como la nación más próspera del mundo, las clases trabajadoras, las creadoras de la riqueza, estaban sumidas en la más abyecta pobreza, y se hundían poco a poco en la degradación más profunda.»

Disraeli tenía una certera idea de la naturaleza de ese «algo podrido». Había formado un partido llamado «Joven Inglaterra», cuya misión precisó en estos términos:

«Queremos, ante todo, grabar en la sociedad la idea de que existe esa cosa que se llama deber. No hacemos esto con un espíritu de fatuidad o de arrogancia; no pretendemos ser mejores que otros, pero deseamos ardientemente cumplir nuestro deber, y pensamos que, si tal hacemos, nos asistirá el derecho de exigir a los demás, ricos o pobres, que cumplan el suyo. Si no se hubiera olvidado este principio del deber en los últimos cincuenta años, nunca se hubiera oído hablar de las clases en que está dividida Inglaterra...

»No vemos esperanza alguna para este país mientras se estimule y se alimente ese espíritu de facción. Lo llamamos espíritu de facción, porque los principios básicos de los partidos en que nominalmente está dividido el país, han perdido su virtualidad, y han dejado de existir; y una asociación de hombres, por muy poderosos que sean, sin principios políticos, no es un partido, sino una facción. En una sociedad en tal estado, es inevitable que ciertas gentes acaben excitando las pasiones públicas a beneficio de los intereses privados...»

Quiere esto decir que Disraeli advertía los daños que el sometimiento al sistema internacional del dinero había acarreado. Declaró que la maldición del dinero había empezado con Guillermo III, el cual había «introducido en Inglaterra el sistema bancario holandés».

«El principio del sistema holandés —tan injusto en abstracto, como dañoso en la práctica— es gravar a la industria en beneficio de la propiedad (el dinero). Ha convertido en hábito nacional las deudas; ha hecho del crédito el elemento fundamental, no el auxiliar excepcional, de todas las transacciones; ha impregnado de su espíritu licencioso, inexacto, relajado, azaroso y deshonesto, tanto la vida pública como la privada; espíritu deslumbrador y, sin embargo, pusilánime, indiferente a las consecuencias, pero pronto a rehuir las responsabilidades, y que, finalmente, se ha excedido de tal modo en estimular las energías de la población para mantener los compromisos materiales del Estado y la Sociedad, que ha llegado a perder de vista totalmente la condición moral del pueblo.»

Nunca habían sido descritas con mayor justicia las potencias del dinero, ni se había establecido más claramente su responsabilidad en la destrucción de la naciones. Y Disraeli vio el remedio con la misma claridad que Luis XIV, Turgot, Luis XVI, Jorge III y Napoleón.

«La tendencia de toda civilización progresiva, es, de hecho, hacia una Monarquía pura. La Monarquía es un gobierno que requiere un alto grado de civilización para su pleno desarrollo. Necesita el apoyo de leyes y costumbres generosas, y un elevado nivel medio de inteligencia. En tiempos de cultura, el Monarca en el Trono, libre de vulgares prejuicios, y ajeno a intereses corruptores, asciende de nuevo a la divinidad.

»El Torysmo vive todavía en el pensamiento, en el sentimiento y en la memoria del pueblo inglés. Tiene su origen en elevadas doctrinas y nobles instintos; simpatiza con los más humildes, se eleva hacia el Todopoderoso...; no está muerto, sino durmiente; y en una época de materialismo político, de confusionismo y perplejidad en las inteligencias, que sólo aspiran a la riqueza porque no tienen otra fe, el Torysmo, con impulso vigoroso, resurgirá todavía de la tumba sobre la que derramó su última lágrima Bolingbroke, para dar fuerza al Trono, libertad

a los súbditos, y para anunciar que el Poder sólo tiene una razón de ser: asegurar el bienestar social del pueblo.»

Disraeli apareció, pues, como el campeón del orden antiguo, que la Banca holandesa había destruido en toda Europa, y, por consiguiente, como el enemigo de la City de Londres. Contaba para ello con el apoyo de sus Soberanos, que veían con indignación y vergüenza la destrucción del pueblo inglés por las potencias del Dinero, y coincidían con el jefe del partido «Joven Inglaterra» en que de esta destrucción no eran los más culpables los capitanes de la industria.

«Quisiera que entendieran todos —había dicho Disraeli a sus partidarios— que yo no me asocio a la absurda protesta contra los intereses industriales del país. Yo respeto el talento, la laboriosidad, la indomable energía de esa clase poderosa, a la que reconozco como fuente de nuestra prosperidad y grandeza; y aunque no cierro los ojos al hecho de la servidumbre, y hasta de la tiranía, que el sistema encierra..., creo —mejor dicho, estoy seguro— que de la condición de los trabajadores agrícolas no tienen responsabilidad ninguna los patronos industriales.»

Sin embargo, Disraeli estaba firmemente convencido de que la agricultura es «el alma» —en frase napoleónica— y que, por consiguiente, los intereses agrícolas «eran esenciales para el bienestar de la nación». Disraeli veía en unos intereses agrícolas «restaurados y despiertos» el espolón del ataque que había formado propósito de dirigir contra la Banca holandesa. Advertía también que una prosperidad que dependía principalmente de la casualidad de que Inglaterra hubiera poseído máquinas de vapor antes que otros pueblos, no parecía probable que fuera de larga duración. No era apenas concebible que la población trabajadora de Inglaterra estuviera dispuesta a ver siempre a sus mujeres obligadas, durante los períodos de embarazo, a trabajar en los pozos de carbón, ni a contemplar —¡los hombres cuyos padres había roto la Vieja Guardia de Waterlóo!— cómo unos vigilantes brutales cruzaban a latigazos las tiernas espaldas de sus hijos. Era forzoso que los hombres llegaran un día a preguntarse, por cuenta y en beneficio de quién tenían lugar aquellas abominaciones. Se enterarían entonces, por fin, de que sus patronos, a pesar de su riqueza, eran —como ellos— esclavos, obligados a emplear procedimientos que repugnaban a la conciencia de la mayoría de ellos, y, desde luego, perjudiciales para todos. Ese día, el patrono y el obrero, en el campo como en las fábricas, reconocerían a su enemigo común, ese terrible parásito que vivió de la sangre de uno y de otro.

Este gran judío no abrigaba ilusión alguna respecto a los «servicios» que la «Banca holandesa» estuviera prestando a la industria. Empezó a ver en este poder algo grande, siniestro y terrible, sin escrúpulos ni misericordia, dispuesto, en interés propio, a lanzar nación contra nación, clase contra clase, hombre contra hombre. Se dio cuenta de las sumas que el Dinero gastaba en subvencionar a los economistas y escritores favorables a sus exigencias, y en mantener una prensa de propaganda, y no tardó en llegar a la conclusión de que el liberalismo era sólo un peón de la plutocracia. Esta era también la opinión de la Reina Victoria, y explica la profunda e irresistible antipatía que sentía por míster Gladstone.

Sistema bancario holandés

NUNCA se repetirá bastante que la razón por la que se consideraba —antes de 1819— un delito exportar el dinero del Rey, era que, al salir dinero de un país, en cualquier forma, bajan los precios en ese país. (Esto sigue siendo cierto hoy, aunque cualquier Banco central puede impedir una baja de precios, si se propone hacerlo.) Por consiguiente, con la facultad de exportar oro, sus dueños adquirieron el derecho de alterar el nivel del precio de los productos, así del país del que se exportaba el oro, como del país al que era enviado.

En términos generales, ajustaban su conducta a la sencilla regla de que es preciso retirar el dinero de un país tan pronto como su seguridad o la posibilidad de percibir por él un alto tipo de interés, estén amenazadas. Los precios altos son, pues, un

aviso para la retirada del dinero. También el malestar social ocasionado por precios demasiado bajos, puede ser una ocasión para ello, ya que, en ausencia de un Gobierno fuerte, puede determinar una revolución y una repudiación de deudas.

Estas normas —como Disraeli comprendió— hacían caso omiso del bienestar de la humanidad, así como de la capacidad de producir mercancías. El Dinero ha adquirido la facultad de crear demanda, así como de abolirla a su capricho, suplantando de este modo, a un tiempo, a la humanidad y a los Reyes. Si es su voluntad producir, aumenta el crédito; cuando quiere hacer cesar la producción, lo restringe. Con tan sencilla receta puede hacer que los períodos de prosperidad y de depresión se sucedan en un proceso sin fin.

Todas estas consideraciones estaban presentes en es espíritu de Disraeli. Vio que un mercado británico libre era parte esencial del plan del *sistema bancario holandés,* no sólo porque mantenía bajos los salarios en Inglaterra, sino también porque aseguraba un campo de «dumping» para las mercancías enviadas en pago de los intereses sobre préstamos exteriores y para las mercancías que no pudiesen absorber los deflacionados mercados de Alemania, Francia y América.

El mercado británico libre era la piedra angular de todo el edificio de prosperidades y depresiones; el febril estímulo de la producción, con su secuela de violentos sabotajes de mercancías y fábricas; de las inflaciones y deflaciones; de las esperanzas y desesperanzas, y, sobre todo, de la destrucción de la vida y créditos nacionales en la más elevada de sus formas: el bienestar moral y espiritual del pueblo.

¿Por qué no apartarse radicalmente de este odioso sistema y hacer de Inglaterra una unidad económica independiente? ¿Por qué no estimular, mediante nuevas leyes sobre el trigo, la producción de artículos de primera necesidad en el país, y conservar así en él a la brillante juventud de Inglaterra? ¿Por qué no arrebatar al Dinero la facultad de cambiar a su voluntad el valor de la moneda de la Reina? De pronto, ante el espíritu del hombre de Estado, se abrió una visión más amplia. Ya no era Inglaterra, sino el Imperio británico, rescatado, por fin, del *sistema bancario holandés;* un trono, una nación, con su agricultura y sus fábricas asentadas sobre la antigua base de las verdaderas necesidades, y liberados para siempre de la servidumbre de la Banca.

No vislumbraba una zona librecambista, sino una nación; no una unión económica, sino un organismo vivo. El Imperio británico sería expresión del «pensamiento de Dios» y del «pensamiento del Rey»; encontraría en el poder místico del trono su foco y su sentido. Entonces el dinero volvería a su antigua servidumbre, y no podría seguir usurpando funciones de la corona y del cetro. Los grandes agricultores y los capitanes de la industria costituirían la nobleza del Imperio, inspirados en un vivo sentimiento del deber hacia sus Soberanos y hacia sus semejantes, sin reclamar más derechos que el de prestar cada vez más altos servicios.

El hombre de Estado confió su pensamiento a la Reina, y descubrió que era también el de ella, así como que no estaba dispuesta a seguir tolerando el espectáculo del sangriento sacrificio de Inglaterra, que estaba consumándose. Concertaron una alianza, cuyos objetivos principales eran cimentar más firmemente el Trono en el amor del pueblo, despertar el patriotismo, y rehacer la nación, empleando el poder exclusivamente para mejorar la suerte de los trabajadores, de modo que el opresor fuese encontrándose cada vez más imponente. Ni la Reina ni el hombre de Estado dejaron de advertir las dificultades que les aguardaban. Por el momento, la política del Dinero estaba en auge, y su doctrina, por tanto, era difícil de refutar. El mundo entero hablaba y pensaba en términos de lucro, de inversiones extranjeras, de exportaciones, de balances comerciales favorables, de baratura, de movimiento del oro, de facilidades crediticias. Se proclamaba que el dinero era la «sangre de la industria», aunque ya apuntaban los síntomas de un cambio en los mercados abarrotados y en el decrecimiento de los beneficios. No podía estar lejos el día en que los hombres se apartasen, hastiados y desengañados, de un sistema incapaz de ofrecer compensación alguna por la pérdida de la fe y de la esperanza y de la caridad.

Emperatriz de la India

HASTA la edad de los sesenta años no llegó Disraeli a ejercer un poder efectivo en Inglaterra. Cuando llegó a primer ministro, en 1874, encontró al país restablecido de una crisis financiera que había alcanzado su apogeo en 1866, pero ya amenazado de otra nueva. Acababa de tener lugar la guerra francoprusiana, y Alemania, convertida en gran Imperio, había adoptado el patrón oro. También lo habían adoptado Noruega, Suecia y Dinamarca (1872). En 1873 Holanda había suspendido la libre acuñación de la plata. Mientras tanto, el caudal de oro de California y otros sitios se estaba agotando. Escaseaba, por tanto, el metal amarillo en todo el mundo, y se notaba por doquier una tendencia a la baja de los precios, debida a estar el dinero ligado al oro con «grilletes de acero».

«La baja de valores, dice R. G. Hawtrey (los números índices de precios de Sauerbeck bajaron en Inglaterra desde 111, en 1873, a 102, en 1874), combinada con la súbita detención del torrente de capital que había afluido de Europa a América, determinó una violenta crisis (en América) en septiembre y octubre de 1873.»

La baja de precios fue mundial, y, por consiguiente, nadie podía vender. El estado de ánimo que tal calamidad engendra es el mismo en todos los lugares y en todos los tiempos: los productores se alejan del dios oro, que les ha traicionado, y se ocupan de arbitrar sistemas para escapar de sus tribulaciones, con lo que se acercan al viejo «orden de servicio»; los dueños del dinero no llegan nunca, por regla general, a alarmarse demasiado, pues la experiencia les tiene demostrado que les basta abrir sus bolsas para atraer de nuevo a sus fieles. Pero Disraeli vio la ocasión de actuar. Poco antes de subir al Poder, pronunció un discurso en el que proclamó el principio fundamental de su política.

«Ningún ministro de este país —declaró— cumplirá con su deber si deja de aprovechar la ocasión de reconstruir, en la medida de lo posible, nuestro Imperio colonial, y de responder a esas distantes simpatías, que pueden llegar a convertirse en fuente de incalculable fuerza y felicidad para esta isla.»

Después de estar en el Poder dos años, compró las acciones del Canal de Suez, que poseía el Khedive de Egipto, y con ello aseguró a Inglaterra la llave del camino de la India. A esto siguió el acto más genial de hombre de Estado realizado en el siglo XIX. Disraeli —quizás el único de sus conciudadanos— conocía la virtud y el valor del Trono. Sabía que, después de Dios, es el Soberano el que

hace a la Nación, y que, sin la Monarquía, queda entregado el pueblo al Dinero. Concibió la idea, no sólo de atraer a la India a la órbita del Imperio británico —lo que estaba ya realizado— sino de ponerla en relación directa con la Reina de Inglaterra, para que los pueblos de la India pudieran convertirse en una nación dentro del organismo espiritual del Imperio británico. El Parlamento aprobó una ley confiriendo a la Reina Victoria el título de Emperatriz de la India. Quizá la única persona que llegó a apreciar plenamente el servicio que de este modo se prestaba a Ingiaterra y a la India, era la propia Reina. Tras esto, el primer ministro dedicó su atención a los trabajadores de Inglaterra. Había dicho reiteradamente, antes de subir al Poder, que uno de los principios de su programa tenía que ser:

«*Sanitas sanitorum omnia sanitas...* Los liberales dicen que esa es una política municipal. En realidad, una política de vida o muerte. La transformación del estado de las viviendas del pueblo, determina para éste consecuencias morales no menos importantes que físicas; regula, además, esta política el disfrute de algunos de los principales elementos de la naturaleza: aire, luz y agua; reglamenta sus actividades y provee a la inspección de su trabajo; cuida de la buena calidad de sus alimentos, y, sobre todo, se preocupa de apartarlo de todo hábito de exceso y brutalidad.»

La magnífica labor realizada por Disraeli en materia de sanidad pública, y de condiciones de trabajo en las fábricas y en el campo, echó los cimientos de un mundo mejor. En otro aspecto, el gobierno de Disraeli se dedicó principalmente a mantener la grandeza de Inglaterra frente a Europa. Consideró esto como un altísimo deber, pues, a semejanza de Luis XIV y Napoleón, advertía que el sentimiento nacional, con su emoción patriótica, constituye un valor en los negocios humanos, cuya importancia sólo es superada por el de la Religión.

«La nacionalidad —dijo a principios de su carrera política— es la expresión de la independencia política. La raza es el principio de la analogía física.»

Esa distinción entre la nación y la raza adquiere más valor si se recuerda que viene de labios de uno de los miembros más ilustres de la raza judía. Es fundamental para comprender la historia de Europa. En sus últimos días, ya anciano, en su retiro de Hughenden, reafirmó Disraeli sus principios, e insistió de nuevo sobre la relación mística entre Dios, Rey y Nación. Entendía que, a semejanza de la Monarquía, había de ser la Religión progresiva y evolutiva, ya que el conocimiento que el hombre tiene de Dios no puede permanecer estacionario.

Disraeli no tuvo posibilidad de llevar más adelante sus planes, hacia un retorno del orden divino. Y se dio perfecta cuenta de que tendría que pasar mucho tiempo antes de que quedara totalmente desacreditado el sistema de lucro. Sin embargo, en los cuarteles generales del Dinero, reinaba la ansiedad. Durante su gobierno, el Banco de Inglaterra asumió el papel de interventor, aun contra la voluntad de alguno de sus directores, de la totalidad de las reservas de oro del país. Sometió con ello, por tanto, a una disciplina férrea a los Bancos, con los cuales estaban en contacto los magnates de la Agricultura y de la Industria.

Chamberlain

DISRAELI había llegado al Imperio con una sólida formación espiritual, fuertemente impregnada de clasicismo. Creía en Dios; creía también en el hombre. Pero en el hombre servidor de Dios, con una idea oscura de los designios divinos; por razón de esa niebla mental, consagrábase más firmemente al deber. No comprendía el romanticismo, que encuentra su justificación en las pasiones. Le repugnaba profundamente la idea de madame de Staël de que «el amor prepara al alma para la virtud»; mantenía, en cambio, que es la virtud la que prepara al alma para el amor; amor de Dios, de la Patria y de los conciudadanos. Mientras madame Staël era el paladín del liberalismo financiero y la fundadora del movimiento romántico francés, Disraeli se inspiraba en la más sólida tradición de la aristocracia *—noblesse oblige—* y deseaba ver

extendida el área de esa tradición por Bolsas y mercados.

Ofrece un interés extraordinario hacer, al mismo tiempo que el de este excelente hombre de Estado, el estudio de quien, luego de haber sido en un tiempo su adversario, se adueñó de su pensamiento y compartió su responsabilidad. José Chamberlain llegó a la política desde el campo de la industria, y en su juventud fue ardiente partidario de las doctrinas que constituían el credo de la plutocracia, de las que ha sido generalmente vehículo el partido liberal. Este credo, exaltador del *laissez faire* hasta convertirlo en un principio moral, proclamaba que el sentimiento nacional era una reminiscencia de un pasado bárbaro, y debía ser reemplazado por una visión internacional. La palabra nacionalismo llegó a usarse exclusivamente en un sentido peyorativo, significando una forma especialmente censurable de insularidad. Al nacionalismo y al «nacionalismo económico» se les hizo culpables de las guerras y de los armamentos, alegando que el librecambio fomentaba los sentimientos amistosos y desterraba los recelos. Argüíase que la peor forma de nacionalismo era la llamada «imperialismo», porque el imperialismo formaba planes para el «comercio imperial», con lo cual amenazaba restringir la entrada de todos los productos extranjeros en los mercados británicos.

El hecho de que Inglaterra fuese la exclusiva poseedora de máquinas de vapor, difundió mucho este credo, ya que la demanda de máquinas y de productos manufacturados ingleses llegó en algún momento a ser muy grande. Pero con el crecimiento de la industria en Alemania, Francia y América, las cosas empezaron a variar de aspecto. Se observó

que, aunque los productores habían llegado a hacer fortuna, la pobreza de la masa de los trabajadores continuaba siendo la misma. Muchos capitanes de industria empezaron a ver que, a menos de que aceptaran las clases trabajadoras un nivel de vida más bajo, no podrían ellos esperar en lo futuro ni los más modestos beneficios. Estas circunstancias sembraron la duda en el ánimo de los hombres de corazón noble y ardiente patriotismo. ¿Por qué la prosperidad se había negado tan obstinada y misteriosamente a distribuirse entre la totalidad de la población? A diferencia de Disraeli, estos industriales no acertaron a poner en tela de juicio el sistema financiero bajo el cual vivían y cuyos extraordinarios méritos se cantaban diariamente en sus oídos. En cambio, empezaron a mirar con hostilidad a los «torys terratenientes», contra los cuales la plutocracia había estado fomentándoles todo género de animosidades. Esto era natural e inevitable, pues la clase media sentía envidia de la clase alta, y diríase que para ella no existía en el mundo ningún otro enemigo del progreso y de la prosperidad. El famoso libro de Henry George *Progreso y miseria,* en el que el terrateniente aparece como el traidor del drama, llegó a ser la biblia de la nueva cruzada. El 12 de agosto de 1881, míster Chamberlain, como Presidente de la Junta de Comercio en el Gobierno de Mr. Gladstone, explicó la verdadera doctrina del Dinero a la Cámara de los Comunes:

«Los países extranjeros —dijo— tienen que seguir pagando sus deudas. Ya que no pueden pagar en productos —si se imponen aranceles— tendrán que pagar, por el momento, en oro y divisas, lo que producirá una acumulación de metales preciosos en este país, y, por virtud de ello, una subida en los

precios de todos los demás artículos. Como consecuencia de este aumento, nuestra capacidad de exportación disminuiría.»

Mr. Chamberlain, evidentemente, subestimaba la habilidad de los financieros para impedir al oro llegar a los mercados nacionales. Como le pidieran que explicara la depresión industrial entonces padecida, que había hecho revivir la idea de proteger las industrias nacionales, pronunció un discurso el 5 de enero de 1885 sobre la «doctrina redentora».

«Existe —dijo— una doctrina en boca de muchos hombres, y practicada por muy pocos, de que la propiedad —territorial— al mismo tiempo que derechos, tiene deberes... ¿Cuáles son los derechos de la propiedad? ¿Es un derecho de la propiedad el que un especulador extranjero pueda venir a este país y hacer que permanezcan improductivas doscientas millas de terreno en Escocia para satisfacer su afición al deporte, y arrojar de las tierras que cultivaron sus padres mucho tiempo antes de haberse oído siquiera hablar de este intruso, a los desgraciados campesinos que han cometido el crimen de ocultar un corderillo dentro del recinto sagrado de un bosque de ciervos? ¿Son las leyes de caza un derecho de propiedad? ¿Es condición esencial de la propiedad privada de la tierra que los trabajadores agrícolas de este país —único caso en el mundo civilizado— estén completamente divorciados de la tierra, se vean empujados a las ciudades para competir con nosotros en el trabajo, haciendo bajar el nivel de los salarios, y que, tanto en el campo como en las ciudades, la población trabajadora esté hacinada en viviendas impropias, no ya de hombres, sino de animales, donde se hace imposible un mínimo de decencia, y que son causa

directa de enfermedades, del alcoholismo y del crimen?»

Un mes después, el 29 de enero, en Birmingham, vertió la misma idea en una nueva forma:

«El actual sistema —dijo— se ha definido como un sistema en el cual el terrateniente y el campesino se ponen de acuerdo para sacar todo lo que pueden de la tierra, sin darle nada en cambio. Ha fracasado. Los campesinos no tienen capital. Los terratenientes dicen que están sin un céntimo. Si esto es así, la tierra tiene que pasar a otras manos, y debemos estudiar la conveniencia de crear y preparar un retorno a las antiguas condiciones, cuando la agricultura inglesa era próspera, y desconocida la *ley de pobres.*»

Pero Mr. Chamberlain no estaba satisfecho con su «traidor», porque en otro pasaje de su discurso se refirió «al excelente ejemplo dado por Lord Tollemache, que es, según creo, un *tory* de la peor especie, al crear pequeñas propiedades agrícolas». ¿Dónde estaba, pues, el «traidor»? El espectáculo de las grandes riquezas al lado de las grandes miserias, continuaba preocupándole.

«Es evidente —dijo en el *Club de los Ochenta* el 28 de abril de 1885— que la economía política tiene toda clase de razones para estar satisfecha de sí misma. La riqueza total del país ha aumentado en un grado y proporción que no hubiera podido nunca prever el más optimista de nuestros antepasados. La acumulación de capital ha sido enorme. El progreso de la ciencia ha multiplicado nuestros medios, y ha hecho crecer nuestros negocios. La industria ha avanzado a pasos de gigante, sin proporción alguna con nuestra población.

»Este es el anverso del cuadro. Pero ocurre que, al mismo tiempo, hay siempre un millón —poco más o menos— de personas que viven del socorro parroquial. Hay más de otro millón al borde de la miseria, que en tiempos de depresión, como éste, y en cualquier momento de malos negocios, se ven sometidas a las más duras privaciones. La totalidad de los trabajadores agrícolas de este país ha logrado cuando más llegar a cubrir sus necesidades más perentorias, teniendo que recurrir, en casos de enfermedad o al aproximarse su vejez, al asilo, como único refugio inevitable para no morirse de hambre. Hay docenas de millares de hogares donde no se conoce el lujo de la leche. Los niños no pueden desarrollarse, física ni intelectualmente, por falta de alimentación adecuada...; las condiciones ordinarias de vida de una gran parte de la población son tales, que hacen absolutamente imposible un mínimo de decoro; y todo esto ocurre frente a las mansiones de los ricos, donde sin duda hay gentes que presurosamente pondrían a ello remedio, si estuviera en su mano.»

El 5 de agosto de 1885, en Hull: «Creo que el grave mal con el que tenemos que enfrentarnos es la excesiva desigualdad en la distribución de las riquezas.»

No era esta una doctrina agradable para el liberalismo financiero, y Mr. Chamberlain empezó a observar, aun dentro de su propio partido, gestos de desagrado. Pero le inquietaba demasiado el asunto para retroceder:

«Creedme, señores —encarecía a su auditorio en Hull—, no puede darse de lado al problema del pobre campesino. Creo que nuestro ideal debe ser que en este país próspero, donde todo parece existir con profusión, un hombre honrado, decente y tra-

bajador pueda llegar a tener un medio de vida para él y para su familia, tenga posibilidad de mejora y de solaz, y logre ahorrar algo para las enfermedades y para la vejez. ¿No es esto razonable? ¿Es imposible?... Esto ocurre en Inglaterra, en los estados de lord Tollemache y en los de algunos otros terratenientes, nobles y generosos...

»El labrador inglés persigue una ilusión en forma de proteccionismo... Hay que ser muy necio para imaginar que el pueblo de este país se haya de someter de nuevo al tormento de la «caza del panecillo.»

Glasgow, 15 de septiembre de 1885: «Todos los recursos que una gran acumulación de capital puede proporcionar; todo lo que las invenciones y descubrimientos de la ciencia pueden aportar para aumentar el rendimiento de la industria, o para aliviar el trabajo, ha sido ineficaz para mejorar la condición de la parte más numerosa y más trabajadora de la población.» El profesor Rogers, dice: «Hay en nuestras grandes ciudades una masa de población, equivalente a la que ocupaba todo el territorio de Inglaterra y Gales hace seis siglos, pero cuya condición es más miserable, cuyos hogares están más desnudos, cuyos medios son más inciertos, cuyas perspectivas son más desesperadas que las de los siervos más pobres de la Edad Media y de los últimos ganapanes de las ciudades medievales.»

Quince días despueś advertía que el nacimiento del pauperismo coincidía con la desaparición de la clase de los pequeños propietarios agrícolas. La primera ley de autonomía de Mr.Gladstone marcó el fin de esta fase de la carrera política de su lugarteniente. Mr. Chamberlain no quedó nada satisfecho de haber dado con su «traidor».

Patriotismo imperial

SU actitud respecto de la autonomía, hizo que el pensamiento de Mr. Chamberlain se orientara en la misma dirección que el de Disraeli. A su vuelta del Canadá y América, en 1888, declaró:

«Hay quien, equivocadamente, no ve más de un puro sentimentalismo en mi afirmación de que nunca admitiré voluntariamente una política que tienda a debilitar los lazos entre las diferentes ramas de la raza anglosajona que forman el Imperio británico y los vastos dominios de la Reina.»

En 1895 llegó a ser Secretario de Estado para las Colonias en el Gobierno de lord Salisbury. Un año después se refería, en un discurso, a los versos de Tennyson:

«Miles de voces de Bretaña gritan:
Estad, hijos, unidos
en un todo Imperial;

alma y corazón sean con Bretaña
una vida, una enseña, una armada, un Trono.»

El 9 de junio de 1896 habló en el Congreso de las Cámaras de Comercio del Imperio en favor de:
«Un "Zollverein británico" o Unión aduanera, que estableciese inmediatamente en la práctica el librecambio entre todo el Imperio británico, pero dejando a las distintas partes contratantes en libertad de llegar a establecer acuerdos particulares en materia de impuestos sobre productos extranjeros, con la excepción, y esto era parte esencial de la propuesta, de que Gran Bretaña se limitase a exigir impuestos moderados sobre determinados artículos que constituyen la principal producción de las colonias. En estos artículos se incluirían trigo, carne, lana y azúcar, y quizá otros de gran consumo en el país, que se producen en la actualidad abundantemente en las colonias, y que podrían entonces ser producidos en su totalidad en las colonias y con mano de obra exclusivamente británica. Por otro lado, como he dicho, las colonias, al mismo tiempo que mantienen sus impuestos sobre las importaciones extranjeras, accederían a un libre cambio de productos con el resto del Imperio y dejarían de pensar en impuestos protectores sobre ninguna clase de productos de fabricación inglesa. Este es el principio del "Zollverein" alemán; este es el principio en el que se inspira la Federación de los Estados Unidos de América, y no dudo ni un momento que, si fuera adoptado, sería el más fuerte lazo de unión de la raza británica en todo el mundo.»

Nada de esto tocaba a la protección del mercado nacional británico. Pero era evidente que llegaría a ser necesaria si declinaba la industria. Los datos

que tenemos no permiten suponer que míster Chamberlain imaginase, cuando hizo su propuesta, que estaba a punto de dar con su «traidor», o que, de haberlo encontrado, lo hubiera reconocido. Pero es evidente que estaba tropezando con él. Las potencias del dinero se habían dado cuenta, hacía tiempo, de que para mantener el mercado libre del oro, base de su poder, eran indispensables el mercado libre británico y los mercados relativamente libres del Imperio.

La idea de un «Zollverein» británico fue, por consiguiente, mal recibida, y Mr. Chamberlain vio la bandera del librecambio agresivamente enarbolada por las manos devotas del liberalismo financiero. «¡Qué! —exclamaron—. ¡Decretar impuestos sobre el pan del pueblo!» Chamberlain no había pensado, desde luego, atacar el librecambismo, ni mucho menos atacar el *sistema bancario holandés.* Probablemente nadie tenía mejor opinión que él de la excelencia del sistema financiero inglés, y la conmoción que sus proyectos causaron, le sorprendió. La guerra con los boers en Africa del Sur reveló la animosidad contra Inglaterra y Mr. Chamberlain, sentida en muchos países europeos, especialmente en Francia, Alemania y Holanda. El incidente del telegrama del Káiser al Presidente Kruger, y el desaire de la Reina Victoria a su sobrino, exasperaron aún más los ánimos. Pero Mr. Chamberlain no tenía motivo para quejarse del patriotismo, de la paciencia y de la capacidad de sacrificio del pueblo al que servía. Tampoco dejó de hacer justicia a la gran dama, la Reina de Inglaterra, a cuyo ejemplo y devoción daba el pueblo muestra de tal espíritu de servicio. La Reina Victoria, en su largo reinado, había elevado el trono de Inglaterra, desde un

estado de debilidad, a un alto grado de fuerza y de influencia. Había reafirmado la Monarquía, así en su aspecto divino como en el político, ante el mundo y ante sus súbditos. Había restablecido la antigua Ley de Servicio, y en cuanto estuvo en su mano sólo otorgó honores a los que sometían su conducta a aquella norma. El republicanismo estaba muerto; los hombres creían, de nuevo, en la Monarquía como fundamento esencial de la Nación y del Imperio.

En las escuelas públicas se había enseñado a los hijos de los nuevos ricos la Ley de Servicio, y se les había hecho comprender que lo que un hombre es y hace es más importante que lo que tiene. Esta enseñanza empezó a dar fruto en las fábricas y en los talleres. De este modo renació el espíritu feudal de responsabilidad ante Dios, que vino a ser la herencia común de nobles, patronos y obreros.

Cuando se recuerda que el reinado de la Reina Victoria empezó a poco de haberse establecido en su sede las potencias del Dinero, con su *sistema bancario holandés,* convirtiéndose Londres en la metrópoli de la Banca internacional, se advierte mejor la magnitud de su proeza. Todo el mundo buscaba baratura, beneficios rápidos, lucros. Ella exaltó los ideales de Inglaterra, que empezaban a desvanecerse, compartiendo las aflicciones de los pobres, trabajando sin cesar para rescatarlos de las calamidades que les hubieran sobrevenido, y mirando siempre adelante, hacia el día de la liberación. La gran nación fue su desvelo, y con notable tenacidad defendió su honor ante la faz del mundo, deshaciéndose de los malos ministros, y apoyando a aquellos cuyo patriotismo le inspiraba confianza. Con ella, la idea nacional emanaba de la voluntad

de Dios; no era un espíritu violento o bárbaro, sino amor a la Patria, intensificado y avivado por toda clase de sacrificios, y dispuesto a hacer frente a toda contingencia. En su corazón no tenían cabida contrasentidos como el de «paz a cualquier precio», o «guerras vanagloriosas». Era una mujer con su espíritu puesto en ese Dios que, según sus creencias, la había llamado a reinar sobre su pueblo, y había de exigirle, ciertamente, responsabilidad por sus actos. Reinaba por la gracia de Dios; tal era, por lo menos, la firme convicción de todos sus súbditos.

Alemania

A finales del siglo XIX y principios del XX tuvo lugar el movimiento conocido generalmente con el nombre de *Reforma social,* de cuyo significado conviene darse cuenta precisa. Hasta el comienzo del reinado del Dinero, creía todo el mundo que el ejercicio de ciertas funciones y responsabilidades llevaba anejos ciertos derechos, tanto morales como materiales. Se alegaba que un hombre debiera poder ganarse la vida y la de su familia, y ahorrar para ésta y para posibles casos de enfermedad. Se entendía por salario una cantidad de dinero o de bienes que, según palabras del Papa, garantizasen «los derechos sagrados del trabajador derivados de su dignidad de hombre y de cristiano». Pero la idea formada por las potencias del Dinero de los salarios como *costes,* dio al traste con aquel concepto. Si su objeto no es ya el de permitir a los

hombres conservar su dignidad ante Dios y sus semejantes, sino sólo el de conservar su vida, y ello en la medida precisa para que puedan trabajar, está de más toda consideración acerca de valores espirituales o morales. Disraeli y Chamberlain comprendieron que, mientras los salarios estuvieran sujetos a la ley de la oferta y de la demanda, nunca podrían exceder del nivel mínimo de subsistencia, por grande que fuera la capacidad de producción de la industria. Nunca podrían, por tanto, los salarios atender a obligaciones como la de un servicio médico adecuado o la de la instrucción, por ejemplo.

La *Reforma social* era, pues, un engaño. El Dinero no se atrevió, en la última parte del siglo XIX, a escandalizar demasiado las conciencias de los hombres restableciendo las condiciones contra las cuales había protestado Roberto Owen. Pero no estaba dispuesto a tolerar ni un momento la idea de que este nivel de salarios, que tenía que competir con el de los pueblos salvajes o a medio civilizar, excediera un solo penique de lo inevitable. Se eludió la dificultad consintiendo a los políticos liberalizantes —tan útiles, por lo demás, para defender el librecambio— que descargasen sobre el Estado todas las funciones de carácter doméstico y familiar. El Estado podría ser un aceptable padrino para los *pobres*. Después de haberles robado su dignidad de hombres y de cristianos, entregándoles a merced del Dinero, educaría a sus hijos, les suministraría médicos, y cuando ya no fueran útiles a los intereses de aquél, llegaría hasta atender a su subsistencia. Esta fue la respuesta, poco moral, ciertamente, del Parlamento británico a Mammón. La *Reforma social* tenía la suprema ventaja, desde el punto de

vista del Dinero, de que en sus comienzos no producía efecto alguno sobre los costes. Londres era tan increíblemente rico en esos días, que era posible organizar un gran número de servicios sociales, sin necesidad de imponer a la plutocracia ninguna contribución que puediera asustarla. Por el contrario, el Dinero bendijo las *reformas,* se alegró de ellas, y habló de las ventajas que habrían de producir, dando lugar a una mejora en el rendimiento del *trabajo.*

Para advertir la insinceridad de tal acogida, basta considerar cuál es la actitud del dinero respecto a los servicios sociales en la actualidad. Pero nunca se insistirá bastante en que la *Reforma social,* lejos de ser un beneficio para nadie, era una traición del Parlamento a la Nación. Era el precio que pagaba el Dinero por el derecho de arrebatar a los súbditos del Rey, no sólo los frutos de su trabajo, sino también su dignidad de hombres y de cristianos, su función como padres y esposos, y sus cualidades de independencia y valor, que son la verdadera riqueza y honor de la Gran Bretaña. Pero decir esto no significa que, tal *como están las cosas hoy,* creamos que deban hacerse economías a expensas de los servicios sociales. Nada de eso. Mientras subsista el régimen del Dinero, los servicios sociales deberán ser defendidos por todo adversario de ese poder, ya que, afortunadamente, han llegado a constituir —a través de la ruina del mundo forjada por la propia plutocracia— un serio obstáculo para las operaciones de la Banca internacional.

Inglaterra dejó de ser, a principios de nuestro siglo, el firme baluarte del Dinero, el cual se había alarmado ante el renacimiento del espíritu nacional

provocado por el aumento de influencia del Trono. Se había alarmado también por la rápida extensión de la política de *reforma social,* que, al principio, como se ha dicho, había sido bien vista por él. La instrucción pública, la vivienda, la higiene y la inspección en las fábricas iban ahora, en las nuevas condiciones, aumentando los costes e impidiendo, por tanto, las *sanas medidas de deflación,* así como —aunque no se confesara— las *saludables medidas inflacionistas.* No podía esperarse que los períodos de alza ni los de baja fuesen ya tan acentuados. Y precisamente de la magnitud de este desnivel entre el alza y la baja, dependía la de los beneficios del sistema bancario holandés. Pero más gravedad todavía tenía la aspiración a la unidad imperial y el librecambio en el Imperio; y mayor aún que ninguna otra era la amenaza de Chamberlain.

Otra preocupación embargaba también la mente de los financieros: ¿Estaba segura militarmente Inglaterra? Los alemanes, que no lo creían así, declararon abiertamente que la experiencia de la guerra boer carecía de valor ante una guerra europea de escala en que ellos pensaban realizarla. «El ejército invencible —dijo el Káiser— no puede ser batido.» La fe de los altos jefes de la Armada alemana no era menos firme. Se jactaban de que Inglaterra perdería pronto el dominio de los mares.

Los primeros años del siglo actual fueron testigos de una intensa campaña en favor de Alemania, de la cual fueron víctimas gran número de patriotas ingleses. Según esta propaganda, las intenciones de Alemania eran absolutamente pacíficas, no abrigaba designio alguno respecto a sus vecinos, y los que hablaban o insinuaban siquiera lo contrario, eran reos del delito de incitación a la guerra. Esta

fue la actitud de la mayor parte de los liberales, que predicaron con toda sinceridad *un acercamiento mayor a Alemania* y el desarme; y cifraron sus esperanzas en unas relaciones comerciales, estimuladas por el mercado libre británico. Al mismo tiempo, se hizo correr la especie de que la guerra era imposible, porque ninguna nación podría soportarla; idea que muchos exponían sinceramente, de la que participaban no pocos liberales, y que daba a un gran número de honrados ciudadanos una falsa sensación de seguridad.

En este momento de desorientación general, surgió la política de reforma arancelaria de Mr. Chamberlain. La minoría, que había creído encontrar en Rudyard Kipling un evangelista del Imperio y un mensajero de la esperanza, recibió alegremente la nueva doctrina, pero la masa del pueblo, sumida aún en total pobreza, no estaba preparada para ella. La campaña se inició en Birmingham el 15 de mayo de 1903, en una reunión de unionistas, que tenía por objeto felicitar a su correligionario por su regreso del Africa del Sur. Mr. Chamberlain dijo:

«El Imperio no es viejo. El Imperio es nuevo. El Imperio está en su infancia... Pero ¿cuál es la significación del Imperio? ¿Qué es para nosotros? Hemos tenido una pequeña experiencia. Hemos tenido una guerra —la guerra boer— en que la mayoría de nuestros hermanos de Ultramar no tenían aparentemente un interés directo. No teníamos autoridad sobre ellos, ni con ellos acuerdos de ninguna clase, y, sin embargo, llegó el momento, durante esta guerra, en que por su voluntaria decisión se alinearon, por lo menos, 50.000 soldados coloniales, que combatieron inteligentemente al lado de las tropas británicas, desplegando un valor igual al suyo. Para empezar, ya es algo, y si este país —lo que no quiera el Cielo— se viera en peligro, es decir, si algún día nos encontrásemos, como se encontraron nuestros antepasados, frente a alguna gran coalición de naciones hostiles, cuando acorralados tuviésemos que luchar por nuestras vidas, tengo la firme convicción de que estas colonias autónomas no dejarían de hacer nada que estuviese en su mano para venir en nuestra ayuda...

»Supongo que todos los ingleses estamos de acuerdo en que el Imperio británico es uno e indivible, y que ninguno de los Estados que lo forman está excluido de ninguna ventaja o privilegio de que el mismo Imperio goce. Hubiéramos podido suponer, por consiguiente, que un convenio mediante el cual Canadá nos concediera un beneficio —un tanto de preferencia en sus mercados— era una cuestión familiar, en la que nadie tenía por qué intervenir. Pero, desgraciadamente, Alemania piensa de otro modo. El Imperio alemán está ahí con sus Estados. Baviera, lo mismo que Hannover, Sajonia y Wurtenberg, pueden tratar entre ellas del modo que les plazca. Pero en el caso del Canadá, Alemania se obstina en considerarlo como si fuera un país independiente. Se niega a reconocerlo como parte de nuestro Imperio, con derecho a reclamar los privilegios de él. Considera que aquello es algo más que un convenio doméstico, y ha castigado al Canadá cargando sobre los productos canadienses un impuesto adicional.

»La razón de esto es clara. Los periódicos alemanes dicen francamente que esto es una política de represalias, que tiene por objeto impedir a otras colonias que nos concedan las mismas ventajas. No es, por tanto, meramente un castigo infligido por

Alemania al Canadá, sino una amenaza al Africa del Sur, a Australia y a Nueva Zelanda. Esta arbitraria política se justifica por la creencia de que nuestro sistema fiscal nos embaraza de tal modo, que no podemos intervenir en defensa de nuestras colonias, y que, por tanto, la que intente establecer cualquier género de relaciones especiales con nosotros, lo hace a todo riesgo, y acabará por verse abandonada al embate de la hostilidad extranjera. En mi opinión, esto es colocarnos en una situación humillante, que me parece poco grata. Ya sé lo que habrá de sobrevenir si aceptamos esta teoría; es fácil predecir las consecuencias. ¿Cómo es posible que en tales circunstancias podamos dirigirnos a nuestras colonias demandándoles su ayuda para mantener la unión del Imperio, o pidiéndoles que compartan con nosotros las cargas comunes? ¿Podemos decirles: "Este es nuestro Imperio; enorgulleceos de él, compartid sus privilegios"? ¿Ellos dirán: "¿Qué privilegios son esos?" Flaco privilegio es que, si os admitimos como parientes y amigos, si os mostramos benevolencia, si os damos preferencias, vosotros, que os beneficiáis de nuestros actos, no podáis hacer mejor cosa que dejarnos solos para que peleemos nuestras propias batallas contra aquellos a quienes nuestros actos ofenden. ¿Es esto el librecambio? No. Es una situación enteramente nueva; no ha habido ninguna como ella en nuestra Historia.»

El vigor de la reacción contra su política de reforma arancelaria sorprendió al propio Chamberlain. No se limitó a Inglaterra; se extendió a toda Europa y a América. El Dinero gruñó de nuevo amenazador, y contra el autor del *ultraje* apeló a todos los medios a su alcance. Se dividió el partido conservador; el propio Mr. Chamberlain dimitió con objeto de «ir en vanguardia al frente del Ejército»; de un extremo a otro, se cruzaron en el país réplicas y contrarréplicas sobre el pan del pueblo y el supuesto ataque que contra él estaba llevando a cabo el *terratenentismo.* Mr. Chamberlain continuó su campaña, y empezó entonces a darse una ligera cuenta del enemigo al que estaba atacando. Dijo: «Ved al capitalista, al hombre que vive de sus rentas... Puede invertir su dinero en países extranjeros y vivir de sus intereses, y los índices de la prosperidad del país dirán que éste se está enriqueciendo porque se está enriqueciendo el capitalista. Pero ¿y los trabajadores?»

Aludió a un director del American Steel Trust, que, previendo un período de baja, estaba preparándose para *invadir los mercados extranjeros* cuando su propio mercado se viese deflacionado por las *dificultades financieras.*

«Recordad —dijo Mr. Chamberlain— que puede no ser fácil invadir el mercado alemán o el francés o el ruso, porque en cada uno de ellos se encontrarán aranceles que, llegado el caso, se levantarán contra ellos. Irán al único mercado libre; vendrán a este país...

»Desde 1882, el total de las importancias hechas por industriales extranjeros en Gran Bretaña ha aumentado en 65 millones de libras.»

«El *dumping* —dijo en Liverpool el 27 de octubre de 1903— se produce cuando la producción de un país excede de su propia demanda, y no pudiendo colocarla en el interior, la vierte en alguna parte. Ahora bien, el Reino Unido es el único país donde puede realizarse con éxito esta operación, porque nuestros puertos son los únicos que están abiertos.

»Una cosa curiosa, de que no parece darse cuenta Mr. Asquith, es que el *dumping* sólo tiene lugar seriamente cuando el país que recurre a él padece una depresión.»

Esto era una estocada certera. El verdadero enemigo seguía, en realidad, oculto para míster Chamberlain; sin embargo, lo había tocado, porque lo que ocurre es que los productores se ven obligados a lanzar sus productos a los mercados extranjeros —esto es, al mercado británico— precisamente cuando por la restricción del crédito, se deflaciona su mercado de tal modo, que por falta de posibilidades de cambiarlos, los precios de los productos están en baja.

Mr. Chamberlain iba acercándose cada vez más a la posición de Disraeli. Un buen día llegó a lamentarse de que la política impusiera tan pocos sacrificios, porque se daba cuenta de la importancia que el sacrificio tenía como parte de una vida de servicio. Su aspiración era la de un Imperio en el que hombres y mujeres recogiesen los frutos de su trabajo, y se viesen libres de los horrores de esos períodos de depresión en que los pobres se ven despojados de su patrimonio y compelidos a morir de hambre en plena abundancia. Su llamamiento fue desoído. En 1906, los liberales volvieron al Poder con una abrumadora mayoría, y, poco después, el propio Mr. Chamberlain cayó herido por fatal enfermedad. No por ello fue estéril su labor. En los años posteriores a 1906, los espíritus ingleses parecieron conmoverse ante la aflictiva miseria del *país más rico de la tierra,* y el ala izquierda del partido liberal, bajo la jefatura de Mr. Lloyd George, inició una nueva etapa de reforma social, bajo la forma del principio de seguro del Estado contra

el paro y la enfermedad, e instituyeron las pensiones a la vejez. Estas medidas encontraron, naturalmente, una oposición cerrada de la plutocracia, a la que a su vez, atacó Mr. Lloyd George, quien habló mordazmente de *ese lugar, de una milla cuadrada, que se llama la City.* Los conservadores, entre tanto, mantuvieron viva la demanda de protección para el mercado nacional y el librecambio imperial. Inglaterra, a todas luces, estaba haciéndose poco segura para la *banca holandesa* y sus hijos gemelos, el *dumping* y la inanición.

En estos años se llegó al acuerdo con Francia y a la inteligencia con Rusia. El Dinero, que no había tenido inconveniente en coquetear con el prusianismo al mismo tiempo que usaba el *fantasma alemán* como medio de asustar al pueblo inglés de la protección y del librecambio imperial, empleó el argumento de que Alemania se vería obligada a tomar represalias si sus mercancías eran expulsadas de Inglaterra y del Imperio británico. Después de haber iniciado e intensificado por todos los medios imaginables la lucha por los mercados extranjeros —una de las causas de la guerra mundial— el Dinero empezó a predicar paz y buena voluntad, y a encarecer que, aunque Francia fuese atacada, Inglaterra permanecería al margen de la lucha; propaganda, por cierto, muy útil a Alemania.

Libro tercero

Restauración

«Ha ido penetrando en mi mente, poco a poco, la convicción de que es inútil ocuparse de los problemas económicos de actualidad si no se tiene una idea perfectamente clara de la naturaleza del Dinero —el instrumento de la Banca— que es ahora de tan alta importancia.»

(Lord Milner: *Cuestiones del momento.*)

Rey y Parlamento

BAJO el régimen feudal, el Rey, como lugarteniente de Dios, era dueño de toda la tierra sobre que reinaba, y ninguna parte de ella podía ser sustraída a su dominio. Nombraba hombres, a los que ennoblecía, para administrar su tierra, es decir, para proteger y promover la producción en forma tal, que cada uno de sus súbditos pudiese cumplir su deber para con Dios y para con sus semejantes; al mismo tiempo nombraba obispos para facilitar a sus súbditos el necesario conocimiento de Dios y de los beneficios de la Religión.

Propiedad privada de la tierra, en el sentido que se da hoy a tal expresión, no existía ni podía existir. El hombre podía disponer libremente de sus cosechas y productos, pero no de la tierra. En otras palabras, se consideraba que la iniciativa individual era lo más eficaz y productivo, y por esta razón se

estimulaba; pero la tierra era, en definitiva, propiedad de Dios; atribuida por El, en beneficio de los hombres, a la sagrada persona del Rey. El Rey era responsable ante Dios del uso de la tierra, base esencial para que los hombres pudiesen servir a Dios, gozarle, y subsistir ellos y sus familias.

Junto a la prohibición de enajenar la tierra, existía la de enajenar el dinero del Rey, es decir, el de Dios. El dinero de la época feudal servía como medio de distribuir los productos y asegurar su consumo. La facultad de emitir dinero se tenía casi por tan importante como la propiedad de la tierra, y era preciso, por tanto, sustraerla de las manos de los particulares, que podían verosímilmente aplicarla en beneficio propio.

Ya se ha visto cómo los plateros habían iniciado, desde tiempo atrás, el negocio de recortar, fundir y exportar el dinero del Rey, y cómo, al hacerlo, se apropiaron las facultades que van anejas a la de aumentar o disminuir la cantidad del dinero en el país. Andando el tiempo, el crédito reemplazó, en gran parte, a la moneda, pero los métodos de los banqueros no variaron sustancialmente. Lo que empezaron a hacer de un modo subrepticio, acabaron por convertirlo en un derecho suyo, adquiriendo así el de crear y variar libremente el valor del dinero, llegando a obligar al Rey y a todos sus súbditos a pagarles en mercancías y servicios el dinero creado de este modo. Con ello ejercitaron las principales facultades de la Corona, y asumieron un control virtual del Reino y de todas sus riquezas, que les permitió poner rápido fin al orden cristiano. En consecuencia, el Rey se vio obligado a pedir dinero a los banqueros, contrayendo deudas con ellos, y obligándose a pagarles los intereses que le

exigían. El mismo camino se vieron obligados a seguir cada uno de sus súbditos. Y lo que es aún más extraordinario, llegó la plutocracia a obtener del Parlamento la declaración de que hasta la forma de dinero emanada ostensiblemente del Rey, la moneda, debía quedar rígidamente sometida a las oscilaciones del oro, de tal modo que S.M. se viese en la imposibilidad absoluta de realizar cualquier operación económica que pudiera ocurrírsele, mientras la otra especie de dinero, la emanada de la plutocracia misma —los préstamos, los créditos— se viera libre de cualquier restricción que ella misma no decretase. *El juego del patrón oro* —según la terminología de los banqueros— tenía por principal finalidad la de impedir al Rey que cumpliese el más antiguo y característico de sus deberes para con Dios y para con su pueblo. Se vio atado al oro por los hombres para impedirle cumplir la que siempre había sido su misión: proporcionar directamente a sus súbditos el medio de cambiar sus productos, y, con ello, su modo de vivir.

La plutocracia, al ligar su propio dinero —emisiones de crédito— al oro, en la proporción de 10 libras crédito a una libra divisas, logró, además, decuplicar el efecto de cada movimiento de entrada y salida del oro en el país. El Rey no pudo usar ya su propia moneda para comprar fuera del Reino, sin que ello determinase instantáneamente una grave contracción de los instrumentos de cambio de su pueblo, y con ello una baja de precios. Se ha visto cómo un aumento de la importación de productos en tiempos de escasez conduce, necesariamente, cuando son pagados en oro, a un decrecimiento en la producción en el interior, como consecuencia de la baja de precios resultante. En otras palabras,

perdió el Rey la posibilidad de aliviar las necesidades de su pueblo, o, a la inversa, de ayudarle a dar salida a su exceso de producción.

Debe repetirse que la defensa de las potencias del dinero está basada en el supuesto de que tienen el *derecho de crear crédito* mediante un asiento en un libro, y de *prestarlo con interés,* es decir, cambiarlo por productos y servicios. Admitido esto, se deduce fácilmente que si el dinero así creado —el crédito— no obtiene una colocación provechosa, se retirará el préstamo. *Pero lo que se discute es precisamente el derecho de las potencias del Dinero a crearlo de la nada y a cambiarlo por productos y servicios,* aunque este derecho esté reconocido legalmente. No hay diferencia esencial entre este pretendido derecho y el que pudiera invocarse para aumentar el número de monedas del Rey, acuñando moneda falsa. En ambos casos, se cambia algo que nada ha costado, como son los asientos en un libro, por productos verdaderos y costosos, como son los de consumo. Podrá no ser verdad, literalmente, que los Bancos sean fábricas privadas de moneda; pero lo cierto es que su forma de crear dinero de la nada surte los mismos efectos que podrían tener tales fábricas. Parece, pues, que el pueblo inglés ha perdido considerablemente con el cambio que arrebató los poderes al Rey y se los dio al Parlamento. Hoy día, el Parlamento pide humildemente en préstamo a la Banca lo que sólo pertenece, en realidad, a Dios, al Rey y a su pueblo.

Ya se ha dicho cómo Napoleón creía que la única defensa encontrada por los hombres contra la usura era un Rey por la gracia de Dios. La historia de Inglaterra en el siglo XIX confirmó concluyentemente esta opinión. Inglaterra conservó su Trono,

pero vio disminuido su poder en favor del Parlamento. Muchos días de prueba pasó Inglaterra bajo sus Reyes; pero, a juicio de todos los observadores imparciales, su situación era mejor entonces, a pesar de ser tiempos de escasez y producción limitada, que lo es ahora, en que la capacidad productiva alcanza las actuales proporciones abrumadoras. ¿Qué pobreza ha podido compararse con la de las grandes ciudades industriales de Inglaterra cuando Disraeli y Chamberlain se atrevieron a desafiar las leyes de Mammón, y cuando, mediante esfuerzos que debieran haber ligado para siempre a este pueblo con su Casa Real, la Reina Victoria puso muy alto en su corazón el ideal del deber? El Parlamento ha traicionado a Inglaterra entregándola a la *Banca holandesa,* y ha puesto de manifiesto con ello que el liberalismo es incapaz de nada constructivo, salvo en una Monarquía en que el Rey esté investido de su verdadero poder. No fue el Gobierno, sino el Rey Eduardo, el que dio los primeros pasos fundamentales para acercar a Francia e Inglaterra en los días en que la suerte de este país dependía de esa alianza. El Parlamento no ha sabido evitar una espantosa miseria en medio de la prosperidad más prodigiosa; no ha sabido ni refutar la doctrina del lucro, ni someter la insolencia del dinero, ni salvar a la agricultura y a la industria de la intolerable carga de la usura. Pero quizá no sea la culpa del Parlamento, sino más bien de los que se imaginaron que tal instrumento podía desempeñar la función del Rey, sin comprender que es la gracia de Dios —por la que reina— la que arma al Rey contra el poder del Dinero, al armarle contra la codicia y el temor que sirven de pedestal a ese poder. No quiere esto decir, por supuesto, que los

Gobiernos y los Parlamentos británicos no obren impulsados por motivos más elevados, y no estén compuestos de hombres y mujeres que tengan la aspiración de servir a sus conciudadanos. No es en los hombres, sino en el sistema, donde está el mal. Lo mismo puede decirse también de los banqueros. La fe en Dios ha sido sustituida por la fe en el oro, y el oro se ha convertido en un Dios. Cabe en lo posible que hasta la misma plutocracia crea, de cierto modo, que el valor moral de su mercancía es superior al material.

Crédito

CUANDO empezó la guerra contra Alemania, quedó en suspenso la normalidad bancaria, y se promulgó una moratoria. En otro caso, todos los Bancos se hubieran declarado en quiebra a consecuencia de la retirada de fondos. Se planteó la gran cuestión: ¿deberá el Rey reasumir la función de emitir dinero? La cosa era sencilla. Lo que había que hacer, si se ejercitaba de nuevo la regia facultad, era emitir billetes de Tesorería, para los gastos nacionales que hubieran de ser pagados en libras, chelines y peniques, y que el Estado abriese créditos a los productores —al modo de los banqueros— en los términos convenientes. Pero tan pronto como se repusieron de su primer pánico las potencias del Dinero, se apresuraron a impedir un sistema de cosas que las hubiera destruido por su base. El Parlamento, gravemente alarmado, accedió a emitir los billetes de Tesorería por medio de los Bancos, y

a pedir dinero prestado con objeto de pagar los gastos de la guerra. En otras palabras, se impidió al Rey ejercer su función de emitir dinero para su pueblo, y se le obligó a pagar a los Bancos y a sus clientes altos tipos de interés a cambio de ciertos asientos en un libro. Es decir, se obligó al Rey a hipotecar los productos y el trabajo de su pueblo durante generaciones, a cambio de lo que le pertenecía en propiedad, y eso en un momento en que se acababa de poner al descubierto la incapacidad de los banqueros para pagar en metálico.

¿Qué garantías tenía el crédito abierto por los Bancos? Los billetes de Tesorería solamente. ¿Y quien garantizaba estos billetes de Tesorería? La Nación, el Rey y el pueblo; el heroísmo de los que iban a morir, la voluntad de vencer de los hombres y mujeres del país; el prestigio de la Casa Real; el patriotismo de los súbditos; y, añadido a todo esto, la competencia de los directores de la Agricultura y de la Industria; la habilidad de los artesanos; las máquinas y las fábricas movidas por la idea de servicio; la masa de productos obtenidos por el trabajo; la tierra; la propia Inglaterra. Todo este crédito se regaló liberalmente a las potencias del Dinero con objeto de que éstas pudieran prestárselo —a cambio de un inmenso beneficio— a sus legítimos dueños. ¿Puede nadie suponer que por el hecho de haberse entregado al Dinero el crédito nacional para que luego fuese devuelto por aquél a la Nación en forma de préstamos con interés, haya ganado ésta algo? ¿Puede creerse que si la Nación misma hubiera actuado como su propio banquero, hubieran tenido sus billetes menos aceptación, o hubiera tenido menos efecto el esfuerzo preciso para armar y alimentar a la nación?

«Era opinión general —escribió Lord Milner— fuertemente arraigada en los hombres versados en estudios económicos, que, si ninguna otra cosa determinaba el fin de la guerra, lo haría la imposibilidad de subvenir a su coste. A la vista del enorme dispendio que supone una guerra moderna, se alegó, muy razonablemente, que ningún gran país civilizado podría soportar durante mucho tiempo su peso financiero. A quien hubiera dicho en 1914 que nuestro propio país, por ejemplo, podía tener la posibilidad de habilitar diez mil millones de libras, o la mitad siquiera, o aun la cuarta parte de esa suma, con objeto de llevar a cabo la guerra, se le hubiera considerado como un loco. Sin embargo, no solamente habilitamos esa y aun mayor cantidad —más de tres mil millones de libras mediante impuestos, y más de siete mil millones de libras mediante empréstidos— sino que aún estábamos en condiciones de seguir procurándonos dinero. La situación que ocupaba entonces en los medios financieros, me permite hablar ahora de esto con perfecto conocimiento de causa.»

La experiencia hizo evidente que la guerra no había de tener fin por meras dificultades financieras. Pudo terminar —y hasta cierto punto así terminó— por una carencia absoluta de artículos indispensables: los alimenticios en primer lugar, y luego el carbón y las materias primas necesarias para la producción de municiones. De haberse seguido obteniendo éstos en la cantidad necesaria, no hubieran faltado nunca las fichas para dar a cambio.

Ya vio Lord Milner que estas fichas por las que se cambiaban aquellos artículos, no eran más que eso: fichas. Sólo la producción es lo que les da

valor. Estas fichas del Rey sirven a su pueblo para dos finalidades: para pagar servicios y para cambiar productos. ¿Por qué obligar al Rey a pagar intereses por ellas, como si la actividad de los banqueros hubiera producido fusiles, granadas y alimentos, y no meros asientos en un libro? Nadie ha dado respuesta a esta pregunta. Nadie ha negado tampoco que un 70 por 100, por lo menos, de los empréstitos de guerra fueron una ficción, ya que los banqueros se limitaron, al emitirlos, a prestar un dinero que no existía. Los asientos de contabilidad de los préstamos de guerra se han beneficiado exactamente con los mismos intereses que la parte mucho más pequeña de aquellos empréstitos cubierta con los ahorros de ciudadanos patriotas, que entregaban un dinero ganado con la prestación de servicios, o con la producción de artículos, y no como los banqueros, unos papeles con cifras escritas. Las enormes deudas llamadas de guerra, son principalmente las que contrajo el Rey con las potencias del Dinero, no por productos o servicios recibidos, sino por la suplantación de la prerrogativa regia, realizada por aquellas potencias. Vale decir que el Rey está pagando por lo que, en realidad, es exclusivamente suyo. Sólo la ignorancia de la democracia puede admitir que esto sea legal. Los Parlamentos, dondequiera que se han implantado, han seguido ese ejemplo. Donde hay un régimen parlamentario, gobiernan las potencias del Dinero, hasta el punto de que son términos inseparables «régimen parlamentario», «riquezas ostentosa» y «abyecta miseria».

En otro tiempo habrán podido verse obligados los Reyes, en épocas de escasez, a recurrir a los prestamistas; pero no se ha podido dar el caso de que

un Rey —a no estar encadenado por un Parlamento— haya tenido que pedir, en época de superabundancia, permiso para realizar lo que entra evidentemente dentro de su propia función.

«Cuando un país está en guerra —dice G. Hawtrey— la victoria es cuestión de vida o muerte; no hay términos medios: o la guerra a fondo, o una paz inmediata. Si para lo primero se hace preciso salvar una falta de fondos, puede tenerse que acudir de momento a los préstamos. Los préstamos temporales tienen esta ventaja, o este peligro: *que el dinero que se toma no es preciso que exista.* Directa o indirectamente, el prestamista es un banquero; lo que presta es un crédito, una obligación suya. Esta obligación puede crearla él mismo...

»Sólo mientras los créditos —emitidos por los Bancos— permitan disponer del trabajo, el suministro de alimentos, las armas, los barcos, el material circulante, los servicios de soldados y de marineros, el uso de un capital determinado... son algo más que un mero juego de prestidigitación financiero...»

A las «obligaciones» creadas y prestadas por los banqueros a la nación durante la guerra, les da valor, en definitiva, la propia nación, y no los banqueros. Es caso, pues, de preguntarse por qué habrá de permitirse a los banqueros considerar las obligaciones o créditos otorgados como dinero de su propiedad que, al ser prestado por ellos, ha de serles devuelto por el público con creces.

Sucede, además, que, cada vez que un banquero realiza una de estas creaciones de dinero, impone una nueva carga sobre la comunidad, ya que al aumentar la capacidad adquisitiva en su conjunto, hace perder algo de su valor a cada unidad de

capacidad adquisitiva anterior a esta creación. El Parlamento —como se ha visto— ha otorgado a la Banca el derecho de alterar a su libre arbitrio —aumentando o restringiendo los créditos— el valor del dinero del Rey. Y así, esa tan cacareada facultad del Parlamento de imponer contribuciones, ha seguido a la prerrogativa real en su tránsito a las manos de los banqueros. La regla «ningún impuesto no sancionado por los votos», deja de regir cuando los banqueros se dedican a aumentar los créditos.

Sería gratuito suponer que, con la entrega de estos grandes poderes a los banqueros, hubiese ganado nada la seguridad del Rey o de sus súbditos. Los banqueros no se cansan nunca de lanzar advertencias contra los peligros de la inflación; pero, como se ha visto, la inflación es uno de sus métodos habituales.

«El único modo efectivo de dirigir la emisión del papel moneda —dice G. Hawtrey— es el de vigilar las creaciones de crédito, ya que la demanda de dinero de curso legal para la circulación, es una consecuencia del suministro de créditos. Es la actuación de los Bancos, y no la emisión de billetes, lo que más afecta al valor de la unidad monetaria.»

Conviene tener esto presente para juzgar el valor de las advertencias contra la inflación que la Banca empezó a hacer durante la guerra, y en las que no ha cesado desde entonces. El hombre de la calle piensa vagamente que inflación quiere decir tanto como que el Rey paga sus deudas en «papel sin valor». Pero no cae en la cuenta de que las deudas del Estado son, en su mayor parte, deudas con los banqueros por créditos creados por ellos de la nada. Y que lo que interesa a los banqueros es

impedir que el Estado les devuelva nada por nada que recibió de ellos, lo que sucedería si aquél *concediera préstamos que excedieran de la capacidad productiva del país.*

Milner

ERA evidente que cada país beligerante sufría, en mayor o menor grado, de una verdadera inflación al final de la guerra. Cada uno había puesto en aquélla su máximo esfuerzo, y éste había sido escasamente suficiente para mantener al pueblo alimentado y abastecidos los ejércitos. Más y más concesiones de crédito se habían ido concediendo, a manera de espolazos, aun después de haberse alcanzado el tope de máxima producción.

Pero la terminación de la guerra llevó aparejada una completa transformación. Si las materias de consumo resultaban aún insuficientes, sus medios de producción se habían multiplicado por mil, puesto que los ejércitos no precisaban ya seguirse aprovisionando de cañones y granadas y de otras cosas semejantes. El Dinero, por consiguiente, fomentó la producción, con el resultado de una rápi-

da reposición de las reservas y una restauración del valor de los créditos concedidos con profusión durante la guerra. El efecto fue de un alza vertical de la producción en los años de 1919 y 1920, durante los cuales la industria desplegó su inmenso poder de recuperación. Las señales eran de una buena cosecha. Sólo quedó restringido el crédito —o sea, escaseó el dinero— con objeto de conseguir la baja de los precios de aquellos productos de nueva creación, devolviendo al Dinero todo, y aún más, de lo que había perdido de su poder de compra.

«En el primer año que siguió a la paz —escribió Lord Milner— surgió un clamor general que pedía producción intensificada. Todos los que estaban más o menos interesados en el trabajo productivo, así capitalistas como obreros, se vieron exhortados incesantemente a redoblar sus esfuerzos con objeto de reparar las pérdidas de la guerra. Y, de hecho, se vertió capital de refresco con toda liberalidad en algunas ramas de la industria manufacturera, que estaban ya más que sobradamente equipadas para poder responder adecuadamente a un considerable aumento en la demanda. Pero al punto cayó ésta, primero en una industria, luego en otra...

»Estoy harto de las inacabables lamentaciones de la Prensa y de las enfáticas conferencias de tantos hombres públicos acerca de nuestra pobreza como nación: la inmensa destrucción de riqueza que causó la guerra; la enorme carga de la deuda; el peligro de bancarrota nacional, y la necesidad de escatimar penosamente nuestros aminorados recursos, de no volver a tirar una sardina, ni aun teniendo la esperanza de coger un arenque... La consigna había de ser, no la contracción, sino la expansión; no la mera economía, sino el desarrollo de nuevas fuentes de riqueza.»

Si Lord Milner viviese aún, podría haber leído estas palabras de la respuesta que dio Inglaterra a América sobre las deudas de guerra: «Pero las reparaciones y las deudas de guerra representan gastos de destrucción. Fértiles campos fueron convertidos en eriales, y ciudades populosas en destrozadas ruinas. Tales gastos, en lugar de producir una lenta, pero continua, acumulación de riqueza, destruyeron en unas cuantas horas bienes acumulados en el pasado. Como las granadas en que, con largueza, se emplearon, estos empréstitos volaron en pedazos. No han producido nada que permita recuperarlos...»

Esto nos proporciona un excelente ejemplo de la confusión de pensamiento que tan extendida está hoy día. La verdad es, naturalmente, que los créditos de guerra se distribuyeron, como todos los créditos, en forma de sueldos, jornales, dividendos y beneficios. El Gobierno adquirió los productos del trabajo que con los créditos se recompensaba, y los consumió en la defensa del país contra el mayor peligro que jamás haya podido amenazarle. Ciertamente, hubiera sido demasiado esperar del dinero internacional que concediese la menor importancia a la salvación de Inglaterra: pero los ingleses tenían, tal vez, motivos para suponer que el Gobierno de Su Majestad denotaría mayor grado de comprensión. Si se acude, para un asunto como la producción del tabaco, a empréstitos cuyo producto se desvanecerá en humo, como las granadas, ¿por qué no ha expresado sus lamentaciones por semejante gasto *improductivo* ningún Gobierno?

Lord Milner desempeñó un papel capital en aquella actuación directora, que permitió a la Gran Bretaña y sus aliados ganar la guerra. No podía

concebir que un pueblo que acababa de alcanzar una resonante victoria, hubiera de mostrarse cohibido en el camino de la paz. Tenía que aprender que el pueblo inglés no actuaba libremente. El mayor mérito de sus escritos se debe al hecho de que se hallaba colocado en el vértice de los problemas que estudiaba, y, por tanto, podía forjarse opiniones bien contrastadas.

«La razón comúnmente aducida —escribió— para justificar la transición de tan altas esperanzas a tan mezquinos resultados, es la disipación de las reservas nacionales causada por la guerra. Esto, se arguye, dejó al país depauperado. Es cierto que inmediatamente después de terminada creció grandemente el comercio, que los salarios y los beneficios se mantuvieron altos, y que existió una ardorosa demanda de trabajo. Pero esta aparente prosperidad era realmente engañosa. Se debía a la «inflación», que ocultaba el verdadero estado de cosas. Antes o después, las pérdidas de la guerra se harían sentir forzosamente. Habíamos estado dilapidando nuestro capital —y aunque ese gasto podría ocultarse temporalmente por la gran subida que experimentaron los precios, lo que hacía que pareciese mayor nuestra riqueza nacional, en realidad aminorada— era seguro que, a fin de cuentas, se restringiera el espíritu de empresa y se disminuyera la capacidad de empleo.

»Los que sustentan esta opinión, consideran inevitablemente la presente depresión (1922)... Esta es la teoría popularmente admitida y consagrada por los economistas «ortodoxos». Otra teoría es que la depresión y la falta de trabajo en la Gran Bretaña se debe a la inexistencia de una verdadera demanda de productos ingleses por parte de ciertos países

extranjeros, con los que, antes de la guerra, sosteníamos un considerable comercio.

»Es evidente que estas teorías se contradicen, mejor que se apoyan, unas a otras. Pues, si fuera verdad que somos incapaces de alcanzar nuestro anterior nivel de producción por falta de capital, ello quedaría compensado con el hecho de que la demanda de nuestros productos esté también, en cierto grado, reducida.»

Lord Milner pudo haber añadido que la idea de que los créditos otorgados por los banqueros —esto es, el dinero que crean— los proporciona el ahorro, recibió con la guerra el golpe de gracia cuando los créditos sobrepasaron el ahorro total de la humanidad. La Banca sigue hablando como si el ahorro la proveyese del dinero que presta: pero esto es simplemente ocultar el hecho de que es ella misma quien crea el dinero *de la nada.* En el primer *addendum* del informe Mac Millan sobre finanzas, se dice:

«La teoría de que existe en cierto modo una reserva fija de empréstito asequible para financiar inversiones, que en toda circunstancia se emplea íntegramente, o de que el importe del ahorro público siempre corresponde exactamente al volumen de la nueva inversión, es, creemos nosotros, equivocada... Nos asociamos al testimonio de Sir R. Hopkins, de que sería erróneo atribuir este criterio al Tesoro en los actuales momentos.»

El verdadero objetivo de las potencias del Dinero fue el de madurar, a la manera corriente, la cosecha creada por la desmesurada crecida, esto es, provocando la quiebra. Y este objetivo se alcanzó con un éxito tal, que en 1922 —como en 1822— la prosperidad desapareció, y los productores lanzaban sus artículos al mercado por bajo del precio de coste, o se precipitaban a inundar con ellos los mercados del extranjero. La bancarrota se enseñoreaba del país mano a mano con el paro. La confusión causada en el espíritu público la describía así Lord Milner:

«Tratemos de pintar la impresión que sus experiencias hayan podido dejar en el ánimo de todo trabajador medianamente inteligente, un hombre, por ejemplo, hábil en su oficio, pero en posesión tan sólo de aquel conocimiento de los problemas generales del mundo que pudiera haber recogido en la constante lectura de su diario preferido.

»Durante meses y meses, después de la terminación de la guerra, se habían aturdido sus oídos con la cantinela de que el mundo padecía escasez de productos, y se le había abrumado con exhortaciones, a él y a los de su clase dirigidas, de que no se relajaran, sino que, por el contrario, trabajasen con creciente energía para cubrir el déficit.

»En ello, se le aseguraba con vehemencia, consistía su deber para con la patria y para con el mundo, y en esa conducta se encontraba, al mismo tiempo, la única senda segura para la mejora de su propia situación. Este fue el llamamiento unánime que le fue dirigido por las más altas autoridades mundiales en la industria y en las finanzas. Y lo obedeció como mejor pudo, para encontrar tan sólo, uno o dos años después, que los almacenes de sus patronos estaban abarrotados de productos que no se podían vender, y que sus servicios no eran ya necesarios.

»Y entonces, cuando, burlado, empezó a sondear por sí mismo en las causas de tan extraña contradicción, se le dijo que, desgraciadamente, se había

padecido un error; que la actividad a que tan fervientemente se le había exhortado a contribuir era «febril»; que debía haber sabido —que todos debíamos haber sabido— que después de la guerra era obligado que sobreviniera aquella quiebra, porque *las arcas del capital se habían agotado,* y no teníamos dinero para producir nada, ni nadie lo tenía, tampoco, para comprar lo que se produjera. Y, sin embargo, al mismo tiempo leía en su periodico que en Alemania, donde era de suponer que «las arcas del capital» estarían igualmente agotadas, seguía desarrollándose, todavía, una inmensa actividad industrial, y que allí estaba el paro próximo a desaparecer.

»Más aún: supo que los alemanes seguían enviando sus manufacturas a nuestro país, que, a pesar de su lamentable empobrecimiento, era en apariencia bastante rico todavía para constituir el mejor mercado del mundo para toda clase de productos extranjeros. Pero los alemanes, así se le aseguraba, sólo podían realizar esto gracias a su malvada e idiota resolución de depreciar su moneda, lo que les permitía vender a bajo precio, no sólo en nuestro país, sino en cualquier otra parte. Esta maniobra suya podría posiblemente contrarrestarse, sin embargo, si él y sus compañeros aceptaban buenamente, durante un período indefinido, una reducción tal en sus salarios, que permitiese una vez más al fabricante británico competir con el alemán en un terreno de igualdad. Y esta perspectiva sombría no se hizo con seguridad más brillante cuando, echando las cuentas por sí mismo, hubo, al fin, de enterarse de que, aun cuando sus salarios se redujeron casi a cero, seguiría siendo evidente que los productos ingleses no podrían llegar a fabricarse tan baratos como en Alemania.

»Y a pesar de todo, se le repetía que era inútil pensar en ningún otro remedio. Y así tuvo que aceptarlo tristemente. Porque ¿no se le había enseñado desde su niñez, y estaban todos sus más ilustrados patriotas conformes con ello, que era prueba de imbecilidad mental y casi de depravación moral no «comprar siempre en el mercado más barato», o hacer cualquier cosa que pudiera de algún modo proporcionar al productor inglés la más ligera desventaja en su compentencia con el extranjero? Esta conducta, decimos, la aceptó, aunque le pareciese bastante duro que, como precio de la victoria, los vencedores se vieran condenados a una perpetua indigencia...»

En 1922, el Gobierno de coalición, que, en su turbación ante el espectáculo de la ruina, se había sometido humildemente a la política de deflacción y al consiguiente *sabotaje* de todos sus jactanciosos planes de «reconstrucción», incluidas en ellos las «casas para héroes», fue reemplazado por un Gobierno conservador bajo la jefatura de Bonar Law. El nuevo Gobierno era favorable a la reforma arancelaria y al Comercio libre en el Imperio. El Partido liberal, deshecho durante la guerra, se reconstituyó apresuradamente, con objeto de combatir aquella «amenaza contra el comercio libre.» El resultado fue la derrota de míster Baldwin —sucesor de Bonar Law— en 1923 y la entrada del primer Gobierno laborista, presidido por Mac Donald. El liberalismo había salvado la libertad de comercio, pero no había conseguido salvarse a sí mismo. Los poderes del Dinero tuvieron que emplearse en contra del partido socialista, envanecido por su triunfo, y se sometieron a regañadientes al «subsidio contra el paro» y a la Reforma Social como transacción, ya

que se libraban de la pesadilla de un mercado británico protegido.

El dinero no tenía miedo al socialismo como tal. Los financieros prefieren Gobiernos con recursos ilimitados, a deudores particulares, que cabe en lo posible que falten a sus compromisos; y, por lo tanto, han solido ser propicios a la iniciativa y mercantilismo del Estado, siempre que, naturalmente, puedan ejercer influencia sobre él. La experiencia de Rusia, en la que toda una nación vive esclavizada con objeto de pagar altos intereses a los financieros que la están proporcionando los medios materiales para el desarrollo de sus planes quinquenales, ha demostrado ampliamente que el Dinero tiene poco que temer de la destrucción del sistema capitalista de producción individual. (El sistema capitalista, por el contrario, como ya hemos visto, es frecuentemente un enemigo para las potencias del dinero.) Habiendo el bolchevismo destruido en Rusia la Monarquía y la lealtad, se vio obligado a descansar, como Robespierre, en la codicia, por un lado, y en un terror sin freno, por el otro, únicas alternativas posibles de la ley del amor. La concepción socialista del Estado nos llevaría, en todas partes, a un resultado semejante, porque cuando se confiesa como único objetivo el lucro, surge al instante el crimen en el umbral; aunque puedan, en algún caso, transcurrir muchos años antes de que, aparentemente, quede traspasado dicho umbral. El Dinero fue militante en el pasado, y fácil será que tome en los días que el futuro le reserva una forma militar.

La caída del primer Gobierno laborista y la vuelta al poder de Baldwin significaron sólo un cambio muy pequeño. Pero Baldwin estaba ahora comprometido a abstenerse de tocar a la libertad de comercio, y además quedaba sujeto a críticas de que nunca se le había hecho objeto anteriormente, dirigidas por el ala izquierda del partido, excesivamente fuerte. En 1925, el Gobierno decidió volver al patrón oro con la antigua paridad. Fue un paso de gran importancia, porque las monedas francesa, belga e italiana no estaban aún «estabilizadas» con respecto al oro, mientras que, en Alemania, la estabilidad de la nueva moneda-oro que había reemplazado al marco depreciado, sólo había podido mantenerse por una radical restricción del crédito realizada por el Banco Central en 1924. El porvenir del cambio en la India no estaba aún determinado, y el Sistema Federal de Reservas en América no hacía más que empezar a desarrollar en un sentido deliberado su sistema de operaciones de mercado abierto. La situación en América, desde entonces, es la clave de la política del Dinero.

«América se había librado de su servidumbre como acreedora de Europa durante la guerra —dice el informe Mac Millan— y desde entonces se vio que la marca había cambiado definitivamente de sentido, y que los Estados Unidos, habiendo superado el punto de transición de un país predominantemente agrícola a marcadamente industrial, estaban abocados a la repetición a su costa de la historia de la Gran Bretaña, surgiendo ante el mundo como exportadores de capital en gran escala. Durante varios años, después de terminada la guerra, el crecimiento de la exportación de capitales americanos fue, verdaderamente, el medio indispensable de recuperación de las posibilidades económicas en el resto del mundo. Las emisiones con garantía a largo plazo en los Estados Unidos alcan-

zaron su valor máximo en los cuatro años del período 1925-1928, durante el cual el importe neto colocado a largo plazo ascendió a 4.789 millones de dólares, o sea casi mil millones de libras, cantidad doble del volumen de las emisiones de capital a largo plazo lanzadas en Londres —482.000.000 de libras— durante el mismo período... Las inversiones americanas tuvieron efectos sorprendentes en las zonas —América Central y del Sur y Europa Central— en las que se realizaron principalmente aquellas inversiones.»

En otras palabras, había tocado en suerte a los norteamericanos ser poseedores de un inmenso poder prestamista, pero en un momento en que los Estados Unidos se hallaban muy lejos de estar en condiciones francamente favorables a las operaciones de crédito. Los prestamistas, como queda dicho, exigen la facultad de invertir su dinero en donde les place, y también la de impedir que el dinero que sustraen del mercado propio pueda ser reintegrado por otro medio. Estas son, en efecto, las exigencias imprescindibles para el adecuado funcionamiento del patrón oro y para la existencia de la libertad de comercio. Pues —lo repetiremos— si el comercio no es libre, los beneficiarios de créditos no pueden pagar en mercancías los intereses correspondientes, mientras que, por otra parte, si los aranceles proporcionan una protección al mercado nacional, los fabricantes se sienten capaces de sostener los precios de sus productos muy por encima de los del resto del mundo, pudiendo así contrarrestar los esfuerzos del dinero para obligarles a producir tan barato como sus compañeros de otros países.

El dinero americano, se vio, pues, obligado a

realizar sus operaciones a través de Londres, donde existía un mercado libre para las mercancías, y en donde, por tanto, se podían vender en oro los productos para enviar aquél a Nueva York.

Este sistema presenta el inconveniente de ser limitada la cantidad de oro. Esta dificultad aumentó en peso enormemente, por el hecho de que las deudas de guerra habían de pagarse a los Estados Unidos en oro. No había bastante oro en el mundo para pagar las deudas de guerra y los intereses de las deudas ordinarias, a menos que América continuase exportando oro con la misma velocidad con que lo recibía, esto es, a menos que pusiera oro a disposición de los Gobiernos extranjeros. Como sabemos, adoptó esta línea de conducta.

Pero aún así, el pago de los intereses de estos empréstitos a los Gobiernos extranjeros, añadido al pago de los intereses de las deudas de guerra, de tal modo engrosó la corriente de oro dirigida sobre Nueva York, que amenazó al resto del mundo con una verdadera hambre de metal amarillo. El Dinero, por tanto, empezó a reclamar una reducción de aranceles, que consintiesen a los productos extranjeros entrar en los puertos norteamericanos. Inmediatamente cundió el pánico entre los poderosos fabricantes yanquis. Pusieron en juego toda su influencia, hasta surgir el choque entre el Dinero y la produción, o sea, entre los prestamistas y los productores.

Esta es la verdadera causa de la crisis mundial, y merece, por tanto, ser estudiada con cierta atención. Como se ha visto, la plutocracia trata siempre de prestar al más alto interés compatible con su seguridad. Para lograrlo, tiene que poder mover con libertad su mercancía, el oro, por toda la

redondez del mundo cuando y como le plazca. El pecado de los productores americanos consistió, a juicio del Dinero, en que estaban impidiendo al oro salir de América —o, en el lenguaje de las finanzas, que fuera «redistribuído» por todo el mundo. En otras palabras —y este es el punto más importante— *impedían que el oro* —en grandes cantidades, por supuesto— *produjese interés a sus dueños.* Un dueño de oro no prestará su codiciada mercancía a un mercado en el que los precios estén altos —y donde, por lo tanto, esté barato el dinero— siempre que pueda prestarlo en otro mercado, en el que, por estar bajos los precios, el dinero esté caro; quiere, en definitiva, obtener para su dinero el mayor valor. Y como los precios americanos estaban excepcionalmente altos, los dueños del oro en aquel país no querían invertirlo en su mercado. Querían emplearlo fuera de los Estados Unidos: en países extranjeros.

Pero un dueño de oro no lo prestará a un país extranjero, a menos de tener la seguridad de que ese país podrá pagarle su interés, sea en oro, sea en especie. Si llega a escasear tanto el oro en los países extraños, que desaparece la facultad de pagar en ese mismo patrón el interés de los préstamos, y si, al mismo tiempo, se niega a las mercancías la entrada en el país en que se halla establecido el prestamista, éste dejará, más pronto o más tarde, de prestar su precioso metal, con lo que se interrumpirá su negocio de usura; y no es sólo eso, sino que, si la cantidad del preciado metal así inmovilizado o esterilizado, es muy grande, el normal juego del patrón oro en otros países puede verse seriamente amenazado. Los poderes del dinero quieren que el oro escasee; pero no tanto que los precios de

todas las cosas caigan por bajo del coste de producción, con la inevitable consecuencia de que todos los Gobiernos vayan a la bancarrota, porque no quede nadie que pueda pagar impuestos. Una cesantía de oro de tal naturaleza puede arrastrar a discusiones desagradables e impertinentes acerca de la necesidad del oro, y a investigaciones, más desagradables todavía, acerca del modo de pasar sin él.

A causa de la enorme riada de oro que afluía a Norteamérica, impulsada por el pago de las deudas de guerra, y a causa también de la negativa de aquel país —expresada en sus aranceles— a admitir mercancías extranjeras, la mitad del oro del mundo estaba produciendo mucho menos —un simple interés bancario— de lo que podía haber rentado, en tanto que el patrón oro iba perdiendo su reputación en todos los demás países del mundo, porque todos sufrían escasez del mismo.

En vista de ello se puso el Dinero a la tarea de dar la batalla, para acabar con este estado de cosas, es decir, a la tarea de aniquilar el poder de los productores norteamericanos como medida previa para hacer bajar la barrera arancelaria de los Estados Unidos. Fue la batalla de la usura mundial contra los magnates de la industria norteamericana.

Pronto se vio claramente que estos magnates y los obreros que de ellos dependían, iban a ofrecer al Dinero una resistencia mucho más fuerte que la que este poder estaba acostumbrado a encontrar en los países europeos. La idea, por ejemplo, de que debía abandonarse la política proteccionista con objeto de permitir el pago en especie del interés de sus préstamos a los acreedores de las finanzas americanas, fue rechazada con violencia por los fabri-

cantes americanos, que se preguntaban indignados si de lo que se trataba era de arruinarlos a ellos y a sus obreros, obligándoles a competir con la manufactura europea, más barata. Naturalmente, era esto, precisamente, lo que se había propuesto el Dinero. Los fabricantes americanos, por otra parte, no se oponían a que los dueños americanos de oro aumentaran sus préstamos al extranjero, porque ello favorecía la exportación de sus propios productos; pero, como ya se ha explicado, las mercancías exportadas por un país y pagadas por medio de préstamos concedidos por ese mismo país, no pagan las importaciones del mismo. Vienen a constituir como una especie de aportación voluntaria. Por consiguiente, sólo una baja de precios en el mercado norteamericano podría nivelar la balanza; pero aunque los fabricantes americanos deseaban, como es lógico, exportar lo más posible, no querían reducir el poder de adquisición del mercado nacional al reducir los salarios para bajar los costes. La Banca les preguntó cómo en tal caso pretendían producir con la suficiente baratura para surtir a los deudores extranjeros de las mercancías que les eran precisas para poder pagar el interés de sus préstamos, y cómo pretendían pagar en especie las mercancías que se importasen a América. «Si os negáis a producir más barato —era el argumento— seréis incapaces de vender en el exterior bastantes productos para mantener el equilibrio entre las exportaciones y las importanciones, y será, por consiguiente, necesario exportar oro con objeto de nivelar las cuentas. El efecto de una salida de oro será la reducción del valor del dinero y del importe global de los préstamos, es decir, del poder adquisitivo del mercado interior.»

Esta es, como se sabe, la antigua exigencia de la plutocracia, de que *el dinero que se ha colocado en el exterior no se reintegre al mercado de origen.* Era el medio de conseguir la baja de los precios y de los salarios en los Estados Unidos, y, por tanto una reducción del poder adquisitivo de este país. Se exigió una reducción en los derechos arancelarios, allanando el camino de los deudores al dinero americano para el pago de mercancías de los intereses de sus préstamos. Este es el juego buscado por el principio de que *el dinero debe quedar en libertad de buscar su nivel.*

Los fabricantes americanos, sin embargo, no querían, en modo alguno, escuchar la voz del Dinero. Ejercían toda la presión posible sobre su Gobierno para mantener la barrera arancelaria, tras de la cual aspiraban a mantener los precios de sus productos a un nivel que les permitiera recuperar los costes en el mercado nacional, quedando así en disposición de forzar la exportación a precios inferiores a los del resto del mundo. Para disponer de las inmensas cantidades de mercancías necesarias para llenar estas exigencias, se implantaron métodos intensivos de producción en masa, planes de «racionalización», y *trusts* de carácter tan formidable, que para el propio sistema bancario no era empresa fácil resistirles. El poder adquisitivo del mercado nacional se elevó aún más, por medios como el de las compras a plazo.

Era este un reto directo y peligroso de los productores contra la usura. Entrañaba el peligro de que tuvieran que cesar las colocaciones de dinero en el extranjero, puesto que ningún país podría pagar en mercancías —a través de la barrera arancelaria— el interés de los empréstitos que se le concedieran.

Esto quería decir, por consiguiente, que, no pudiendo el dinero buscar su nivel libremente, tendría, inevitablemente, que emplearse en el mercado interno.

Entretanto, la corriente del dinero afluía siempre, más y más de prisa, hacia Nueva York. El oro empezó a amontonarse en los Bancos Centrales. La plutocracia no sabía cómo prestarlo en el exterior; pero estaba más decidida que nunca a no prestarlo en su país para no aumentar todavía más los precios en el mercado nacional. El oro, pues, permaneció encerrado en los subterráneos de los Bancos. Esto es, fue atesorado como si nunca hubiera sido arrancado de las entrañas de la tierra.

Esto era una política deliberada, aprobada —en las circunstancias especiales por las que se atravesaba— por la Banca del mundo entero, la que se hallaba bien al tanto de que los Estados Unidos son un país muy agrícola, y de que los agricultores norteamericanos dependen de sus ventas en el exterior de trigo, algodón, tabaco y otros productos. Una caída de los precios mundiales había de ser necesariamente un rudo golpe para esos agricultores, y habría de reducir, por tanto, a los industriales sus posibilidades de ventas, compeliéndoles, con ello, a reducir los precios y a rebajar los salarios. La política de acaparamiento del oro, en otros términos, conseguía la misma finalidad que hubiera tenido la de prestar a los países extranjeros. Su propósito era el de obligar a los productores norteamericanos a producir más barato —esto es, obligar a los deudores de aquel país a pagar mayores tipos de interés sobre los anticipos que se les habían otorgado— de modo que quedase minada la fortaleza de esos productores, y rota, por consiguiente,

su resistencia a la reducción arancelaria. Los dueños americanos de oro esperaban así poder prestar en el exterior, con la seguridad de que sus deudores podrían, a su vez, pagarles los intereses en la única forma asequible, esto es, vendiendo al mercado americano sus mercancías.

La política de atesoramiento triunfó en toda la línea. Como para pagar las deudas a Norteamérica había emigrado el oro de los Bancos Centrales de Europa, estos Bancos —de acuerdo con las normas de sus negocios— retiraron dinero de la circulación. A medida que esta retirada se iba realizando, los créditos a la agricultura y a la industria se fueron amortizando en la proporción de 10 libras de crédito por cada una en dinero. Un país tras otro, se fueron viendo desposeídos de su poder adquisitivo; cayeron los precios y se redujeron los salarios.

El agricultor americano sufrió la mayor violencia del huracán desencadenado, porque no estaba tan bien protegido como su compatriota el fabricante, y tuvo que reducir los precios con objeto de poder vender sus frutos. Con ello vio disminuir su capacidad de compra a los fabricantes, y éstos empezaron, a su vez, a padecer.

Esta era la situación en 1927. Por aquel entonces, sin embargo, los agricultores y los fabricantes constituían un elemento excesivamente poderoso e influyente. Ejercieron tal presión sobre el Gobierno y sobre el sistema bancario, que obligó a abandonar la política de atesoramiento, y a pesar de todas las objeciones que se opusieron, se emprendió una nueva política de créditos.

Fue una verdadera victoria de la producción sobre la usura. Las potencias del Dinero se encontraron una vez más en la situación en que se habían

visto en Inglaterra, tan a menudo, durante el siglo XIX, antes de que su poder ofensivo hubiese llegado a organizarse suficientemente bien para dejar, tanto a la agricultura como a la industria, indefensas ante sus exigencias.

«Hablando en términos generales —dice el informe Mac Millan en un lenguaje de admirable concisión —los Estados Unidos siguieron adquiriendo oro durante la postguerra, hasta que, a mediados de mayo de 1927, la existencia de oro en aquel país alcanzó su valor máximo con la suma de 4.700.000.000 de dólares. Era política deliberada de las autoridades de la Reserva Federal considerar estas existencias de oro como un fondo de garantía... La política de esterilización del oro fue la expresión objetiva de este punto de vista. En 1927 parecieron llegar a coincidir los intereses de la Banca norteamericana con las necesidades del mundo exterior. En el otoño de 1927, el Sistema de Reserva propugnó el abaratamiento del dinero en el mercado de Nueva York, estimulando con ello un alza en los valores internacionales.

»El oro empezó a retornar a sus cuarteles, y en junio de 1928 los Estados Unidos habían perdido 600.000.000 de dólares de su reserva amarilla... Facilidades de crédito... habían engendrado un período de prosperidad mundial que, *inter alia,* permitió a la Gran Bretaña recuperarse en cierto grado de los efectos directos de su vuelta al patrón oro y de las dificultades industriales producidas por ella.»

La resistencia presentada por los productores norteamericanos había causado, naturalmente, una gran angustia en las potencias del Dinero de todo el resto del mundo, que advertían claramente su verdadero significado de reto y amenaza de muerte.

Londres, por ejemplo, no había dejado de obtener cierto provecho del papel de agente de corretaje que desempeñó entre los prestamistas americanos y sus deudores europeos y sudamericanos; pero estaba lejos de asentir a la forma en que muchos de los créditos americanos se habían negociado, porque preveía las interminables dificultades que iban a surgir con los deudores a quienes se había facilitado dinero con demasiada ligereza y en exagerada cantidad.

Londres, entretanto, se resentía agudamente de la baja de precios.

«La vuelta al patrón oro en 1925 —dice el informe Mac Millan— requería la reducción de los precios-plata y, en consecuencia, de los costes de producción en dinero —esto es, salarios— en un grado que se estima con gran variedad. De cualquier modo, la situación actual, iniciada en los años que siguieron a la vuelta del patrón oro, señala aquel paso como el origen de una serie de dificultades para el comercio e industria británicos. Cualquiera que fuese el desequilibrio existente todavía en 1924 entre costes y precios, se vio seriamente acentuado por el ajuste de los precios-plata a los precios-oro. Si éstos hubieran seguido creciendo en la progresión que hasta entonces, estas dificultades habrían desaparecido en gran parte; pero tal como se desarrollaron los acontecimientos, los precios-oro cayeron, y las esperanzas puestas en ellos quedaron defraudadas.»

Entre las penalidades a que todo ello sometió a los ingleses, figuran la huelga general y el paro en las minas de carbón. Por fortuna, el triunfo de los productores americanos sobre la política de atesoramiento concedió algún respiro a la agricultura y a

la industria mundiales y, por lo tanto, a las de Inglaterra.

Los productores norteamericanos se salieron por aquel entonces enteramente con la suya. Los agricultores empezaron a comprarles nuevamente, y como prestar al extranjero era todavía difícil a causa de las tarifas aduaneras, y el atesoramiento se había hecho también imposible, los dueños del dinero se vieron más o menos forzados a darle empleo en el mercado nacional. Este se encontró de pronto en posesión de un poder adquisitivo de un volumen tan grande, como no se había visto en la historia de la humanidad. Subieron precios y salarios, y los frutos del trabajo y de la ciencia se hicieron asequibles repentinamente a millones de hombres y mujeres. El resto del mundo, asfixiado entre las poderosas garras de la usura y empezando a sufrir otra vez hambre de oro, a duras penas daba crédito a sus ojos. Había llegado la «edad dorada» con que soñaron los hombres desde el origen de los tiempos. El acontecimiento lo describe así el informe Mac Millan:

«La situación del crédito en los Estados Unidos iba a cambiar ahora; pero a cambiar desastrosamente en sus reacciones sobre el resto del mundo. En primer lugar, el dinero barato aceleró en los Estados Unidos la ya visible tendencia, a pesar de un relativo estancamiento en los negocios en 1927, a una elevación de precios.

»Desde 1925 a 1928 la construcción y edificación en los Estados Unidos aumentaron en una escala sin precedentes, alcanzando el volumen colosal de 4.800.000.000 de dólares en el conjunto de los cuatro años —100.000.000 mensuales de dólares— lo que doblaba el valor de la misma construcción en

los cuatro años que mediaron entre 1919 y 1922. La puesta en circulación de este enorme volumen de poder addquisitivo, que no estaba directamente ligado a ningún correspondiente incremento en la producción de materias de consumo inmediato, causó un enorme crecimiento en los beneficios de los negocios, cuya culminación tuvo lugar en 1928 y 1929.

»Al mismo tiempo, la cotización bursátil de los títulos aumentó en proporción aún mayor que la de los beneficios, así como la prosperidad de los negocios, debido a la creencia de que había amanecido una «nueva era» en los Estados Unidos, merced a la producción en masa y a la elevación de salarios. La dificultad de determinar una base razonable para la capitalización de la renta de los títulos, hizo posible que éstos se vendieran a plazos de compra de treinta o cuarenta años, y aún más, sin que la opinión pública se alarmara por ello.

»Con tan deslumbradoras oportunidades en la cotización de los efectos, no es sorprendente que empezase a ser más o menos difícil lanzar en Nueva York empréstitos internacionales o vender bonos a los capitalistas norteamericanos, no fuera que declinasen los precios de las emisiones y de valores ya existentes. Al disparatado mercado de obligaciones de 1924-1927 había sucedido el absurdo mercado de acciones de 1928-1929.»

Normalmente, este enorme aumento del poder adquisitivo del mercado interno debió ser causa, según las reglas que rigen el patrón oro, de la completa destrucción del comercio americano de exportación, y de una corriente emigratoria de oro con que satisfacer el pago de las importaciones. Pero, como hemos visto, el fabricante americano

—gracias a su arancel protector— había encontrado el modo de recuperar en el mercado interno el coste de sus productos, pudiendo de este modo lanzarlos al exterior a precios de competencia. El comercio de exportación, pues, permaneció intacto, en tanto que el negocio de prestar al extranjero seguía siendo tan difícil como antes. En esta situación, se ganó, lejos de perderse, oro. Las cotizaciones que diariamente se alcanzaban en Wall Street eran tan tentadoras, que los dueños extranjeros de oro empezaron a especular en gran escala con las acciones americanas.

Tan pronto como esta gente adquiría acciones, dejaba lógicamente de ser dueña de oro. Su precioso metal afluía a América, engrosando la riada. Así, las potencias del dinero del resto del mundo vieron cómo desaparecía su mercancía en cantidades cada vez mayores tras la barrera arancelaria de aquel país, en donde, en conjunto, todo estaba produciendo demasiado poco —fue el dinero barato el que comenzó y sostuvo el alza— y, por tanto, redoblaron sus esfuerzos para tratar de infligir una definitiva derrota a los magnates industriales y a su «nueva era».

Existía en aquella «nueva era» una debilidad fatal: el hecho de que el patrón oro se hubiera restablecido en toda Europa y por todo el mundo. El alza americana determinó, como hemos visto, un enorme estancamiento de oro. El resto del mundo experimentó, una vez más, la restricción de créditos —causada por la falta de oro— y la caída de los precios. Puesto que el poder adquisitivo de los agricultores americanos es esencial a la prosperidad de sus compatriotas industriales, y desde el momento que aquéllos han de ajustarse para sus ventas a los precios mundiales, se comprende que el alza había forzosamente de llevar en sí misma su propia destrucción en cuanto los precios mundiales del trigo y del algodón bajasen lo bastante para desposeer al agricultor americano de aquel su poder de compra.

Esta caída ocurrió en el verano de 1929, cuando aún persistía la prosperidad. Ocurrió, pues, a pesar de la elevada demanda americana ocasionada por el alza, demanda que, naturalmente, afectaba al resto del mundo en idéntica proporción. Tan pronto como los precios mundiales de los productos agrícolas empezaron a descender, la presión que el Dinero venía ejerciendo en todas partes para obligar a rendirse a los productores americanos, comenzó a lograr sus frutos.

«Desde el primer instante del período más espectacular del alza —dice el informe Mac Millan— las autoridades de la Reserva Nacional contemplaron con recelo la situación. En tres sucesivos escalones, durante 1928, el descuento de Nueva York se elevó desde el 3,5 por 100, a cuya cifra se había reducido en agosto, al 5 por 100 en julio, y, al mismo tiempo, en un esfuerzo por dominar el mercado, los títulos que poseía el Sistema de Reserva se vendieron en gran escala...

»Estos —y otros— actos realizados por el Banco de Reservas impidieron que el crédito se extendiese a más del necesario importe para contrarrestar los movimientos del oro; pero no pudieron dominar a los restantes elementos de la situación... Existía, lanzada a la vorágine de la especulación americana, una masa de pequeños capitales, no sólo de agencias no bancarias de los Estados Unidos, sino también de países europeos... Entre el 23

de junio de 1928 y el 11 de enero de 1929, la existencia de oro aumentó en 7.000.000 de dólares; entre esa fecha y el 25 de octubre de 1929, aumentó en otros 282.000.000 de dólares...

»El esfuerzo realizado para producir el alza en los Estados Unidos condujo en todas partes a una política de dinero caro, casi en el momento en que las condiciones económicas habían madurado para una política favorable al abaratamiento del dinero.»

Los productores americanos vieron ahora disminuir su poder adquisitivo, y empezaron, por necesidad, a bajar los precios. En cuanto lo hicieron, se redujeron los beneficios, y las perspectivas de una «nueva era» se desvanecieron. En otoño de 1929, la gran quiebra de Wall Street anunció al mundo que las potencias del dinero habían infligido una derrota a sus enemigos.

La derrota, sin embargo, desde el punto de vista del Dinero, no resultaba suficientemente dura. No se trataba de arruinar a los especuladores y a los agentes de Bolsa, sino de la destrucción final del poder de los industriales con el derrumbamiento de su muralla arancelaria, aquel obstáculo inquebrantable para la libertad del movimiento del oro. A pesar de la quiebra y del terror y desconcierto que se siguieron, los productores americanos eran aún bastante poderosos para ofrecer una eficaz resistencia contra cualquier atentado a sus aranceles.

Que hicieron bien en resistir, no lo puede dudar quien se haga cargo de las cosas que defendían en la lucha. Se han dirigido duras censuras —generalmente, por los amigos del Dinero— contra los directores de la industria americana, pero estos hombres, después de todo, velaban por una producción de la que dependían sus compatriotas. Al im-

posibilitarles la distribución de sus mercancías, la vida en América entró necesariamente en una fase de depresión; las fábricas tuvieron que cerrarse; millones de hombres y mujeres humildes se vieron entregados a los horrores del paro. La causa de los industriales era la de la humanidad.

Si hubieran tenido un jefe de clara visión, inmediatamente habrían solicitado una medida de protección para los agricultores igual a la que ellos disfrutaban. Los productos agrícolas se hubieran vendido entonces de nuevo con beneficio, y el labrador habría recuperado su antiguo poder adquisitivo.

Desgraciadamente, los industriales no estaban menos sólidamente ligados al sistema de lucro que sus enemigos los banqueros. Como es lógico, deseaban ver a los agricultores recuperar su poder adquisitivo; pero no que aquella facultad se reconquistase a su costa. No querían que el coste de los alimentos se elevara, porque ello habría supuesto la correspondiente subida a sus expensas de los salarios. No tuvieron, pues, los agricultores el apoyo de los industriales en su petición de una barrera arancelaria más elevada. El Dinero se vio así libre de la angustiosa incertidumbre de que los Estados Unidos pudiesen al fin desprenderse de sus garras siguiendo una política de nacionalismo económico.

Después de la quiebra de Wall Street no tuvieron otra cosa que hacer en Norteamérica las potencias del dinero que empezar a atesorar de nuevo el oro, porque, en el trastorno en que se encontraba el mundo, nadie sentía el menor deseo de aventurarse en nuevos empréstitos. El oro, por tanto, continuó afluyendo a Nueva York, y los precios siguieron bajando en todas partes, dando por resultado que los fabricantes se vieran obligados a reducir los

salarios, a despedir a sus empleados y obreros, y hasta, en muchos casos, a cesar en sus negocios. En todas partes los beneficios desaparecían, al mismo tiempo que aumentaba el número de los sin trabajo. No se pudieron pagar los impuestos, y apareció el déficit en los presupuestos nacionales.

El espectáculo de esta ruina universal no desvió un punto a las potencias del dinero de sus propósitos concentrados en torno a la defensa del oro inmovilizado, como prisionero, en los Estados Unidos. Los dueños americanos o europeos del oro eran, a este respecto, de un parecer unánime.

Francia, gracias a la política de M. Poincaré, había levantado altas barreras aduaneras para proteger sus industrias y su agricultura, y, en consecuencia, había obtenido, como América por razón de los pagos por reparaciones, grandes cantidades de oro; no menos, seguramente, de la cuarta parte del oro mundial. Los agricultores e industriales franceses, al igual que sus colegas americanos, estaban decididos a no perder la protección oficial, y para ello lograron el apoyo de su Gobierno, el cual, por razones nacionales, estaba satisfecho de ver a París en posesión de tan sustanciosa reserva de oro. La plutocracia francesa, como la americana, mostraba aversión a prestar dinero a un mundo arruinado, y, en consecuencia, guardaba su oro con no menos celo que la Banca de los Estados Unidos.

Los precios franceses en los mercados mundiales eran muy bajos, porque M. Poincaré había tenido la precaución, al volver Francia al patrón oro, de ligar el franco a una cantidad de ese metal de menor valor adquisitivo que el que en realidad correspondía al franco en sí. (Por ejemplo: Mientras un franco podía comprar una docena de huevos

en Francia, el dueño de ese mismo franco sólo podía cambiarlo por una cantidad de oro equivalente al valor de nueve huevos en los mercados mundiales. Un francés, podía, pues, tratar de vender doce huevos en los mercados mundiales contra los nueve, por ejemplo, de un inglés.) De este modo, el comercio de exportación francés se vio al principio menos afectado por la baja mundial de precios que el comercio de exportación de cualquier otro país. Mas como una gran parte del comercio francés de exportación consiste en artículos de lujo —por ejemplo: vino, sedas, vestidos femeninos, perfumes y aceites, y el tráfico turístico— la creciente pobreza del mundo afectó seriamente a este comercio de lujo, privando de su poder adquisitivo a las gentes que de él vivían. Y el descenso continuado de los precios mundiales fue gradualmente privando a los franceses de la ventajosa situación en que les había situado la política seguida por Poincaré. (El valor del oro, debido a su escasez, había aumentado de tal modo, que la cantidad de ese metal que representaba un franco, podía ahora comprar doce huevos en lugar de nueve, y parecía que bien pronto habían de comprarse con ella muchos más.) Francia, pues, vio el poder de compra de su mercado interno amenazado de igual forma que lo había sido el del mercado interno americano. Al igual que los productores americanos, los franceses, ante esta situación, se aferraron desesperadamente a sus tarifas aduaneras.

Entretanto, el Gobierno francés seguía el curso de los acontecimientos con viva ansiedad. Temía especialmente que, si Francia quedaba envuelta en la ruina universal, no pudiese mantener sus fuerzas combativas —Ejército, Marina y Fuerzas aéreas—

y, en tal caso, Alemania no tardaría en librarse de las obligaciones que le habían sido impuestas por los tratados de paz. Y como el Dinero estaba deseando desentenderse de reparaciones y deudas de guerra, que habían jugado papel tan principal en el nacimiento de aquella corriente de oro hacia París y Nueva York, fue acusado de germanófilo por el Gobierno francés, el cual tenía también serios motivos de queja de la ayuda financiera que, a su juicio, estaba recibiendo Berlín de Nueva York y de Londres. ¿Qué iba a ser de Francia, si la crisis financiera la atacaba en el momento en que se estaba ayudando materialmente a Alemania a levantarse?

Así, la lucha entre la usura y la producción vino a añadirse a la lucha entre las naciones. La actitud francesa respecto a Inglaterra llegó a ser recelosa en grado sumo, y la perturbación ocasionada por ella se extendió mucho más allá de los confines de la City de Londres.

Esta es la explicación de gran parte de la historia del segundo Gobierno laborista, tan extraña, en apariencia, al asociarse con el liberalismo, declararse partidario de la libertad de comercio, y hacerse el sordo a las demandas de los grupos extremos de sus propios miembros. Al mismo tiempo, puso en juego todos sus recursos para salvar el sistema de subsidios a los parados. Los conservadores prestaron apoyo a estos esfuerzos, en tanto que atacaban la libertad de comercio y exaltaban la necesidad de dar preferencia a los productos del Imperio.

Londres, entre tanto, se esforzaba en contrarrestar los efectos de la obstinada resistencia de los industriales americanos y de los nacionalistas franceses a las pretensiones de las potencias del dinero.

Era obvio que el abandono del patrón oro por Inglaterra ofrecía el más seguro y rápido medio de salir de una situación que, aun a la altura de 1930, iba a diario haciéndose más difícil, ya que, abandonado el oro, Inglaterra se libraría de la asfixia producida por la baja de los precios-oro, así como de la carga agobiante de las deudas y costes que le imponían estos precios en baja.

Pero, contra estas evidentes ventajas del abandono del patrón oro, se alzaba la desventaja importantísima, desde el punto de vista del Dinero, de que el patrón oro sufriera un gran descrédito a los ojos del mundo, precisamente en un momento en que había llegado a desacreditarse demasiado. Si Londres abandonaba el patrón oro, ¿se adheriría nadie a él en el porvenir? La usura se sintió alarmada por la visión terrible de un mundo que pudiese seguir viviendo muy bien sin su oro —esto es, de un mundo en el que los hombres pudiesen cambiar entre sí sus productos, gozando de su trabajo. Lo repetimos: ¿cuál sería el efecto en las mentes del enorme número de extranjeros que habían prestado su dinero a corto plazo en el mercado de Londres, si perdían, por ejemplo, una cuarta parte de sus valores a consecuencia de un acto deliberado de sus deudores? Añádase a esto la general creencia de que el oro es esencial para la salvación del mundo.

Quedó, pues, desechada toda idea de abandono del patrón oro; y, como todo el mundo —sin exceptuar al que esto escribe— estaba ofuscado por la doctrina monetaria universalmente aceptada, los productores británicos sucumbieron ante los furiosos embates del huracán desencadenado por las potencias del dinero. La producción disminuyó, ya que los precios en venta habían quedado muy

por bajo de los de coste; aumentaron el paro y las quiebras; disminuyeron los ingresos por contribuciones. Y esta fue la experiencia de todos los países del mundo, porque en todas partes continuó el oro imponiendo su tiranía. A mediados de 1931, América se hallaba de nuevo en posesión de casi la riqueza total del oro del mundo —mil millones de libras— en tanto que la reserva de Francia alcanzaba casi a la mitad del resto —500.000.000 de libras. Un mundo abarrotado de mercancías se vio obligado a componérselas con la cuarta parte de sus medios de cambio normales, y, por tanto, hubo de rebajar a la cuarta parte el consumo de aquéllas.

Entonces empezó un país tras otro a abandonar el patrón oro, esto es, a quebrantar la regla de que debe darse oro en cantidad fija ante la petición de cambio de la moneda en circulación. Se hizo evidente para muchos que si todos los países emprendían este camino y se proveían decididamente —acuñando o imprimiendo— de las cantidades necesarias de dinero para el intercambio de sus productos la crisis remitiría inmediatamente. Pero fue tan hábil y tenaz la propaganda de las potencias del dinero a favor de su mercancía, el oro, que la mayoría del género humano quedó convencida de que, con tal proceder, se iría derechamente a la ruina. En vista de ello, la verdadera marcha hacia esa ruina continuó con velocidad siempre creciente. Las naciones deudoras, bajo el peso de sus deudas, se encontraron sumidas en el paro, y las grandes naciones acreedoras —Inglaterra, América y Francia— vieron hundirse sus industrias y su agricultura, y pobladas sus grandes ciudades de hombres y mujeres sin trabajo, sujetos vivientes de tragedia y desesperación.

Estas grandes naciones acreedoras están todas gobernadas parlamentariamente. Ninguno de sus Gobiernos comprendió lo que ocurría con la suficiente claridad para atreverse a desafiar seriamente a las potencias del dinero, en nombre de los hombres, mujeres y niños sobre los que aquéllas estaban acumulando las mayores penalidades. Los Gobiernos, por el contrario, adoptaron en todos los casos, con la mayor buena fe, una actitud que daba a entender que la humanidad se hallaba enfrentada con una calamidad inevitable y fatal, especie de intervención demiúrgica, contra la cual ningún humano poder prevalecería. A un mundo así afligido se le decía que sus penalidades demostraban cuán imposible era, para toda nación, vivir con sus propios medios —esto, naturalmente, es trágicamente cierto, en dondequiera funciona el patrón oro —y cuán necesario es, pues, anteponer las consideraciones internacionales a las nacionales. Se hizo el más caprichoso empleo de la palabra *inflación,* calificando con ella el período en que América, con un libre intercambio de sus productos, había llevado la satisfacción y las comodidades a toda la masa de su pueblo. Este período, se decía ahora, fue una época de licencioso desenfreno; tiempo, en consecuencia, del que América debía sentirse avergonzada. Los americanos, se añadía, debían, en realidad, alegrarse de haberse librado de aquella *prosperidad ficticia,* y de verse nuevamente asentados sobre los seguros cimientos de la miseria y del paro.

Ni siquiera los mismos productores americanos se aventuraron a oponerse a esta doctrina de la usura. Su mundo se hundía por momentos, y, sin embargo, parecieron llegar a creer que nadie tenía la culpa. Si se aferraron desesperadamente a sus aran-

celes, sólo fue obedeciendo a un instinto que apenas intentaron justificar. Ni uno de ellos se preguntó dónde estaban las ventajas del patrón oro o de aquel *sólido sistema financiero,* que era la única causa de su ruina. No parece habérsele ocurrido a ninguno que si no hubiera existido el patrón oro y se hubiera obrado siquiera con el más elemental sentido común en el otorgamiento de créditos, ningún contratiempo habría surgido, no ya en la misma Norteamérica, sino en el mundo exterior, *por la sencilla razón de que un aumento del poder adquisitivo de los Estados Unidos no hubiera, en ese caso, llevado consigo una contracción del poder adquisitivo del resto del mundo.* Cierto es que los hombres que tan obstinadamente combatían por conservar el arancel protector de sus industrias y de sus obreros, se mostraron igualmente tenaces en la exigencia de que el pago de las deudas de guerra se hiciera en oro. A tal extremo había llegado la confusión en las mentes de los hombres introducida por el sistema de lucro.

Sólo el Dinero sabía, en medio de esta confusión, lo que quería, y sólo él comprendía lo ocurrido. No cedió un ápice en sus exigencias, y siguió implacablemente hostil, tanto al arancel americano como al Tratado de Versalles. No simpatizando en lo más mínimo con Alemania, patrocinó su causa, por la razón de que ésta había venido a ser la causa del patrón oro y por lo tanto, de la usura. Sin odiar a Francia, la engañaba y traicionaba, porque sus temores respecto a Alemania amenazaban con estorbar el rápido cumplimiento de su propósito de redistribuir la riqueza en oro del mundo, asegurando, una vez más así, el abrazo estrangulador que le permitía dominar la producción.

Sólo cuando este objetivo llega a comprenderse claramente, es posible darse cuenta del origen de la animosidad popular contra América y Francia, pero especialmente contra Francia, que en muchos países caracterizaron los primeros meses de 1931. Esta animosidad fue consecuencia de una intensa propaganda ideada para presentar al Dinero como el campeón de un mundo devorado por el Shylock americano, o de una Alemania condenada a gemir para siempre bajo el pie de Francia. Se invitaba a los ingleses y a los americanos a odiar a los franceses; a los ingleses y franceses, a odiar a los americanos. Se hizo creer que, mientras la avaricia de Nueva York se atracaba de oro, el Moloch parisién abría sus fauces para devorar al pobre pueblo alemán indefenso.

El plan —como resulta ahora claro— era suscitar suficiente simpatía por Alemania en América para mover el corazón de Hoover, induciéndole a decretar una moratoria en los pagos de las deudas de guerra, y excitar suficiente temor de Alemania en Francia para forzar al Gobierno francés a someterse a la moratoria. Porque —se decía— una vez que se interrumpiese la corriente de oro que afluía hacia Nueva York, ocasionada por el pago de las deudas de guerra, los precios, relativamente altos, de las mercancías, aún prevalecientes en América, podrían impedir su exportación, forzándola así a pagar sus importaciones en oro. Así, a pesar de su arancel, el oro podría empezar a afluir hacia el exterior. Y, antes o después, la emigración del oro obligaría a los industriales a rebajar sus precios hasta el nivel mundial.

Este plan del Dinero estuvo a punto de triunfar. Tan elocuentes y emocionados fueron los llama-

mientos hechos a favor de Alemania, que el Presidente Hoover decretó, como se pedía, la moratoria. Pero el Gobierno francés no fue tan fácil de persuadir, y opuso reparos a la moratoria. Al mismo tiempo manifestó claramente que, si la política británica no se llevaba de acuerdo con la suya propia, retiraría inmediatamente las grandes reservas de oro que tenía depositadas en el Banco de Inglaterra. Esta amenaza era terrible para los ingleses, porque la crisis mundial había agotado todos los recursos de Inglaterra, haciendo quebrar a casi todos sus deudores. ¿Estaba la Gran Bretaña expuesta a quedar privada de su patrón oro por una ofensiva de esa índole contra su Banca?

Toda la opinión vio con espanto una posibilidad semejante. Tal calamidad, decidió el país en masa, debía evitarse a toda costa —aun a la de someter la política británica a los dictados de Francia— pidiéndole un préstamo de oro. En vista de ello, se gestionaron créditos con Francia y América.

La gracia del Rey

ES habitual en las potencias del dinero cargar sobre otras gentes la culpa de los desastres que causan. Un ejemplo notable surgió cuando la tempestad que amenazaba desde París se cernió sobre Londres. En aquel momento, como hemos dicho, el mundo estaba desposeído de cerca de las tres cuartas partes de su poder adquisitivo, porque cerca de las tres cuartas partes de su riqueza en oro habían sido atesoradas. Los precios de las mercancías habían caído en todas partes a un nivel excepcionalmente bajo, y, por tanto, los productores estaban abandonando sus negocios, despidiendo a sus obreros, y dejando de pagar los impuestos de utilidades. En estas circunstancias, todos los presupuestos nacionales se desequilibraron, y todos los países del mundo se encontraron ante la perspectiva de un comercio de exportación decadente.

Pero estos hechos no impidieron a la plutocracia internacional declarar, en el tono más alto y amenazador, que la crisis financiera de Londres se debía, en gran parte, a la disipada extravagancia del Gobierno laborista inglés. El Gobierno, se aseguraba, estaba lanzando al país a la ruina. Vivía rebasando sus disponibilidades a causa de los préstamos que hacía a las cajas de subsidios a los parados. Sus gastos en servicios sociales eran una amenaza para la seguridad de la Nación.

Es elocuente testimonio del dominio sobre las inteligencias que Mammón, en nuestros días, es capaz de ejercer, el que cargos tan evidentemente falsos y descabellados se admitieran casi sin discusión, aun por aquellos contra quienes se lanzaban. El Gobierno laborista británico no supo qué replicar, mientras los arquitectos nefastos de la ruina universal, dándoselas de salvadores del género humano, le abrumaban a ultrajes e improperios. Los ministros de Su Majestad, en su mayor parte, confesaron su error, y prometieron humildemente enmendar sus pasos. Reducirían los gastos; nivelarían el presupuesto; vivirían en el futuro ateniéndose a sus medios.

Esta rendición motivó protestas, naturalmente, por parte de las gentes destinadas a sufrir sus efectos. Y el Gobierno, aunque aparentemente convencido de la justicia de las acusaciones formuladas contra él, y de la necesidad de un cambio de política, sintió el temor de disgustar a sus partidarios políticos. Cundió entonces por el país la mayor alarma, y se intensificó aún más cuando se supo que los créditos de Francia y América estaban agotados, y que si no se obtenían inmediatamente otros nuevos, la ruina era inevitable. En estas circunstancias, el vapuleado y desmoralizado Gobierno perdió su última posibilidad de resistencia, y se hundió.

Sería bueno que los ingleses grabasen en su mente aquella disolución. La verdadera razón del comienzo de la crisis, en Inglaterra antes que en otra parte, fue la sobrevaloración de la libra en 1925, cuando se volvió al patrón oro. La causa íntima de la crisis en el resto del mundo estaba bien lejos de los límites de aquella nación. Aun así, ambas catástrofes se cargaron a la cuenta de los ministros del Rey, y se atribuyeron a un desenfreno cuyo solo objeto, en todo caso, fue el de preservar al pueblo inglés de sufrimientos y calamidades.

El Parlamento pagaba el precio de su rendición, un siglo antes, a la plutocracia. Nunca existió espectáculo más lamentable, que el de un pueblo conquistador en cien campos de batalla de títulos que le hacían merecedor de respeto, acudiendo, sombrero en mano, al extranjero. ¿Qué iba a ocurrir si las naciones se negaban a prestar a Inglaterra más dinero? ¿Y si la libra se hundía? ¿Sería posible entonces alimentar a los millones de seres de las grandes ciudades? Tan nubladas estaban las mentes por la propaganda del Dinero, que pudo ponerse en tela de juicio el crédito de una de las razas más capaces y emprendedoras de la tierra.

Entretanto, Su Majestad el Rey retornó a Londres. Mr. Mac Donald presentó su dimisión, y se produjo una anticipada satisfacción en los círculos financieros, porque se presentía la rápida pérdida del Poder para el laborismo, y se descontaba un brusco coste de subsidios y servicios sociales. Era cosa reservada al Rey, sin embargo, la elección del Jefe del Gobierno. Su Majestad requirió a Mr.

Mac Donald a que permaneciese en su puesto y formase un Gobierno nacional.

Esto significó la promesa hecha por el Rey, al pueblo inglés y al mundo, de que los sacrificios que fueran precisos se impondrían a todos por igual, y que no se disminuirían las garantías de los débiles y de los pobres. Es evidente que en esta elección del Jefe del partido laborista para presidir un Gabinete nacional, se manifestó un acto de la Monarquía de decisiva importancia. Cuando todos desmayaban, el Rey expresó su confianza en el valor, la abnegación y el alto patriotismo de su pueblo. Cuando todos estaban dispuestos a someterse a las bravatas y amenazas del Dinero, y a proceder de acuerdo con sus mandatos, el Rey eligió al hombre que como Jefe del Gobierno saliente, había sido más enconadamente atacado por aquél.

Bien está comparar, en contraste aleccionador, aquel gesto del Rey con la pusilámine jactancia del Dinero. El perverso diosecillo sentábase, lívido de terror, en su trono, chillando que todo debía entregarse a la destrucción para que el «crédito» pudiera restaurarse. Sólo un Rey habría osado desentenderse de tal griterío. En la hora de su destino, el gran Hipócrita fue puesto en evidencia: aquel que poseía el entendimiento de Rey, que es la gracia de Dios, acudió en socorro de su pueblo.

Contraataque

No podéis servir a Dios y a Mammón.
NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

CÓMO quedó justificada la fe del Rey en su pueblo, es cosa viva aún en la memoria de todo individuo. La Gran Bretaña renunció al patrón oro; el patriotismo, el valor y la disciplina del pueblo británico hicieron que se considerase ese acontecimiento como un episodio sin importancia. En la creencia de que así ayudaban a su país, se avinieron los ingleses a la imposición de nuevas y abrumadoras cargas fiscales; los parados, el mismo día en que las reducciones de sus escasas pensiones se hicieron efectivas, votaron por los hombres que habían decretado las restricciones. El mundo, atónito, se enteró de que el crédito de una nación

reside en los corazones de sus hombres y mujeres, en su lealtad y devoción, y en su modo de sentir el servicio del bien común.

Pero sería un error que estas manifestaciones del amor que los ingleses profesan a su Rey y a su Patria iban a conmover las entrañas del dinero internacional. Los ingleses habían accedido a nivelar su presupuesto, porque creían que esa actitud sostendría ante el mundo el honor de Inglaterra. ¿Cuántos de ellos sabían que el mérito de un presupuesto nivelado, a los ojos del Dinero, reside en el hecho de que evita la necesidad —de otro modo, apremiante— de elevar los precios de los productos? Si una nación se niega a soportar nuevos impuestos para nivelar su presupuesto, el proceso de la nivelación se llevará de todos modos a cabo por el procedimiento —menos atrayente para las potencias del dinero— de crear más contribuyentes, aumentando el poder de compra y elevando los precios, acreciendo así el número de las gentes capaces de realizar ganancias.

El único objetivo, a la sazón, del Dinero —con crisis o sin ella— era el de exportar el oro que yacía atesorado en Nueva York y París, y así restaurar el patrón oro en su completa actividad. Este objetivo, como ya hemos visto, exigía que se detuviese la corriente de oro que fluía hacia esos centros. Necesitaba, por lo tanto, la desaparición de las deudas de guerra y de reparaciones, y la reducción de los aranceles americanos y franceses. América se debía persuadir de su espléndido destino como pacificadora del mundo y amiga bienhechora de la Humanidad; Francia debía convencerse de que el único camino conducente a su seguridad, era el de perdonar las deudas y reducir los armamentos.

Es evidente que los ideales del desarme, del perdón de las deudas y del amor fraternal entre los pueblos, tienen que ejercer un efecto inmediato de atracción sobre los hombres de corazón noble y amables sentimientos de todos los países del mundo. Esto se está viendo todos los días, ¡Qué sorpresa, pues, para las buenas gentes que por toda Europa piden reducciones de deudas y armamentos, igualdad de derechos internacionales, fortalecimiento del poder de la Sociedad de Naciones y del valor de los diversos pactos y convenios de paz, si supiesen que actúan exactamente en el mismo sentido en que las potencias del dinero desearían que actuasen, y que, probablemente, por lo tanto, son enemigos, más que amigos, de las causas por las que abogan! Porque deseo del Dinero es amarrar al mundo nuevamente con aquel sistema de ruinosa competencia por la conquista de los mercados extranjeros que es el patrón oro, y que, como verdadera ley de la selva, es una causa primordial de lucha y de guerra entre las naciones.

No menos sorprendidos se encontrarían, probablemente, los miembros del partido conservador si se les dijera que la política proteccionista y defensora del comercio imperial, está, en nuestros días, sirviendo eficazmente a los designios de la plutocracia internacional. Una y otra vez hemos demostrado en estas páginas que un mercado británico libre es esencial al buen funcionamiento del sistema del Dinero, y este aserto sigue siendo verdadero, como tal vez descubra algún día el partido conservador. El caso es que el sistema monetario no funciona en la actualidad satisfactoriamente, debido a la imposibilidad de sacar el oro acumulado en Nueva York y París.

Hicimos notar anteriormente, que cuando los Gobiernos norteamericano y francés levantaron a tal altura sus barreras aduaneras, que sus deudores se vieron impedidos de pagar en mercancías los intereses de los empréstitos que se les habían hecho, estos deudores se valieron de los mercados libres de Europa. Vendieron en Inglaterra sus mercancías oro —elevando así el número de parados de nuestro país— y lo enviaron a Nueva York y París. Y como el más inmediato objetivo del Dinero es el de poner un tope a este tráfico del oro en un solo sentido, el cierre del mercado británico es, por el momento, un agradable paso dado en el camino de sus deseos. Más aún: el arancel, al impedir las importaciones, ayuda a enderezar la balanza comercial, evitando así una corriente emigratoria del oro, que, inevitablemente, tomaba la dirección de Nueva York y París.

Pero los propagandistas del Dinero no toleran nunca que se olvide que su objetivo final no es la protección, sino la libertad de comercio en todo el mundo. Si el principal objetivo del Dinero —o sea, la redistribución del oro— ha de cumplirse, pronto serán convertidos en blanco de los más violentos ataques y de las más acerbas censuras los acuerdos de Ottawa y el arancel británico. Si Londres ha de seguir siendo el centro financiero del mundo, el mercado de Londres debe ser libre. Por tanto, el partido conservador, que, en su ingenuidad, está dejando a la agricultura británica derivar hacia una ruina sin esperanza, y que se está convirtiendo en el intérprete o portavoz de la campaña prosalarios y jornales más bajos, debiera buscar rápidos esclarecimientos. Podrá ser cierto que un alza en el precio de la carne inflija molestias a los jornaleros del

norte de Inglaterra; pero, asimismo, y en un grado mucho más elevado, las acarrearían las pérdidas de jornales ocasionados por las campañas pro-economía, emprendidas en el momento en que el mundo se hunde bajo el peso de sus productos sin salida. ¿Está seguro el partido conservador de que su impopularidad, cuando llegue el momento de volver al comercio libre, será motivo de pesadumbre para la plutocracia internacional? El conservadurismo está débil, porque ha vuelto, durante mucho tiempo, la espalda al Torysmo. Recuérdese las palabras de Disraeli: «El Torysmo tiene sus orígenes en grandes principios; simpatiza con los humildes; levanta sus ojos al Ser Supremo. No está muerto, sino dormido.»

Que la plutocracia internacional quiere ver a Inglaterra adoptar de nuevo el patrón oro, es, naturalmente, cierto, de toda evidencia. Pero esto no significa que los financieros fuesen a perder el tiempo en lamentaciones cuando tuvo lugar la ruptura con dicho patrón, en septiembre de 1931. Entretanto, los productores británicos han aprovechado algunas pequeñas ventajas. Basta recordar que, por el simple hecho de dejar que la libra «caiga» con relación al dólar y al franco, los precios de las mercancías británicas pueden rebajarse en los países extranjeros, sin necesidad de efectuar ninguna disminución del poder de compra —esto es, de los jornales— en la propia Inglaterra. Mientras más bajen en los mercados extranjeros los precios de las mercancías británicas, más difícil se hace a las francesas y americanas competir con ellas, porque, como éstas siguen manteniéndose en el patrón oro, sólo pueden reducir sus precios rebajando jornales, o sea, disminuyendo el poder de

compra de sus mercados internos, el cual es ya demasiado bajo para permitir que en los mercados interiores se recuperen los costes. Por consiguiente, por ahora no hay que pensar en el *dumping.*

La plutocracia mundial, sin embargo, utiliza la oportunidad que le brinda la suspensión del patrón oro en Inglaterra, no para tratar de elevar, como creen algunos, los precios mundiales de las mercancías, sino para reducirlos a niveles aún más bajos. La verdad es que, mientras los productores consideran los precios existentes como ruinosamente bajos, las potencias del dinero los estiman ruinosamente altos.

Porque el Dinero mide los precios solo en relación al oro. Como quiera que existe muy poco oro libre a disposición del mundo en nuestros días, y como el poder de compra del mundo está rígidamente limitado por esta pequeña cantidad de oro, los precios, según el parecer del Dinero, deberían ser considerablemente más bajos de lo que son, y los jornales deberían reducirse seriamente, con objeto de facilitar la baja de precios.

Según esta doctrina, la total desaparición del oro libre —que hubiera podido ocurrir de haber insistido América en cobrar hasta el último céntimo— reduciría precios y jornales a cero, y traería consigo el fin de la actividad y de la vida humanas, por grande que fuera el poder de producción de los hombres. En otros términos: el pan no es siempre pan, y desde luego deja de serlo cuando no hay oro que le infunda la calidad de alimento. Esta teoría, más mística que económica, nos sugiere que el poder de las tinieblas es más real de lo que mucha gentes está dispuesta a creer en nuestros días.

Existen observadores competentes, convencidos

de que la larga y temible lucha por conseguir precios cada vez más bajos —expresión económica de la batalla entre la usura, de un lado, y los industriales americanos y nacionalistas franceses por otro— se decidirá en un futuro no muy remoto en favor de la usura. En otras palabras: el oro atesorado en Nueva York y en París, se colocará una vez más a intereses elevados por todo el mundo. Esta opinión está fundada en el hecho de la nivelación del presupuesto inglés, y en que, a diferencia de Francia y Norteamérica, Inglaterra posee una valuta que no está actualmente ligada al oro.

Los dos presupuestos, americano y francés, están desnivelados sin remedio. Serían precisas reducciones radicales en los gastos del Estado, y nuevas y más duras cargas fiscales, o una *elevación en el nivel de los precios internos.* Como se estiman imposibles nuevas reducciones de gastos y nuevos aumentos de impuestos y contribución, se afirma en ambos países que deben, pues, subirse los precios.

Pero una elevación de los precios, dada la desmoralización existente en los mercados interiores de América y Francia, significaría el fracaso de la competencia con Inglaterra en los mercados mundiales. (Los productores ingleses, sin reducir los jornales, con un presupuesto nivelado y una moneda libre, pueden, si lo necesitan, bajar más aún los precios.) Se arguye, por tanto, que Inglaterra se apoderará de todo el comercio de exportación del mundo, y atraerá hacia sí, en pago de sus exportaciones, gran parte del oro que yace acumulado en Nueva York y en París, si bien puede razonablemente objetarse, que esto ha de tener un proceso lento, dado el monopolio americano del algodón, del tabaco de Virginia y, parcialmente, del petró-

leo, y que, en todo caso, América *puede* volver a la política de *dumping*. No cabe duda de que todos los elementos económicos que favorecen a la plutocracia internacional han sido utilizados por ese poder con gran habilidad y atrevimiento. Pero sería un error suponer que el industrialismo americano y el nacionalismo francés no han de seguir ofreciendo una fuerte resistencia.

Se cree comúnmente en Inglaterra que, desde septiembre de 1931, los Gobiernos norteamericano y francés han venido practicando políticas diametralmente opuestas. No es así, precisamente. Ni el Gobierno norteamericano ni el francés dudan del supremo valor del oro; pero sobre ambos Gobiernos pesan factores especiales. El Gobierno norteamericano está comprometido en el mantenimiento de las tarifas aduaneras; el francés está subordinado al Tratado de Versalles. Y el Dinero es terminantemente opuesto tanto a una cosa como a otra.

Sería sorprendente, en estas circunstancias, que no existieran ciertos lazos de simpatía entre los industriales americanos y los nacionalistas franceses. Después de la visita a Wáshington de M. Laval, Presidente entonces del Gobierno francés, se dijo en Inglaterra que los Estados Unidos se habían visto obligados a dejar de prestar ayuda a Alemania ante las amenazas de que fuera recogido el oro francés. Hubo, en efecto, grandes retiradas de oro; pero éstas continuaron después de que los intereses americanos en Alemania parecieron haberse evaporado.

Parece más probable que las explosiones de cólera contra los franceses, que, de tiempo en tiempo, tienen lugar en América, sean promovidas por los dueños del oro, y que la verdadera clave de la

política americana en 1931 sea la actitud de los industriales de aquel país respecto a la moratoria de Hoover. Los industriales americanos, antes de la visita de M. Laval, se habían persuadido de que la moratoria era un primer paso en la senda hacia la reducción del arancel americano. Vieron la buena acogida de la moratoria por parte de todos sus rivales del mundo entero, y pensaron, sin duda, que no les presagiaba bien alguno.

Los industriales americanos criticaron, por tanto, tan acerbamente la moratoria, que el Presidente Hoover se vio obligado a abstenerse de toda intervención en los círculos europeos. M. Laval, en su visita, aprobó esta actitud, impuesta más tarde al Presidente de un modo formal por el Congreso, lo mismo que lo fue, en fecha más remota, al Presidente Wilson, la no intervención en los asuntos de Europa.

Al comienzo de 1932, pues, la plutocracia se hallaba más lejos que nunca de alcanzar su propósito. No parecía haber señales de que pudiera retirarse el oro de América ni de Francia. Pero, a medida que el año avanzaba, se fueron despertando nuevas esperanzas. Alemania anunció rotundamente que no pagaría ni un céntimo más, y su actitud ocasionó una viva inquietud en París, donde, como en América, los efectos de la quiebra mundial empezaban a ejercer su entera y fatal influencia. Tanto América como Francia, daban muestras de agotamiento; cundió el miedo por todas las ciudades; la atmósfera se tornaba favorable.

En estas circunstancias, el Gobierno yanqui desplegó un nuevo interés en los asuntos europeos, y en especial en los esfuerzos de la Sociedad de Naciones por intervenir en la contienda chinojaponesa, y el

Gobierno francés adoptó un tono más templado. Hubo quien declaró que, si a Francia y a sus antiguos aliados se les pudiese inducir al olvido de las reparaciones, y si el desarme se llevaba a cabo en términos que el Presidente Hoover pudiese presentarlo como un triunfo del espíritu norteamericano, podría conquistarse a los Estados Unidos para que accediesen a una cancelación de las deudas de guerra.

En muchos centros europeos empezó a discutirse con este fin. Se sugirió que las reclamaciones contra Alemania podrían solventarse en una conferencia preliminar celebrada simultáneamente a la del Desarme, en Ginebra, y se expresó la esperanza de que un gesto de los Estados Unidos indicase a la Conferencia del Desarme, durante sus sesiones, la clase de acuerdo que sería más grato al pueblo norteamericano y a sus representantes electivos. Entretanto, todo esfuerzo que el genio del hombre pudiese arbitrar, se pondría a contribución para influir, sobre la opinión francesa, a favor de una actitud menos intransigente, y, sobre la opinión americana, a favor de un comercio más libre.

La conferencia de Ottawa no mereció buena acogida por parte del dinero internacional. Su carácter peligroso, por el contrario, fue claramente advertido. Era probable que exasperase a la opinión norteamericana, y podría fácilmente procurar una plataforma a los estadistas del Imperio que querían discutir el patrón oro y su substitución por una moneda «dirigida». Ottawa, a los ojos del Dinero, era un riesgo; pero un riesgo inevitable.

Durante algún tiempo, las esperanzas de llegar a un acuerdo parecieron fundadas. En Francia cayó el Gobierno nacionalista de M. Laval, siendo sus-

tituido por el liberal de M. Herriot. Alemania se inclinó a la derecha, y obsequió al mundo, especialmente a Francia, con el regalo de un régimen de fuerza; espectáculo suficientemente terrorífico. La fuerza del repentino desastre económico azotó a Francia y América con tanta eficacia, que nació un estado de pánico, calificado por un observador de: «pánico crónico». En Ottawa, la discusión de la cuestión financiera quedó abandonada a una Conferencia económica mundial, en la que América estaría representada. Es digno de notar, sin embargo, que Norteamérica manifestó claramente que ella no podría, en esta Conferencia mundial, discutir sobre las deudas de guerra o las tarifas aduaneras, materias acerca de las cuales la plutocracia estaba implacablemente decidida a hacerla discutir.

Entretanto, los yanquis hicieron saber, en la forma más amable, la satisfacción que sentían por el resultado de la Conferencia de Lausana, satisfacción que todo el mundo compartía. Las reparaciones quedaban, por fin, abolidas; ¿podrían continuar floreciendo las deudas de guerra? La creencia de que hasta el empedernido corazón del Congreso podría ablandarse, se propagó ampliamente. Los hombres de buena voluntad de todo el mundo iniciaron una campaña en favor del desarme europeo, siguiendo las normas al efecto sugeridas a la Conferencia del Desarme, por el Presidente Hoover.

De pronto, Alemania empezó a moverse. Era evidente para Berlín que todas las esperanzas de sus antiguos enemigos estaban puestas en el desarme, como medio de persuadir a Norteamérica a cancelar las deudas de guerra. Ahí estaba la oportunidad para la petición de igualdad de derechos con Francia. Los representantes alemanes recibie-

ron instrucciones de su Gobierno en el sentido de retirarse de la Conferencia del Desarme.

Tan duro golpe sumió, tanto a Europa como a América, en un estado de viva inquietud. Si la Conferencia del Desarme fracasaba, las esperanzas de persuadir al Congreso de que anulase las deudas de guerra, tendrían que abandonarse. Estas inquietudes no se vieron mitigadas por el fracaso de las potencias, que pretendían inducir a Alemania a asistir a una Conferencia en Londres o en cualquier otra parte. Los alemanes, cuando vieron el efecto causado por su petición de igualdad de derechos, pusieron en seguida precio a sus concesiones. Francia reaccionó. Norteamérica se retiró una vez más de una Europa que, como sus industriales aseguraban, era sólo una incubadora de guerras. Pero renació la esperanza de nuevo, cuando Francia dio muestras de un espíritu más transigente respecto a Alemania. El interés puesto en la Conferencia del Desarme, evaporado casi del todo, se reavivó. El resultado de la elección presidencial americana vino a proporcionar un mayor alivio, dado que el partido demócrático en América era de sentir liberal, y nunca había sido muy amigo de aranceles elevados.

En está atmósfera se despacharon las notas de los Gobiernos europeos a Washington pidiendo la cancelación o aplazamiento de las deudas de guerra. En el momento en que esto se escribe —diciembre de 1932— la respuesta de América no es aún conocida. Un gran envío posterior de oro está gravitando sobre las arcas neoyorquinas, y los partidos norteamericanos afirman, una vez más, su fe en los aranceles, por un lado, y en el oro, por otro. Los industriales norteamericanos siguen cabalgando en su montura, y aunque el caballo lleva una marcha

áspera, todo hace suponer que podrán mantenerse en la silla. En estas circunstancias, la Conferencia económica mundial presenta un aspecto menos risueño.

Pero, aunque las naciones están esquilmadas, será necio el que crea que el Dinero ha abandonado por completo su esperanza. Mientras los Gobiernos y los pueblos sigan siendo incapaces de distinguir entre la verdadera riqueza y el oro, se harán nuevos planes, y se pondrán en práctica nuevos expedientes. Y así, tal vez retornemos un día al sistema del Dinero en su antigua despiadada forma: a las quiebras y a las épocas de inusitada prosperidad; a los barrios bajos de vida sórdida, y a las reformas sociales, con subsidios menores, sin embargo; al hambre y a la sobreproducción; en resumen, a aquella «ley económica inexorable» que, como ahora se va viendo, es una ley destinada a sacrificar al mundo entero con objeto de convertir al mundo en presa para la Usura.

Aunque tal retorno tuviese lugar, no es probable que sea totalmente satisfactorio para el Dinero. Porque la «cortina de humo del oro» es menos densa que antes. Lo que hacen los americanos, al exigir el pago de las deudas de guerra en oro, corresponde exactamente, en una escala mundial, a la actitud del público acudiendo en masa a las ventanillas de un Banco cualquiera, ante el anuncio de dificultades económicas en él. Aun para los más legos, se ha hecho evidente que el sistema financiero del mundo no posee garantía en oro ni para la décima parte de sus obligaciones. El sistema financiero está, por tanto, en peligro, a menos que a los industriales yanquis y a los nacionalistas franceses se les pueda someter antes de que la Banca tenga que cerrar sus puertas.

Esta es la pesadilla que turba el sueño de todo financiero internacional. Porque no pone en duda que, después de cruzar el Atlántico el último cargamento de oro, Europa seguirá trampeando bastante bien con su papel moneda. ¿Quedará, pues, frustrada para siempre la ilusión del oro? Recuerda uno, sin poderlo remediar, al héroe de Rostand, aquel gallo que, en la granja, subía todas las mañanas a un pequeño montículo y cacareaba. Al son del canto del gallo se levantaba el sol, y los demás habitantes de la granja creían, sin excepción, que presenciaban un milagro. ¿Qué sería de ellos si Chantecler no les agraciase a diario con aquella bendición de luz? Pero un día, Chantecler se quedó dormido, y el sol salió sin esperar sus intimaciones.

¿Por qué no insiste nadie, al presente, en que la agricultura y las minas de carbón británicas tienen su valor independiente de su capacidad de rendir beneficios al oro? ¿O en que una agricultura floreciente proporcionaría el mejor de los mercados —el mercado nacional— a una próspera industria? El único obstáculo para el desenvolvimiento del mercado propio e imperial es el Dinero y su patrón oro. Si la agricultura británica e imperial pudiesen comprar los productos de la industria imperial y británica, de modo que los productores se ganaran la vida sin salirse del Imperio, todo el edificio de la Banca holandesa quedaría destruído; porque no sería posible, en lo sucesivo, vaciar a Inglaterra de dinero en favor de un país extraño, y compeler así a los vendedores a buscar compradores en los extremos del mundo. En lugar de la doctrina de la baratura, tendríamos entonces la más antigua y mejor doctrina del servicio. La plutocracia y su dios oro dejarían de tener sobre los productores —y, a

través de ellos, sobre todo el mundo— derecho de vida o muerte, y nos veríamos libres de esa terrible amenaza que pesa sobre nosotros, de un Banco mundial.

Sin duda, si el sistema financiero llegase a quebrar, se le echaría un remiendo para hacerle surgir de nuevo. Pero ¿alcanzarían verdadero éxito las potencias del dinero? Contra ellas se alza hoy el espíritu de servicio, que en 1931 salvó a los aterrados servidores de Mammón de la ruina que habían maquinado. Si es el sino desgraciado de Inglaterra el haber sido escogida como ciudadela del dinero, es su gloria que su pueblo conserve, más tal vez que ningún otro, los ideales del feudalismo cristiano. No existe sacrificio que los ingleses no estén dispuestos a realizar por su Patria. Por consiguiente, para que la plutocracia llegue a triunfar, tiene que convencer primero a este pueblo de que el patriotismo que la anima no es inferior al patriotismo de ellos, y de que, sirviendo los fines que ella sirve, servirán ellos los de su país. La maquinaria toda de una vasta publicidad pertenece al dinero; pero es dudoso, sin embargo, que en el siglo XX obtenga la propaganda el éxito que obtuvo en el siglo XIX.

Una razón para ello es el poder que el hombre ha adquirido sobre las fuerzas de la naturaleza. Hasta este momento, el poder de compra ha sido distribuido invariablemente al pueblo en forma de sueldos, jornales, dividendos y beneficios; pero la fuerza humana está siendo desplazada tan rápidamente por la fuerza de la máquina, que ya *—dado que las máquinas no ganan jornales—* no se genera suficiente poder de compra para que pueda consumirse lo que la producción rinde. Es seguro que, dentro del sistema del dinero, se intensificará grandemente

este estado de cosas. Aun en la cúspide de la prosperidad americana, existían 2.000.000 de parados en los Estados Unidos, porque había máquinas que podían desempeñar su labor. Un cálculo reciente hace creer que, por lo menos, una cuarta parte de los 12.000.000 de individuos que están sin trabajo al presente en América, no podrán nunca volver a emplearse bajo el actual sistema; tal vez, bajo ningún sistema concebible.

¿Cómo, pues, al desaparecer salarios y jornales, ha de distribuirse el poder de compra? He aquí un nuevo campo de batalla para el Dinero, que defenderá hasta el límite la idea de que, a medida que el trabajo humano se hace más productivo, se necesitarán mayores cantidades de dinero para el intercambio de los productos de ese trabajo. La pregunta: «¿Ha de darse dinero a los hombres a cambio de nada?», será, sin duda, lanzada por quienes tienen y han tenido siempre por oficio el de dar dinero, creado por ellos de la nada, a cambio de las mayores cantidades posibles de mercancías y servicios.

No es la intención del autor entrar en la cuestión de la distribución del poder de compra en un mundo en el que la capacidad de producción aumenta casi de hora en hora. (Remitimos al lector a los luminosos trabajos del comandante Douglas.) Pero podrá hacerse notar que, dentro del orden cristiano, no se consideraba un mal el procurarse mayores posibilidades de descanso y recreo. Todo depende de lo que juzguemos que constituye el objeto de la vida del hombre. Si es el trabajo, según entiende el Dinero, cualquier invento, hasta el de la azada, es un mal, por cuanto reduce la cantidad de trabajo. Si, por el contrario, el objeto es el de servir y gozar a Dios, no hay en ello mal alguno.

Los hombres, hasta el presente, han podido disfrutar pocas ocasiones de dedicarse a esta especie de cultivo del espíritu, que va asociada a la vida contemplativa.

«Las condiciones de la vida social y económica —decía el Papa en una reciente Encíclica— son tales, que vastas multitudes de hombres, sólo a costa de gran dificultad pueden prestar atención a aquella sola cosa necesaria, esto es, a su eterna salvación.»

Fue creencia de los que edificaron el Orden cristiano, que la Revelación es de una riqueza tan infinita, que no habrá sido por completo conocida al acabar el mundo. Aquellos artífices no hubieran considerado, ciertamente, como un mal los descubrimientos que, cuando haya sido roto el poder del Dinero, permitirán descansar a hombres y mujeres en todo el mundo, y a mayor número de unos y de otras el conseguir así un disfrute de Dios más profundo, y, por tanto, servir más noblemente a sus prójimos.

Podrá argüirse que la prosperidad y la pereza constituyen grandes tantaciones. Pero está bien demostrado por la experiencia, que la pobreza y la miseria son las más prolíferas madres del vicio. Todos los hombres contemplan hoy con ojos asombrados un mundo inundado de mercancías, pero poblado de indigentes. Hasta ahora, toda la elocuencia de la alta finanza no ha sido bastante a explicar este extraño y triste espectáculo. Por el contrario, incidentes como el del consejo del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos a los algodoneros de «escardar, sólo uno, de cada tres surcos», quedan grabados en la memoria pública. La plutocracia debe contar ahora con el hecho de

haber escandalizado la conciencia de toda la humanidad. El pueblo llano está aprendiendo; con su apoyo, y bajo la tutela de Dios, se implantó la Monarquía, y quedó constituida la Nación. Los ingleses deben a la Reina Victoria y a sus descendientes el que los ideales de deber y servicio no se marchitasen en un mundo en el que el ansia de lucro alcanzó una justificación casi universal.

Servicio

EL sistema feudal, permítasenos la repetición, se basaba en la creencia de que la tierra es del Señor, y todo cuanto hay en ella, por consiguiente. Hasta el mismo dominio del Rey sobre la tierra en que reinaba, era sólo por delegación de Dios, su verdadero dueño. El más ínfimo vasallo, por tanto, estaba asociado a aquel universal servicio de Dios que era la sola función de reyes, nobles y eclesiásticos.

No queda espacio en tal sistema para la propiedad sin responsabilidad. Tampoco lo hay para la concepción socialista del Estado como institución de beneficios mutuos. El beneficio mutuo implica la posesión de derechos; el feudalismo reconocía sólo deberes para con Dios y, por bajo de Dios, para con los hombres.

No son precisas largas consideraciones para com-

prender que el sistema divino es, de hecho, la única alternativa del sistema del dinero. Cualquier otro sistema está condenado, por su naturaleza, a llevarnos de nuevo al dinero, más tarde o más temprano. Llégase, pues, a la conclusión de que los desórdenes del mundo no encontrarán remedio, por sutil que sea, mientras no se retorne a la fe sobre la que, al principio, se edificó la civilización europea. Si los hombres han dejado en la práctica de creer en Dios, seguirán siendo víctimas de Mammón, y no habrá método de manejo de la moneda o de economía de Estado que los salve. Napoleón no se equivocaba al declarar que la Religión es la base de la sociedad.

Fue el escepticismo del siglo XVIII el que preparó el camino al advenimiento de las potencias del dinero. Pero aquel escepticismo no era más que la rebeldía de conciencias honradas contra un abuso de privilegios, así por parte de la autoridad espiritual, como de la temporal. El mal no era el feudalismo, sino la falta de él. Si la Iglesia hubiera seguido, en todo, fiel a su Maestro; si los reyes y los nobles se hubieran atenido a la regla *nobleza obliga*, no habría habido motivo de duda. En una Iglesia siempre avanzando en el conocimiento de Dios, o en Tronos en los que todos los hombres viesen una prenda de servicio, no habrían podido morder la crítica ni el escepticismo. Que el Trono de Inglaterra goce hoy de la confianza creciente del pueblo, es motivo, por tanto, de sincero regocijo. Poco a poco, la idea de la propiedad individual irresponsable, así como la de la propiedad en común sin responsabilidad, van dando paso a la idea de una propiedad con un fin de servicio. La masa del pueblo, en otros términos, permanece fiel a los

viejos ideales —como se vio durante la guerra, y de nuevo durante 1931— y no está falta de otra cosa que de llegar a ver claro lo que es el sistema del dinero, para acabar con él. El mejor servicio, por tanto, que un hombre puede hacer a sus semejantes, es instruirles acerca de lo que son las potencias del dinero, y estimularles a terminar con ellas.

El verdadero internacionalismo es la amistad entre las naciones, no el retorno a la vida de tribu bajo el superdominio de la finanza internacional. En esencia: es el reconocimiento por una nación de los designios de Dios sobre otra, y por tanto, una extensión del conocimiento de Dios que el hombre posee. Es la conjunción de dos sistemas de servidumbre, en que se reconoce a Dios como fin de ambos, y en la que los hombres hallan, por consiguiente, un deber común y una común hermandad en el deber. El verdadero internacionalismo, pues, como el nacionalismo, es un sistema de servicio que nos viene del cielo, y que es por completo opuesto al sistema de lucro. A las potencias del dinero no les es más fácil conseguir tal unión, que lograr el bienestar de una nación en particular.

Porque la nación es una sociedad cuya base es espiritual y no material. Una nación no es un bien comunal del que todo ciudadano participa por igual; no es un «Estado» en que el pueblo goce por igual de unos derechos. En esencia: es un señorío de Dios, una parte de Su universo confiada a uno de Sus capitanes y existente sólo para Su satisfacción. Los súbditos del Rey, como el Rey mismo, no tienen derecho alguno que no sea el de obedecer la divina voluntad, y nada pueden poseer mientras la posesión no sea necesaria al cumplimiento de un deber. Si se objeta que una idea semejante resulta

absurda en este mundo moderno, se podrá responder adecuadamente que más absurdo es el espectáculo que ahora presentan los reinos de Mammón, en los cuales cualquier nueva demostración del poder del hombre en el uso de los bienes de Dios, es acompañada por una nueva calamidad y ruina, y en los que cada incremento de la riqueza de la humanidad acrecienta inevitablemente el número de los desamparados.

Indice

«LA MONARQUIA CONTRA LA FUERZA DEL DINERO», EN SU PRIMERA EDICION SE TERMINO DE IMPRIMIR DURANTE EL MES DE JUNIO DE 1976 EN LOS TALLERES DE RIVADENEYRA S. A., DE MADRID (ESPAÑA).



Obras publicadas:

1. *Rimas y La casa encendida,* Luis Rosales.
2. *Aventuras del Barón de Munchhausen,* Rudolf Erich Raspe.
3. *Literatura hispanoamericana,* Carlos Gortari.
4. *Martín Luther King,* Juan Molina.
5. *El castillo de los Cárpatos,* Julio Verne.
6. *Extremadura, la fantasía heroica,* Pedro de Lorenzo.
7. *Física sin secretos* (I), A. Landau y A. Kitaigorodskij.
8. *Física sin secretos* (II), A. Landau y A. Kitaigorodskij.
9. *El conde Fernán González,* Mariano Tudela.
10. *La peste escarlata,* Jack London.
11. *Aforismos sobre el yoga,* Patañjali.
12. *Robur el conquistador,* Julio Verne.
13. *Ruge, viejo león,* Pedro Crespo.
14. *Amadís de Gaula,* Anónimo.
15. *Bug Jargal,* Víctor Hugo.
16. *Breve historia de las matemáticas* (1), Egmont Colerus.
17. *Extraños en la tierra,* Antología de ciencia-ficción.
18. *El pequeño Nicolás* (1), Sempé y Goscinny.
19. *Con los días contados,* Medardo Fraile.
20. *La mitad del tiempo,* Manuel Alcántara.
21. *El secreto de Maston,* Julio Verne.
22. *La guerra de las salamandras,* Karel Cápek.
23. *Historia de la literatura infantil española,* Carmen Bravo-Villasante.